CARLOS TROMBEN

LA SEÑORA DEL DOLOR



Índice

Un Controlador Universal debe tener al menos dos perillas que pueden graduar el tiempo y el espacio en nueve dimensiones cada una. Además, hay perillas para establecer los niveles de densidad de la energía oscura, la intensidad de la fuerza nuclear, la fuerza del electromagnetismo, la masa de los electrones, la masa del quark y de las demás partículas elementales. Nuestro universo es una combinación de todas estas perillas.

MAX TEGMARK
Nuestro Universo Matemático
(Traducción libre)

El ropaje humano es hierro forjado
La forma humana una fragua feroz
El rostro humano un horno sellado
El corazón humano es una garganta hambrienta

WILLIAM BLAKE

Para Pachi, que hizo vivir
este libro otra vez.

Memento

Los contornos del túnel se van dibujando en destellos fugaces: roca viva, tablones y vigas, palas y picotas abandonadas. El rayo de una linterna recorre zigzagueante el sendero. Solo se oyen los pasos, el sonido de una piedra y la respiración de diecisiete personas.

La que va al principio, con uniforme, es la única que conoce el túnel. Son diez hombres armados, nueve de uniforme y uno de civil. Los otros siete avanzan con las manos amarradas detrás de la espalda.

El silencio es casi religioso, el declive imperceptible. Llevan unos quince o veinte minutos caminando cuando uno de los uniformados enciende un fósforo y la brasa de un cigarrillo se fija en la oscuridad.

Es el capitán.

Los siete prisioneros no se han lavado ni afeitado en varios días.

El capitán deja que la fila de prisioneros y uniformados avance unos metros más y da la orden de detenerse.

Los prisioneros se ponen en fila, entre las paredes del túnel.

El capitán apaga el cigarrillo en el suelo y saca su pistola. Parece que va a decir algo, pero se abstiene. Los soldados apuntan. Dos prisioneros encaran al pelotón, los otros cinco miran el suelo con los ojos cerrados.

La voz del capitán suena como una bala más. La ráfaga llena el túnel de ruido y chispas. Los prisioneros caen. El humo se eleva y choca en contra del túnel.

Con la linterna el capitán recorre los siete cuerpos. Ve que uno aun respira.

El civil es el más excitado, quiere rematarlo, pero el capitán lo fulmina con su mirada. Los demás uniformados, en cambio, parecen cansados, nerviosos, quisieran irse luego de allí. El capitán apunta al prisionero que se arrastra. Acerca el dedo al gatillo y no puede disparar. Algo se ha interpuesto entre sus ojos y el prisionero.

Brota desde las profundidades del túnel y se va formando en la periferia de su campo visual. Al principio el capitán cree que es una

ilusión óptica y se lleva la mano izquierda a la cara, como quien desea ahuyentar a una mosca. Pero la imagen permanece. Los demás uniformados y el civil también la ven.

Va creciendo y ensanchándose. Es alguien que camina. Tiene cabeza, brazos, tronco y piernas, pero sus proporciones son anormales.

La espantosa visión extrae casi todo el aire de sus bocas. Lleva una túnica que alguna vez estuvo cubierta con motivos de distintos colores, desgarrada en varias partes. A la vista queda un pecho arrugado cubierto de costras. Los brazos son de un tono azul pálido; cuelgan como inertes y terminan en largas uñas negras. Cubierto de crenchas de pelo apelmazado el rostro de la criatura permanece oculto.

Es una mujer y avanza hacia ellos.

El capitán intenta disparar, pero no puede. Los demás uniformados y el civil también lo intentan, en vano.

La mujer levanta una pierna, otra. Pasa por encima de los cuerpos y comienza a levantar el rostro. Nadie quiere verlo. Todos echan a correr por el túnel.

Todos menos el capitán.

Satoshi Kusanagi nació en 1885, año 17 de la era Meiji. Su padre era carpintero. Satoshi era el menor de cinco hermanos, el *mabokochan*. Su lugar en la familia le dictaba una vida entera de abnegación y anonimato. Quizá fue su buena memoria y su habilidad con los números, o el hecho de que Japón adoptara un modelo de Estado Docente, lo que lo desvió de este futuro ya delineado. Estudió en una escuela pública, aprendió retórica, algo de botánica, algo de poesía clásica japonesa y rudimentos de contabilidad.

—Una educación práctica —diría Satoshi años más tarde.

Como mabokochan no tenía derecho a aspirar que su modesta familia le costeara estudios universitarios. Entre volver al taller de su padre y conocer el mundo, optó por lo segundo. Entró a la marina mercante, que vivía entonces un enorme auge gracias a la apertura comercial del país.

Su primer barco fue el carguero Wagatomo, de 10.000 toneladas, con el cual llegó hasta las Molucas, Ciudad del Cabo, Dakar y Marsella en 90 días. Durante la travesía, a la altura de Madagascar, el Wagatomo se cruzó con la flota rusa. Era el 5 de marzo de 1905. Satoshi nunca olvidaría aquel espectáculo: cuarenta y cinco navíos de guerra avanzando en perfecta formación, sus chimeneas expeliendo gruesas columnas humo, sus corazas de acero reflejando el sol declinante del trópico.

—Van hacia Japón a enfrentarse a nuestra escuadra —dijo el médico.

—Estamos perdidos —agregó alegremente uno de los cocineros.

Estaban en el castillo de popa oyendo las órdenes del capitán que los marineros se transmitían mediante silbidos. En un principio pareció que el timonel orientaba la nave hacia mar abierto y que las calderas redoblaban la marcha para intentar una escapada en regla, ayudadas por la casi totalidad del velamen.

—Es inútil —dijo el médico, sombrío—. Con las torpederas nos darán alcance y nos hundirán.

La tripulación entera aguardaba en silencio. El cocinero volvió con un cubo de verduras para pelar y les contó que el capitán había ordenado arriar la bandera japonesa e izar una bandera china.

—Es un hombre astuto —dijo más feliz que nunca.

Los imponentes acorazados, los raudos destructores y las veloces torpederas del Zar pasaron junto al Wagamoto,

desdeñándolo como un tiburón a una pulga de mar.

Esa noche, repuesta ya del susto, la tripulación agradeció su suerte, los más piadosos orando y los más terrenales brindando. Satoshi hizo ambas cosas. Salió achispado del castillo de popa y cruzó la cubierta del barco hacia su camarote. De pronto oyó una voz débil, cuyo murmullo se destacaba apenas por encima del ruido de las olas y la máquina de la nave.

—Pater noster…

Era el médico que oraba de pie, en un idioma incomprensible.

Estaban debajo de una escalera. El cielo era estrellado, el mar estaba en paz y de la flota rusa no quedaba sino el rastro final de las chimeneas que se deshacía en el horizonte. Al ver a Satoshi, el médico interrumpió su oración y se guardó una reluciente cadenita debajo de la camisa. Sonrió tímidamente y Satoshi lo vio perderse en el pasillo, afirmándose de las mamparas que se movían con el vaivén de las olas.

El viaje siguió sin incidentes hasta las costas de Angola. Entraron al Mediterráneo por las columnas de Hércules el 20 de abril de 1905, y recalaron luego en Cádiz y en Barcelona, donde la tripulación entera se desbandó en una parranda de cuatro días. En Génova se enteraron de que la flota rusa, aquella misma formación de acero que les había perdonado la vida, había sido aniquilada en cuestión de horas por una escuadra de 30 navíos japoneses comandada por el almirante Togo. Satoshi no pensó en el nuevo estatus que asumía su país en el concierto mundial. Pensó en los 5.000 rusos que había visto pasar frente a sus ojos, aquella tarde en Madagascar. Cinco mil hombres con sus barbas, uniformes, escapularios, cuyos cuerpos yacían enteros o despedazados en el fondo del mar.

Aquello era la culminación de un proceso iniciado exactamente diez años antes, en 1894, cuando Japón pulverizó al ejército y la armada de la dinastía Qing en la península de Corea. La nueva victoria, sin embargo, era sobre una potencia europea, sobre un gran imperio *kirishitán*.

El viaje de regreso tardó otros 90 días. En Ciudad del Cabo se cruzaron con dos mercantes japoneses con los que intercambiaron noticias, periódicos y correo. La prensa tuvo un efecto poderoso en la tripulación; los que sabían leer repetían las páginas del *Yomiuri Shimbun* en voz alta, mientras los demás escuchaban en silencio. Los ejemplares pasaban de mano en mano y se formaban círculos de marineros que observaban embelesados aquellos grabados a

todo color, donde las torpederas japonesas atravesaban las enroscadas olas azules, descargando sus mortíferos torpedos en las naves enemigas.

La victoria incentivó a los tripulantes del Wagatomo a una dura competencia por demostrar patriotismo. Budistas y sintoístas se disputaban el rigor del ayuno, el recogimiento en los votos y la oración, el cumplimiento más estricto de la disciplina en un barco imperial. Quemaron, los más radicales, las fotos de sus amantes francesas y españolas; arrojaron por la borda su tabaco rubio y sus botellas de coñac, y juraron dejar la marina mercante por la marina de guerra.

Pero estaban los cínicos como el capitán, capaces de izar una bandera china con tal de salvar el pellejo, o la pequeña célula de los *jiyu minken undo*, quienes sostenían que la guerra era un truco de los shogunes para distraer al pueblo de los problemas verdaderos. Entre un proselitismo y otro estaba Satoshi, un budista discreto que, por las mañanas, en tierra firme o en su camarote, estuviese donde estuviese el barco, practicaba la posición auroral.

En España, mientras la tripulación se entregaba a la fornicación, Satoshi recorría las ciudades, se sentaba en las plazas de Barcelona, entraba en las boticas de Cádiz y en las iglesias de Mallorca, arrastrado por la curiosidad.

Los templos kirishitán estaban llenos de objetos, de estatuas, de muebles. Un hombre desnudo y moribundo yacía clavado en un poste; los fieles se arrodillaban y hacían el mismo gesto que Satoshi viera en el médico la noche en que se cruzaron con los rusos. Por lo general, este mártir presidía los altares, o bien la cruz vacía. En los costados había otros profetas con la misma expresión dolorosa, rodeados de niños o de ancianos, y una suerte de diosa que sostenía a un rechoncho bebé sentado en el regazo. Ambos, madre e hijo, llevaban en sus cabezas unas coronitas doradas; eran las únicas estatuas neutras de aquellos templos sombríos.

Fue en Barcelona donde se llevó una sorpresa. En un templo tan enorme como extravagante se encontró con el médico del Wagatomo orando en lengua kirishitán. Aquello no se parecía a ninguno de los templos que conociera en el resto de España; no había ningún ángulo recto y las velas del altar emitían una penumbra amarillenta sobre las superficies puntiagudas, que recordaban la estructura cartilaginosa de un cetáceo. Satoshi salió en silencio, intentando pasar inadvertido para el médico. Pero apenas se levantó del asiento el médico interrumpió su oración y sus miradas se cruzaron.

Volvieron juntos al Wagatomo. Pese a haber crecido en un puerto donde no era raro ver extranjeros, Satoshi jamás había conocido a un *kirishitán* japonés. En Japón ser kirishitán ya no era un delito, como en los tiempos del Shogunato, pero tampoco era algo que uno pudiera vocear y enorgullecerse.

Durante el regreso el médico le agradeció su discreción. Nadie en el barco sabía que era kirishitán. Pues no se toma demasiadas precauciones en ocultarlo, pensó Satoshi con desconfianza, y para ponerlo a prueba le preguntó por la estatua de la bella mujer.

—Es la Madre del Mesías —le explicó.

El médico comenzó por el principio, por quién era Jesús. Su historia era bastante complicada y Satoshi solo retuvo que había sido un buen hombre y que por ello lo habían asesinado los romanos y los judíos, dos pueblos de los que Satoshi apenas había oído hablar. Para corroborar su relato el médico le mostró su libro sagrado, un pesado ejemplar escrito en kirishitán.

—¿Usted habla el idioma? —le preguntó Satoshi con admiración.

—No exactamente —explicó el médico de manera enigmática.

Aquella religión secreta parecía bastante razonable: los hombres son iguales al nacer y al morir, los sufrimientos y placeres del mundo son efímeros; por lo tanto, es mejor amar que odiar.

Fue una conversación extraña, en la que el médico destacó el hecho que Satoshi no se había ido con las prostitutas. Al poco rato derivó en la política. El médico pensaba lo mismo que los *jiyū minken undō*: la guerra solo favorecía a los poderosos. Para el resto de los japoneses solo habría sufrimiento: la verdadera felicidad no estaba en el amor.

—Tenga cuidado con los *kyosanto* —advirtió el médico—. Ellos denuncian la injusticia, pero no creen en el amor.

—¿Los qué?

—Los kyosanto —explicó el médico como si se refiriese a una especie de animal peligroso—. Se aparecen en las grandes ciudades, en las fábricas y en las maestranzas. La mayoría son chinos o coreanos. No creen en ningún dios y están organizando una revolución contra el emperador, igual como en Rusia hace poco y en Francia hace muchos años.

La guerra impactó a Satoshi principalmente a través de la palabra escrita. El *Yamiuri Shimbun* comenzó a serializar relatos patrióticos, en los que hechos y ficción se combinaban en pro de la emoción del lector: Las lanchas atravesaban olas encrespadas, los tripulantes, con sus uniformes azules y sus guantecillos blancos,

accionaban las ametralladoras y cargaban los letales torpedos, mientras las lanchas rusas se escoraban y se hundían en llamas.

Satoshi tenía dentro suyo a un lector dormido que despertó como un niño con hambre. A partir de entonces, en cada recalada se proveía de novelas y periódicos. Las travesías por el Pacífico eran largas y un contador no tenía el mismo trabajo que un maquinista o un cocinero. Un viaje de ida y vuelta tardaba lo suficiente como para leer un tomo completo de *Encuentros Casuales con Mujeres Hermosas*, del maestro Shiba Shiru. A veces incluso le sobraba tiempo para escribir cartas e impresiones en un diario personal que, en poco tiempo, se transformó en un hábito tan secreto como la religión del médico.

Satoshi permaneció casi 8 años trabajando en los barcos de la Toyo Kisen Kaishu que hacían el trayecto Kobe, Yokohama, Hawai, Manzanillo, Callao, Antofagasta y Valparaíso. Sus intervalos en Japón nunca pasaron de dos meses. Las travesías duraban entre tres y seis meses por año.

Nunca más vio al médico kirishitán. Algún marinero dijo haberlo visto en Manila, donde habría instalado una consulta, pero las dos veces que estuvo allí intentó en vano ubicarlo. En cambio, sí se cruzó con los temibles kyosanto, tripulantes y estibadores que se reunían más o menos secretamente para promover huelgas y petitorios a los armadores.

Conoció los principales puertos del Pacífico, ahorró dinero, ayudó a sus padres y a sus hermanos en el taller. Pero, pese a estos gestos, notaba que entre él y su familia se abría una brecha insoslayable. El relato de sus viajes no despertaba curiosidad alguna entre sus hermanos; además irritaban a un padre cada vez más nacionalista y fanático, para quien el contacto de Satoshi con extranjeros era una forma de degradación.

A Satoshi, en cambio, la perspectiva de estos puertos le encendía el ánimo. En su camarote, junto a la ropa y los enseres de aseo, viajaba una nueva entrega de Shiba Shiru, un cuaderno de hojas de arroz, una pluma y una generosa ración de frascos de tinta. Su nivel de instrucción solo le permitía leer y escribir un número limitado de ideogramas; pese a esto sus descripciones eran desenvueltas y visuales. La dimensión de sus viajes, a través de los océanos y de las naciones, bastaba para estimular su pluma.

El día de la recalada se acostaba muy temprano, se despertaba a las cinco de la mañana y tomaba una taza de té. Dependiendo del puerto y de la orientación del barco, se apostaba a proa o a popa, y se colocaba en posición auroral, con las piernas dobladas en medio loto, inspirando y expirando a ritmos cada vez más dilatados, hasta perder la conciencia en el lento vaivén del barco. Antes de comenzar recitaba:

Kono michi ga
Yukuhito nashi ni
Aki no kure

Podía permanecer media hora, dependiendo de cuán cerca del

trópico se encontraba. Terminada la respiración, sacaba el cuaderno y buscaba una hoja en blanco.

Este camino
Sin ningún caminante
Atardecer de Otoño

Describía la topografía, los puntos cardinales, las personas, las bahías y las naves. Compuso poemas en puertos tropicales y templados, en cubierta y en su camarote, frente a un ojo de buey, en días despejados y lluviosos, con mar picado o sereno. Juntó así un cuaderno voluminoso, que un editor de Tokio encontró promisorio, pero se negó a publicar. Parecía un hombre bondadoso y le sugirió un par de nombres para tomar clases de gramática y caligrafía.

Satoshi siguió el consejo del editor. Mientras estaba en tierra, tomaba clases, luchaba por inscribir en su memoria decenas de nuevos ideogramas, con su caligrafía hecha de gesto y respiración, mano y muñeca.

Tenía un océano entero para perfeccionarse. Es poco probable que llegase a rozar siquiera la destreza en el arte del koan. Sus lecturas eran elementales, novelas de corte popular, recargadas de digresiones y explicaciones de contexto. El protagonista de *Encuentros Casuales con Mujeres Hermosas* se hace llamar *Caminante de los Mares de Oriente*, y sus aventuras transcurren en Estados Unidos, donde se cruza con dos misteriosas y encantadoras muchachas. Una es irlandesa y la otra española. Shiba Shiru se aplica para transmitirle al lector japonés de su época un patrón de belleza kirishitán. La irlandesa Korēn, es, por ejemplo, *un loto bermellón que flota en una laguna azulina*. La española Yurān, *un jarro de greda de ancha base y asas majestuosas*.

Dentro de sus limitaciones, *Caminante de los Mares de Oriente* es una novela política. El Caminante de los Mares no solo flirtea con las muchachas, sino que además debate con cada una acerca de la mejor forma de gobierno. El padre de Yurān es enemigo de la corrupta reina Isabel II, pero, a diferencia de los republicanos anticlericales, es creyente y está convencido de que las personas de sangre española necesitan la figura de un monarca. En cambio, el padre de Korēn es un republicano que ha pasado por las mazmorras de la reina Victoria. Odia la opresión extranjera y la monarquía.

Los tres terminan, sin embargo, cantando una versión libre de la marsellesa en chino y contemplando el atardecer sobre los bosques rojizos del otoño norteamericano.

Al día siguiente las muchachas han desparecido, y el Caminante inicia un enroscado periplo por volver a encontrarlas. Recorre Filadelfia, Baltimore, Boston y Nueva York, y las busca en cada rostro, en cada esquina, sufriendo los tormentos del amor sensual. Yurān es esquiva; Korēn, solícita, y se deja citar en un hotel del Bowery. Su lecho es descrito con todas las gamas de la tentación, pero el Caminante sabe que la motivación principal de aquella muchacha radiante no es el amor sino la independencia de Irlanda. En vez de deshojar la rosa de Erín toma sus cosas, se despide ceremoniosamente, como buen caballero japonés, y reemprende el rumbo a Chinatown.

Este tipo de situaciones se repite una y otra vez. En los puntos críticos de la trama, cuando el lector supone que el Caminante encontrará la solución a sus complicaciones amorosas, surge la Historia. Nueva York, Londres o París, el resultado es siempre el mismo: pérdida y reencuentro. A través de Korēn, el viajero conoce a la viuda de John Stuart Parnell, al patriota republicano Gambetta y a todos los revolucionarios europeos de 1848-1870. Lleva cartas de un extremo a otro de la ciudad luz, y una noche casi lo atrapan unos agentes austriacos. En esos trances termina encontrándose con Yurān. Han pasado meses desde la última vez que se vieron en Estados Unidos y sus ojos se han tornado más oscuros. Su padre ha sido ejecutado al intentar el regreso a España. El Caminante la consuela con aforismos confucianos. Cuando está a punto de besarla, se aparece una tal señora Kossuth. “Es mi compañera de infortunio”, explica Yurān, y la recién llegada se sienta junto al Caminante y se pone a relatar los horrores de la opresión austriaca en Hungría.

Durante meses Satoshi dudó entre la poesía lírica y la ficción épica. Releyendo sus poemas y avanzando página a página de su saga favorita, Satoshi se convenció de que no tenía talento ni para lo uno ni para lo otro. Probó suerte con los periódicos populares de la época. Sus primeras remesas fueron rechazadas por el Yomiuri Shumbun, pasquín cuya línea recurría con frecuencia al sexo y la violencia. Luego intentó con el Fukuoka Shimbun. En su respuesta, uno de los editores le reprochaba que en sus crónicas primara la ansiedad. Tan grande el océano, tan pequeño Japón, los hombres,

los olores, la dieta, la religión, tan diferentes en cada meridiano. Lo intentó seis veces, una por año, hasta que finalmente logró que le publicaran dos relatos breves. Uno versaba sobre las islas Galápagos, en las que no había estado, y sobre México, donde escasamente recaló.

Aquello ocurrió en 1912, tras casi siete años en el mar. Su padre no hizo el menor comentario al ver su nombre en letras de imprenta. Sus despedidas eran lacónicas y frías. Su quinto hijo se embarcaba nuevamente: en el libro de la eternidad aquello pesaba menos que un grano de arroz.

Todo cambiaría en abril de 1914. Satoshi se embarcó en el *America Maru* para un viaje de ida y vuelta entre Yokohama y Valparaíso. Llevaba un proyecto en mente: escribir una novela acerca de un almirante chino que llegaba al imperio de los incas antes que los españoles.

Pero desde un comienzo todo se dio mal. Entre Yokohama y Honolulu una dama norteamericana que viajaba en primera clase apareció muerta. Un médico, un policía, el cónsul japonés y el marido de la víctima subieron, firmaron papeles y conferenciaron en el camarote del capitán durante varias horas. Desde cubierta o encerrados en sus camarotes, los pasajeros y la tripulación vieron como el ataúd era bajado por dos hombres vestidos de negro, que lo ingresaron a una carroza tirada por caballos.

En San Francisco estuvieron una semana anclados por una huelga de estibadores. En Salina Cruz los sorprendió un huracán, que en aquellos tiempos no tenían nombres de mujer. Llegaron al Callao con una caldera inutilizada, que redujo la velocidad de navegación a la mitad. Las reparaciones prolongaron el viaje en otros doce días.

Satoshi apenas podía pronunciar dos palabras en español y desconocía el alfabeto latino. Aun así, visitó bibliotecas y tiendas de libros usados, y adquirió un ejemplar ilustrado sobre la conquista del Perú. Aquellos días fueron los más fecundos de su juventud. Escribió poemas, impresiones y crónicas sobre los incas y las naves del Celeste Imperio. Se imaginó el trayecto de una gran armada china a través del Pacífico y su llegada a una América que, en lo sucesivo, ya no se llamaría así, sino como el almirante Liu Peng la bautizó en nombre de la dinastía Han. Y así Lima no tendría iglesias sino pagodas y santuarios budistas, y la *lingua franca* no sería el romance sino el mandarín.

Fue, en todo caso, una experiencia de gran intensidad, que quedó plasmada en forma de borrador en un cuaderno que finalmente se perdería. Durante dos días Satoshi no pudo volver a empuñar la pluma. Se sintió débil y afiebrado. Entre Iquique y Valparaíso tuvo diarrea, fiebre y espasmos. El médico lo miró con simpatía. Tras examinarlo de pies a cabeza, introducirle instrumentos en la boca, oírle la respiración y el estómago, le dijo que tenía tifus.

Fue desembarcado en Valparaíso sin más trámite.

El propio doctor lo acompañó hasta el hospital. Lo dejaron en una cama, junto a otros cuarenta enfermos de todas las edades, que tosían y se retorcían y eran atendidos por gruesas mujeres kirishitán vestidas de blanco. Una de estas mujeres se le acercó y le hizo unas preguntas que el médico le tradujo. Antes de irse, el médico se inclinó sobre Satoshi, que observaba con pavor a sus compañeros de infortunio, le hizo el gesto kirishitán de la buena suerte y se fue.

Lo primero que hizo tras ser dado de alta del hospital fue ir a la agencia W.R. Grace y preguntar por el próximo barco que saliera rumbo a Japón.

—No departures, Mister. War. England against Germany, ¿Vous comprenez, Monsieur?

Salió cabizbajo y caminó algunos metros a lo largo del malecón. Un mendigo se le acercó con la mano extendida y Satoshi vio sus pies descalzos, cubiertos por costras de mugre. No tenía monedas para darle. A lo lejos, los barcos se mecían en silencio, lejos del alcance de la artillería que retumbaba en el otro rincón del mundo.

Después de enterarse de que no habría vapores hacia Japón en menos de 90 días, la perspectiva de volver al Hotel Francia e Inglaterra le pareció aterradora. Había estado antes en Valparaíso y su opinión no era la mejor. Las calles eran estrechas, sucias, la gente hosca y desaseada, el alojamiento paupérrimo y la comida repelente. Pero comenzaba la primavera en el hemisferio sur y un viento fresco sacudía la ciudad. Hombres y mujeres paseaban del brazo o solos, chiquillos voceaban los titulares y un policía pitaba como un loco, apurando el tránsito de coches y tranvías. Se oía hablar inglés, francés, alemán y el divertido español de los lugareños. Abordó un tranvía y se sentó al fondo, observando a los transeúntes. Pálidos, rosados, de tez oscura y con la frente baja, prácticamente ningún rostro se parecía al suyo, salvo el de un esporádico chino que caminaba con la cabeza gacha. El sol caía oblicuamente a través de los edificios, iluminando letreros cuyo significado era incapaz de comprender.

Se bajó en la plaza Victoria. Se sentó en un banco y contempló el agua que caía en la pileta. Las facciones de la estatua le hicieron sentir un escalofrío. Sonaron unas campanas en el templo kirishitán y unos niños rubios, vestidos de marinero, se le acercaron y lo quedaron mirando. Tenían los ojos azules. Uno de ellos se estiró los párpados con los dedos, haciendo que sus ojos se parecieran a los de Satoshi. Los demás se rieron y salieron corriendo.

La madre de los niños descansaba en un asiento y sostenía en sus manos un libro. Era alta, de piel muy pálida y rasgos delicados. Llevaba un ancho sombrero y sus pies terminaban en dos botines puntiagudos, que se agitaban al ritmo de la lectura. Satoshi sintió un estremecimiento al ver a los pequeños hundiendo sus rostros entre los pliegues de aquella falda. Pensó en la madre de los

templos kirishitán, en su blancura y su placidez, en el joven príncipe coronado que yacía en su regazo.

Volvió cabizbajo al hotel. El recepcionista le arrojó una mirada de desgano. En su cuarto le esperaba una escena deprimente. En la alfombra crujían migas de pan, colillas y fósforos apagados. Contempló las sábanas sin cambiar y sintió que su infortunio debía obedecer a alguna razón oculta.

Había traído consigo el último volumen de Shiba Shiru y lo abrió en una página al azar. Incapaz de concentrarse en la lectura, dejó el libro sobre el velador, se puso de pie y corrió de golpe las cortinas. Un enjambre de mástiles de barcos se mecía con la marea. Desplazó la mirada por encima de las techumbres de zinc y las torres de los templos, hacia la explanada que se formaba entre el muelle y los cerros. Un tranvía pasó frente a su ventana con un cartel (*Jarabe Pagliano, purifica su piel*). En el borde de la explanada se levantaba una estatua de algún héroe naval. Centenares de casitas apelotonadas cubrían los valles interiores.

Al día siguiente despertó temprano, abrió su cuaderno y se asomó por la ventana. Intentó reproducir los ruidos, describir las personas. Logró que el recepcionista del hotel le explicara dónde quedaba la autoridad civil de la ciudad. Se presentó con su pasaporte y su parte médico, y después de varios minutos desfilando de oficina en oficina le explicaron adónde dirigirse. Deletreó su nombre ante el funcionario, lo repitió sílaba por sílaba para que le tradujeran su nombre a letras kirishitán y, tras pagar por una estampilla, salió con un papel que regularizaba su estadía en Chile.

El médico del America Maru le había dejado algo de dinero, pero Satoshi comprendió de inmediato que de la literatura no viviría.

Según las cifras del censo de 1920, en Valparaíso había un total de veinte ciudadanos japoneses. Satoshi no tardó en dar con ellos. El médico del America Maru le había dejado una dirección a la que se dirigió después de enterarse de que no saldrían barcos rumbo a Japón durante mucho tiempo, meses o incluso años. Calle Clave 67, sitio de una hospedería donde se alojaban los marinos japoneses de paso por el puerto.

—Bienvenido —dijo un japonés de manos gruesas, cuyo nombre era Akashi y le recordó por su buen humor al cocinero del Wagatomo, su primer barco.

En el comedor no había más de tres mesas. El menú estaba en japonés y en español y consistía en arroz, sopa miso con algas de mar y raíces picantes. El señor Akashi estaba casado con una chilena y atendía detrás de un mostrador, cobraba con la misma mano que llenaba los cuencos con sopa, mientras su mujer se encargaba de las sábanas y el aseo.

—Es una lástima, Kusanagi San, pero de momento no dispongo de habitaciones —dijo Akashi conmovido por el relato de Satoshi —. Hay varios viajeros en su misma situación.

Efectivamente, en la pensión de Akashi conoció al peluquero Tsutsumi, el marinero Miyata y al chofer Watanabe, que conducía el lujoso automóvil de un almirante chileno. También paraban a almorzar el ingeniero Sone y el comerciante Misugi, que habían llegado antes de la guerra.

Algunos japoneses tenían familias y vivían con ellas en sus comercios, otros buscaban oportunidades en la agricultura o en la pesca, y paraban en Valparaíso camino a Talcahuano, Antofagasta o Limache. Ninguno superaba los 30 años y el metro cincuenta de estatura, salvo Miyata que era el más viejo y había estado en la guerra contra Rusia. Misugi tenía un local de importaciones en calle Serrano, que administraba con sus hijos Naoei y Kenichi, y se mostró interesado por su condición de contador, aunque no le hizo ninguna oferta concreta durante aquellas primeras semanas.

Calculó que el dinero no le duraría los 90 días que faltaban para el arribo del America Maru, si es que un submarino alemán no lo torpedeaba en alta mar. Tendría que pedirle prestado a alguno de aquellos compatriotas, o encontrar un trabajo.

Para entonces la guerra ya se había instalado en el Pacífico. La escuadra alemana de Graf von Spee se desplazaba entre el Cabo de Hornos y Guayaquil hostilizando las naves que hacían la ruta hacia Francia y Gran Bretaña. A varios hundió sin respetar su neutralidad. Ante la furia y el estupor de los blindados ingleses, Von Spee se escondía en los canales del sur chileno para luego salir de caza en mar abierto. Valparaíso se llenó de náufragos franceses, holandeses y norteamericanos, cuyos relatos encendían las noches del puerto. Miyata y Akashi le advirtieron a Satoshi que no se mezclara con ellos: eran espías y lo podían perjudicar.

El 3 de noviembre de 1914 tres acorazados alemanes atracaron en Valparaíso para reaprovisionarse. Venían de darle una paliza a los británicos frente al golfo de Arauco. En diciembre los ingleses

se cobraron la revancha hundiendo a cuatro de los cinco blindados alemanes y matando a Von Spee y a su hijo. Solo se salvó el Dresden, que permaneció casi cinco meses en calidad de amenaza fantasmal, hasta que los británicos lo cazaron frente a la Isla Juan Fernández.

Satoshi pudo haber muerto de hambre de no ser por Misugi, quien lo contrató por un salario simbólico, con el que pagaba su alojamiento en una pensión, alguna propina ocasional y el almuerzo que preparaba su esposa, una matrona japonesa que rara vez salía sino para hacer las compras. A diferencia de los demás japoneses, los Misugi no vivían en la trastienda de su local comercial, sino que ocupaban una casona destartalada en los deslindes del cerro Cordillera. En el emporio Satoshi hacía de todo: barría, ordenaba cajas, hacía trámites aduaneros y llevaba la contabilidad junto con Naomei, el hijo mayor. Era un típico bazar japonés con su vitrina bien iluminada y sus productos dispuestos con esmero y delicadeza. Telas y agujas, juegos de té a precios bajos y que Misugi rara vez reajustaba a pesar de la inflación. Apenas un producto se acumulaba, Misugi lo ponía en liquidación, con lo que el inventario rotaba más rápido que las tiendas europeas.

Satoshi cambió todas las libras esterlinas que le quedaban y se dirigió a la Casa Francesa. Se probó varios trajes, mientras el vendedor lo observaba con indiferencia. Eligió un vestón negro forrado en satín de lana, una camisa blanca con cuello Arrow, tirantes Shirley y un sombrero canotier de paja inglesa. Pagó al contado y salió a la calle, vestido como un auténtico caballero.

Misugi San se dio cuenta luego de sus habilidades sociales y de su buen aspecto, atributos tan valiosos en una ciudad mercantil como sus conocimientos de contabilidad. Quizá no hubiera encontrado en Satoshi más que a un buen empleado, de no haber notado cómo lo miraban las mujeres.

Desde que Satoshi trabajaba en el local se había producido un hecho inesperado y muy saludable para el negocio: un creciente flujo de damas kirishitán. Como eran tiempos recesivos y ninguno de los cuatro hablaba bien español, muchas ventas quedaban suspendidas en miradas esquivas y no se concretaban. Con su chapurreo discreto y elegante, Satoshi lograba cerrar estas transacciones y ganarse el creciente afecto de su patrón.

Él era el más sorprendido de todos y lo atribuía a su nuevo traje, al que hacía descansar solo los fines de semana. Ahorró durante meses para comprarse un cuello de camisa y un segundo sombrero.

El siguiente paso fue aprender el idioma. Se matriculó en un liceo nocturno dirigido por un señor amable de apellido Bustillos. Los alumnos eran dependientes de comercio, aspirantes a la marina mercante o de guerra. Los profesores eran hombres jóvenes y vehementes. Satoshi se aplicó a las veintiséis letras del alfabeto latino con la misma obstinación que antaño dedicara a aprender los 1945 ideogramas de uso común. No era una tarea simple, pues debía partir por cambiar el orden lógico de su cerebro, cambiar el *ma-mi-mu-me-mo* japonés por el *ma-me-mi-mo-mu* latino.

—Muy bien, señor Kusanagi —lo felicitaba el profesor en reconocimiento de sus esfuerzos.

El japonés tiene menos fonemas que el español o que cualquier lengua romance. No hay artículos; los sustantivos no tienen género ni número; casi no hay verbos irregulares y su conjugación es muy sencilla. Pero para Satoshi esto complicaba su comprensión de la gramática española. Descifrar palabras aisladas fue un paso natural, gracias a su buena memoria. Aprendió las reglas mínimas de la sintaxis oral, la lectura de frases simples, letreros callejeros o titulares de diario. Aun cuando las fórmulas del sujeto eran infinitamente más simples que el japonés, el orden lógico de las frases fue siempre un escollo. Durante meses dijo, por ejemplo, *"Satoshi Kusanagi me llamo."*

Su adaptación culinaria fue aún más lenta que la lingüística. A

esto contribuía el almuerzo diario que le daba de lunes a sábado Misugi San, donde comía como en casa y no debía usar cuchillo ni tenedor. Pero los domingos corrían por su cuenta y el peso de toda una cultura le caía sobre los hombros. Miraba las cazuelas con desolación, las humitas con asco. No le gustaba el vino y la leche le daba arcadas.

Como la mayoría de los japoneses de su época, había sido hasta los 18 años prácticamente vegetariano. Su dieta era, por lo tanto, la adecuada para regular su metabolismo en poco tiempo, y así pudo escapar de las gripes o epidemias que circulaban por el puerto, incluyendo la temible gripe española. Con el mar había descubierto el pescado, pero la dueña de la pensión no le dejaba comerlo crudo.

—¡Chinito, te vas a enfermar! Déjame hacértelo a la plancha.

Escrupuloso con la higiene, muchos pensionistas veían en su baño diario un signo de vanidad, pero para él era cuestión de vida o muerte: la ciudad estaba llena de ácaros, pulgas, piojos, moscas gordas y ronroneantes que no se espantaban con un simple manotazo.

Un rasgo de los habitantes era su crueldad con los animales. Casi todo el transporte de mercancías se hacía con mulas cuyos lomos brillaban con los latigazos o se hundían bajo el peso de los bultos. En algunos lugares las bestias quedaban exhaustas, morían en plena calle y sus dueños las dejaban abandonadas. Perros y gatos no corrían mejor suerte. Era común asustarlos, patearlos, usarlos como blanco de pedradas o incluso cocinarlos. Tiñosos y malheridos, los perros se defendían formando jaurías que, a su vez, atacaban a los humanos desprevenidos y marcaban sus territorios.

De noche evitaba salir y escribía largas cartas a sus padres, que se demoraba aún más en enviar. ¿Llegarían siquiera? Aparte de los japoneses que se reunían donde Akashi, empezó a hacer amistades chilenas como el señor Bustillos, director del liceo, que hacia mediados de 1915 comenzó a invitarlo a reuniones sociales, en teatros o en salones donde se hacían discursos que Satoshi apenas comprendía. ¿Qué significaba *federación obrera*? ¿Por qué había tantos policías a la salida? ¿Por qué las mujeres que salían del templo kirishitán hacían aquel gesto al verlos pasar? Aquello olía a kyosanto, los temibles conspiradores contra el orden establecido. Pero el señor Bustillos parecía más un joven sabio que un agitador, con sus bigotes y su barba bien cuidada. Satoshi siguió yendo a las reuniones con la misma inocencia con que intentara escribir una novela.

Llegó el invierno y tuvo que comprarse un abrigo. Bajo la lluvia

Valparaíso era una calamidad; el agua rebotaba ruidosamente contra los techos, bajaba por las quebradas a raudales. En las calles céntricas se formaban lagunas pardas donde flotaba la basura.

Su relación con el nuevo idioma afectó duramente su escritura. La especulación acerca de los incas y los almirantes chinos le pareció pueril. Siguió enviando artículos a los periódicos japoneses, pero las respuestas tardaban meses. Se concentró en leer *El Mercurio*, el Oshimbun de la ciudad; o la más osada revista *Sucesos*, que tenía las mejores ilustraciones de guerra. Leía los folletines capítulo a capítulo, subrayando las palabras que no entendía, memorizando los rostros que más se repetían. Tardaría un poco más en descubrir las sutilezas de la política local, los líderes de la Alianza Liberal y de la Unión Nacional que entraban y salían de los gabinetes en un revoltijo que ni siquiera los locales acertaban a comprender.

Quedaba claro que en aquel país se comía mal y se dormía peor. ¿Qué otra cosa podía explicar que casi todos los avisos publicitarios fuesen de medicamentos y boticas? Jarabes, tónicos, ungüentos para la piel, pócimas para la digestión, el reumatismo, la neurastenia, la jaqueca, le hacían temer a Satoshi haber naufragado en un continente de mal vivir, donde incluso los ricos enfermaban.

Gracias a la prensa, que leía en sus horas libres detrás del mostrador de Misugi e Hijos, Satoshi se ganó otro punto en la estima de Misugi San, quien observaba a sus propios hijos con cierta tristeza. Naomei era disciplinado y prudente, pero sin chispa, y Kenichi un auténtico holgazán. Tal vez allí, en aquellas tardes en que Satoshi le leía a Misugi San la revista *Sucesos*, empezó a trazarse su destino.

Satoshi había estado en Bangkok, en Shanghai y en Macao, y comprendía la dinámica social de un puerto: una población local pobre, de tez oscura, y unos enclaves europeos que controlaban las finanzas y el comercio internacional. La diferencia con Valparaíso era la homogeneidad religiosa (todos eran kirishitán) y la gama de mestizos que había entre un polo y otro. Mestizos pobres y mestizos que llevaban una vida digna, mestizos cuasi ricos y razonablemente bien vestidos, pero que apenas se mezclaban con los ingleses, los alemanes, los italianos. Sabía que Chile era una república, que sus fronteras se extendían a lo largo de miles de kilómetros, pero le costaba imaginarlo como una nación en el sentido japonés del término. En su lectura afanosa de los diarios y revistas locales había descubierto que el presidente era un individuo elegido directamente por los ciudadanos respetables. Podía ser criticado por cualquiera, ridiculizado por los caricaturistas y hasta removido a la fuerza. Según le explicó el señor Bustillos, aquello había ocurrido en 1891 con el presidente José Manuel Balmaceda, cuyo suicidio provocó inicialmente en Satoshi una profunda admiración, que se diluyó cuando supo que no se había eliminado abriéndose el estómago sino volándose la tapa de los sesos con una pistola.

Santiago le permitió ampliar sus perspectivas acerca de la institucionalidad chilena. Conoció la capital gracias al comercio. Con Misugi San y sus dos hijos abordaron un tren, cargados de cajas y maletas, y durante las cuatro horas que duró el viaje Satoshi no despegó la vista del paisaje. Contempló chozas perdidas entre bosques y descampados, reconoció algunos viñedos, vio vacas, arroyos y unos pocos campesinos con ponchos y sombreros. La luz matutina se derramaba por los valles de Llay Llay y Las Chilcas destacando los colores: un verde tenue, de musgo salido tras la lluvia. Después de los cerros amarillentos de Batuco, Satoshi pudo ver un paisaje sobrecogedor: a su derecha, la cordillera de la Costa; a la izquierda, la de Los Andes.

De aquella primera impresión guardaría el recuerdo de las grandes montañas aun nevadas y la ausencia de cualquier nube que las separara del firmamento azul. Santiago era una ciudad silenciosa, sobria, de una cadencia elegante como las ciudades españolas que conociera en 1905. Por las calles corrían coches, tranvías y acequias cuyo murmullo le recordó su infancia en

Fukuoka.

Se instalaron en un pequeño hotel cercano a la estación Mapocho, se lavaron la cara y partieron de inmediato a la Quinta Normal, donde se celebraba la Exposición Internacional.

Había muestras de productos franceses, ingleses, alemanes. Lo mejor de la *socialité chilienne* (término que aprendería de labios del señor Bustillos) se paseaba delante de los pabellones. La prensa de la época no escatimó elogios a las telas, jabones aromáticos y juegos de porcelana que se exhibían en el pabellón japonés. Más de una dama se dejó tentar por arreglos de ikebana o los nunca vistos bonsái. El reportaje gráfico aparecido en *Sucesos* mostraba al Presidente de la República y al representante de la Cámara de Comercio de Tokio, concurriendo con sus respectivas delegaciones. En el número siguiente se publicó una foto de la comitiva oficial japonesa, junto a toda la colonia residente en Chile. Sumaban unos cuarenta individuos sentados y de pie, todos enchaquetados y engominados, con las banderas de Chile y Japón a sus espaldas. Satoshi era el quinto de la última fila, parado sobre una invisible tarima. A su lado estaban los hijos de Misugi San. Sentados Misugi, Miyata, el presidente de la Cámara de Comercio, señor Okeda y sus lugartenientes. Se veían algo desconcertados. Eran auténticos japoneses Meiji, dispuestos al riesgo, la exploración y las posibilidades de un mundo nuevo.

El viaje a Santiago le permitió profundizar sus lazos con la que más tarde devendría su familia adoptiva. Misugi San se había dado cuenta del éxito que Satoshi tenía con las damas y su destreza con los números. Jamás perdía la cuenta de las cajas, los gastos, las entradas y salidas de dinero.

Los hermanos Misugi eran como el agua y el aceite. Mientras Naomei, el mayor, acataba con una mansedumbre borreguil las órdenes de su progenitor, Kenichi buscaba el menor pretexto para desobedecerlas. Siempre andaba enfermo o al borde de una crisis estomacal, la que atribuía injustamente a la cocina de Akashi. A veces, en vista de algún nuevo atraso de Kenichi, Misugi San mandaba a Satoshi a buscarlo a su casa. Satoshi montaba en el ascensor, subía hasta la casona del cerro Cordillera y se encontraba con Kenichi tendido como un trapo en su tatami, el desayuno de su madre sin probar.

Rescatar a Kenichi del opio fue una odisea. Conoció el fumadero de calle Clave y San Francisco, donde iban los marineros; los del Olivar, San Ignacio y Retamo, donde a veces se veía a un inglés o a un chileno, aunque casi todos los clientes eran chinos. El más

pasable era el de Independencia 599, donde iban incluso caballeros. Allí el primogénito de Misugi San fumaba gruesas bocanadas de una pipa, exhalando un vapor dulce y espeso. Recostado en un diván, podía pasar horas observándose los pies, encogido como un feto o bien recitando poemas en voz baja. Misugi San era un japonés tradicional y recién permitía que su mujer cocinara carne de vacuno. Si Satoshi ignoraba lo calculador que era su mentor, éste ignoraba por completo que su hijo compartía pipas de opio con marineros, o en el mejor de los casos con caballeros kirishitán que visiblemente intentaban cortejarlo.

Kenichi estaba convencido de que la guerra iba a durar para siempre, que las armas se sofisticarían cada vez más, que Japón sería una potencia mundial y luego sería arrasado. Veía una tormenta de fuego, y un dragón alado que sobrevolaba el cielo arrojando obleas de TNT. Su voz era impersonal, quizá porque estaba hipnotizado y muchas veces siquiera despegaba la cabeza del cojín.

En 1916 Satoshi completó su aprendizaje en el liceo. En dos años había aprendido más español escrito y hablado que cualquier otro miembro de la colonia. Incluso había descubierto instintivamente las soluciones fonéticas que durante el siglo XX utilizarían los lingüistas japoneses para introducir los términos foráneos en el habla cotidiana. Decía *furamenco* por Flamenco, y *cuchufurí* para referirse a la divertida golosina que los niños chilenos conocían como cuchuflí.

El día de su graduación Misugi San le dio libre, sus amigos lo felicitaron y el señor Bustillos, tras entregarle su diploma, lo invitó discretamente a un bar. Satoshi en un principio declinó aceptar, pero el director del liceo le pasó una hoja de papel en la que leyó una dirección.

—No me defraude —dijo.

Salió esa noche acicalado. El bar *La Perla* quedaba en el Almendral, la zona recién reconstruida tras el terremoto de 1906. La entrada era discreta y el interior oscuro, apenas se divisaban los rostros de los parroquianos que conversaban animadamente, inclinados sobre las mesas.

—A su salud, conciudadano —le dijo el señor Bustillos alzando una copa.

Satoshi, que no bebía alcohol, probó champaña por primera vez. El señor Bustillos era distinto de noche, a juzgar por los

personajes que se les unieron en aquella velada. La mayoría eran periodistas, escritores, caricaturistas y dibujantes publicitarios. Con ellos Satoshi pudo comprender un rasgo que se le escapaba por completo de la conversación local: la picardía. Para alguien que desde pequeño había aprendido a hablar de manera breve, precisa y veraz, tomando siempre en cuenta qué lugar ocupaba el interlocutor en la escala social, aquello que hablaban los amigos del señor Bustillos (y el señor Bustillos mismo) era la lengua de los infiernos, un torrente de chispas y fonemas estridentes cuya relación con la verdad era dudosa.

La guerra no daba visos de acabar y las recaladas de barcos japoneses se postergaban. Con Akashi y sus compatriotas además podía seguirle dando algún sentido a su pluma. Les entregaba sus prosas, poemas, copias de los artículos que seguía enviando a los periódicos japoneses sin recibir respuesta. Miyata le corregía sus kanji y Watanabe, el ex marino, lo felicitaba por su estilo conciso.

Pero estos triunfos parciales no explicaban su permanencia en un lugar tan poco acogedor. Un primogénito hubiera hecho lo imposible por volver a Japón. Un *mabokochan* podía tomárselo con calma, y dudar. La primera posibilidad de hacerlo fue, de hecho, la visita oficial de la Cámara de Comercio durante la exposición de Quinta Normal. Hubiera podido regresar en el mismo vapor que el señor Okeda. Pero Satoshi se sentía comprometido con Misugi San y se limitó a despedir a la delegación en el Muelle Fiscal, no sin sentir un estremecimiento al observar la lenta desaparición del barco en el horizonte. En el saco del correo iban dos cartas suyas, una a su padre y otra a su madre: ambas idénticas de no ser por el encabezado y la frase final.

Otro hito que forzó su estadía fue que un periódico, el Fukuoka Oshimbun, publicara finalmente, en su edición del 12 de enero de 1916, un artículo de Satoshi titulado “Comercio japonés al otro lado del Pacífico”. En él describía someramente el país, sus riquezas y su ubicación estratégica entre el Cabo de Hornos y el trópico de Capricornio. Luego centraba su pluma en la muestra japonesa de la Quinta Normal. Fue uno de los primeros artículos de prensa en que se mencionó la palabra “Chile”. En total 825 caracteres, entre kanjis y kanas que el editor corrigió profusamente.

Miyata y Watanabe lo felicitaron y el señor Bustillos lo sacó nuevamente a parrandear.

No todos los chilenos les daban el mismo trato. A veces los japoneses eran empujados en la calle, o algún borracho los ridiculizaba a la salida de algún restaurante. Había políticos, como el demócrata Malaquías Concha, paladín de los oprimidos, que llamaba a impedir la inmigración de amarillos y negroides. Las editoriales del celebrado Mont Calm, en El Mercurio de Valparaíso, hablaban indistintamente de los elementos que no era posible admitir en una nación civilizada.

Las primeras prostitutas que conoció en el barrio del Puerto lo trataron con el mismo desdén. Algunas se negaban a atenderlo; hubo varias que más encima le robaron; con una tuvo un malentendido tarifario del que escapó con varios moretones en la frente, una rodilla resentida y desgarraduras en distintas partes de su estupendo vestón. Su sentido del decoro era tal que jamás se le hubiera ocurrido propasarse con las damas que venían al local de Misugi San.

Un caballero que vivía en la pensión, al verlo llegar magullado, con el cuello de la camisa arrancado de cuajo por la furia criminal del proxeneta, lo miró con compasión y lo ayudó a subir las escaleras.

—No pierda su tiempo, amigo.

Era un hombre de unos treinta años, de aspecto bonachón. Satoshi solo lo había visto un par de veces. Al día siguiente se cruzaron en el comedor y el caballero le entregó sin decirle nada un trozo de papel. Era una dirección en el cerro Bellavista. Buscó al caballero para pedirle explicaciones, pero éste ya había salido.

No volvió a verlo en varias semanas y dedujo que era un vendedor viajero o un tripulante de barco. Cuando reapareció en la pensión, Satoshi se convenció de que era, sobre todo, un hombre feliz. Parecía bronceado, como si hubiese estado en otras latitudes. Lo primero que hizo fue preguntarle a Satoshi por el cerro Bellavista. Pero él no se había atrevido a ir. El viajero sacudió la cabeza.

—Ahí solo le roban a uno los sentidos...

Tuvo que hacer de tripas corazón y echar mano a sus ahorros. Tomó un carro y montó en el ascensor. En el exterior era como cualquier casona de los alrededores. Golpeó la puerta con los nudillos y dos ojos lo encararon a través de un pequeño visor. La puerta se abrió lentamente y un criado lo hizo pasar a un zaguán, donde le pidió que esperara. Al cabo de unos minutos apareció una gruesa mujer de piel blanca y rizos color zanahoria. Su voluminoso cuerpo cabía apenas en un traje de tafetán rosado, con tres grandes

y sugestivas rosas a modo de ornamento.

—Buenas noches, caballego. ¿Quién nos hace el honog de su visita?

Recordando su lejana estadía en Marsella, Satoshi se sacó el sombrero, dijo su nombre y se inclinó ceremoniosamente, como le habían enseñado en su infancia a saludar a una gran señora.

— Llámeme Mere Jeannette —dijo la mujer—. Víctor, el sombrero de *monsieur*...

Satoshi besó la mano de la dama y se dejó llevar a través de un pasillo alfombrado. En aquella época era costumbre avituallar los salones de un modo abrumador. Un japonés no podía procesar tanta información visual, tanto objeto decorativo, estatuilla, jarrón de porcelana, biombo y sofá tapizado de rojo sangre.

En el salón había dos muchachas muy jóvenes; una de ellas tocaba un piano. Superada esta impresión fijó la mirada en las mesas con estatuillas de sirenas, los jarrones con grandes plantas y los cuadros con escenas pastoriles. Las lámparas impregnaban el salón de una luz amarillenta.

—Petra y Sybilla, les presento a monsieur Kusanagi...

Las dos muchachas hicieron una venia. El criado apareció con dos copas de champaña.

—*Santé, mon ami. Et maintenant je vous laisse avec mes fleurs*... —dijo la dama después de vaciar su copa.

Satoshi brindó sin entender una palabra de lo que decía. A solas con las muchachas las vio como a las heroínas de Shiba Shiru. Petra tocaba el piano y Sybilla seguía el ritmo con los dedos. Sus bustos sobresalían majestuosamente, ceñidos por sus finos vestidos de muselina. Ambas tenían unas cabelleras ensortijadas y vaporosas. Visiblemente no eran chilenas.

—¿Le gusta bailar?— preguntó Sybilla.

Sin esperar su respuesta Sybilla puso un disco en el gramófono. De pronto se vieron los tres bailando, tomados de la mano, formando parejas fugaces. Petra tenía la piel blanca, el pelo negro y los ojos muy redondos, verdes y vivaces. Sybilla era su anverso en todo sentido, incluyendo la locuacidad. No paraba de hacerle preguntas, de exhalar palabras; olía a flores que Satoshi no sabía identificar.

Después de casi dos años de preocupaciones, soledad, miedo a la pobreza y a lo desconocido, Satoshi se vio a sí mismo subiendo las escaleras de la mansión con dos geishas que le mecían el cabello, le hacían cosquillas debajo de la axila y le susurraban extrañas palabras en el oído.

Petra se lo advirtió desde un principio: algún día se iría.

—La única virtud que me transmitió mi madre fue el ahorro. Lo que no gasto en ropa lo guardo.

Había nacido en un país llamado Polonia y su familia emigró a América cuando ella tenía cinco años. Estuvieron en Buenos Aires, donde el padre murió de fiebre tifoidea, y luego en Montevideo, donde su suerte no mejoró. Petra había aprendido allí el oficio con su madre, a la tierna edad de doce años.

—Somos niñas malas —dijo Sybilla melancólicamente.

Sybilla de hecho hablaba muy mal el español y Petra ni siquiera era kirishitán; su madre pertenecía a una religión aún más antigua, perseguida por los propios kirishitán por motivos oscuros.

Los domingos Satoshi y Petra salían a pasear. En la plaza Victoria parecían una pareja de recién casados. Satoshi se sentía el hombre más feliz del mundo, al punto de ser incluso locuaz en un idioma que dominada solo a medias. Los muebles kirishitán ya no lo atormentaban, e incluso sabía la diferencia entre un canapé y una *chaise longue*. Cuando se quedaba sin dinero, la Mere Jeannette sonreía y anotaban sus visitas en un cuaderno.

La primera noche que pasó con Petra y Sybilla recordó una historia que había escuchado cuando niño en Fukuoka.

Urashima era un joven pescador que un día atrapó en sus redes a una vieja tortuga. Era tan vieja, la pobre, que Urashima le tuvo pena y la soltó. Inmediatamente surgió de las aguas una hermosa ninfa que le dijo: “Urashima, soy la hija del rey del Océano, el rey dragón, y te invito a conocer mi palacio bajo las aguas. Es un palacio hecho de conchas marinas y puertas de coral”. Urashima aceptó la atractiva propuesta y se dejó arrastrar hacia el fondo del océano. En el Palacio lo esperaban siete dragones de colas doradas, que lo guiaron a través de sus túneles de piedra, hasta el salón principal. Cuatro años vivió Urashima en la más absoluta felicidad, con su esposa, la princesa dragón. Sin embargo, un día comenzó a echar de menos a sus padres y a las calles donde había crecido y jugado. Antes de partir, su esposa le dio una caja y le dijo que por ningún motivo la abriera; ella lo traería de vuelta al palacio submarino si era necesario.

Cuando Urashima volvió a su patria, encontró todo cambiado, le preguntó a un anciano dónde quedaba la casa de los Urashima, y el anciano le respondió que Urashima se había ahogado pescando hacía más de cuatrocientos años. Apabullado, olvidó las

instrucciones de su esposa, la princesa dragón, y abrió la caja. Una blanca humareda surgió del interior y se dirigió en volutas hacia el mar. Ursahima comenzó a envejecer. Su pelo encaneció y sus manos empezaron a temblar, hasta que no fue más que una pila de polvo que el viento dispersó.

Satoshi sostuvo un contacto esporádico con su familia en Japón. El balance terminaría en un total de cuatro misivas recibidas en cuatro años: una de su padre, otra de su madre, otra de su hermano y una de su editor. La de su padre destilaba un nacionalismo rotundo, en vez de hablar de su familia alababa las victorias militares del emperador. Su madre, en cambio, se quejaba de los precios que no paraban de subir. Su hermano mayor le reprochaba no haber vuelto para ayudar en el taller. Como en los viejos tiempos, cuando sus hermanos bostezaban ante sus relatos de mar y su padre se retiraba después de despotricar contra los extranjeros, Satoshi veía a su familia como un accidente del destino. Solo el editor le dio buenas noticias, aunque no fue muy explícito en materia de honorarios y futuras colaboraciones.

En estas circunstancias se vio enfrentado a tomar una decisión: volver o quedarse. Sabía que en el Perú o en Brasil existían comunidades japonesas más numerosas que la chilena, y por momentos pensó en hacer las maletas. Pero en Valparaíso no solo tenía donde dormir, sino que a veces incluso lo hacía acompañado. La dulce Petra, de apellido Morganski y oriunda de un lugar llamado Polonia, terminó siendo el único argumento de peso para optar por el sucio Valparaíso.

En las tardes de septiembre el viento corría, el sol se ponía sobre olas encrespadas y Chile celebraba su fiesta nacional. Se levantaban unas ranchas sórdidas con troncos y ramas, donde todo el mundo se emborrachaba y bailaba aquel baile zapateado que al señor Bustillos le tanto gustaba. A Satoshi solo le llamaban la atención los volantines. Se preguntaba quién los habría traído desde el otro rincón del mundo y pensó de inmediato en el almirante Liu Peng, en algún marinero de su flota. Tal vez había sido un simple cocinero, un esclavo, el hecho es que los volantines estaban ahí, flotando sobre las corrientes, elevándose por encima de los cerros, enredándose en tensas batallas cuyas víctimas terminaban atrapadas en los árboles. El primer año solo miró. El segundo intentó construir un volantín propio, pero no lo logró. Terminó comprando uno. Era cuadrado y la mitad inferior roja, una cuarta azul y la otra blanca, como la bandera chilena. Petra lo sostenía mientras Satoshi tensaba el hilo. Lo vieron elevarse uno, dos metros, montado en las corrientes. Su cola se agitaba con los tirones que Satoshi daba al hilo, dejándolo que subiera hasta

quedar reducido a un cuadrado diminuto entre las nubes. Satoshi le mostró el carrete tensado hasta el máximo, ella soltó una risotada y dijo algo en el idioma de su madre. Fue un momento eufórico, que a Satoshi lo sacó momentáneamente del presente. Entonces el carrete soltó un chasquido y lo que quedaba de hilo salió arrastrado por el viento hasta perderse.

Una tarde de invierno, en 1918, entró en un templo kirishitán. Afuera llovía copiosamente. Algunas mujeres rezaban inclinadas en unos largos e incómodos asientos de madera. Satoshi se sentó y contempló al profeta flagelado que presidía el altar. Los kirishitán rezaban de un modo extraño, sufriendo. Pero había también otros que rezaban sin ese sufrimiento y por lo general estaban en otros asientos, orientados a la madre del profeta. Aquello era lo poco que recordaba de la breve introducción teológica que le hiciera el médico del Wagatomo en Barcelona, hacía más de catorce años.

De pronto sintió una mano que se posaba sobre su hombro. Era un sacerdote.

—¿Buscas algo, hijo?

Satoshi lo miró sorprendido. Hablaba igual que la Mere Jeannette.

Los sacerdotes kirishitán vestían de negro, parecían siempre tristes, cantaban cánticos lúgubres en aquella lengua muerta llamada latín. Satoshi sabía también que tenían voto de castidad, al igual que los monjes budistas. Pero aquel sacerdote no se veía particularmente triste ni melancólico, ni menos casto. Sus ojos eran como dos chispitas amarillas en un líquido negro.

—Me llamo Loic —dijo extendiéndole la mano.

El Padre Loic lo invitó a su despacho a tomar una taza de té. No se consideraba francés sino bretón. Había nacido en Brest y gran parte de su vida, al igual que Satoshi, la había pasado en el mar, a bordo de barcos mercantes u organizando parroquias en los puertos. Había estado en Perú, California y Japón, pero no conocía Fukuoka. Incluso chapurreaba algunas palabras en japonés.

—¿Cuándo naciste, hijo?

Satoshi le dijo su edad, pero el padre Loic sacudió la cabeza.

—El día, hijo. Es el día de tu santo.

Estaba en su pasaporte, pero Satoshi no lo sabía. En la era Taisho los japoneses cumplían años colectivamente el día del año nuevo.

—Yo nací el 15 de noviembge, día de San Maclou, navegante y

patgono de Saint Malo.

Después de aquel primer encuentro Satoshi quedó prendado del sacerdote. El padre Loic era un consumado patissier y cada vez que se juntaban lo esperaba con una bandeja de crepes, galettes y una botella de sidra. En su escritorio tenía una gran estatua de Santa Ana, patrona de Bretaña, una bandera con rayas blancas y negras, la Gwen ha Du. Jugaba a las bochas con los vascos y los gallegos de la ciudad y generalmente les ganaba. Como si fuera poco tenía una voz potente, cavernosa, que resonaba en el templo.

—Catorce de abril —dijo Satoshi.

El padre Loic guardó silencio, consultó con una especie de sacerdotisa vestida de negro, y esta le respondió sin dudar:

—Santa Julita y San Quirico Mártires.

Sor Cándida era portuguesa de nacimiento, muy baja y con unos ojos como pelotitas de carbón que le saltaban de las órbitas. Santa Julita, explicó, fue una cristiana que huyó con su hijo Quirico del yugo romano, durante las persecuciones de Diocleciano. Fue apresada, crucificada y decapitada, mientras su hijito era azotado contra los escalones del palacio real.

¿Y eso era todo?, parecía preguntar Satoshi con la mirada. ¿Ningún acto de magia, ninguna astucia o alianza oportuna con los dioses para zafar de tan mala fortuna?

—Murieron gozosamente, abrazando la gloria de Dios —dijo Sor Cándida mirándolo con severidad.

Pero Satoshi no se sentía muy impresionado. ¿Qué diferencia existía entre ese morir gozosamente de los kirishitán y el *sepuku* de honor de un samurái?, le preguntó al sacerdote.

—Que Santa Julita pone la otra mejilla —dijo el padre Loic.

Fue su primera noción de sincretismo religioso. La otra fue la Virgen, aquella mujer tan hermosa que presidía los altarcillos laterales del templo. María que sin pecado concibió al hijo de Dios, explicó el sacerdote, y no agregó ninguna palabra más, como si detrás hubiese un misterio para el que Satoshi aún no estaba preparado.

Satoshi le contó la historia del médico del Wagatomo, su primer barco, y del médico del America Maru, el último. Le explicó con el entusiasmo que le permitía su español rudimentario y su pudor natural, que ambos eran kirishitán. Al oírlo el padre Loic pareció como si hubiese visto al dios mismo, pues cerró los ojos y juntó las manos y oró. Pasó de esta euforia mística a fruncir el ceño cuando Satoshi le contó que sus primeras lecciones de español las había recibido en un liceo nocturno. Empleó la palabra francesa

francmaçons y Satoshi comprendió que los acusaba de ser kyosanto.

La conversión de Satoshi fue más una decisión pragmática que el resultado de una iluminación espiritual. La coexistencia de credos era normal para cualquier familia japonesa. Budas y deidades Shinto adornaban simultáneamente los hogares y servían para distintos propósitos. En cambio, los kirishitán creían en un solo espíritu colectivo, con el que todos se identificaban. El honor familiar se expresaba en la asistencia al rito del séptimo día, la misa dominical. Los antepasados se veneraban un solo día al año, en el cementerio. Según lo que pudo concluir de su catecismo, Jesús había sido una especie de *Hijiri*. El Hijiri Jesús, cuya inmolación era una suerte de iluminación. Todo aquello de la muerte, de la derrota de la muerte y de la otra mejilla adquirieron de pronto una grandeza a los ojos de Satoshi, como la que pudo haber sentido en otro tiempo por los guerreros que, tras la derrota, se hacían el *sepuku*, o como Santa Julita que veía cómo su hijito era arrojado antes de ser decapitada gozosamente.

En menos de dos meses recibió una granizada de historias santas, de hombres quemados, mutilados, de mujeres con sus senos cercenados con cuchillos calientes, de hombres a los que literalmente se destripaba por el solo hecho de predicar el amor. Historias no más inverosímiles que las descripciones de los relicarios, morada de hombres santos cuya carne no se corrompía por acción de lo sobrenatural, que los kirishitán denominaban *milagros*. Brazos, torsos y cabezas conservadas en estructuras metálicas, engastadas con piedras preciosas por los artesanos. Repugnantes para cualquier japonés, estas tradiciones despertaban en Satoshi al poeta y al explorador, al cronista inquieto.

Por las noches no rezaba, sino que anotaba lo aprendido durante el día: el santoral, los ejercicios de Loyola y San Juan de la Cruz, retraducidos al japonés por su puño y letra. Fue el material para nuevos artículos que el periódico de su ciudad natal publicó durante los siguientes cinco años.

El profesor Bustillos le confesó que él también era bautizado por la Iglesia Católica y le explicó que uno podía rechazar a los sacerdotes y seguir admirando al Hijiri Jesús. Además, dijo el profesor Bustillos en tono confidencial, el Hijiri Jesús había sido un líder político, un revolucionario.

Acudieron a su bautizo, oficiado por el Padre Loic, casi todos los huéspedes de la pensión y varios clientes y funcionarios de la casa de la Mere Jeannette, incluyendo a Petra y Sybilla.

El padre Loic repitió:

Verbum caro panem verum
Verbo carnem efficit,
Fitque sanquis Christi merum,
Et, si sensus déficit,
Ad firmandum cor sincerum
Sola fies sufficit

Y Satoshi, con los ojos cerrados, comulgó.

El día del armisticio todo Valparaíso celebró, menos la colonia alemana que estaba de luto. La casona de la Mere Jeannette se llenó de invitados que descorchaban botellas de champaña y brindaban por un futuro mejor. Para Satoshi representaba el cierre de una época: había llegado a Valparaíso poco antes del inicio de las hostilidades, y ahora que éstas habían concluido no podía postergar una decisión.

Era noviembre de 1918 y al día siguiente almorzó con Misugi San y su familia. Sentados sobre el tatami, se deleitaron con los exquisitos platos preparados por la esposa de Misugi San. El comerciante le confió sus esperanzas de que el negocio volviera a florecer y Satoshi sintió por primera vez que aquellos cuatro años no habían pasado en balde. Aquel japonés anticuado era lo más parecido que había tenido a un padre; con sus dos hijos había compartido más que con cualquiera de sus hermanos. Ahí estaba Kenichi, el menor, con sus ojeras y su aire ausente; y Naomei, el mayor, que hablaba solo cuando el padre le dirigía la palabra, y la señora Misugi que rellenaba en silencio los pocillos vacíos, yendo y viniendo de la cocina con nuevas porciones de pescado y arroz.

Fue tal vez por sentirse parte de una familia. O tal vez fue por Petra. El hecho es que se quedó. Sus tardes con la *geisha* se estiraban como un calendario de infancia. Pasaban tardes enteras en la playa Las Torpederas, comiendo frutas y mojando los pies, viendo las maniobras navales, los pescadores que volvían con cargamentos de jureles y merluzas, los vagabundos que buscaban tesoros en la arena.

Ya podía leer y disfrutar de los versos locales:

Por la mañana sale El Chileno,
Crimen, asalto, picnic ameno
Los muchachos corren cual lauchas
Y a las chapitas se juegan las chauchas
que se ganaron con La Unión.

Pero el negocio de Misugi San no prosperó por una simple razón: la economía nacional tampoco lo hizo. El salitre sintético alemán había desplazado al chileno y deprimido los precios. La caída en las exportaciones afectó los ingresos fiscales y las reservas de oro, que a su vez redujeron el nivel de circulante, según les

explicó Miyata una tarde en la peluquería de Tsutsumi. La gente tenía menos dinero para comprar, y eso afectaba las teteras, el té, las telas de Misugi San y los inventarios de todos los comerciantes del puerto. El profesor Bustillos, que también sabía de esas cosas, se lo confirmó.

—Pero no se preocupe, amigo Kusanagi, que viene el León a cambiar las cosas.

Satoshi lo quedó mirando.

—Grábese este nombre: don Arturo Alessandri Palma, el León de Tarapacá.

—*Aressanduri*… —repitió Satoshi.

Alessandri fue el primer político chileno que capturó la atención de Satoshi. Se aproximaban las elecciones de 1920, que según el señor Bustillos no serían como las de 1915. El León de Tarapacá, insistía el pedagogo, representaba a las personas como él, a los funcionarios que no tenían dinero ni tierras, a los que venían de lejos y no tenían trabajo asegurado en la administración. Nadie igualaba sus discursos apasionados en la cámara de diputados. Satoshi era el único en el local cuando una muchedumbre agitando pañuelos pasó por la calle Esmeralda. Rodeaban a un vehículo en cuyo asiento trasero iba un hombre erguido, saludándolos: era Alessandri camino a la presidencia. Satoshi cerró la caja y bajó las cortinas. Una banda tocaba una melodía que alguna vez oyó en puertos mexicanos. Alessandri iba algunos metros adelante saludando, agitando su sombrero, extendiendo los brazos como si pudiera abrazar a cada una de aquellas cabezas. Sin amplificación, la voz de Alessandri le llegaba a través de las calles de Valparaíso como una sucesión de alaridos y espasmos sincopados por los vítores de la chusma.

Escribió una crónica elogiosa del proceso electoral chileno, y su editor le respondió una lacónica respuesta que consistía, básicamente, en la devolución del material y la solicitud de abstenerse en lo sucesivo de enviar nuevas colaboraciones a la redacción.

Nada parecía detener el huracán de Alessandri, al punto que el gobierno inventó una crisis limítrofe con Bolivia y movilizó a los reservistas del ejército, dando lugar a escenas dramáticas en las estaciones ferroviarias del país.

—Patrañas, puras patrañas —rumiaba el señor Bustillos en el bar La Perla evocando en Satoshi el recuerdo de los kyosanto y de la guerra ruso-japonesa de 1905.

Las elecciones fueron el 25 de junio. La corrupción y el cohecho

eran rampantes y los resultados nunca se supieron del todo. Alessandri contaba con una frágil mayoría en el colegio electoral, que su rival impugnó legalmente. Todos los días el León arengaba a sus partidarios desde su residencia particular, ofrecía su vida por el pueblo, reclamaba contra el fraude y la canalla dorada, la aristocracia y los shogunes locales. El comercio cerró y se paralizaron los transportes. En Magallanes doce obreros de la Federación local fueron asesinados por estancieros y policías armados.

—Llegó la hora de organizarse —dijo el señor Bustillos con las mejillas encendidas.

Pero no fue necesario. Después de largas negociaciones, Alessandri fue proclamado presidente de la república, y asumió el cargo en diciembre, seis meses después de las elecciones. La melodía *Cielito Lindo* resonó en todos los rincones del país, pero especialmente en las gargantas de los amigotes del señor Bustillos y en los ojos entusiasmados de Satoshi.

Pronto sabría lo que era la desilusión en política. Ni el programa de Alessandri fue aplicado, ni la situación económica mejoró. Entre 1922 y 23 estallaron huelgas y motines y los precios no pararon de subir; Satoshi vio a los trabajadores batiéndose con la policía, destruyendo la vitrina de Misugi San. Kenichi fue detenido y golpeado en la comisaría pues, según un testigo, se había sumado a un desfile de banderas rojas que terminó en la Plaza Aníbal Pinto con un tranvía incendiado y decenas de contusos.

—Así está el mundo —dijo Miyata cerrando el periódico: en Japón pasaba lo mismo, en Rusia los kyosanto se habían tomado el poder y pronto lo harían en Alemania.

Satoshi logró alejar a Kenichi de los antros del opio, pero a costa de suministrarle él mismo la droga, lo que implicaba dosificársela de acuerdo a un programa paulatino de desintoxicación. Una vez a la semana iban en tren a Viña del Mar, se bajaban en la estación, tomaban una victoria que los dejaba a un costado del estero. Más allá del Marga Marga la ciudad no existía sino como una colección de chacras y quintas frondosas, cuyos caminos de tierra llevaban hasta unas elevaciones que dominaban la bahía entera. Satoshi extendía el mantel, sacaba la botella de agua, las provisiones, su cuaderno de notas. Kenichi fumaba detrás de los arbustos, regresaba y se recostaba sobre unos almohadones. Durante aquellas sesiones Satoshi recuperó la costumbre de meditar en posición auroral. Como en sus tiempos de marino mercante, solo

que en tierra firme, repetía un kohan del maestro Basho y pensaba, viendo el sopor de Kenichi, que en Japón nadie lo necesitaba, pero que en Chile era parte de algo.

Durante los siguientes cincuenta años Satoshi nunca se volvió a plantear la posibilidad de volver. Su país no era de dónde venía, sino adónde había llegado. Su familia estaba en Valparaíso y Misugi San era su líder.

En 1922 Naomei, el hijo mayor, partió a Japón a seguir estudios de ingeniería. La salud de Kenichi se deterioraba cada vez más. La golpiza en la comisaría había dejado secuelas; pese al programa de desintoxicación de Satoshi, el daño estaba hecho. Una tarde de invierno, mientras se acercaba un temporal copioso y entre los dos cerraban el local, Misugi San le dijo con voz monocorde:

—Sé los cuidados que usted ha estado dispensando a mi hijo menor, Kusanagi San. Se lo agradezco.

Satoshi sintió que la sangre se le helaba. ¿En qué consistía exactamente ese agradecimiento?

—Si algo me ocurre a mí, o a mi hijo Naomei, es en usted Kusanagi San, en quien confío el cuidado de mi esposa y de Kenichi. Lo que usted ha hecho por él es propio de un hermano.

Satoshi se inclinó. A partir de entonces su vida dio un vuelco radical. Convenció a Misugi San de pedir audiencia a los directores de la casa Gath & Chávez, la tienda más importante de Santiago. La muestra de productos que traían era lo suficientemente fina como para conmover a aquellos caballeros de tez rosada, entre los cuales figuraba más de un visitante de la feria internacional de 1915.

Aquella primera gran cuenta solidificó el prestigio de la firma. Misugi San envió a Satoshi a los puertos y ciudades del interior, en busca de nuevos clientes. Satoshi se dedicó a sondear el comercio y ofrecer muestras en los emporios donde acudía la burguesía. Llegó también a hacer suya la frase de "una novia en cada puerto". Tuvo una amante croata en Antofagasta y una alemana en Puerto Montt y amplió su visión culinaria del mundo. Aprendió más español que en clases y comprendió que, más allá de la crisis, aquella región del mundo estaba aún por explorar.

La experiencia también radicalizó su escritura. Como alumno preferido del profesor Bustillos, fue el primero que pudo escribir una carta en buen español y llegó a ser una especie de vocero de la comunidad. Respondía a las editoriales y artículos de prensa en que se denigraba a los japoneses y los orientales en general. Satoshi hizo una colecta entre los comerciantes japoneses para colocar avisos publicitarios en El Mercurio de Valparaíso, saludando el día

de las Glorias Navales y el día de la Independencia. Redactaba contratos y documentos legales para toda la colonia, lo que solidificó su prestigio y aumentó su autonomía. A mediados de 1922 Misugi San lo llamó a un lado y le dijo:

—Pese a Gath y Chávez, el negocio marcha lento. ¿Ve alguna mejora en el horizonte, Kusanagi San?

—Chile depende de los precios internacionales del salitre, Misugi San —respondió Satoshi—. Estos apenas han mejorado desde la guerra. Si Chile exporta menos, esto significa que el Estado recauda menos impuestos y los bancos deben vender oro en el extranjero, retirando el equivalente en moneda local.

Misugi San se hacía apenas una vaga idea de lo que era la política económica en la época del patrón oro. Escuchaba a Satoshi con atención, sopesando sus palabras, intentando desprender de ellas alguna conclusión provechosa para los negocios.

Los informes de Satoshi fueron fundamentales para que Misugi San administrase correctamente su flujo de caja. El manejo impecable de los libros, facilitado por el escaso movimiento mercantil de la época, contribuía a aumentar las atribuciones de Satoshi dentro de la empresa, al punto en que se le confiaran aspectos fundamentales. Misugi San era lo suficientemente hipocondríaco como para tomar todas las precauciones del caso. Satoshi era el futuro de la comunidad japonesa en Chile, Satoshi trabajaba con él, entendía el mundo, hablaba varios idiomas y era un joven confiable.

El 1 de septiembre de 1923 le llegó su turno de demostrarlo. Los diarios reprodujeron los primeros cables que informaban del terremoto que había asolado al Japón.

El epicentro fue en Tokio; marcó 7,9 grados en la escala de Richter y mató a 142.832 personas. Durante semanas no se habló de otra cosa en Valparaíso; hacía exactos diecisiete años, la ciudad también había sido destruida por un movimiento telúrico.

El padre Loic organizó una misa. Se reunieron frazadas y ropa que la colonia fletó a Japón en el America Maru. En la carta que recibió Satoshi varios meses más tarde su padre no se quejaba, describía lacónicamente los efectos del terremoto. Su casa había quedado en el suelo, pero al viejo Kusanagi le quedaban otros tres hijos varones para reconstruir su negocio y el altar de sus antepasados.

No es ni mi primer terremoto ni el último, escribió con mano

titubeante el anciano.

Misugi San, en cambio, estaba acabado.

Naomei había muerto en el terremoto, Kenichi estaba internado en un sanatorio para tísicos. Con su mujer no pararon de llorar mientras duró la misa del padre Loic.

Dos meses después Misugi San llamó a Satoshi a su despacho, le pasó las llaves del local y de la caja fuerte, y anunció que se retiraba a Limache, a una parcela con unos pocos frutales y una casa con dos patios, algo fría por las noches, pero con la dignidad suficiente para brindarle un buen pasar por lo que le quedaba de vida.

—Al menos estoy cerca del hijo que me queda—dijo mirando el suelo.

Sus miradas se encontraron sobre una hilera de hormigas. Satoshi comprendió que pasaba a ser, oficialmente, un hijo adoptado, un *Kaiyōshi.*

Sus responsabilidades como albacea y administrador de Misugi San lo obligaron a guardar la pluma y a transformarse en un contador a tiempo completo. Ya no podía salir los fines de semana con Petra. El negocio no prosperaba, las deudas se acumulaban y el tratamiento de Kenichi sumía a Misugi San en una profunda depresión. Satoshi tenía su salario, pero éste dependía del movimiento de la mercadería. Viéndolo una noche singularmente melancólico, a Petra se le ocurrió una idea genial: venderle el juego de teteras a la Mere Jeannette.

—Fine tres tres fine, mon chou... —dijo ésta apreciando la delicadeza del motivo pintado.

La madame compró el juego en cuotas, y empezó a hacerle pedidos semanales del mejor té. Pero esta pequeña venta tuvo un efecto estratégico. Los artículos se popularizaron entre la selecta concurrencia del salón: llegaron pedidos de diputados, banqueros y grandes comerciantes, que pronto se replicaron en el hasta entonces abúlico movimiento de la mercadería en los salones de Gath & Chávez. Por primera vez muchos años Satoshi contaba ganancias, calculaba márgenes de rentabilidad y le informaba todo a Misugi San, quien lo observaba con sus ojos cada vez más abultados sin decir una sola palabra, limitándose a un gesto de aprobación.

Satoshi se armó de una personalidad afín a su tiempo. Cualquier observador hubiese visto a un dandy, un personaje exótico que

caminaba por la calle Esmeralda vestido de punta en blanco, blandiendo el bastón y levantando el sombrero para saludar a los vecinos ilustres. Su buena apariencia redundaba en mejores ventas, como ya era costumbre entre el público femenino. Los pedidos directos o a través de Gath & Chávez se incrementaban y pronto se sumaron los de Concepción, Mendoza y las lejanas ciudades de Iquique y Puerto Montt.

—La fe mueve montañas —le dijo el padre Loic.

Fue la culminación de un proceso y el comienzo de otro. Le regaló un kimono de seda a Petra y juntos pasaron una noche entera haciendo el amor en las posiciones más rebuscadas. Al día siguiente Satoshi despertó creyéndose Urashima. Petra estaba a su lado, desnuda; detrás de las cortinas estaba la bahía iluminada desde el oriente.

Tuvo una última visión de Japón. La de una isla que, como la Atlántida mitológica, se hundía.

Dejó la pieza en la pensión después de casi diez años. Varios huéspedes lloraron. La dueña le regaló una frazada bordada por ella misma y se le echó a los brazos. Instalado en casa de Misugi San, contempló la bahía y sintió como si lo que hubiera al otro lado, a varios miles de millas a través del océano, le importara un soberano bledo: su padre y sus tres hijos, el Emperador y sus consejeros, los editores de periódicos.

El padre Loic le recordaba sus obligaciones como kirishitán, pero él iba a misa a lo sumo una vez al mes, y se quedaba dormido. El sacerdote se daba cuenta de la superficialidad de su eucaristía y para reforzar su ministerio invitaba a Satoshi a compartir una taza de té y unas *galettes* bretonas que él mismo hacía con ayuda de sor Cándida.

—Las obgas humanas son frágiles, hijo, el dinero y el cuerpo son solo placeges tegenales...

Cada dos semanas Satoshi iba a ver a Misugi San a Limache y le hacía un informe detallado de los negocios. El anciano lo escuchaba sin moverse. Había delegado la totalidad de sus negocios en Satoshi y envejecía a pasos agigantados, lo que no quería decir que estuviese perdiendo la lucidez. Por el contrario, las mayores atribuciones de Satoshi iban acompañadas de un escrutinio cada vez más detallado de su vida privada, si tal cosa existía.

—¿Y qué tal las mujeres? —le preguntó un día en un tono absolutamente no protocolar, ahorrándose incluso el San.

—¿Mujeres?

—Sí, mujeres... hembras —dijo el anciano asomando una chispa

en los ojos—. ¿O eres un *danshoku*?

No necesitaba explicárselo. Misugi San emergió del duelo de su hijo mayor convertido en una suerte de padre putativo de Satoshi, un padre que jamás cuestionó el derecho de Satoshi a divertirse con Petra, pero le advirtió que no dejara pasar mucho tiempo antes de sentar cabeza con una chica japonesa.

—Mikio Tsutsumi es un buen partido —agregó un día con la misma sencillez que se alaba a una manzana recién cosechada.

—Mikio, sí —respondió Satoshi anonadado.

¿Necesitaba más pruebas? ¿Que Misugi San no solo le pidiera formalmente la mano de su hija al peluquero, sino que además financiara la boda, kimono incluido? Disfrazada como el ingreso de un hijo menor a una familia de adopción, Satoshi veía la telaraña de su karma desplegándose ante sus propios ojos.

Nunca, en todos aquellos años, había tenido problema alguno con los clientes de Petra. Varios, de hecho, eran clientes de Misugi e Hijos. Una noche, al llegar a la casona del Cerro Cordillera, la halló atendiendo a un caballero alemán y perdió los estribos. Había bebido y sintió que la garganta le ardía. Petra le propinó una cachetada y el alemán un poderoso golpe en el bajo vientre. Tuvieron que bajarlo inconsciente, entre el cocinero y el mayordomo.

Pero Misugi San era un hombre realista y decidido. Satoshi lo comprendió en agosto de 1924, cuando preguntó por Petra y el mayordomo le devolvió un silencio cargado de significados. La Mere Jeannette echaba chispas por los ojos y se paseaba como una leona enjaulada, blandiendo la carta: Petra, su flor más fina, se había fugado a Montevideo con un pasaje comprado por Misugi San.

—Le vieu cochon...! Ega su muchacha prefegida durante tous ces années...!

Satoshi sintió que el piso se movía, como en uno de esos terremotos que asolaban los extremos del Pacífico cada cierto tiempo. ¿Misugi San y Petra? ¿Era siquiera posible tanta ingenuidad de su parte?

La Mere Jeannete prometió que nunca más volvería a comprarle una tetera.

El matrimonio con Mikio Tsutsumi se celebró el 12 de agosto de 1924. Un mes más tarde, el 11 de septiembre de ese año, Misugi San sufrió un ataque cardiaco. Fue llevado al hospital San Juan de Dios, donde falleció. Ese mismo día los militares derrocaron a Alessandri y se tomaron el poder por primera vez en más de cien


años.

Por modestos que fuesen los orígenes insulares del novio y de la novia, sus familias respetaron estrictamente las costumbres propias y las locales. El matrimonio civil chileno, el eclesiástico católico y la festividad japonesa del *san-san-ku-do* se celebraron una detrás de la otra. Era un verdadero privilegio que todas fuesen así de compatibles.

Los testigos del civil fueron, por cierto, el señor Bustillos y un amigote, el periodista Apablaza. El padre Loic ofició el sacramento en su latín afrancesado y los padrinos fueron la dueña de la pensión y el propio Tsutsumi, a quien se le brindó un catecismo elemental con bautizo y primera comunión incluidos.

La última etapa se celebró en Quillota, con la asistencia exclusiva de la colonia. Los novios, con atuendo japonés, presidían la mesa rodeados por Misugi San y su esposa, Tsutsumi y su esposa. Con su kimono blanco cubierto por un fino uchikake bordado, Mikio parecía una muñeca. Tenía diez años y diez centímetros de estatura menos que Satoshi. No era una belleza natural, pero con su tez cubierta de polvo de arroz, sus labios y sus cejas resaltadas y el pelo finamente entrelazado bajo el sombrero de paja, resplandecía como una estatuilla de la diosa Amaterasu.

Los tres vasos de sake fueron servidos y Satoshi bebió cada uno haciendo las tres pausas correspondientes. Luego lo hizo Mikio y todos los asistentes celebraron, dando inicio a la ronda de discursos. Las felicitaciones se sucedían con relatos, rimas y canciones improvisadas acerca del origen más o menos idealizado de los novios, en particular de Satoshi. Su condición no pasaba inadvertida, como tampoco sus dotes profesionales, su liderazgo cada vez más evidente en la colonia. Con cada brindis los huéspedes se soltaban, comían, bebían y hablaban en voz alta. Como dictaba la costumbre, Mikio se retiró para su primer cambio de ropa. Se sacó el kimono blanco y se puso uno rojo encendido, símbolo de su nueva condición, con el que volvió al salón a encender aún más los ánimos. El peluquero y sus amigos cantaban a coro, los más jóvenes desplegaban sus gracias en materia de artes marciales y Kenichi, contraviniendo a su médico, bebió alcohol y se emborrachó; hubo que sacarlo a rastras del salón y dejarlo amarrado en su cama.

El matrimonio fue también su ingreso ritual a la condición de *chōnan*, hijo mayor y heredero natural de Misugi San. La muerte

del anciano el 11 de septiembre los sorprendió a todos, pero sobre todo a Satoshi, que vio en ello algo sobrenatural. Los hechos lo habían colocado en una situación totalmente inesperada, cabeza de un clan, dueño de una empresa, padre de familia y esperanza de una comunidad.

Misugi San pasó a ser un *hotoke*, un fallecido reciente y, como tal conservaba sus derechos. Durante los 49 días posteriores al fallecimiento su nombre era mencionado varias veces en el día, especialmente durante las comidas, para ayudarlo a desprenderse del cuerpo. Luego vendría un periodo de 33 años, durante los cuales su espíritu incorpóreo perdería paulatinamente toda identidad individual. La viuda de Misugi San se encargó, año tras año, de oficiar las oraciones y recuerdos que ayudarían a su fallecido esposo a unirse con los espíritus de los antepasados. Durante el equinoccio organizaba una pequeña festividad en su honor, la última de las cuales tuvo lugar en 1951.

Con Naomei muerto en un terremoto y Kenichi interdicto por el vicio, Satoshi era la única posibilidad de prolongar el legado de Misugi San. La viuda lo supo de inmediato y confirmó a Satoshi el mando del negocio. En Japón él hubiera debido cambiar su apellido por Misugi, pero estaba en Chile y su cédula de identidad siguió siendo la misma. Satoshi Kusanagi, albacea legal de la sucesión de Misugi San. A cambio de este ascenso en la escala social, Satoshi debía acatar las recomendaciones que le hiciera Misugi San antes de morir. La viuda se lo explicó diplomáticamente, envuelta en las formas de cualquier madre japonesa preocupada por el destino de su primogénito.

Mikio fue una esposa discreta y trabajadora. Pasaron holguras y penurias, sin quejarse jamás. La vida religiosa de la pareja derivó en un sincretismo pragmático que mezclaba tradiciones budistas, católicas y shinto. Celebraban el *higan* y la Semana Santa con la misma dedicación que el Mes de María. Vírgenes y crucifijos convivían con el Butsudan sin mayores conflictos de conciencia. Pese a los sucesivos intentos, a la pareja le costó tener descendencia. Recién lo lograron en 1928.

El parto fue difícil y en septiembre de aquel año nació el primer y único aporte de Satoshi a la comunidad Nikkei, una niña de 3,2 kilos de peso, a la que llamaron Sumi.

Estable en el hogar, próspero en los negocios, Satoshi veía pasar el calendario y crecer a su hija, enterándose puntualmente de los

acontecimientos mundiales y locales a través de la prensa y la radio. Volvía Alessandri, volvían los militares. En Japón, por lo que comentaba Miyata, los militares también estaban inquietos. Todos los militares y todos los obreros del mundo estaban inquietos, y los sacerdotes kirisihitán estaban particularmente inquietos, decía el señor Bustillos, quien había perdido su cargo en el liceo nocturno, no por incompetencia sino porque el Liceo fue clausurado por las autoridades bajo la acusación de adoctrinar políticamente a sus alumnos.

Durante la dictadura de Ibáñez los negocios definitivamente despegaron. El general inauguró la economía de Estado. La moneda se estabilizó y los negocios volvieron a moverse. Entre las planchas eléctricas de fabricación alemana o norteamericana, los Budas y las teteras de Misugi e Hijos encontraron su nicho de mercado. Las mujeres de la alta sociedad las consideraban exóticas y renovaban los stocks colocados en Gath & Chávez y en otros negocios de renombre a lo largo del país. Nada más fino en un salón que tomar el té en tazas de porcelana Ninsei decoradas a mano. La mismísima Primera Dama, doña Graciela Letelier Velasco, compró un juego completo.

Pero Satoshi sabía que su estabilidad descansaba en un barril de pólvora, el de la cuestión política. Ahí el profesor Bustillos y el padre Loic coincidían. El sacerdote era sensible al problema social y, si bien repudiaba a los kyosanto, decía comprender a los trabajadores. El señor Bustillos era más explícito. Cada vez más agrio, reclamaba contra el dictador en forma tan vehemente que, a ratos, sus amigos tenían que hacerlo callar, no los fuera a escuchar un soplón de la policía.

Casado, Satoshi había renunciado al dandismo. Su etiqueta se hizo más rigurosa y austera. Iba a misa con más frecuencia. Enemistado con la Mere Jeannette y apartado de Petra, las escapadas nocturnas de Satoshi eran ahora de corte estrictamente masculino, generalmente en compañía del profesor Bustillos y sus amigotes. Este periodo biográfico de Satoshi permaneció oculto a sus descendientes por más de medio siglo. Entre 1927 y 1932 entró y salió de una logia masónica, la más enigmática de todas las decisiones que tomó en su vida.

Con Petra había cerrado el período de la sensualidad. Los masones lo contactaron con la mente. Eran hombres juerguistas e instruidos, expertos en todo y nada, con familias destrozadas y centenares de libros en el cuerpo. Satoshi aprendía con ellos de economía política, ciencias aplicadas y bellas artes. Le hicieron leer

a Dostoievski y a Rubén Darío. Varios fueron, de hecho, protagonistas de la literatura, la política y la prensa nacionales. Transformaron su vocabulario en una mezcla de expresiones humorísticas y mundanas, que a Satoshi le significaron mejores relaciones con sus clientes, aumento de ventas y mayor rotación de inventarios.

¿Qué vio Satoshi en los Hermanos? Básicamente un espacio cultural. Satoshi escribía para ellos informes completos acerca de budismo y sintoísmo, experiencias cristianas en Japón y política contingente japonesa, de la que se informaba esporádicamente gracias a los periódicos que llegaban por barco. El padre Loic amenazó con excomulgarlo cuando se enteró de los pasos en que andaba, pero Satoshi era un masón tímido, que llegaba puntualmente a los ágapes y reuniones y se iba al último; rara vez hablaba a favor o en contra de la Iglesia. Empleaba una máquina de escribir de fabricación norteamericana para redactar sus acuciosos trabajos acerca de la espiritualidad oriental, que deleitaban a unos pocos e irritaban a la mayoría, posiblemente porque su voz monótona y dubitativa los aburría. Nadie sabía el tiempo que tardaba escribirlos, las múltiples correcciones, las consultas al diccionario, las hojas arrugadas que se acumulaban en el papelero.

Todos los fines de semana Satoshi iba, con su mujer y su hija, a visitar a la anciana viuda de Misugi San. Kenichi vivía con ella y se dedicaba a cultivar un jardín, probablemente el primero de su tipo que jamás vieron los habitantes de Limache. Para ese entonces muchos japoneses habían regresado a la patria, como Watanabe; algunos, como Akashi, se habían casado con chilenas o fallecieron pobres. Otros llegaban con pasajes baratos de la Kaigai Kogi Kaisha, la corporación de desarrollo de ultramar, y pasaban a engrosar la colonia en unos cuantos individuos con sus familias.

Las visitas regulares a la viuda reforzaron los lazos del clan, al punto que respetaban el protocolo más estricto en la materia. La viuda de Misugi San cocinaba con leña; en un enorme wok pasaban las mejores hortalizas de la zona: cebollines, rábanos, ajos tiernos. Había depurado sus preparaciones de carne de vacuno, ingrediente raro en la tradición alimenticia nipona. La regularidad de los embarques de soja daba a su base de jengibre un sabor intenso, casi elegante.

Quizá el rito fundacional de la familia Kusanagi-Misugi fue el 25 de diciembre de 1928, una refundación de los mitos nipo-chilenos en materia de feminidad y origen. Misugi-kun preparó un

teriyaki de pavo, precedido de oraciones por el hijo, por la Virgen, por Misugi San y los padres y abuelos de Misugi San, y por los padres y abuelos de Kusanagi-san, por las abuelas y madres, por los siglos de los siglos, amén.

Pero las plegarias al dios kirishitán no produjeron prosperidad. En la primavera de 1929 una noticia recorrió el mundo: Satoshi, al igual que millones de personas, escuchó por primera vez la palabra *crash*. A los pocos meses del colapso bursátil en Wall Street el comercio exterior se paralizó y el desempleo comenzó a sentirse en las calles. Nuevamente las huelgas, los desfiles de obreros, las cargas de la caballería. El profesor Bustillos apareció un día eufórico en el local, anunciándole que había caído el tirano. Satoshi se asomó a través de la vitrina y vio los vehículos que pasaban haciendo sonar sus bocinas, los rostros jóvenes que se asomaban desde las ventanas, gritando y agitando banderas.

Nuevamente lo salvó la inteligencia femenina. Mikio, su abnegada esposa, se instaló en el local para ofrecer trabajos de confección. Así pudieron darles salida a las telas y pagar las deudas que se acumulaban. Mientras otros negocios de la cuadra bajaban sus cortinas, Misugi e Hijos porfiaba, atendía en horario continuo, fines de semana incluidos.

No solo sus clientes se habían arruinado; sus proveedores dejaron de darle crédito o lisa y llanamente cerraron. Gracias a los cables supo que en Japón estallaban también motines y huelgas. El 14 de noviembre de 1930 el primer ministro Osachi fue baleado en una estación de trenes. Al año siguiente el ejército japonés invadió China y, el 15 de mayo de 1932, un grupo de once oficiales nacionalistas asesinó al primer ministro Tsuyoshi.

A través del Pacífico corren grandes grietas: terremotos y tsunamis arrasan uno u otro lado según designios misteriosos. En Chile estos hechos dramáticos tenían su correlato local: en menos de un año hubo tres gobiernos, hasta que *AressanduriSan* fue reelegido presidente de la república por una mayoría absoluta y Satoshi, que no votaba, acompañó silenciosamente al León en su giro hacia la derecha. Entre el profesor Bustillos, candidato socialista a la diputación en las elecciones de 1932, el padre Loic, que lo conminaba a leer el Diario Ilustrado y votar por los conservadores, y Miyata, que se declaraba radical, Satoshi optó por una especie de quinta vía: abandonó simultáneamente a los masones y al padre Loic.

Fueron años violentos; nadie estaba completamente seguro de que la crisis hubiera pasado del todo. Los desfiles militarizados se sucedían casi todos los días: una semana la Juventud Socialista,

otra la Milicia Republicana, y, hacia 1935, jóvenes de bototos y camisas pardas, que en Chile se conocían como *nacistas*.

—Nueve golpes militares en todo el mundo, querido amigo —dijo el profesor Bustillos, que ya había pasado una temporada en el calabozo por enfrentarse con la policía en un mitín de la Federación Obrera de Chile.

El 26 de febrero de 1936 en Japón, unos mil cuatrocientos cadetes militares ocuparon el parlamento, el ministerio de guerra y los cuarteles de la policía. Tres ministros fueron asesinados. En nombre del Emperador, los rebeldes exigían el fin de un régimen liberal y occidentalizado que desatendía los deberes militares de Japón en el Asia continental. Hirohito ordenó a la marina y el ejército aplastar la rebelión; la capital fue recuperada a sangre y fuego tres días más tarde, con la ejecución sumaria o el *hara kiri* de todos los amotinados.

Ya nada detendría el avance del partido militar.

—"Estos extranjeros traen mano de obra y no capitales, desplazando al nativo" —leyó dificultosamente Miyata—. "Mientras su país se expande militarmente, en el Perú su número aumenta de manera alarmante..."

El artículo había aparecido en El Comercio de Lima durante una virulenta campaña anti-japonesa que duró entre agosto y noviembre de 1937. Se acusaba a los Nikkei de almacenar armas en sus propiedades algodoneras, de usar tácticas comerciales agresivas, de casarse entre ellos y despreciar la religión católica.

¿Cómo era posible que, en semejante escenario, Satoshi progresara como empresario y como padre de familia? Ahora en casa le decían *Otōsan*, el patriarca. En 1935 arrendó un terreno aledaño a la parcela de la viuda de Misugi San. En 1937 le hizo una oferta al dueño y la compró. Ahora el tiempo de Satoshi se dividía en partes iguales entre Limache y Valparaíso, mientras el mundo, de Oriente a Occidente, ardía en llamas.

En los hemisferios derecho e izquierdo de Sumi Kusanagi coexistían dos mundos. Hija única, diestra en matemáticas, primera alumna de las Monjas Teresianas de Valparaíso, Sumi fue una de las primeras veinte personas en tener una educación bilingüe nipo-chilena.

Sus primeros recuerdos eran de Limache. Esta primera infancia fue fundamentalmente rural, regida por una madre y una anciana que se parecían a ella. *Ojiisan* y *Okasan* fueron sus primeros contactos, sus espejos y sus límites.

La viuda de Misugi San era analfabeta, por eso mismo fue quien primero le relató a Sumi historias y cuentos tradicionales. Escolarizada como cualquier niña de su edad, Sumi entendía el japonés de su abuela, pero le respondía en castellano, lo que la anciana le celebraba con entusiasmo.

Okasan era estricta, como buena madre japonesa su estilo no conocía la negociación. Horarios para cada cosa, pulcritud extrema y un acelerado control de esfínter fueron sus marcas fundamentales. Ojisan en cambio era sinónimo de cuentos, fábulas y recetas de cocina.

Satoshi no estuvo muy presente durante estos primeros años, o si lo estaba era en la condición de alguien a quien no había que molestar, especialmente cuando se encerraba en su escritorio para leer y escribir. Durante sus ausencias Sumi se infiltraba en aquel reducto y observaba el trazo de la escritura de su padre, olía la tinta seca que se plasmaba en el papel e introducía cambios aleatorios en la minuciosa disposición de los objetos: los distintos frascos y estuches, alguna taza con restos de té, los cuadernos de hojas pardas y los libros marcados con pequeñas tiras de tela.

La otra figura fundamental del edificio familiar era el tío Kenichi, cuyo pasado como adicto al opio y los placeres nefandos ella ignoró hasta entrada en la edad adulta. Kenichi también colaboraba con la formación de la niña enseñándole todo lo relacionado con flores, lo que incluía desde la fecundación hasta el arreglo decorativo. No era un experto en Ikebana, ni de lejos, pero con aquellas actividades al menos apaciguaba su espíritu tan propenso a la melancolía. A veces Sumi le descubría un arañazo en el rostro, o un ojo ligeramente inyectado en sangre, lo que con el tiempo atribuyó a sus misteriosas y esporádicas escapadas nocturnas.

Recién con la escolarización obligatoria y clerical el español entró en su vida, junto a las tablas de multiplicar, el silabario hispanoamericano, las efemérides y la Canción Nacional chilena. Las monjas se tomaban su caso en serio; aconsejadas por el padre Loic, la trataban con guantes de seda, lo que excitó en algún momento la envidia de sus compañeras. Su única nota débil era educación física. Recitaba, componía, memorizaba con una rapidez asombrosa reglas de todo tipo, y las aplicaba siempre correctamente.

Con la fe católica demostró la misma disciplina. Oraba todas las noches, aunque su Ave María en latín se salpicase de ruegos en japonés por *bāchan, tōchan, kāchan* y *jiichan*. A medida que pasaba de curso, su buen rendimiento predispuso a sus profesoras a tratarla con un respeto rayano en la idolatría, que en el caso de sus compañeras de cursos superiores se revestía de ternura hacia su aspecto de muñeca. Participaba en concursos, ganaba diplomas, colaboraba en obras sociales con entusiasmo y casi siempre en silencio, al margen de las maldades del resto de las chiquillas. Algunas la odiaban por esto e inventaban pérfidos esquemas para aislarla y hacerla sufrir, que siempre fracasaban porque Sumi tenía un número clave —y mayor— de aliadas.

Sumi tenía once años cuando las tiendas japonesas fueron saqueadas en Lima, doce cuando la flota japonesa bombardeó Pearl Harbor. Su familia era, a los ojos de los demás, la avanzada de una plaga que se esparcía por el Pacífico, de China a las Filipinas, por Indonesia, Malasia y Birmania, ocupando los titulares con grandes letras que indicaban peligro. Especialmente crueles con Sumi eran los estudiantes del Mackay School, que la ridiculizaban en la calle imitando sus ojos rasgados. Tuvo, en cambio, un pretendiente del Colegio Alemán, Matías Freuelander, gran atleta y estudiante de esfuerzo. Se conocieron en un concurso escolar de música, donde ambos debían solfear en público complicadas partituras clásicas. Matías ganó el primer premio y Sumi el segundo. Más de algún apoderado vio en ello un símbolo de los tiempos, una ratificación de lo encarnado por aquellos dos jóvenes que posaban tímidamente para El Mercurio de Valparaíso: los avances de Rommel, la retirada de MacArthur, la ofensiva general de los ejércitos del eje en todos los frentes.

Matías, en todo caso, nunca fue más allá de los besos furtivos en el cine Palace, viendo películas de Boris Karloff. Era luterano y en 1942 se fue a estudiar derecho a Santiago. Dos años más tarde, cuando Sumi ya vivía en Argentina, se enteró de que había sido

detenido por la policía y acusado de espionaje.

La casa del cerro Cordillera era grande y Satoshi la había refaccionado, instalando mansardas, derribando muros y haciéndola, dentro de lo posible, más japonesa. Las mesas y sillas solo aparecieron décadas más tarde, cuando Misugi-kun ya no gobernaba el clan. Toda la actividad de las mujeres se desarrollaba de pie cocinando o reclinadas sobre un tatami, remendando prendas, deshaciendo los viejos calcetines y reciclando la lana, o arrodilladas y pasando trapos con agua tibia sobre el piso de madera.

Como en toda familia japonesa, Satoshi tenía el derecho a tomar decisiones sin requerir el consentimiento de nadie, ni siquiera de Misugi-kun. Sin embargo, con la guerra hasta esto se alteró. Sumi sorprendió a sus padres en más de una vez conversando de un modo extraño, intercalando palabras en español.

—Conozco a los chilenos. No hay motivos para preocuparse.

—La niña me leyó el diario, en Estados Unidos han apresado a todos los japoneses.

—¡Japón atacó a los Estados Unidos! Es diferente. En Estados Unidos queman a los negros... Es un país violento.

Pese a estos argumentos tranquilizadores, su madre no parecía convencida. Al menos eso deducía Sumi de su silencio.

—La guerra no llegará hasta acá.

Encogida detrás de la puerta, sin atreverse a dar un paso para no delatar su presencia, Sumi comprendió que su padre solo lo decía para ganar tiempo. Desconocía todo acerca de los ejércitos, los aviones o los acorazados, pero leía el diario y sabía que la guerra tenía una magnitud mundial, que sus ondas expansivas llegarían tarde o temprano. Aunque débiles, podían hacer daño.

Finalmente llegaron primero como racionamiento de energía, carne, leche, con el Comisariato General de Precios y Subsistencias y las restricciones al transporte. En Perú los Nikkei vieron congelados sus fondos bancarios, anulados sus contratos de arrendamiento de tierras y señalados con el dedo como la quinta columna del eje en el Pacífico Sur.

—Su señora tiene razón, Satoshi —le dijo el señor Bustillos—. Los norteamericanos presionan y al final el gobierno va a tener que ceder.

El señor Bustillos había dejado la enseñanza y era a la sazón diputado por la provincia. Tenía acceso a información privilegiada.

—Tiene que estar preparado para lo peor.

Las noticias de 1942 se sumaban como gotas en un vaso a punto

de rebalsar. Midway, Guadalcanal, puntos que Satoshi marcaba en el mapa: en las portadas de los diarios los barcos estallaban, los aviones se precipitaban en llamas al mar. Los consulados japoneses en toda América Latina publicaban inserciones en que llamaban a los Nikkei a observar una actitud prudente y tranquila, abstenerse de viajar y hacer reuniones innecesarias y, sobre todo, restringir todo comentario sobre la guerra. Para entonces Apablaza, el periodista que le entregaba en secreto los cables noticiosos desde Japón, había muerto de cirrosis en un hospital de Concepción. Pero el señor Bustillos lo tenía al tanto de lo que se tramaba en La Moneda para demostrar la decidida adhesión del país a la lucha por la democracia: prohibir toda importación de productos japoneses, detener, expropiar y relegar dentro del territorio a la totalidad de la pequeña e inicua colonia japonesa en Chile.

—Tome la delantera —le dijo el señor Bustillos—. No espere que lo vengan a buscar los detectives.

Sin avisarle a nadie, Satoshi inició contactos con la comunidad japonesa en Buenos Aires. Años después comprendería que, al no compartir la información con el resto, estaba agregando una piedra más a su karma. Nadie se lo reprocharía, pues la mayoría de los padres de familia japoneses lo sabía o lo sospechaba, pero no podía hacer gran cosa al respecto.

Satoshi y el señor Bustillos firmaron un fideicomiso. El diputado, el hombre que le enseñara a leer y a escribir, quedaba a cargo de todos sus bienes. A la semana siguiente, en enero de 1943, Chile rompió oficialmente relaciones diplomáticas con los países del Eje.

A primera hora del lunes, cuando los rusos empezaban su lenta y empecinada marcha hacia Berlín y los norteamericanos hacían lo propio rumbo a Tokio, tres taxis se estacionaron frente a la casa del cerro Cordillera. Satoshi, Mikio y Sumi se subieron al primero; la viuda de Misugi San, el ánfora de Misugi San y Kenichi, que lloraba, en el segundo. El tercero solo llevaba equipaje: una media docena de baúles, maletas y cajas. El tren partió a las nueve en punto de la Estación Puerto.

Fue un viaje casi sin palabras y con trasbordo en Los Andes. Un viaje triste que Satoshi y Sumi fueron capaces de cubrir, cada uno a su modo, con un cierto dejo de aventura, por el simple hecho de atravesar una cordillera y dirigirse a otro país, a una incógnita. Fue, de hecho, el último viaje que pudo hacer el ferrocarril trasandino aquella temporada, antes de que las nevazones lo interrumpieran durante semanas. Hacía frío y corría mucho viento.

A Misugi-kun le sentó mal la altitud, y Sumi y Mikio debieron llevarla al baño en varias ocasiones, llenar sus documentos y entretenerla mientras duraba la travesía. Satoshi fue el único que durmió, aunque poco. Se quedó dormido repitiéndose el verso número siete del Hokkyo Zanmai:

La medianoche
Es luz verdadera,
El alba no es clara.

Despertó a pocas horas de llegar a Mendoza. Anotó en su cuaderno.

La pérdida se hace ganancia.
La ganancia se hace pérdida.
Si se obtiene una cosa,
Otra cosa se pierde.
Perder una cosa
Es obtener otra.

Oíd mortales el grito sagrado... Libertad... Libertad...

La decisión de emigrar demostró, una vez más, que la prensa no era un buen parámetro para formarse una opinión acerca del porvenir. Por supuesto lo había averiguado todo respecto a Argentina y a la provincia de Buenos Aires: el clima, la vegetación, la economía y la demografía. Pero cuando llegaron a comienzos de 1943, el país vivía el final de una era y pocos lo sabían. La Concordancia, que llevaba más de una década en el poder, tenía sus horas contadas y pronto comenzarían los cambios.

Instalados en Coronel Tupper, pequeño pueblo de la provincia de Buenos Aires, los cinco miembros del clan Misugi se sumaron a los ciento cincuenta japoneses que vivían allí de la agricultura. Satoshi volvió a ejercer su viejo oficio de contador en una cooperativa Nikkei que medraba de modo digno cultivando legumbres. La cooperativa formaba parte de un sistema mayor, un sistema aparentemente opulento pero inviable que era la economía argentina en la década de los cuarenta. Precios controlados, escasez de divisas y bienes de capital, una burocracia adormilada durante los días de calor e invisible en los de frío. Aun así, Satoshi se las arregló para vender un lote de teteras y varias partidas de té fina selección a grandes familias estancieras. Los jabones, los neumáticos y las películas eran producidos localmente y su calidad era bastante pobre, pero nadie en la cooperativa se quejaba ya que lo principal era saberse protegidos de la larga mano del Tío Sam.

Sumi aterrizó en una secundaria nacional. Por primera vez compartía un aula con el pueblo latinoamericano, con muchachas morenas cuyo olor impregnaba los baños y los pupitres, pero además con muchachas que hablaban menos español que ella y que venían de lugares tan misteriosos como Ucrania, Gales o la isla de Creta. Bajo la mirada del presidente de la república, general Edelmiro Farell, las pupilas hacían ejercicios físicos, recitaban las tablas de multiplicar y la conjugación del verbo *arreciar*; recibían sus lecciones de matemática y catecismo con obediencia, agitaban banderitas hechas con papel lustre.

Oíd el grito de rotas cadenas
ved en trono a la noble igualdad...

Era ya una adolescente; leía revistas Billikén y coleccionaba los

dioramas. La industria argentina, el deporte argentino, las películas argentinas y sus estrellas llenaban su vida. A diferencia de sus padres, Sumi desarrolló un fuerte sentido de pertenencia a su tierra de asilo.

Junto con este arraigo de última hora, desarrolló un amor por la agricultura que, a diferencia de aquel, le duró toda la vida. Cuando salía de clases, en vez de volver a casa se dirigía a la cooperativa, se instalaba en la administración y hacía sus deberes. Por la ventana observaba a los campesinos arando, sembrando y cosechando la tierra con métodos más o menos rudimentarios. Recordaba la delicada frondosidad de Limache, pero ante aquella inmensidad sus ojos buscaban sin éxito el horizonte. Bajo el calor húmedo notaba que su cuerpo se ensanchaba, se tornaba voraz, inquieto, crecía hacia dentro y hacia fuera en múltiples capas.

Al igual que su padre, era una persona informada, aun precozmente para su edad. Le traducía los noticiarios y radioteatros a bāchan, cuyo español involucionaba proporcionalmente con su sordera, le explicaba los argentinismos a su madre y en la escuela ocupó prontamente un lugar destacado, por sobre cualquier otra chica Nikkei de la zona.

Coronel Tupper tenía al menos siete salas de cine y una biblioteca bien surtida. Con Mikio y Misugi-kun se hicieron expertas en dramas históricos, románticos y musicales de la época de oro del cine argentino, que la cartelera intercalaba en los grandes espectáculos de la Metro, la Warner y la Twentieth Century Fox. Eran en extremo vulnerables a la noción argentina de galán y heroína, y salían a menudo de la sala enjuagándose las lágrimas, comentando vivamente los vestuarios, el diálogo y las peripecias de cada cinta.

En la pampa húmeda la familia tuvo que cambiar de hábitos, olvidar el pescado y entrar en un régimen de carne en todas sus formas, estofada y guisada, pero sobre todo en caldos y trozos finos saltados al wok por Misugi-kun. El udón y la soja lo preparaban con otras mujeres de la cooperativa, lo que profundizó las nociones comunitarias de Satoshi. Frente al ascenso del coronel Perón experimentaba sentimientos encontrados, partiendo por una desconfianza hacia los uniformes sudamericanos que le inculcara el señor Bustillos hacía ya años.

El terremoto que destruyó Salta en 1944, y que proyectó a la pareja Perón-Evita hacia nuevos umbrales, le recordó que su vida nunca escaparía a su sino de inestabilidad. Una cosa era huir de Chile y ver las fotos de un desembarco norteamericano en el

Pacífico, o a la infantería canadiense por las calles destruidas de Caen, y otra muy distinta era sentir las réplicas de un movimiento telúrico con epicentro a pocos kilómetros de la casa en que vivían. Durante toda aquella semana Misugikun no pudo dormir, se levantaba de madrugada y encendía el incienso en honor de Naomei, que pereciera en el terremoto de 1923. Nunca había sido una mujer supersticiosa, pero a partir de entonces la vieron haciendo cosas extrañas, reviviendo ritos olvidados como el de inscribir los nombres de toda la familia en un pepino y arrojarlo al agua para mantener a raya a los demonios y la mala suerte.

Pese a todo Satoshi echaba de menos Valparaíso, no tanto por el puerto mismo como por quienes lo habitaban. Los japoneses en Argentina no eran gente de mar sino de campo, agricultores. No jugaban go ni leían periódicos. Sus vidas giraban en torno a las estaciones, las siembras, las cosechas y sus respectivos ritos, los matrimonios que se fraguaban, las defunciones que en 1944 aún eran pocas y los nacimientos que eran muchos, como si la carnicería que asolaba su tierra de origen los empujase a una carrera desesperada por multiplicarse.

El profesor Bustillos le había enviado cartas de recomendación a una logia, por lo que sus principales amigos fueron siempre masones argentinos como el abogado Cristaldi, gran conocedor de numismática, o el profesor Krause, que era además el bibliotecario del pueblo.

—Eso me recuerda la célebre frase del capitán Fonseca en la batalla de Tuiutí —decía Krause.

—¿Cuál fue esa? —preguntaba Cristaldi.

—Muero, y más encima cornudo.

Todos eran simpatizantes o miembros de la Acción Argentina, organización que agrupaba a las personalidades proaliados y más tarde a la oposición liberal contra Perón. Como japonés su participación podía parecer anómala, cuando no sospechosa para aquellos que no olvidaban situaciones embarazosas como el bombardeo de Nanking, la toma de Singapur y de Hong Kong, la Marcha de la Muerte por las Filipinas y el puente sobre el río Kwai. Al igual que en Chile, se limitaba a intercambiar información, especular sobre filosofía y leer manuscritos.

Pero aun así la espectacularidad de los titulares y de los noticiarios de cine era insoslayable. CAE SAIPAN. ENCARNIZADA LUCHA EN MANILA. MUERE HITLER EN SU BUNKER. Resultaba

imposible sustraerse, aun en la pampa húmeda, a estas imágenes donde los marines norteamericanos izaban su bandera en la isla de Okinawa o decenas de muertos-vivos deambulaban en torno a una alambrada en Polonia. Las cartas llegaban a pesar de los avatares de la guerra y el transporte, los aparatos de radio zumbaban en las casas y en las oficinas de la cooperativa y no había familia japonesa que no hubiera recibido la noticia de un deceso en defensa del Emperador. El cartero, un morocho de apellido Gómez, era el personaje más impopular. Llegaba en una bicicleta y rara vez se iba con propina. Cuando su silueta desaparecía en el horizonte, en alguna casa una madre estallaba en llanto, un padre o un hermano sacaba una banderita, una foto del emperador y se la pinchaba en la solapa con la boca torcida por el dolor. Finalmente, cediendo a las presiones diplomáticas estadounidenses, Argentina rompió relaciones con el eje y sacó una declaración testimonial de guerra contra Japón.

En Chile, en cambio, la situación iba de mal en peor. Miyata fue detenido por el servicio de Contraespionaje de Investigaciones. Junto a otros siete japoneses, dos italianos y treinta alemanes se le aplicó la Ley de Seguridad Exterior del Estado y fueron relegados a Chaitén. Tsutsumi cambió el nombre de su local, de Peluquería Japonesa pasó a llamarse Peluquería Del Pacífico, pero así y todo se la quitaron y fue a dar con su humanidad a la Isla Juan Fernández, donde las cabezas eran tan escasas que su oficio le sirvió de poco.

Satoshi llegó a pensar sobre su condición de Nikkei de manera apocalíptica. Cuando Japón hubiese perecido ellos serían su último vestigio. Como los judíos, deambularían por América hasta que algún país les diera refugio, un trozo de tierra o siquiera una isla. México o Argentina, Cuba en último caso. En el contexto lúgubre en que se desarrolló su existencia durante aquellos años, esta posibilidad fue su única ventana de optimismo. A diferencia de sus viajes por el Pacífico, el océano de la pampa no se movía, estaba varado en una vida de casado y de funcionario de una asociación campesina. Ya no era el soltero de la guerra del 14, sino un cincuentón padre de familia; no vivía en un centro mercantil sino en una ciudad que apenas tenía librerías, una modesta biblioteca y unas cuantas salas de cine. En todo el tiempo que estuvieron en Argentina Satoshi no escribió una sola línea aparte de inventarios, asientos contables, declaraciones juradas y documentos de pago.

No leyó prácticamente nada distinto de los diarios ni tuvo más contacto con el idioma japonés que la palabra hablada.

Nunca fue más viva esta sensación de orfandad que aquel martes 10 de agosto de 1945, cuando la radio anunció la caída de una bomba atómica sobre Hiroshima. El hongo nuclear llenó todas las portadas y los dejó mudos, secos, petrificados ante el trozo de papel que pasaba de mano en mano. Era la señal esperada hacía tanto tiempo y Satoshi la tomó con humildad. No era solo su karma, sino la de todo un país. Por primera vez desde los tiempos del padre Loic rezó, fue a misa y comulgó con las demás familias de Coronel Tupper.

En octubre de 1945, cuando todavía no se apagan las hogueras en Asia y Europa, Argentina entera amaneció en estado de conmoción. Perón había sido destituido y apresado. Evita arengaba a los descamisados para exigir su liberación. Las radios del pueblo no descansaron durante toda la jornada transmitiendo marchas militares y boletines de última hora, hasta que el líder dio su discurso fundacional y cooptó las instituciones de la república. Satoshi comprendió que no había jugado bien sus cartas, que permanecer en Chile no era la peor opción. Había sido alessandrista y era cada vez más socialista y católico, pero el peronismo, eso sí que le causaba mala espina.

A Sumi en cambio le gustaba el peronismo, adoraba a Evita, seguía sus discursos por radio, la vitoreaba cuando visitaba el pueblo en sus frecuentes giras por la provincia. Tenía una foto suya, vestida con un prêt-a-porter amarillo con cuello rosado, extendiendo los brazos por encima del micrófono, mientras el general y su comitiva la observan con cariño. Quizá se sintiera ya parte de una generación, de algo que se incubaba en cada titular ocupado por la amiga de todos: Evita con damas en Mundo Argentino, Evita con niños en Mundo Infantil, Evita con la camiseta de Boca en Mundo Deportivo.

—El tren de Evita pasará mañana por la estación —anunciaba Sumi.

—¿Se detendrá? —preguntaba Satoshi con ironía.

Efectivamente, no siempre se detenía. O Evita tenía prisa o venía cansada, indispuesta por el viaje y extendía apenas un brazo enguantado por la ventana. A veces el tren disminuía la marcha y, sin llegar a detenerse, pasaba lentamente permitiendo que Evita asomase su rostro pálido por la ventanilla y deslumbrara a los niños y a las maestras con su sonrisa de santa.

El fin de la guerra no cambió significativamente la situación

familiar. Satoshi era un náufrago y Sumi una muchacha peronista. Mikio cumplía con su deber y Misugi-kun con el suyo, es decir, envejecer discretamente, mientras su nuera asumía paulatinamente sus atribuciones en materia culinaria y doméstica.

El único que lo pasaba tan mal como Satoshi, y quizá peor, era Kenichi. Le afectaba particularmente el clima, el sol le provocaba sarpullidos, durante las tormentas no dormía y las condiciones geográficas no se prestaban para un cultivo sistemático de flores, su gran pasión. Al no ser ni contador ni un hombre apto para las labores del campo, su vida era la de un mantenido, una suerte de minusválido que dormía largas siestas y se levantaba tarde, provocando murmuraciones en la cooperativa, rumores acerca de su estado mental y un trato más bien distante de las mujeres en edad casadera.

A Satoshi las giras de la primera dama terminaron agotando su paciencia. Argentina, con su clima húmedo, le resultaba excesiva, inmanejable. El regreso lo precipitó una visita a Buenos Aires. Iba a cerrar un contrato a cuenta de la cooperativa. En la capital lo esperaba un mayorista japonés, Taishimi Watamashi, hombre de cincuenta años, nikkei brasileño que hablaba un japonés bastante difuso y español con acento portugués. Además, era un hombre venal, como descubriría Satoshi más tarde. La producción de cereales de la cooperativa era comprada por el síndico estatal, razón que explicaba la presencia de dos funcionarios en el café donde pasaron tras refrendar la operación ante el escribano.

—Queda un detalle, Kusanagi San —dijo el señor Watashimi—. Sellar este momento con un brindis... ¡Por la Argentina!

Los funcionarios asintieron. Uno tenía el pelo rojo y crespo y se llamaba Mayorga. El otro, cuyo nombre era Aliaga, lo tenía negro y liso. Más que hablar gesticulaban, vitoreando cada comentario de Watashimi como si se conocieran hacía una eternidad.

—No me deje mal ante los colegas, Kusanagi San —le dijo el señor Watashimi con picardía.

Fueron a un bar no muy lejos de allí, en Corrientes arriba, y pidieron una ronda de grapa. Mayorga y Aliaga soltaron sus lenguas, se pusieron a cantar canciones y a vaciar un vaso tras otro de grapa. Watashimi les seguía la corriente, encendía un cigarrillo tras otro y miraba lascivamente a las camareras.

La noche cayó sin que se dieran cuenta. Satoshi notó que Mayorga y Aliaga intercambiaban gestos con Watashimi y, tras

parlamentar, terminaron arriba de un taxi subiendo por aquella larga avenida invadida de rostros y luces. Satoshi no conocía Buenos Aires en profundidad; la ciudad pasaba delante de su ventana. No sabía dónde lo llevaban y no le importaba. Por primera vez, en medio de la voluta alcohólica, veía en su destino el poder del azar, la misma fuerza misteriosa que lo clavara en Valparaíso y lo había llevado hasta Argentina. El taxi se detuvo frente a una casona de cuyas ventanas brotaba música. Tango Uno, pensó traspasando el umbral al final de la breve comitiva, oyendo las risas de Mayorga y Aliaga y la voz aguda de Watashimi.

A pesar de los años transcurridos reconoció de inmediato la decoración natural de un prostíbulo. Si bien el barroquismo belle époque estaba en desuso, la iluminación mortecina y cierto olor a colonia delataban la naturaleza del salón. Sus compañeros parecían además niños en un parque, más juguetones que lascivos ante la aparición de las muchachas. Satoshi suspiró, se hundió abrumado en el sofá. Alguien le sirvió un vaso de grapa y cambió el disco de la vitrola. Era una mano femenina, un olor fresco pero no joven. Satoshi levantó la vista y se vio en los ojos de Petra.

Aquello ocurría menos de un año después de Hiroshima. Era demasiado pedirle que conservara la cordura. La miró sin abrir la boca, tratando de convencerse de que efectivamente era ella. Su pelo aún era crespo, pero las raíces estaban blancas y bajo los ojos se le habían formado grietas y caminos. Sus senos todavía eran hermosos, firmes, pero salían de un cuerpo más ancho.

Petra le preguntó si venía con aquellos cerdos y Satoshi respondió afirmativamente, algo avergonzado. Habían pasado casi veintidós años desde que Misugi San los separara, y Satoshi ya bordeaba los sesenta años.

—¿Solo una hija? — preguntó Petra—. Y yo que pensaba que ustedes no iban por menos de seis...

No se le pasó por la mente preguntarle si era cierto lo que dijera la mere Jeannette tras su desaparición: que Misugi San era cliente suyo y que Petra lo había mantenido al tanto de todo lo que Satoshi le confiaba, incluidos sus sueños. No tenía sentido hacer una pregunta así con veintidós años de retraso.

Varias veces regresó al burdel de Petra siguiendo el recorrido de un tranvía o buscando a tientas la dirección con la ayuda de un chofer de taxi. La febril humanidad de aquella ciudad y de aquel barrio, Villa Crespo, desafiaba todo lo que Satoshi jamás conociera. Se hablaba yiddish, árabe, ruso, dialectos piamonteses y el español enfático de los compadritos, las bailarinas de los dancings y los

jugadores de billar.

En casa de Petra no le cobraban servicio alguno. Aparte de su conversación y un eventual alojamiento con desayuno incluido, no venía por razones galantes. Ella podía permitírselo pues era la dueña.

—Dueña absoluta —recalcó una noche después de cerrar el bar.

Petra era una peronista fanática. Desde que el general legalizara la prostitución se sentía parte del país. En su despacho colgaba un retrato de Evita, bajo un pisapapeles de la pareja presidencial se acumulaban las cuentas y facturas, las letras y los cheques. Satoshi tampoco le dijo lo que pensaba del peronismo ni sus planes para regresar a Chile. Cuando ya tenía los pasajes comprados pasó a despedirse.

—Chile... —Petra soltó una risa amarga.

Se sentó en la mesa y sacó un cigarrillo de una caja plateada. Exhaló el humo lentamente, mirándolo como a un niño. Estaba por venir un terremoto grado 8.

—Cuando me vine de Chile —comenzó diciendo con una voz de pronto temblorosa—. Yo estaba embarazada...

Satoshi sintió un mazazo en la cabeza. Todo le daba vueltas. Sin solución de continuidad se vio en el suelo, rodeado de gritos, chillidos y empujones. Dos hombres lo arrastraban mientras Petra gritaba.

—¡No le peguen!

Se encontró en la calle, magullado y con una manga menos de la chaqueta. Mayorga y Aliaga increpaban a Watashimi.

—¿Qué carajo le pasó a su amigo?

—¡Se volvió loco!

Satoshi oía sus voces como si estuvieran a metros de distancia. Tardó horas en comprender que había saltado sobre Petra, que ambos cayeron juntos y entre todos tuvieron que hacer fuerza para separarlos. Solo con ayuda de dos matones lograron separar las manos de Satoshi del cuello de Petra.

Watashami, solidario con su compatriota, revisaba el rostro de Satoshi para evaluar la gravedad de sus heridas.

—¿Qué le ha pasado, Kusanagi San?

De rodillas en la acera Satoshi se echó a llorar.

La familia regresó a Chile en 1948 tal como salió: por vía terrestre. El señor Bustillos los esperaba en la estación. Había engordado varios kilos y ya no era diputado, pero seguía en la función pública. A sus sesenta y seis primaveras el viejo maestro era la máxima autoridad educacional de la provincia.

—Bienvenido, amigo Satoshi —le dijo al oído, con la voz entrecortada.

Lo acompañaba una mujer varios años menor y más alta que todos ellos, a quien presentó como su esposa. Ninguno de los miembros de la familia conocía realmente al señor Bustillos y, de hecho, ignoraban el rol que éste jugara en su providencial exilio trasandino. Aun así, un leve ¡aaaah! brotó al unísono de las gargantas de Misugi-kun y Mikio, quienes se inclinaron ceremoniosamente ante la joven y bella mujer en señal de respeto. La oyeron pronunciar una frase breve e incomprensible que repitió dos veces. Satoshi fue el primero en comprender que intentaba decirles "bienvenidos, amigos" en japonés.

Aclarado el punto todos rieron de buena gana y salieron en silencio de la estación.

Tres taxis los esperaban a la salida. Regresaban cinco años después y en el mismo orden: Satoshi, Mikio y Sumi en el primer taxi; Misugi-kun, Kenichi, acompañados por el señor Bustillos y su esposa, en el segundo; y media docena de maletas y baúles en el tercero.

El señor Bustillos y su esposa, cuyo nombre era Lenka, habían preparado todo con semanas de anticipación. La casa del cerro Cordillera estaba ventilada, aseada, ornamentada con flores en los maceteros, detalle que valió la admiración inmediata de Kenichi. Estaban Suzuki, Sone, Miyata y sus respectivas esposas y primogénitos. El reencuentro más emotivo fue el de Tsutsumi, que había regresado hacía poco de Juan Fernández pobre, flaco y alegre, bordeando ya los setenta años.

En el almuerzo se sirvió sopa miso, pescado apanado, fritos de verduras frescas, todo preparado por mujeres de la colonia y servido por muchachas de la edad de Sumi, a quien miraban discretamente y con cierto temor: era la *muchacha argentina*.

Satoshi se dio cuenta de que su regreso marcaba el renacer de una comunidad. Se hicieron varios brindis y se leyeron discursos. Nadie le reprochó que, cinco años atrás, se hubiera guardado la

información oficial acerca de la persecución de la que iban a ser objeto los japoneses en Chile. Esta dualidad lo llenó de pena, de una pena que ninguno de los presentes sospechó.

—Como usted puede ver, Satoshi, siguen gobernando los de siempre —dijo el señor Bustillos poniéndole a Satoshi su pesada mano en el hombro—, pero muchas cosas han cambiado desde que usted se fue... Ya se irá dando cuenta...

En efecto, todo era más caro, las mujeres votaban y usaban trajes de baño de dos piezas. El padre Loic había muerto durante su ausencia, Sor Cándida le siguió pocos meses más tarde. Ya casi no quedaban tranvías y habían aparecido los microbuses. Era un clima de Guerra Fría, prueba de ello era la presencia de militares en el gabinete y la virulenta represión contra los kyosanto. Aparte de eso era el mismo Chile, el mismo Valparaíso sucio, ladino, fatalista, que escuchaba todas las tardes "La Familia Chilena" en radio Cooperativa.

Con el señor Bustillos deshicieron el fideicomiso y Satoshi recuperó legalmente sus propiedades. Volvió a abrir el local de Misugi & Hijos y la casa en Limache, que había permanecido todo ese tiempo cerrada. Por primera vez en cinco años se abrieron las ventanas, el aire penetró en las piezas, se retiraron las fundas que recubrían los muebles y se extendieron las alfombras y los tatamis. Misugi-kun instaló un altar presidido por las cenizas y el retrato de Misugi San, ante el cual Satoshi recitó en voz alta:

Yo no naka wa
Inekaru koro ka
Kusa no iori

Misugi-kun y Kenichi rehicieron sus rutinas de devoción a la memoria de Misugi San. Las flores se habían marchitado y las arañas dominaban cada rincón de la casa. Tuvieron que volver a librar la batalla contra los ratones y los zancudos, contra las polillas y las conchuelas. Satoshi pidió un préstamo en la Caja de Crédito Agraria para que Kenishi iniciara la producción de crisantemos y flores ornamentales. El resto de su tiempo lo pasaba distribuyendo las flores en las pérgolas, mercados, a la salida de los cementerios y de las iglesias.

Al mirarse al espejo Satoshi recordó el dandy que algún día fuera: ahora vestía una sencilla gabardina de algodón lavable de color café claro, un chaquetón de cuero argentino en invierno y un sombrero panamá en verano. Tomaba píldoras De Witt para los

riñones y había perdido el gusto por las reuniones masónicas.

En aquellos años había encanecido e incubado una suerte de reivindicación tardía de sus orígenes. En los baúles de Limache descubrió sus viejos artículos de prensa, sus diarios de vida y su novela inconclusa sobre el almirante chino. Había dejado toda su biblioteca en Chile, y al recuperarla sintió que los años transcurridos se transformaban en nuevas posibilidades. Con los baúles abiertos, sus cuadernos recibían ahora otra luz. El paso del tiempo los había ajado, en las hojas amarillentas los ideogramas se apergaminaban. Su caligrafía le pareció vulgar, su prosa tosca y pretenciosa, pero aun así se sintió orgulloso del intento.

Solo una obsesión lo atormentaba: el destino de sus padres. Logró contactar, por referencias, cartas y telegramas, a su hermana Niemi. Sus tres hermanos habían muerto entre 1923 y 1943, el primero en un terremoto, el segundo en Birmania y el tercero en Okinawa. Su padre había sucumbido de tifus en junio de 1945 y su madre un mes más tarde, durante un bombardeo de los B-29 del general Curtis Le May. El círculo estaba cerrado. Tomó la pluma y escribió:

Kiku no ka ya
Nara ni wa furuki
Hotoke-tachi

Misugi-kun falleció en el invierno de 1951, a la venerable edad de setenta y ocho años. Ya casi no hablaba. En las comidas se quedaba dormida y había que levantarla entre todos y acostarla en su tatami. La nueva urna y el nuevo retrato pasaron al cuidado de Mikio, quien se hizo cargo del altar y de todas las responsabilidades del hogar.

Después de veinte años aprendiendo las mañas y secretos en materia de economía doméstica, se las arregló para que todo siguiera igual, los horarios, la dieta, las celebraciones católicas y japonesas, el reciclaje de prendas y calcetines, el aprovechamiento alimenticio de cada verdura, pez, ave o mamífero que pasaba por la despensa. Satoshi no notó el menor cambio en la limpieza y planchado de sus camisas, ni en el sabor de las sopas al regresar del trabajo.

Kenichi, en cambio, lloró como un niño la partida de su madre, pero al poco tiempo recuperó la alegría e hizo del jardín de Limache un verdadero templo. Salía de noche y volvía de madrugada, pero aun así se levantaba temprano a podar, abonar,

separar flores y maceteros, con su sombrero de paja y sus guantes de goma.

La muerte de Misugi-kun tuvo para Satoshi consecuencias aún más radicales que ver a su esposa asumir el mando del hogar. Pudo entrar al último reducto de su karma. Misugikun no tenía joyas ni vestidos elegantes, sino objetos prácticos, utensilios para cocinar, para labrar, para hacer y remendar ropa. Pero había un cofre que, en el momento de disponer de las cosas de la anciana, le llamó la atención. Su superficie era metálica y estaba entera recubierta de relieves figurativos. Más tarde averiguaría que la mujer que volaba sobre un dragón era Benten, la patrona de las geishas y una de los siete Shichifukujin, los dioses de la fortuna y la prosperidad. La sensualidad de las figuras, lacadas en negro y dorado, contrastaban por completo con la austeridad de Misugi-kun.

Pero más importante era lo que había dentro del cofre.

Encontrar la llave solo contribuyó a aumentar la curiosidad y el desasosiego de Satoshi: encarnación de las virtudes matriarcales japonesas, Misugi-kun se revelaba a través de aquel cofre como algo que Satoshi no podía comprender, pues carecía de palabras para definirlo: una doble vida.

Al abrir el cofre, la respuesta cayó por su propio peso: no pertenecía a Misugi-kun sino a Misugi San, y en su interior se encontraba su tesoro más preciado: su correspondencia privada.

Satoshi tardaría años en dimensionar el descubrimiento. La caligrafía de Misugi San y de sus interlocutores, su sintaxis anticuada, sus términos en desuso, resultó una tarea colosal de interpretación. El contenido exacto de las cartas era una cosa, otra muy distinta sus consecuencias sobre la imagen que Satoshi se había formado de Misugi San y de sí mismo. El contexto no resultaba tan difícil de adivinar, especialmente cuando lograba dar con una palabra clave como Lushunkou, la ciudad china que los ejércitos japoneses arrasaron en el año 13 de la Era Meiji, 1894 de la era cristiana.

Algunas cartas tenían timbre de recepción de San Francisco y otras del Callao; estaban dirigidas a un tal Hizoguchi. Había también recortes de prensa arrugados y amarillentos, relacionados con las guerras de 1894 y 1905. Las recibidas en Valparaíso decían tan solo “estimado hermano” y eran las más toscas y las que más trabajo le costó leer.

Misugi San era un prófugo. Uno de los recortes de prensa estaba en inglés y lo firmaba un tal James Creelman para el New York World. Algunas palabras estaban subrayadas, como Port Arthur,

nombre occidental de Lushunkou, y Yamaji, el terrible general tuerto que comandaba las tropas japonesas y la brigada Hasagawa. Satoshi no sabía inglés; hizo traducir el documento y lo releyó varias veces. Una brutal batalla de ejércitos con tecnología occidental había zanjado la cuestión coreana: con rifles Winchester de repetición, cañones Krupp de 200 libras, los japoneses habían derrotado a los chinos. Al entrar a la ciudad habrían encontrado decenas de cabezas de sus compañeros colgadas de los árboles. Presas de una furia vengativa, se ensañaron contra la población civil. El corresponsal aseguraba haber visto cuerpos mutilados y amontonados en las calles, los comercios saqueados, las casas ardiendo.

Las cartas dirigidas a Hizoguchi hablaban al menos en tres ocasiones de un "tesoro" y, en ciertos casos, recordaban su colaboración en una "fuga".

Ahora comprendía que el origen de la fortuna de su protector y padre adoptivo no estaba en Valparaíso ni en el comercio, sino en un botín de guerra. Que sus manos estaban también manchadas, que nada de lo que le había ocurrido en aquellos años era producto del azar, de la buena o mala fortuna, de la devoción de una viuda o de la perseverancia de su mujer. El recuerdo de Petra se enquistó en su retina, y no lo dejó dormir durante toda la noche.

Una de sus últimas decisiones empresariales fue abrirse a otros giros, sondear las nuevas actividades que habían emprendido sus antiguos proveedores. El aparato productivo estaba siendo reenfocado y Satoshi logró firmar interesantes contratos de representación para una gama amplia de productos que en lo sucesivo se asociarían al milagro económico japonés: radios a pilas, aparatos de fotografía, juguetes que se movían y echaban chispas y que se transformaron con el tiempo en los favoritos del público infantil. La decisión no solo le sacó de encima el problema de la rentabilidad. Pudo reconstruir sus ahorros gastados en la ida y el regreso de Argentina y diversificar el riesgo intrínseco a la agricultura y el cultivo de flores.

Volvió a ser un viajante de comercio. En una época en que el cabotaje moría y la aeronavegación aun no despegaba, la casi totalidad de sus desplazamientos se hacía en tren, lo que complicaba la escritura y, de paso, facilitaba la lectura y la corrección de sus manuscritos.

A partir de esos años su principal género literario fue el

epistolar. No solo se carteaba con su hermana, sino además con su primo Jizuka y con su tío Sisei, cuya historia conoció tras meses de intercambio. Sisei había naufragado con su nave, el destructor Togo, frente a las Marianas. Estuvo tres meses en una isla de 5 kilómetros cuadrados, alimentándose de cocos y cangrejos hasta que llegaron los australianos y lo tomaron prisionero. Pasó el resto de la guerra en Perth, junto a otros cientos de japoneses, en un gigantesco galpón ovejero que debían limpiar ellos mismos.

Jizuka y Sisei eran grafómanos capaces de enviar cartas de diez páginas, con caligrafías finísimas que Satoshi leía en voz alta ante el resto de la familia. Mikio a veces sollozaba, Sumi preguntaba el significado de alguna palabra y Kenichi simplemente se retiraba, pues no deseaba saber nada de Japón.

Más que hablar del presente, eran cartas acerca del pasado. Historias de personas que se habían conocido en Fukuoka o Tokio y cuyos destinos eran o trágicos o felices, en muchas ocasiones divertidos o a veces sorprendentes. La vida porfiaba a través de ellos. Pero al llegar a este punto su alegría se detenía en seco. Pensaba en lo que Petra le había dicho antes de partir y abría en su mente un punto negro. ¿Existía efectivamente ese hijo o hija? ¿Era suyo o de Misugi San? Satoshi soñó muchas veces con esta posibilidad. Veía en casa una niña que no era Sumi, pues llevaba su misma ropa y tenía su misma estatura, pero su pelo era crespo y rubio. Nunca podía verle la cara; cuando estaba a punto de hacerlo aparecían hombres uniformados, con gabardinas y lentes oscuros. Satoshi despertaba agitado y ya no podía volver a dormir.

Sumi notó el cambio en su padre. Del ser opaco que llevaba las cuentas y pagos de la cooperativa pasó a ser nuevamente un empresario, un hombre que había recuperado la energía y la curiosidad, que viajaba y volvía con regalos desde lugares remotos de Chile.

Ella tampoco era la misma: hablaba todavía con acento argentino y su cuerpo no solo había dejado la pubertad, era además la primera de toda su línea genética en seguir una dieta generosa en carne y lácteos durante la adolescencia. Era más alta y gruesa que cualquier Nikkei.

Mientras sus padres creaban rutinas, Sumi se encargaba de romperlas. Tenía dieciocho años y había completado su educación secundaria. Dio el bachillerato, sacó un buen puntaje y convenció a Satoshi que su casa de estudios tenía que ser la Universidad de Chile y, en particular, la facultad de agronomía.

—Algún día podré ayudar en Limache —prometió con

vehemencia.

Satoshi no era hombre de reacciones efusivas. Guardó silencio y ponderó lo que implicaba la propuesta de Sumi. En su interior una vocecilla incómoda le recordó la frase de Petra y la fría planificación que Misugi San había empleado para armar su vida. El gesto de su hija le pareció tanto o más valeroso por cuanto superaba todo lo que él había osado hacer para desafiar a su karma.

—De acuerdo —dijo lacónicamente.

Así fue como Sumi hizo, en 1949, el mismo camino que hiciera su padre en 1915. La misma estación, la misma vía férrea, pero con una locomotora eléctrica y medio siglo más nueva, en el preciso momento en que mujeres de todas las razas dudaban entre esperar la bomba atómica en sus casas o en las calles, en las aulas universitarias, en los hospitales o en las oficinas públicas.

Llevaba una gruesa maleta con ropa y cosméticos, una Biblia, un Buda y una versión reducida del altar de Limache. No tenía novio ni le quitaba el sueño conseguir uno. El viaje entre Santiago y Valparaíso tardaba más de tres horas. La vía remontaba lánguidamente los valles de Llay Llay y las Chilcas y se abría camino entre los cerros desolados de Batuco, pero ella estaba acostumbrada a los viajes largos. En el asiento de enfrente iba una mujer de unos treinta años, muy nerviosa por sus dos hijos, unos mocosos inquietos que corrían por los pasillos.

—Julito, Marcial, vengan a sentarse —pedía más que ordenaba la madre.

Los pequeños obedecieron. Sentados frente a Sumi, la miraban fijamente, como queriendo preguntarle algo.

—Julito, Marcial, dejen tranquila a la señorita…

Sumi les sonrió y ellos le devolvieron la sonrisa algo cohibidos. El mayor se animó a mostrarle una revista de historietas y ella les leyó un episodio. Los dos chiquillos terminaron por quedarse dormidos.

En algún momento Sumi se quedó dormida también. Soñó que Misugi-kun la esperaba en la pensión y que su padre era profesor de artes marciales. Cuando despertó estaba en la Estación Central.

En aquellos años la migración de campesinos hacia la ciudad era mucho más visible en Santiago que en Valparaíso. La estación estaba llena de muchachas jóvenes y morenas con trenzas y atuendos rústicos, que bajaban sus bultos del tren. A ella, en cambio, un portador cargó con su equipaje. Tomó un taxi y le pasó al chofer un papelito con la dirección.

La pensión quedaba en la calle Cumming y la regentaba la señora Hilda, dama piadosa y aprensiva que le explicó las reglas de la casa.

—Nadie sube a las piezas, salvo su mami y su papi. Nada de amiguitos ni de novios.

Era una advertencia extraña, puesto que todas las habitaciones

estaban ocupadas por estudiantes y ella era la única mujer. La señora Hilda jamás abandonaría su trato frío hacia Sumi, nunca dejó de reprocharle que se demoraba demasiado en el baño, pese a ser quien mejor lo cuidaba.

—La hora de regreso es a las diez de la noche, de lunes a viernes, y los fines de semana a las once —dijo pasándole su llave —. Tres atrasos y se le expulsa. ¿Entiende?

Sumi la miró seriamente.

—Entiendo.

En aquella época la Facultad de Agronomía de la Universidad de Chile funcionaba en la Quinta Normal, en el mismo recinto en que, casi treinta años atrás, Satoshi y los hermanos Misugi habían abierto el mercado chileno al té y la losa japonesa. Sumi era minoría dentro de la minoría, una de las cinco mujeres y la única Nikkei de la facultad.

El gobierno de Gabriel González Videla, consciente de su desgaste electoral, había concedido el voto a las mujeres. Los gestos y mimos que el presidente prodigaba a su electorado femenino eran objeto de numerosas caricaturas y destempladas críticas de parte de la oposición. Atrás quedaban los días de Eloísa Díaz, la primera chilena que pisara un aula universitaria. A diferencia de Eloísa Díaz, Sumi no solo se matriculó en la universidad, sino que además se inscribió en los registros electorales, y votó en las elecciones de 1951.

Como el alumnado femenino de la Facultad de Agronomía no alcanzaba siquiera para constituir un equipo de voleibol, ella ingresó al de atletismo. Ganó algunas pruebas de resistencia, aunque nunca fue capaz de superar a una chica de origen alemán que más tarde fue medallista sudamericana y olímpica en Melbourne 56.

En lo académico fue siempre descollante. Su ramo preferido era fisiología. Sus notas en química, entomología y botánica eran las mejores de la facultad, lo que le trajo siempre el problema de tener que adivinar quiénes se le acercaban por interés y quiénes por estimarla de verdad. Casi siempre fue capaz de saberlo cuando se trataba de mujeres. Algo las delataba. Con los hombres no era tan fácil. ¿Qué sería de Matías Freuelander, su novio alemán de antes de la guerra? Sospechaba que su acento argentino tenía la culpa e intentó borrarlo. Era una conocedora y amante del cine romántico argentino, había leído demasiados folletines y escuchado demasiados radioteatros para aceptar un matrimonio concertado según las normas tradicionales.

En la fiesta de la primavera de 1950 conoció a Patricio Borja Sáenz, último retoño de un latifundista alcoholizado de la zona de Rengo. Patricio era galante, alegre y mal alumno. Sumi lo ayudó a pasar más de un ramo. Iban los domingos al Café Paula y al Parque Forestal. Fue el año en que murió Alessandri y Satoshi guardó luto durante tres días. Dos años más tarde le tocó a Sumi: Evita murió de cáncer. En 1952 ejerció su derecho cívico y votó por el general Ibáñez, el que había gobernado como dictador cuando ella era una niña, el mismo que su padre y los amigos de su padre despreciaban con entusiasmo y temían ahora con pavor.

En 1953, Sumi salió a la Alameda con una banderita argentina y una chilena. Perón venía en visita de Estado y el ibañismo movilizó a miles de personas para recibirlo. Ambos generales se abrazaron como viejos amigotes ante la multitud. Se habló de hermandad, de integración económica, de futuro compartido. Perón parecía bastante repuesto de la pérdida de Evita, lo que a Sumi le causó un poco de pena. Ella aun la lloraba. Sumi era una novia leal y, hasta cierto punto, ingenua. En tercer año, pese a sus precauciones y a la vigilancia estrecha de la señora Hilda, quedó embarazada.

La tercera generación de Kusanagi en Chile nació en una clínica privada. Fue un parto normal (demasiado normal, diría Sumi más tarde) cuyo resultado fue un varón de 3,14 kilos. Patricio insistió en que el hijo se llamase como él y así quedó registrado en su partida de nacimiento, inscrita en el registro civil de Recoleta: Patricio Jacinto Borja Kusanagi.

El niño creció sano, monitoreado de cerca por el doctor Nokashi, notable pediatra Nikkei que trabajaba en el Hospital José Joaquín Aguirre. Tuvo una madre ideal, con lo mejor de dos culturas en materia de abnegación, limpieza y distancia psicológica. Sumi se enojaba poco, pero con intensidad. No era muy expresiva, lo que le evitaba a Patricio tener que dar muchas explicaciones salvo cumplir con sus obligaciones escolares y religiosas y su higiene corporal.

Sumi lo matriculó en el colegio San Ignacio y desplazó a su marido de todas las decisiones educativas, lo que a la postre resultó crucial. Ella le tomaba las lecciones, lo ayudaba con los deberes, le corregía la ortografía y la sintaxis e intentaba inculcarle el amor por la ciencia. No empleaba mucho la palabra fe, aunque la ejercía de manera explícita participando en el catecismo.

La vida escolar de Patricio estuvo marcada por dos aspectos: ser mestizo e hijo único. Que le dijeran chino era lo de menos. En los años cincuenta los japoneses eran, especialmente en el cine bélico, un enjambre de pequeños hombrecillos traicioneros y crueles, agazapados en las palmeras de Guadalcanal y a quienes los norteamericanos (John Wayne, Robert Mitchum, Lee Marvin, por ejemplo) debían exterminar a costa de granadas, lanzallamas y, finalmente, armas atómicas. Patricio ocupaba el mismo espacio social que los chicos árabes y judíos del curso, hijos de comerciantes prósperos como su abuelo, pero separados por un muro invisible de los alumnos de origen castellano-vasco.

Gracias a su abuelo, tuvo acceso a los primeros robots a pilas que llegaron al país, los Horikawa, los Nomura y los Asakusa, robots de hojalata que movían los brazos y encendían sus ojos. El modelo más popular fue durante mucho tiempo Robby el Robot, el verdadero protagonista de la película *Planeta Prohibido*, de 1956, y que llegaría a inspirar a casi todos los modelos posteriores. Robby el Robot tenía brazos retráctiles terminados en dedos de metal; en su cabeza transparente chisporroteaban unas antenitas giratorias.

Patricio era generoso en prestar sus juguetes, pero en más de una ocasión no se los devolvieron. Cuando estaba en quinto de preparatoria, Beltrán Goycolea, uno niño rubio y buen deportista, le preguntó si era cierto que las japonesas no tenían pelos en el pubis. Todos los mocosos se rieron. Patricio se tragó la vergüenza en silencio.

Como en todos los colegios, liceos, clubes de fútbol y, en general, todas las organizaciones masculinas del país, el espacio común lo controlaba algún personaje como Beltrán Goycolea. Beltrán Goycolea tenía la potestad de encausar los comentarios. De pronto se fijaba, por ejemplo, en Belisario Soto, el alumno becado por los curas, y hacia éste se dirigían todos los comentarios, las burlas, las preguntas, los motes impertinentes: negro, chico, huaso, tonto. Luego el corrillo de voces se trasladaba a Luis Chaín, el turco, o a Gonzalo Torres, el español, siempre según el capricho de Beltrán Goycolea, cuya predilección eran los feos, los débiles y los introvertidos.

Que Patricio fuera un alumno de posición económica acomodada no mejoraba las cosas. Nadie lo elegía en el fútbol, ni para hacer trabajos en grupo, pues no era tan buen alumno como su madre. Uno que otro se hacía su amigo para conocer por dentro su casa, usar sus juguetes y después salir contando que su madre comía culebras crudas y andaba desnuda por la casa, rumores que Beltrán Goycolea se encargaba de amplificar en los camarines y en los patios del colegio.

El profesorado jesuita, en cambio, lo trató siempre con cariño. Su rendimiento escolar era una cosa, pero otra era su cualidad de alma oriental virgen, de territorio donde el magisterio de la Iglesia apenas había puesto un pie después de las gloriosas pero abortadas misiones de San Francisco Xavier. El Padre Luis, su profesor de castellano, lo instó siempre a la lectura de ciertos libros franceses, adivinando una eventual vocación literaria. El Padre Esteban, de historia y geografía, le pasaba libros ilustrados de mártires de la Iglesia. El Padre Felipe trató de rescatar al artista que había en él, pero rápidamente comprendió su error, mientras que el padre Félix hizo lo mismo con su formación en física y química, con resultados ligeramente superiores. El padre Esteban, de matemáticas, tampoco pudo exhibir resultados definitivos: sus notas eran decentes, pero no descollaba ni hacía grandes esfuerzos por superarse.

Leía y dibujaba, aunque más lo segundo pues era corto de vista. Hasta que no le diagnosticaron definitivamente miopía, no contó con lentes adecuados para acometer a los clásicos de la literatura

universal, que guardaban polvo en la biblioteca familiar.

Su padre era lo suficientemente distante, en tiempo y espacio, como para no perturbarlo en exceso. Era aún menos demostrativo que Sumi, y bastante menos competente como orientador vocacional. Ni siquiera le gustaba el fútbol, lo que le hubiera ayudado a tener tema de conversación con sus compañeros. Por su trabajo pasaba varios días al mes fuera del hogar, y cuando regresaba jamás le trajo un regalo, pues entre sus defectos figuraba la avaricia.

Cuando Patricio pasó a secundaria, su madre reemprendió sus estudios de agronomía, que había interrumpido en tercer año. A partir de entonces el muchacho pasaba tardes enteras sin sus padres, con enormes bloques de tiempo para llenar.

Para completar su escasa sociabilidad estaba la familia, la exigua familia japonesa y la intratable familia chilena. Entre ambas no había prácticamente ningún punto de encuentro. Los Borja eran aristócratas venidos a menos, seres mezquinos y racistas cuya principal entretención era hablar mal de los demás. Su abuela paterna era viuda y vivía en una casa en la calle Dieciocho. Por razones de economía rara vez encendía la luz. Muy de vez en cuando atendía a Patricio con algo más que una taza de té y unas miradas de soslayo, casi siempre acompañadas de alguna pregunta impertinente acerca de su rendimiento escolar o los hábitos religiosos de su madre.

—¿Cada cuánto tiempo va a misa? Yo voy dos veces a la semana, y eso que en la familia tenemos a varios obispos... Cuando pienso en la familia de tu mami digo: *pobrecita su alma*...

En cuanto a sus primos Borja, jamás los pudo soportar. Creían que Patricio era una especie de cinturón negro, y lo sometían a toda clase de pruebas de resistencia físico-muscular antes de convencerse de lo contrario. El desdén de alguna prima Borja Sanfuentes fue la gota que colmó el vaso. Después de salir del colegio no los vio más, salvo en ocasiones estrictamente protocolares como el funeral de su abuela paterna, que dejó la vida en 1960 convencida de que el terremoto de Valdivia era la señal del fin del mundo.

Con los Kusanagi, en cambio, Patricio era un pequeño emperador. Nieto y sobrino único, objeto de todas las miradas y de todos los cuidados, su vida giraba en torno a la perspectiva de unírseles en Valparaíso o Limache durante feriados y vacaciones.

Su abuelo Satoshi lo llevaba al local que aun funcionaba con bastante éxito, en la avenida Pedro Montt. Le contaba, en su particular español, anécdotas de su vida en la marina mercante, su encuentro con la flota rusa y su azarosa llegada a Valparaíso. Solo había un tema tabú: la Segunda Guerra Mundial.

Patricio alguna vez se lo preguntó y Satoshi no supo qué decirle. ¿Eran las bombas atómicas el merecido castigo a Japón por invadir Asia, agredir a los chinos, a los coreanos, a los filipinos y a los indonesios? ¿Habían efectivamente arrasado los aviones japoneses Nanjing? ¿Había sometido el ejército japonés a sus prisioneros a trabajos forzados, a crueldades y vejámenes catalogados como inhumanos? La pubertad le reportó a Patricio demasiadas preguntas por ese lado; Satoshi solo podía respondérselas con un silencio culpable.

El mundo de su abuelo estaba hecho, no obstante, de detalles sutiles, de gestos y de silencios que Patricio veía intercambiar con sus amigos, aquellos hombres menudos y misteriosos que hablaban un idioma incomprensible. Nunca llegó a hablar japonés, en el sentido de leer un ideograma, aunque reconocía sílabas y palabras de un modo no racional, como si aquel idioma estuviese grabado en una memoria anterior. Con la muerte de la viuda de Misugi San, a quien Patricio no conoció, el idioma japonés se batía en retirada de la familia. Satoshi le hablaba a Sumi en japonés, aunque nunca en presencia de su yerno. Sumi había perdido el acento argentino durante la universidad, pero todavía empleaba palabras como *gaseosa* en vez de *bebida* o inscripto en vez de inscrito.

En la peluquería de Tsutsumi, aparte de cortarse el pelo, Patricio asistía a las eternas partidas de go entre su abuelo Satoshi y su amigote Miyata. Le hablaban en su castellano sin eles, le explicaban las reglas del juego y le preguntaban por Santiago, ciudad a la que abominaban.

Tanto en la peluquería de Tsutsumi como en el local de su abuelo circulaban chiquillos de su edad, con los ojos rasgados como él, pero con el pelo negro y lacio, con quienes jugaba fútbol, intercambiaba bolitas y revistas. Patricio era el rubio del clan que formaban el chico Miyata, el gordo Yamada y los hermanos Kikosai. Con ellos vivió grandes aventuras, como defenderse de pandillas rivales, capear olas en la playa Las Torpederas y elevar volantines en los deslindes de los cerros Alegre y Cordillera. Los Kikosai eran los reyes del hilo curado y sus volatines los cazas de combate japoneses, los Mitsubishi Zero que sembraban el terror en el Pacífico porteño.

La creciente gama de juguetes que importaba y distribuía su abuelo eran su mejor carta de presentación. Todos tenían aquellas armas de plástico cuyos mecanismos de fricción soltaban chispas tornasoladas y eran la envidia de los demás chiquillos. Sus aventuras intergalácticas se extendían a través de los meandros y callejones de Valparaíso, del Pasaje Apolo, el Paseo Yugoslavo, la subida El Peral.

Pero nada es para siempre. El chico Miyata entró a la escuela naval. El gordo Yamada se volvió a Japón y con los hermanos Kikosai ya no fue lo mismo. Eran gemelos y se aliaban contra Patricio; se hacía lo que ellos decidían. Un día el menor le dijo que su abuelo era un *Kaiyōshi*. Qué significaba aquella palabra, ninguno de los tres tenía la menor idea; probablemente los Kikosai la habían escuchado alguna vez en boca de su padre. Parecía, sin embargo, un insulto y Patricio nunca se atrevió a preguntárselo a su abuelo. En cualquier caso, los Kikosai no lo consideraban como un igual. Nunca más los vio.

Satoshi siempre estuvo consciente de la importancia de los cumpleaños para un niño chileno. Sin el padre Loic, ni Sor Cándida para que le informaran acerca del santo que le correspondía, se limitó a entregar siempre un regalo importante: juguetes, libros, mecanos, discos de música clásica.

El clímax ocurrió a mediados de 1964.

Patricio cogió el sobre desconcertado. Se había acostumbrado a los grandes paquetes envueltos en papel de arroz. Miró a su madre que sonreía, a su padre que se servía otro vaso de vino, a su abuelo que lo miraba como esperando su reacción. Dentro del sobre había dos pasajes de ida y vuelta a Tokio.

Eran los tiempos en que abordar un avión implicaba contar los días y las horas, planificar hasta el último detalle y despedirse de toda la familia en el aeropuerto.

Significaba sentir por primera vez el vacío y la incertidumbre de un medio de transporte nuevo con cuatro hélices y que debió hacer escalas en Lima, Quito, Guatemala, Ciudad de México y Los Ángeles. Ahí cambiaron a un Douglas DC-8, de la Japan Airlines, y fue como pasar de una dimensión a otra. Satoshi, por primera vez en medio siglo, se acercaba a su país.

8 de octubre de 1964. Aeropuerto de Narita. Tras casi 72 horas, abuelo y nieto llegaron a la capital del Japón.

Miles de personas buscaban sus maletas en el terminal de pasajeros. Equipos de diversas las naciones y todas las disciplinas olímpicas, camarógrafos y periodistas de las cadenas del mundo entero se abrían paso entre los turistas y hombres de negocios que llegaban para presenciar el *milagro japonés*. En medio de esta vorágine un hombre de 75 años volvía por primera vez a su patria. Empujaba su equipaje con la ayuda de un preadolescente, su nieto.

Desde que pusieron un pie en Japón Satoshi cayó en la obsesión de los precios. Todo le parecía abusivamente, insensatamente caro. Discutía con comerciantes, taxistas y vendedores de cualquier ralea, aunque se tratase de un almuerzo o de un paquete de golosinas.

Los ojos de Patricio parecían dos faroles alimentados con más electricidad de la necesaria. En contraste con el modesto aeropuerto de Cerrillos, Narita era una verdadera estación orbital

donde se cruzaban ciudadanos de toda la galaxia, desde los más bellos a los más grotescos. Altos, gordos, bajos, miles de alegres japoneses y asiáticos admirados por el levantamiento de un nuevo modelo surgido de las cenizas nucleares.

Satoshi y Patricio presenciaron la ceremonia de apertura, cuando el atleta Yoshinori Sakai, nacido en Hiroshima el mismo 6 de agosto de 1945, encendió la llama Olímpica delante del emperador Hirohito. Patricio nunca olvidaría aquellos gimnasios monumentales, donde pudo ver a la nadadora australiana Dawn Fraser, al pesista japonés Yoshiraba Mirake, a la gimnasta soviética Larissa Laytina y al prodigio etíope Abebe Bikila ingresando al estadio olímpico vitoreado por miles de espectadores.

Pero no solo de deporte vivieron aquellos días. Nieto y abuelo visitaron parques, zoológicos, museos y templos. Patricio guardaba silencio, asombrado por las dimensiones de una urbe japonesa de posguerra, la densidad de las muchedumbres, la luminosidad de los letreros, la rapidez de los trenes, la presencia ubicua de televisores y señales eléctricas. Trataba en lo posible de no acosar demasiado a su abuelo preguntándole por tal o cual señalética, la portada de una revista o las frases del locutor televisivo.

Su abuelo le tenía una sorpresa. Tuvieron que tomar dos tranvías y preguntar a varios transeúntes hasta llegar a la Marumya Metal House. La fábrica de los robots.

Era un simple galpón ubicado en un barrio obrero, sin el menor signo exterior. Una cortina metálica, tarros de basura, cajas de madera y diarios viejos ocultaban una compacta factoría de juguetes eléctricos. Dos máquinas de aspecto anticuado arrojaban matrices de hojalata de distintos tamaños, algunas de hasta medio metro de largo, otras tan pequeñas que a Patricio le cabían en la palma de la mano. Los obreros trabajaban en silencio, en un ambiente caluroso y lóbrego, saturado de olor a carburante y soldadura. Entre sus manos las placas se transformaban en autómatas de distintos tamaños, algunos con patas, otros con ruedecillas y brazos laterales terminados en alicates, casi todos con cabezas rectangulares dotadas de una forma radical de "humanidad": ojos de colores, narices perfectamente inútiles, bocas que nada decían y ventanas chispeantes a la altura del pecho. Estas que dejaban ver, parcialmente, los arcanos procesos del metabolismo robótico.

Los robots Marumbya tenían algo de irónico, de ridículo y al mismo tiempo perturbador. Desde su condición de juguetes anunciaban el mundo del futuro. Patricio no sabía aún que la

palabra “robot” provenía del checo y significaba “trabajo forzado”; contempló con fascinación las hileras de modelos terminados que esperaban al camión del mayorista. Rotulados y empacados viajarían en barco hasta el otro lado del mundo. Miles de niños de América del Norte y Sur tendrían por amigo a Robby el Robot.

Para Satoshi, volver a Japón fue un poco más complicado. El país que dejó en 1914 en rigor ya no existía. Un terremoto y dos guerras mundiales lo habían cambiado para siempre. La moda femenina, los deportes occidentales, todo le resultaba nuevo y complejo de entender.

Su único pariente vivo en Japón era Niemi, su hermana de 80 años que vivía en Fukuoka, con una pensión de viudez, en un departamento pequeño ubicado en un barrio de clase media. La fueron a ver con Patricio, y el muchacho se quedó con una imagen perturbadora de una conversación extremadamente formal y sin afecto.

—Has venido en un momento muy duro para mí. Toda nuestra familia pereció en la guerra, los hombres en el ejército o en la marina, las mujeres y los niños durante los bombardeos. Tú y yo somos los únicos sobrevivientes.

Patricio observó con recelo a aquella anciana con el rostro surcado de arrugas profundas, con una mirada penetrante y reprochadora. Con sorpresa aún mayor observó a su abuelo pálido, agachando el rostro como si le leyeran una acusación judicial. ¿Qué podía estarle diciendo para que se sintiera tan culpable?

Lo que cualquier mujer japonesa honorable: que Satoshi había amasado dinero en un país bárbaro mientras sus hermanos y parientes se batían y morían por el emperador. Que su nieto era un mestizo sin lugar alguno en la sociedad japonesa. Que lo menos que podía hacer para reducir la deshonra del apellido era dejarle unos buenos dólares para que ella, una sobreviviente de la guerra, pudiese irse de vacaciones a la isla de Okinawa.

Satoshi accedió.

Nieto y abuelo ofrecían un espectáculo contradictorio, entusiasmado uno y enajenado el otro. Para Satoshi la modernidad solo podía adquirir la dimensión de lo apocalíptico: cemento, funcionalidad, autopistas elevadas, vitrinas y letreros de neón. Para Patricio era, en cambio, una aventura hecha de robots e historietas,

tecnología y ciencia ficción. Logró, a base de perseverancia, convencer a su abuelo de que lo llevara a ver una de aquellas películas de fantasía que daban en los cines de Shinjuku. Vieron una cuyo protagonista era un huevo gigante, encontrado por una misión científica en una isla remota del Pacífico, expuesta a ensayos nucleares.

Satoshi casi no habló durante el viaje de regreso. Patricio volvía cargado de juguetes y revistas; sus ojos estaban saturados de colores y sonidos, de nuevos sabores y visiones. Aquel lunes llegó al colegio con cinco revistas de manga. Sus compañeros se las disputaron. De pronto apareció Beltrán Goycolea, que hojeó una despectivamente y la rompió en pedazos.

Durante su vida en la marina mercante Satoshi había hecho lo posible por transformar su aburrimiento en emoción. Sus intentos por hacer literatura de viaje, periodismo o poesía habían sido fracasos estilísticos, pero le permitieron sobrevivir a la vida a bordo de un barco y su posterior varamiento en las costas de Sudamérica. En Valparaíso esa sensación se transformó primero en desazón y, forzado por las circunstancias, en la ciega entrega de su voluntad a los intereses mercantiles de Misugi San.

La primera guerra mundial, la segunda guerra mundial, la guerra fría, los grandes ciclos históricos pasaban y él seguía haciendo su inventario: se había hecho católico, masón, aprovechado información privilegiada y subterfugios legales para huir del país y defender esa fortuna del Estado chileno. El viaje a Japón fue el punto final de este largo proceso. No solo había visto su karma encarnado en su propio nieto, había tenido además la visión definitiva del futuro de Japón: un futuro radioactivo y tecnológico cuya primera expresión era la industria del juguete.

Al regresar del viaje olímpico cayó en un estado melancólico. Pasó encerrado en Limache los últimos meses de 1964 y todo el verano del 1965. Apenas probaba los platos que Mikio le preparaba según la usanza antigua. Tsutsumi y el señor Bustillos fallecieron en el lapso de unos pocos meses. Al despedirlos tomó conciencia del escaso tiempo que le quedaba.

Fue una especie de garrotazo o de iluminación súbita. Pidió hora con un médico porteño que lo revisó de pies a cabeza, le auscultó la garganta, le palpó los riñones, la próstata, le midió el pulso y las palpitaciones y le extendió un certificado auspicioso: tenía cuerda para quince o veinte años, le dijo, a menos que le diera por practicar paracaidismo.

Todos se asombraron por su regreso a la vida activa. A punto de cumplir ochenta años empezó a desempolvar libros y archivos, a encerrarse en su escritorio hasta altas horas de la noche y a despertarse al alba para pasear entre las hileras de crisantemos que cultivaba Kenichi. En la primavera de 1965 el asombro de Mikio se transformó en preocupación: Satoshi volvió a sacar la pequeña maleta con la que viajara a Japón, la llenó con prendas ligeras y anunció que partía de viaje.

Buscó a su karma en Brasil, en Argentina, Perú y Paraguay. Visitó cooperativas, restaurantes, tintorerías y redacciones de

revistas Nikkei en toda América del Sur. Estuvo dos días en Coronel Tupper y no observó grandes cambios, salvo la presencia de algunos almacenes nuevos y la mecanización de las faenas agrícolas. En la cooperativa fue recibido con honores, reconoció algunos rostros envejecidos y otros que habían rejuvenecido a través de su descendencia.

En Argentina el afán de encontrar al hijo o hija que había dejado escapar en el útero de Petra se transformó casi en obsesión. En ello puso toda su astucia. Villa Crespo seguía siendo aquel reducto multiétnico salpicado de zapaterías, sastrerías y locales de reparación de automóviles. La casa regentada por su antigua amante ya no existía y en su lugar se erigía un edificio de departamentos de clase media. Buscó a Petra en el listado telefónico de Buenos Aires y no la encontró. Contactó a un señor Morganski que negó todo parentesco con ella. Visitó en vano cementerios y sinagogas, sabiendo que ella no era creyente. La buscó en Rosario, en Santa Fe y en Mar del Plata, hasta que finalmente se convenció de que Petra se había esfumado junto con Evita y el peronismo. Solo quedaban rasgos familiares que de pronto sorprendía en un rostro, pero que nunca se fraguaban en una posibilidad concreta. En aquel fabuloso personaje se unían dos razas cuyo contacto carnal era escaso a través de la historia: ¿qué varón o hembra de treinta años podía reunir en un solo cuerpo los rasgos del padre y la madre, los ojos azules y rasgados, la cabellera ensortijada y negra, o lisa y rubia, el cuerpo menudo y rebosante? En el tumulto racial argentino no encontró la respuesta. Lo volvió a intentar en Brasil.

Abordó el bus de Río a São Paulo el 17 de marzo de 1966. Los pasajeros se abanicaban con revistas y diarios con titulares sobre Pelé y el próximo mundial de fútbol. Por la autopista pasaba el verde valle del Paraíba. Pequeñas ciudades con nombres sonoros como Sorocaba, Mojí das Cruzes, Taubaté, São José dos Campos, despertaban esos años de la siesta del café al tumulto de la industria. Erguidos sobre la tierra roja, en medio de las chozas y platanales, los galpones y usinas se iban sucediendo y daban cuenta de la cercanía de una gran metrópoli. Recordó Buenos Aires y recordó Tokio. Presintió que algo iba a pasar.

Una multitud atestaba el *Terminal Rodoviário*. Satoshi arrastró penosamente su equipaje hasta que un moreno juguetón le ofreció ayuda y lo condujo hacia el paradero de taxis. El calor era

sofocante y Satoshi no le entendía una palabra. De los comedores populares brotaban efluvios de carne y tubérculos fritos.

—Liberdade. Rua Galvao Bueno —le dijo al taxista leyendo de manera dubitativa una hoja de papel.

El Volkswagen escarabajo tomó el Valle do Anhangabaú, pasó por debajo de un imponente viaducto y se internó en las calles del centro de la ciudad. Satoshi vio pasar los rebosantes cuerpos del trópico a través de la ventana. Mujeres jóvenes, chiquillos delgaduchos y veloces que corrían por las veredas, sorteando a los vehículos. Satoshi no salía de su perplejidad cuando comenzaron a aparecer letreros en japonés, bazares, restaurantes envueltos en olor a soya y miso.

—É aquí meu senhor… Hotel Niteroi…

Por supuesto, todos los recepcionistas y funcionarios eran Nikkei. Al ver su pasaporte chileno lo miraron con curiosidad y uno de ellos le habló en un japonés aportuguesado. En la radio se oía un discurso encendido, cuyo volumen un muchacho bajó.

Satoshi se echó abrumado sobre la cama. El calor se le acumulaba en el cuello y en la frente. Pidió una gran botella de agua mineral e intentó dormir, pero un taladro zumbaba en alguna parte. Se refrescó la cara en el baño y bajó al comedor. Dos turistas japoneses observaban intrigados en el televisor un show de variedades: lo animaba un tipo barrigón, con lentes gruesos y sombrero de copa cubierto de lentejuelas, rodeado de mulatas que bailaban.

Pidió la carta y la miró incapaz de decidirse. Los ideogramas bailaban en sus ojos. El animador accionaba una bocina y las bailarinas se detenían. Había invitados, cantantes, personas comunes que intentaban hacer algún número musical y el animador las interrumpía a bocinazos. Satoshi pidió sopa, pero no se la pudo tomar.

Bajo sus pies el pavimento paulista parecía respirar. Avanzó por la rua Galvão Bueno observando los edificios y los comercios, pensando en lo que habría sido de su vida si, en vez de Valparaíso, se hubiese radicado en aquella ciudad y en aquel barrio controlado por japoneses.

El idioma japonés se escuchaba en las esquinas, en los restoranes y verdulerías, en las radios que zumbaban en las ventanas, en los televisores en blanco y negro que reverberaban a través de puertas entornadas.

Eran más de las siete y muchos comerciantes ya bajaban sus cortinas. La librería apareció en su campo visual entre las calles

Vergueiro y Tomas de Lima. Era un bazar mínimo. El letrero decía exactamente “Libros y Revistas”. Satoshi entró con cautela y oyó sus pasos sobre un enlosado viejo. Los anaqueles cubrían todas las murallas y almacenaban libros y revistas en japonés. Había sagas, mangas, *shimbums*, *mabochokans* actuales y antiguos, en ediciones desteñidas de antes de la guerra. Satoshi no reparó en el librero hasta varios minutos después. Tendría su misma edad, unos 80 años y leía impasible en un rincón, sentado en un taburete incómodo, con los pies colgando y la cabeza enfundada. La voluta azulada de una taza de té le daba un aire de sabio al que no convenía importunar.

—¿Busca algo en particular, señor?

El acento solo podía ser de Fukuoka. Satoshi se acercó al librero y lo saludó con una venia. Le explicó que venía de Chile.

Durante toda la conversación no entró un solo cliente. Una débil ampolleta iluminaba el rostro del librero demarcando sus infinitas arrugas. Un achacoso ventilador agitaba las crenchas blancas que le caían desde la nuca, por debajo de la boina. A ratos, mientras oía la historia de Satoshi, una sonrisa le atravesaba la cara. La sonrisa adquiría, por momentos, un brillo demente y casi intimidante, que Satoshi atribuyó a las malas condiciones de iluminación.

—Llegué a los doce años a este país —señaló el librero—. Lo que más he echado de menos es el mar.

Se puso de pie y lentamente avanzó hacia la salida. Arrastró consigo el taburete, se subió en él y descorrió la cortina metálica del local, quedando ambos aislados del mundo exterior.

Ante el asombro de Satoshi, el anciano encendió de alguna parte un interruptor y una luz decidida invadió los anaqueles. Con la misma parsimonia abrió un pequeño estante que escondía una cocinilla a gas y encendió el agua. Cuando Satoshi lo oyó hablar en voz alta con alguien, pensó que definitivamente estaba ante un loco, solo para descubrir que por el vértice de la muralla bajaba una tubería metálica, a través de la cual el anciano impartía órdenes.

—Sopa para dos.

Un ruido sacudió de pronto la muralla posterior. El anciano descorrió dos celosías de madera y abrió el montacargas. Del interior sacó una marmita humeante con fideos y sopa miso, dos platos, dos cucharas, dos pocillos.

Comieron en silencio.

El anciano había tripulado brevemente en la marina mercante.

Sus padres eran pescadores. Fukuoka era su tierra natal. Satoshi perdió la noción del tiempo. Solo la recuperó al ver que el anciano se introducía en lugares cada vez más recónditos, abría una escotilla de madera y bajaba, a través de una escalera invisible, a una suerte de bodega en la que sus pasos desaparecieron durante largos minutos. Ninguno de estos movimientos estuvo precedido de una aclaración, un preámbulo que lo preparara. El anciano reapareció cargando sobre su espalda encorvada un enorme ejemplar encuadernado.

—Ya no sé cuándo fue desde la última vez que bajé.

Puso los pocillos y el cuenco de sopa en el montacargas y dio una orden a través de la tubería. El anciano dejó caer el libro sobre la mesa despejada; las tapas crujieron y un polvillo amarillento se elevó desde los intersticios

Eran ejemplares del *Fukuoka Shimbum*, de antes de la Primera Guerra Mundial. Satoshi sintió que sus ojos se mojaban.

El anciano dio vuelta las páginas comentando alguna frase, alguna fecha significativa; se detuvo en una edición y en una página específica. Ahí estaba su nombre: Kusanagi Satoshi.

—Su prosa era sagaz, Kusanagi San —dijo sonriendo.

Regresó al hotel con una sensación extraña en el pecho. La televisión seguía encendida y dos comentaristas se reprochaban algo a viva voz. De tener algún amigo con vida no hubiera dudado en llamarlo por teléfono, pero solo los fantasmas podían compartir su emoción. ¿Qué hubiera dicho el sabio Miyata, el señor Bustillos y el simple Tsutsumi?

Soñó que caminaba por un valle verde y montañoso como el Paraíba. Al final del valle había otro más pequeño, y al final de éste otro más pequeño aún. Los valles se sucedían uno tras otro con la particularidad de que Satoshi disminuía también de tamaño. Lo notaba por las dimensiones que adquiría el cielo sobre su cabeza. Los demás miembros del reino animal, en cambio, iban creciendo, hasta superarlo por varios cuerpos: un gato, una paloma, una serpiente. El Satoshi pequeño se servía de estos animales benignos para avanzar con rapidez. Pero de pronto la serpiente dejaba de avanzar y desde su lomo el Satoshi pequeño veía acercarse una criatura espantosa, alada, con garras afiladas y un pico en forma de gancho.

Lo más terrible de la criatura no era su aspecto. En su lomo iba una figura humana de su misma estatura. Uno como él.

Despertó resoplando, envuelto en sudor. Se asomó a la ventana y comprobó que aún estaba en la rua Galvão Bueno.

Al día siguiente fue a la redacción del São Paulo Shimbum, el principal periódico japonés de Brasil. Un joven editor lo recibió y le ofreció té. Charlaron media hora y Satoshi salió con su primer encargo periodístico en medio siglo.

Un día buscando entre sus libros encontró por azar aquella vieja novela folletinesca de Shiru, con la que llenara sus tardes de ocio en la marina mercante. Releyó algunos pasajes y comprendió que sus debilidades y exageraciones eran un modelo narrativo que debía evitar a toda costa. Comprendió lo estéril de todo planteamiento ideológico en literatura (la caducidad) y que lo único que sus lectores no le perdonarían sería aburrirlos. Así construyó su saga en torno a una emoción común: la perplejidad.

El argumento partió con un junco de la flota china que varaba frente al Perú; sus tripulantes se repartían por todo el continente antes que los castellanos y extremeños.

Mientras la novela crecía en textura y complejidad, sus artículos eran publicados en Lima, São Paulo y Buenos Aires y abonaban el camino de futuros lectores.

Los personajes de aquella escuadra mitad histórica y mitad ficticia eran un microcosmos: el astrólogo, el cartógrafo, el nigromante, el estratega, el maestro de artes marciales y uno que otro representante del pueblo llano. Los repartiría por los cuatro puntos cardinales, visitarían Cusco, recorrerían las pampas, el Chaco y el delta amazónico. Tal vez uno volvería con vida al reino celestial y registraría sus aventuras en un largo papiro. Habría por cierto un japonés, y a ese le reservaría el valle chileno, habitado por tribus primitivas que machacaban mariscos al borde de la playa.

Satoshi escribía en dos cuadernos. El de notas era en español. La narración misma estaba en japonés. El manuscrito llegó a tener 1.500 páginas. Él mismo las pasó en limpio, contrató a un funcionario de la embajada para que corrigiera los ideogramas y a un diseñador universitario para que armase la maqueta. La tirada fue de 200 ejemplares.

Durante el resto de su vida Satoshi se dedicó a distribuir este material entre todas las personas que conocía, desde los viejos amigos de Valparaíso a sus hijos y nietos, a los Nikkei de Coronel Tupper y a sus escasos familiares en Japón, asumiendo todos los costos postales.

La edición de *Hijos del Almirante* provocó tal avalancha de correo que Satoshi contrató una casilla y se armó un horario para responder. Luego el entusiasmo decayó. Ya no tenía dinero ni energía para sacar una segunda edición, y no hacía falta: su labor

estaba hecha.

Una tarde, al regresar del colegio, Patricio vio que su madre lloraba y hacía llamados telefónicos. Rara vez la oía hablar en japonés. Al otro lado solo podía estar alguien de la familia, su abuelo Satoshi o su abuela Mikio.

Era 1969, Neil Armostrong había paseado por la Luna y Patricio se preparaba para rendir la Prueba de Aptitud Académica. Su padre no podría asistir a su ceremonia de graduación en el colegio San Ignacio y Patricio no tardó en descubrir el motivo: era un prófugo de la justicia. El delito imputado: estafa.

Tras el terremoto vino la calma. Fue admitido para estudiar derecho en la Universidad Católica de Valparaíso. Su abuelo Satoshi corrió con todos los gastos.

Pronto comprendió que se vivían tiempos extraordinarios, anormales. La semana universitaria de 1970 fue un desfile de belleza y desenvoltura. El humo de la marihuana se asomaba paulatinamente, acompañado por la retórica incendiara de la revolución. Para su sorpresa, uno de los líderes rojos era Beltrán Goycolea; Patricio lo vio un día en un debate universitario defendiendo la reforma agraria, transformado de matón de patio en paladín de los postergados y de los oprimidos.

La parquedad de Patricio le valió una injusta fama de reaccionario. Con la única persona que intimó aquel primer año, y por circunstancias más bien casuales, fue con Isabel Pérez, hija única del malogrado poeta Basilio Pérez Garcés.

La producción de este vate porteño fue portentosa: Quince libros autoeditados, que él mismo vendía en giras alcoholizadas por todo el país. Alguna vez fue escribiente de la Armada, tripulante de nave, práctico de puerto y locutor radial. Trotskista furioso, escribía cartas desde la prisión que más tarde fueron libros de crónica. El mundo literario se sorprendió cuando se le concedió el Premio Municipal de literatura. Isabel, su hija única, jamás hubiera tenido chance alguna en la educación universitaria de no ser por el Estado Docente y el arancel diferenciado. Rápidamente se ubicó entre los grupos más radicalizados de la escuela de Filosofía.

Se conocieron durante una manifestación de estudiantes en la Avenida Pedro Montt en la que Patricio la tapó con su impermeable ante el ataque de un carro lanza aguas de la policía. Él estaba en quinto año y ella en segundo. El motivo era la guerra de Vietnam y la visita de ciertas naves de guerra norteamericanas. Tras la gresca

en que se vieron envueltos Patricio le ofreció llevarla hasta su casa. Ambos estaban mojados y fue un lindo comienzo. Isabel vivía con sus abuelos en el cerro Los Placeres y esa misma tarde, después de tomar onces, hicieron el amor.

Ella se declaraba feminista y comunista. Se encontraban en la universidad y veían películas de Jean Luc Godard. Lo introdujo en la teoría crítica y el estructuralismo. La casona de los abuelos tenía varios niveles y múltiples escaleras; los nietos vivían como inquilinos en mundos independientes. Con Isabel el sexo era un pronunciamiento político. Ella imponía los límites o la ausencia de límites. En lo único que no la podía seguir era en sus gustos musicales. Patricio solo escuchaba música clásica; odiaba el folclor, la balada y el rock & roll.

Ella, en materia culinaria, era una nacionalista: no le gustaba la comida de su abuela Nikkei. El pacifismo de Patricio la exasperaba. De él esperaba un Kamikaze guevarista, un guerrero capaz de hacerse harakiri antes de concederle la victoria al burgués. Pero a Patricio los aires revolucionarios solo lo entusiasmaban a un nivel mental. Su biorritmo funcionaba en una frecuencia contemplativa, donde la planificación central ocupaba el lugar de la razón y la dialéctica se ejercía a través de lo escrito. Su educación ignaciana era central en este punto.

Fueron años intensos y fecundos, que dejaron en Patricio una marca indeleble, como el funeral de su tío abuelo Kenichi, al que Isabel asistió. El tío extravagante y delicado, de cuyo pasado no se hablaba, se despidió del mundo rodeado de flores.

Patricio no hablaba japonés ni tenía un aspecto físico que lo vinculara de manera inequívoca con la colonia, pero aun así procedía de manera japonesa. En una época radicalizada se comportaba como un joven bien educado, de ideas progresistas pero rara vez vocalizadas. Un estudiante atípico y concienzudo, cuyo medio de expresión natural era la palabra escrita.

Satoshi había envejecido con el siglo. Era testigo de los cambios traídos por la radio y el televisor, los alimentos refrigerados, los antibióticos y el sufragio universal.

Las elecciones del año 1970 le hicieron recordar aquella realizada medio siglo antes, cuando ganó *Aressanduri*. En aquel entonces él era un inmigrante soltero; ahora era el patriarca de un pequeño clan.

La noche del 4 de septiembre estaba en Limache, con su esposa y su hija. Los últimos cómputos ratificaban un hecho anunciado desde hacía décadas: los kyosanto llegaban al gobierno. A su nieto le simpatizaban, a su hija le aterrorizaban y a su mujer le eran indiferentes. Satoshi ya no tenía energía alguna para tomar partido.

Patricio fue uno de los tantos miles de jóvenes que asomaron sus caras a una ciudad estupefacta, en la que el carnaval y el sepelio se sobreponían. Pensó en Isabel y en la posibilidad de cruzarla en algún punto de la multitud que acudía a la Federación de Estudiantes, para oír la reacción del presidente electo. Por cierto, aquello no ocurrió.

La vida se tornó un tumulto de encuentros y desencuentros, acusaciones y peleas callejeras. La prensa perdió todo atisbo que neutralidad y los discursos fueron escalando en virulencia. En este ambiente Patricio no lograba calzar, y no por falta de sintonía con los tiempos. A ratos, en privado, hablaba como un maoísta, como un metafísico, como un leninista cristiano. En público callaba y no por cobardía. Simplemente no tenía el carácter para tomar un micrófono y arengar a nadie.

En octubre de 1972 su abuela Mikio sufrió un ataque cardíaco. No obtuvo atención médica oportuna debido al paro convocado por la oposición y los gremios. El funeral se realizó en Limache.

Rodeado de familiares, amigos, su hija y su nieto, Satoshi observó el féretro. Adentro, su compañera de toda una vida descendía a la región desconocida. Todo era muy triste en aquellos días, pero Satoshi encontró la fuerza para secarse las lágrimas, tomar un libro que no era la Biblia kirishitán y buscar la página que había marcado para despedir a Mikio:

Ikka mina
Shiraga ni tsue ya
Haka-mairi

Patricio apretó los dientes. Todo era vital y a la vez morboso en aquel tiempo. La universidad pasaba en tomas y Patricio, al año siguiente, interrumpió sus estudios y consiguió un modesto empleo en los tribunales de justicia.

Durante la Unidad Popular el fundo de Satoshi fue como una especie de territorio suizo, un oasis de paz en medio de la conflagración que estallaba en el campo chileno. Ayudaba su condición de inmigrante y cierta aura de sabiduría. Mientras la cuestión de la propiedad paralizaba las cosechas, Satoshi cultivaba flores, cítricos, abastecía al mercado oficial y al mercado negro con paltas de excelente calidad. Ahorrativo y metódico, con la ayuda de su hija tuvo siempre la despensa de Limache llena. La mayoría de los que trabajaban en la parcela eran japoneses de primera o segunda generación; la lucha de clases era una posibilidad remota. Los jóvenes revolucionarios que administraban el erario fiscal se conformaban con que Satoshi no acaparase alimentos ni eludiese impuestos, cosa que jamás hizo.

Pero estos privilegios le importaban poco. Vivía en un país en crisis, pero también vivía rodeado de belleza y su hija lo cuidaba, los hijos y nietos de sus amigos se hacían cargo de las flores y podaban los cítricos. Eso le permitió revisar sus manuscritos y hacer un descubrimiento fundamental: que escribiendo enfrentaba a sus demonios.

Pese a que la influencia de Shiba Shirō había sido, literariamente hablando, nefasta, Satoshi había dado con el tema. Su último esfuerzo se centró en escribir el segundo tomo de *Hijos del Almirante*. Tomó notas de sus viejos cuadernos en japonés y trazó un mundo ficticio donde la geopolítica mundial era distinta. En ella, gracias a los viajes del almirante chino, los incas y los aztecas tienen la pólvora cuando llegan los españoles. Como en el Oriente Medio, al finalizar el siglo XX, hay enclaves europeos y asiáticos incrustados en los imperios centrales americanos. Europa no tiene la primacía militar o científica del mundo y el primer hombre en llegar a la luna, cien años después, tiene los ojos rasgados.

Después de este esfuerzo, el cansancio lo venció. Su producción periodística también empezó a declinar. El São Paulo Shimbum le publicó un artículo sobre las bondades de la palta para el aparato digestivo y el combate contra el colesterol, y luego vino el silencio. En el lento naufragio de su mente, Satoshi vivía cada vez más en un

mundo de sensaciones y conceptos. Se paseaba bajo los árboles de su parcela, admirando el murmullo de las acequias. Tenía 88 años para el invierno de 1973.

Prácticamente no se movió de Limache y llegó a darse cuenta de que Sumi y Patricio no se hablaban en la mesa. Intentó escribir, pero el brazo derecho le temblaba demasiado y los ideogramas que durante medio siglo intentó no olvidar se grababan en el papel con la inseguridad de un niño. La lectura también lo cansaba, en especial la de sus propios escritos, que sumaban ya varias decenas de cuadernos. Sumi hablaba japonés, pero no sabía leerlo. Patricio, ni lo uno ni lo otro. Todas esas páginas tenían un solo fin: el olvido.

Por eso terminó su vida solo, viendo televisión. El aparato captaba apenas dos señales en blanco y negro, repletas de halos y dobleces que su vieja retina registraba apenas. Veía debates interminables, antiguas series norteamericanas, documentales rusos, shows en directo, noticias y deporte. Vio a Nixon y a Mick Jagger, a Aristóteles Onassis y a Salvador Allende en la pantalla, tantas veces que terminó confundiéndolos en la medida en que se quedaba dormido y despertaba en otro programa. Toda aquella fosforescencia, la de 1973, se grababa en Satoshi bajo una lógica de ensueño, de pasividad absoluta.

Se volvió a enfermar. Tosía como si se le fuera a salir la carótida. Le sacaron radiografías y Patricio vio por primera vez el esqueleto de su abuelo, un conjunto de velos fibrosos que cubrían un espinazo curvado, compacto. Satoshi tenía una enfermedad degenerativa; un carcinoma originado probablemente en las células epiteliales de su pulmón. Había sido un fumador pasivo durante sesenta años.

—Que su hija decida —propuso el médico.

Sumi tomó una decisión: no hacer nada. Satoshi estuvo de acuerdo. Pasó un invierno contemplativo junto a la chimenea y al televisor, con el tatami extendido, observando cada media hora la lluvia que caía sobre Limache. En el altar, junto a los retratos de Misugi San, Misugi-kun, Mikio y Kenichi, pronto se agregaría el suyo.

El 30 de agosto volvió a caer en cama. El 9 de septiembre, en vista de que no mejoraba, Sumi y Patricio subieron a Satoshi a la renoleta y atravesaron 110 kilómetros a lo largo de una carretera fantasmal. Era tan evidente que algo iba a suceder que, por acuerdo tácito, no encendieron la radio. Llegaron a Santiago el domingo por la tarde y dejaron a Satoshi internado.

El lunes 10 los tres almorzaron juntos en el hospital. Satoshi

insistió en que lo sacaran a pasear, aunque fuese por un pasillo. A esas alturas era difícil entender lo que decía, pues solo hablaba japonés y Sumi podía entenderle la mitad; la otra se le iba por los baches de sus dientes y por los sedantes que le suministraban las enfermeras.

Pasaron esa noche en el departamento de Patricio; él en el sofá y su madre en su minúscula cama de soltero. No hablaron de política. Ninguno de los dos recuerda haber cerrado un ojo, pero tampoco las circunstancias en que se despertaron a las seis de la mañana, mientras en Valparaíso la escuadra chilena se devolvía apuntando sus cañones hacia la misma ciudad que Satoshi había visto en 1914, desde la cubierta del América Maru.

Patricio sintió un sabor extraño en la boca. Su departamento era pequeño y debió cruzarse con su madre en la puerta del baño, ajada y triste por lo que iba a suceder. Salieron tan temprano como las tropas y se estacionaron frente al hospital casi al mismo tiempo que Allende y su guardia en La Moneda. Patricio acompañó a su madre hasta la habitación y vio que su abuelo los recibía despierto, tan delgado que parecía transparente. Le tomó la mano y sintió el surco duro de sus venas. Se despidió dándole un beso en la nuca y Satoshi rio como si hubiese oído un chiste verde de labios de su nieto.

Apenas entró a la renoleta Patricio encendió la radio y escuchó todo lo que tenía que escuchar. Conseguir un teléfono público era imposible. A través de las calles divisó una hilera de curiosos que se asomaban hacia La Moneda por calle Teatinos. Dos aviones pasaron dejando una estela de ruido en el cielo y Patricio comprendió que su abuelo había muerto.

Satoshi cayó en coma ese 11 de septiembre a las once de la mañana. Sumi estaba a su lado y llamó inmediatamente a la enfermera. Se hicieron intentos por reanimarlo, pero fue en vano. Lo último que vio fue a los dos camilleros que ingresaban a un herido a bala, el primero de la jornada.

Memento

Los uniformados dejaron una lámpara de parafina en el suelo del túnel. Es la única luz que puede ver el prisionero. Una bala le atravesó el pecho, debajo de la axila. Milagrosamente le salió por la espalda sin dañar ningún órgano vital y sin rasparle siquiera una costilla. Está perdiendo bastante sangre y en sus oídos todavía retumba el sonido de los disparos. Intenta arrastrarse hacia la luz, pero el cuerpo de otro prisionero, que cayó sobre sus piernas, no lo deja avanzar. Tampoco tiene las fuerzas para sacárselo de encima, ni menos para ponerse de pie.

Su cuerpo percibe un penetrante olor a humedad. A podredumbre. No es su cuerpo el que hiede de esa forma, sino el de algo que le pasa por encima. Algo vivo y que se mueve como un humano.

El prisionero siente que la figura se inclina sobre él, ocultando la luz de la lámpara. Siente que le acarician la cabeza. Podría jurar que es una mano de piel muy áspera, casi como el cuero y tan fría como la roca.

Hoy me desperté con la sensación de no poder más. Levantarme, bajar al trabajo, responder llamadas. Todo me supera. Tengo que tomar el toro por las astas.

Llevo muchos años haciendo lo mismo, tomando el mismo auto, bajando por la misma avenida, estacionándome en el mismo edificio y subiendo por el mismo ascensor hasta el piso 10 que ocupa nuestra empresa. Es un día común y los funcionarios se preparan el primer café de la jornada. Los saludo a todos con mi mejor cara.

Me dirijo a la oficina del *boss*.

—Vengo a presentar mi renuncia —le digo escuetamente.

Fernando Cohen, 55 años, ingeniero civil, gerente corporativo y ex dirigente universitario, me mira a los ojos.

—Conversemos —dice con tranquilidad.

Estamos en Santiago, en una torre de cristal azulino, cara Norte. Fernando llama a su secretaria para que no le pase más llamadas: no todos los días renuncia un gerente. Empieza a hablar de mis competencias, a alabar mi compromiso con los proyectos, a ofrecer una instancia de conversación para mejorar nuestro *feedback*.

—Es una decisión tomada —insisto—. En todo caso voy a cambiar de rubro...

Es la palabra mágica. No me voy a la competencia, si es eso lo que más le preocupa. Mi superior directo se dobla hacia atrás en el asiento y me mira.

—Te vamos a echar de menos... —dice.

Y eso es todo. No hay nada más que agregar y los dos lo sabemos. Fernando se levanta del asiento y avanza hacia mí. Nos abrazamos. Le doy unas palmaditas en la espalda y me lo saco de encima, como un abrigo viejo.

—No te pierdas —repite a mis espaldas.

Contaba con salir de manera discreta, pero mi ahora exsecretaria entra en mi exoficina justo cuando empiezo a revisar cajones y borrar archivos que no deseo dejar en poder de informática.

—Me voy de vacaciones, Ivonne.

—No sabe cómo lo siento... —murmura bajando la vista.

—Fue decisión mía.

Ivonne tiene cincuenta años. Es viuda y tiene un hijo estudiando en una universidad privada. Su actitud hacia mí ha sido siempre

maternal. Es la clase de secretaria que le trae a uno aspirinas y sal de fruta con el té en la mañana, cuando lo ve llegar con resaca.

—¿Se va hoy mismo?

—Ipso facto.

—Si me permite, a usted no se le veía muy contento en la empresa... últimamente.

Es cierto, hubo un tiempo en que esto me gustaba y ella lo sabe. Hace años que está conmigo y rara vez se equivoca. Su comentario merece una respuesta. Medito algunos segundos y le digo:

—¿Por qué trabajamos, Ivonne?

—Por responsabilidad.

—Exacto. Por responsabilidad, no por placer. Entonces póngase en mi lugar: Mi mujer me dejó por un hombre que vale mucho más que yo. Él ama a mi ex. Con locura, como yo nunca pude amarla. Es un buen hombre y mis hijos lo adoran. Como si fuera poco es millonario.

Ivonne ha perdido el habla. Permanece pegada a la silla, como si la hubiese abofeteado. Termino de borrar los archivos, cierro mi maletín y le paso la llave de mi cajonera. Le doy a Ivonne un beso sobre su frente lívida. No me despido de nadie más. Me llamo Martín Concha y vivo en Vitacura, en una casa refaccionada de dos pisos, Ley Pereira.

Esa tarde, durante el camino de regreso veo la sinopsis de mi vida. Diez años trabajando como ejecutivo en la industria de las telecomunicaciones. Entré a Cotelco en 1987, cuando la empresa era todavía la Cooperativa Telefónica de Copiapó.

De la última memoria leo que fue fundada por el empresario minero Ramiro March Lillo, patriarca y caudillo radical, en 1890. La Imperial Cable & Telephone la compró en 1924 y el gobierno de Juan Antonio Ríos la estatizó en 1942. Durante la Unidad Popular fue una empresa del Área Social; por motivos misteriosos no fue integrada al holding estatal conocido como Compañía de Teléfonos de Chile. A mediados de los ochenta era una suerte de anomalía. El gobierno militar (debiera decir aquí dictadura, pero me atengo a mis fuentes) intentó privatizarla dos veces sin éxito (Copiapó es una zona de baja densidad demográfica), hasta que en 1985 el empresario de la construcción Jaime Chaín la compró a un precio nunca revelado.

Cuando me contrataron las oficinas centrales todavía estaban en Copiapó, una pequeña ciudad rodeada de cerros, de unos 50 mil habitantes. El nivel de vida ya era alto en esa época, por los sueldos que pagaba la minería. Es una ciudad laica y con bastantes

prostíbulos. Yo viajaba casi todos los fines de semana a Santiago, en bus, pero el trayecto era largo y al final preferí gastarme el dinero de los pasajes en prostitutas.

A comienzos de los noventa la empresa hizo sus primeras incursiones en los mercados internacionales. El consenso de Washington se había impuesto en todo el continente como los Diez Mandamientos: las empresas de telecomunicaciones eran subastadas con alegría y candor por los gobiernos. En Wall Street nos recibían con alfombra roja. Concursamos con éxito en una licitación de telefonía inalámbrica en el Norte del país, y en 1992 abrimos oficinas en Santiago. Al año siguiente repetimos el juego en Argentina. Emitimos acciones en Nueva York, hicimos caja en las Antillas y pasábamos el año a la espera de oportunidades. El quid del asunto era contratar una buena oficina de abogados y sobornar a los funcionarios. Los sobres se abrían y allí figuraba, ganándole a Telefónica y a France Telecom, esta modesta empresa copiapina manejada con mano de hierro por un directorio audaz, compuesto de puros expertos y uno que otro miembro del clan Chaín. Abrimos oficinas en un modesto cuarto piso de un edificio en el centro. El negocio creció tanto que tuvimos que trasladarnos a una torre de cristal en El Golf.

Cuando América Latina era una fiesta, Cotelco tenía licencias en La Rioja, Catamarca y siete ciudades del interior argentino. Carlos Menem visitó las oficinas de la empresa en 1995 y dejó un galvano autografiado en la Sala de Directorio. Es amigo personal de Jaime Chaín, con quien, se dice, juegan golf y se cuentan chistes cochinos.

Mi situación personal en la empresa fue de menos a más. Empecé trabajando en la gerencia de finanzas. Traducía la información de tráfico en activos y pasivos para la empresa. Después me pasaron al equipo de desarrollo y nuevos negocios y fui escalando posiciones hasta ser gerente. En 1995 ganamos licitaciones en Costa Rica, Honduras y en Santa Cruz de la Sierra. En 1997 un gigantesco fondo de inversiones australiano compró un 12% del capital, convirtiéndose en socio estratégico. Los empleados recibimos *stock-options*. A esas alturas yo pasaba la semana viajando entre Santiago, Buenos Aires, Córdoba, Santa Cruz de la Sierra, mi vida se desarrollaba en aeropuertos y hoteles de provincia, reuniéndome con los abogados, sobornando funcionarios públicos y comprando revistas pornográficas de las que me deshacía antes de pasar por la aduana.

Sería largo y engorroso describir el devenir de mi vida durante estos años. Basta decir que me casé, tuve hijos y no fui feliz.

No concebimos el compromiso corporativo sin su cuota de estrés. Mientras más angustiado el funcionario, mejor su hoja de evaluación. La ausencia de problemas económicos fue como una especie de droga, un colchón mullido o una pared que siempre retrocedía a la hora de adquirir nuevos compromisos. Ganar mucho dinero se parece a no ganar nada. Lo que se gana en dinero se pierde en tiempo. Siempre será insuficiente lo que uno le dé a la empresa; ésta requiere más y más para satisfacer a los accionistas. Es un sistema que solo conviene a los predadores, y yo fui uno.

Hoy tengo un colchón con unas cuantas frazadas, una lámpara halógena de velador, un televisor Wega de 45 pulgadas con DVD y una máquina de ejercicios que rara vez ocupo y que he dejado en el living a modo de decoración. La casa es alfombrada, tiene piscina y una cocina full equipo: solo tengo que sacar los productos del congelador o de la bolsa de supermercado, calentarlos en el microondas, cambiarle el filtro a la cafetera eléctrica. Después de comer pongo los cubiertos y vasos en el lavavajillas, al final del día me da para una carga completa en lavado económico. Mi ex mujer me dejó todos los electrodomésticos, quizá en un arranque de realismo. Me sabe dependiente de la tecnología. Me prefiere más vivo que muerto, por razones que todavía no puedo entender.

Lo primero que hago al llegar es sacarme la corbata, la chaqueta y abrir una cerveza. Es el día más caluroso del año y yo acabo de realizar este insólito acto de individuación. He escupido en el plato que me da de comer.

Me doy un chapuzón en la piscina y todo pensamiento negativo desaparece. Es el gran mérito del agua: lavar los pecados. El agua de las piscinas es como agua bendita, mata las bacterias y aplaca la matraca mental.

Pero poco o nada puede el agua de piscina contra el control remoto. Es un día sabrosamente noticioso: el Papa acaba de iniciar un viaje oficial a Cuba. El Washington Post informa que una muchacha dice haber tenido sexo con el presidente. Milicias albanesas han iniciado una ofensiva guerrillera en Kosovo, región de la República Socialista de Serbia. Misiones del FMI visitan Seúl para aplicar el programa de salvataje financiero.

Bajo el volumen y me pongo a pensar en lo que valen mis acciones. Cotelco ha sido fuertemente castigada en la bolsa desde que comenzó la crisis asiática. Pese a esto mi paquete no debiera valer menos de medio millón de dólares. ¿Qué más necesita un

fantasma sobre la tierra?

Descongelo una caja de merluza en salsa verde, me sirvo una ración de helado de mora-crema y, de bajativo, un Cuba Libre. Enciendo mi PC y me conecto a mi servidor. Puedo estar horas buscando cosas interesantes en la web. Por ejemplo, dos barcelonesas frente a una webcam, devorando a un semental afro, o un trío de chicas del equipo de nado sincronizado de Rumania, lamiéndose debajo del agua.

La pornografía es el convidado de piedra a la fiesta del capitalismo. Los conservadores se equivocan al creer que la pornografía es una incitación; en verdad la pornografía es un fin en sí misma. El lenguaje de la pornografía ha ido invadiendo paulatinamente nuestro consumo audiovisual. Los noticiarios son pornográficos, los programas de crímenes sin resolver o los reportajes de esas guerras civiles en el Cáucaso o en la ex Yugoslavia. Y para qué hablar de esos programas del reino animal, donde el televidente puede apreciar la maravilla y el infortunio de los hermanos peludos que nos preceden en la escala evolutiva. Imágenes desnudas y perfectas de lobos devorando a un pequeño reno en medio de la tundra, águilas que atrapan presas al vuelo y luego las despluman parsimoniosamente, osos apareándose durante el deshielo, orcas masticando focas como si fuesen trozos de cebiche. Directo al córtex.

En cuanto a la pornografía misma, Internet la ha democratizado. La oferta y la demanda pornográfica van uno a uno, y representan una notable confirmación de la mano invisible de Adam Smith.

Después de eyacular me hago otro trago, limpio la pantalla y me voy a acostar.

No recuerdo si olvidé apagar el despertador o si yo mismo lo activé mecánicamente antes de acostarme, el hecho es que suena como todos los días, a las siete y media de la mañana. Antes de las 8 figuro de nuevo en la piscina. Me hago una taza de café. Observo la caja de los antidepresivos y me doy cuenta de que ya no me queda ninguno. Sin pensarlo dos veces, la arrojo al agua y me quedo unos segundos viendo cómo flota.

Hubiera podido desempeñar muchos oficios, pero terminé atado a éste. Con un poco más de cultura hubiese sido chef, con más sentido del ridículo, humorista y *stand up*. Tampoco me hubiera desagradado la función policial o la de juez. Hubiese sido

despiadado y venal, un juez de hierro con tejado de vidrio.

Pero solo fui esto: un vendedor de teléfonos, un propagandista de la norma GMT, un analista de los movimientos del tráfico de larga distancia, tras los cuales se esconden las verdaderas pulsaciones de la población. Con mi equipo identificábamos los grandes hitos, las fechas y los horarios que llevan al ser humano a levantar el auricular y marcar un número. Por aquel entonces recién desarrollábamos nuestra provechosa alianza con la radio y la televisión, obteniendo nuestras primeras ganancias a costa de todo aquel que tuviera ingreso disponible para gastar en apuestas telefónicas, sexo telefónico y horóscopos telefónicos. Nuestros ingenieros subcontratistas desarrollaban productos audaces y nuestros publicistas inventaban los *pitchs* más ingeniosos del mercado. Nuestra calificación de riesgo fue una de las mejores del país y nunca nos costó levantar capital. Hasta que cometimos errores garrafales, como creer en Menem o en la capitalización boliviana.

Trabajar en una empresa de tecnología supone para cualquiera un riesgo grave: creer que la humanidad está salvada por la libre elección. Éramos (me refiero a los ejecutivos jóvenes) extremadamente vulnerables a nuestra propia publicidad; nos sentíamos haciendo poco menos que servicio social. Los chicos de marketing estaban siempre al día y los de desarrollo revisaban y analizaban la información de tráfico mes a mes. Cotelco fue una de las primeras empresas del rubro en ofrecer planes personalizados por grupo familiar, para la tercera edad y la adolescencia precoz. Se contrataban rostros representativos del sentir nacional, pero fueron lo suficientemente astutos, por ejemplo, para no meterse con deportistas ni actores, puesto que ambos envejecen, y por lo general rápido. Elegían en cambio a personas comunes y corrientes que saltaban fugazmente al acontecer noticioso asociados a algo positivo, médicos que operaban cuatrillizos, carabineros que salvaban niños, profesores universitarios que derrotaban el cáncer. Por supuesto, a todos los retocaban y mejoraban digitalmente, se les ponía en situaciones cotidianas donde sus rostros irradiaban franqueza. Tampoco se recurría al *prime time* sino a los programas de testimonios, las radios locales, los conciertos de ídolos del recuerdo. Nos interesaban los padres de familia, y la única manera de venderles el último aparato era hacer de su tipo físico un símbolo. En marketing social Cotelco fue la vanguardia; enviábamos mensajes de texto a todos sus abonados, ofreciéndoles descuentos por contribuir a causas nobles como el cuidado de los

ancianos, la defensa de los niños maltratados, la rehabilitación de los drogadictos o el hambre en el África sub-sahariana.

A veces las campañas costaban más de lo que redituaban, pero al directorio le daba exactamente lo mismo con tal de que el negocio fuera a futuro. Yo era el último (o quizá el primero) de esta cadena alimenticia, el vidente, el cartógrafo, encargado de diseñar los planes para conquistar el continente. Se entiende ahora mi saturación, la base ideológica de mi actual cinismo: todo lo vi, todo lo hice, no dejé rincón del mercado sin explorar, tal como me enseñaron mis profesores universitarios.

Algunas palabras sobre mi entorno urbano. Vitacura es una versión sureña y católica de algún barrio de Denver, Colorado, o de esas ciudades mineras canadienses que son algo así como un trasplante del modelo de urbanístico protestante en América. Vitacura tiene una especie de autonomía respecto del resto de Santiago. Hay que imaginarse un fondo de montañas rojizo en verano y completamente blanco en invierno, sobre el cual se extiende una avenida de tráfico moderado, con tiendas que expresan las necesidades de una sociedad que se desarrolla: motos de agua, sushi a domicilio, filtros de piscina, bancos, gimnasios y peluquerías. Es el sector de la ciudad con mejor cobertura policial y farmacéutica, donde mejor se dosifican los carbohidratos.

La primera consecuencia de mi renuncia es la necesidad de asumir Vitacura como mi centro de operaciones, cosa para nada trivial. Los habitantes de Vitacura son una mezcla de burguesía tradicional y advenediza. Vitacura es post europea, neo americana. A los rostros de perfil castellano-vasco, curtidos por una dieta de gimnasio y solarium, se agrega una población francoalemana y judía, salpicada de personal diplomático. Los nacionales de clase media viven en la frontera poniente sur, que delimita con la avenida Kennedy.

Sin pecar de hipócrita, puedo decir que vivo en este barrio nada más que por las proyecciones de mi exmujer, de apellido Hoffman y oriunda de Puerto Montt. Yo crecí en Macul, en las antípodas de Santiago, con mis abuelos, después de que mi familia se deshizo en aquella temible primavera de 1973.

Esta primera mañana de autonomía laboral, al día siguiente de haber renunciado a Cotelco, decido ir al supermercado. Esto implica cruzarse en las góndolas con trigueñas de hablar gangoso, vestidas según el último grito de la moda deportiva, conversando por celular o increpando a sus hijos en edad preescolar. Las hay también de veinte años o de sesenta, estas últimas acompañadas, por lo general, de su empleada peruana. Su presencia despierta en mí sentimientos encontrados, que oscilan según el día y la hora desde la indiferencia a una ligera pulsión homicida, exactamente como la que siento esta mañana con una dama que no encuentra su tarjeta de crédito e insiste en hacer ella misma el cheque, equivocándose por ponerle mal el año. Por alguna razón se le ha cruzado la idea de que yo la distraigo con mi silencio. Me lo

reprocha clavándome sus ojillos malévolos.

—No me apure, quiere.

—Nadie la apura, señora.

—Usted me apura.

—Concéntrese en el cheque y haga como que no existo.

—Si se calla me puedo concentrar.

—Me callo, pero haga bien el cheque y la invito a que nos tomemos un café.

—¡Atrevido!

Según el último censo de población y vivienda, el 11 por ciento de los hogares chilenos es habitado por una persona sola. Imposible de prever hace una década, esta cifra confirma nuestro éxito económico y nuestra creciente asimilación a la modernidad.

La vida del hombre solo me afectó poco mientras tenía trabajo; ahora que lo he repudiado unilateralmente, me veo enfrentado a la ardua tarea de emplear mi tiempo sin sucumbir al demonio del mediodía.

Mi problema es que no tengo *hobbies*. No soy particularmente deportivo ni proclive a las manualidades. Arrendar videos tampoco es una carta fácil. El cine contemporáneo en general me aburre, con su clásico esquema protagonista-antagonista, sus golpes de efecto y sus desenlaces moralizantes.

La comida a domicilio es un truco ingenioso, pero tiene sus limitaciones. Al cabo de un mes uno comienza a conocer a los tipos que la reparten y a no envidiarles su trabajo. Una vez incité a un repartidor a formar un sindicato, le pregunté por sus horarios, la paga, el seguro contra accidentes; el tipo huyó al cabo de quince minutos, acosado por los continuos llamados que le llegaban al beeper.

Son, por lo demás, días apacibles y estériles, sin más accidentes que la propia ciudad. Ruidos molestos, contaminación, etcétera. Si uno no sale a la calle esto ni siquiera se nota. La televisión es más real y más dramática: Fidel y Juan Pablo. Slobodan Milosevic. Hombres con uniformes camuflados y ametralladoras Kalashnikov, entrando en pueblos arrasados. Bill Clinton afirmando no haber tenido sexo con una joven practicante encima del escritorio donde trabaja.

Santiago está lo suficientemente lejos del centro de la humanidad para temer grandes plagas, amenazas biológicas o terrorismo internacional. Hace décadas que no hay un gran

terremoto y, según los sismólogos, no lo habrá mientras yo viva. Me refiero a uno grande.

Me tomo un té y me zambullo en las galerías pornográficas de mi bookmark. Suelo guardar en el disco duro lo que me parece interesante, y armar carpetas que me permiten construir mi camino en el laberinto de la pornografía. Hasta el momento no he encontrado más patrones comunes en mis fijaciones sexuales. La pornografía es una conquista socialdemócrata, secular. La visibilidad del sexo, potenciada por la tecnología, es la confirmación de que la lucha de clases ha muerto. En los buscadores pornográficos el internauta puede encontrar su fantasía favorita, no se arriesga a enfermedades venéreas ni se entremezcla con los problemas personales de nadie. Es un módulo recreativo, un canal aséptico, seguro.

Desde que me separé no he vuelto a tener una pareja. La producción de una pareja me supera, no tanto económicamente como desde una perspectiva emocional. Tendría que empezar por explicar por qué estoy solo, y eso sería complicado. Una mujer de mi edad tendría mis mismos problemas, una más joven buscaría tener hijos y una mayor resultaría, con toda probabilidad, una especie de madre sustituta, en circunstancias que mi madre biológica goza de excelente salud.

¿Qué hacer con todo ese tiempo? ¿Cuánto vale una hora de mi vida? Sin una familia que alimentar, todo se reduce a una cuestión de supervivencia personal; entonces uno descubre que la vida del individuo como yo está garantizada por el sistema financiero. En un fondo mutuo conservador mis acciones debieran facilitarme una existencia digna por los próximos diez años, quizá más si en el transcurso voy disminuyendo mis necesidades suntuarias. El tema de la comida congelada y de todas las formas de autoservicio ya lo tengo tabulado, incluso mediante un flujo de caja. En todo este tiempo que he sido un *Cotelco boy* nunca he pagado por tener servicio telefónico: será mi único gasto adicional de ahora en adelante.

Diez años. ¿Y después qué? Mi seguro médico no me creerá que estoy fuera de combate, y mi fondo de pensión seguirá esperándome hasta los sesenta y cinco. Solo cabe una conclusión: tengo que seguir siendo productivo o, lo que es lo mismo,

financiable emocionalmente.

La sola idea de ofrecerme como consultor me da tiritones. En estos diez años de entrega total al capitalismo he desarrollado una especial admiración por los oficios modestos, que reducen su relación con la economía a un simple intercambio de tiempo: comerciante, taxista, manicure, *personal trainer*… Me atrevería a hablar de envidia. Un mercado circunscrito a la prestación y la cobranza. *Marketing en 360 grados*. Empiezo a pensar seriamente en autoemplearme.

Hago una lista, tarjo posibilidades, me hago otro cuba libre sin llegar a ninguna conclusión.

La condición natural del hombre, desde hace mucho tiempo, es hacer trámites. La vida implica tener los papeles al día. El fisco, la banca, los servicios públicos. Hay trámites más caros que otros. Quizá encuentre aquí la respuesta.

Llevo casi cuarenta y ocho horas sin salir de casa. Supongo que estoy padeciendo una especie de metamorfosis, como la que transforma la oruga en mariposa, por citar un ejemplo poético. Quietud absoluta, el metabolismo reducido a su mínima expresión. Lamentablemente los mamíferos tenemos metida la pulsión del movimiento, y llega el momento en que esto se torna ridículo incluso para mí.

Tengo un Renault Laguna Dynamique con 50 mil kilómetros y un par de abollones menores en el parachoques delantero. Desde que me lo compré solo lo he usado para ir al trabajo y al aeropuerto. Al verlo varado frente a la casa se me parte el corazón. Lo he subutilizado y ahora, libre de todo compromiso institucional, podría perfectamente montarlo y transformar mi vida en una *road movie*. Pero están los mapas, los peajes y los moteles de provincia. Además, manejar solo es peligroso, y acompañado me expondría a los mismos problemas que al buscar pareja.

La duda me comienza a inquietar. Hay que partir por algo concreto, por ejemplo, llevar el auto al mecánico.

—Gran máquina —me dice el jefe del taller entusiasmado.

Nada que yo no sepa. El flamante motor rara vez ha sobrepasado los cien kilómetros por hora.

—Una revisión técnica completa, jefe —le pido—. Con desabollado de parachoques, balanceo de motor, cambio de neumáticos y pastillas de freno.

Al Renault Laguna se le ha criticado mucho su caja de velocidades y el tirón que da al pasar de la tercera a la cuarta. Al parecer es un problema estructural que nunca me ha afectado, puesto que el mío es automático. Al ver cómo se lo llevan siento un apretón en el estómago. Sus abollones los siento como marcas en mi propio cuerpo.

—En cuarenta y ocho horas se lo tenemos listo para el rally —promete el jefe de taller. Es un tipo como de mi edad. Su delantal blanco está impecable.

Tomo un taxi y me bajo en el centro. Nada específico me atrae. Las posibilidades del Renault me obsesionan. Siento mi futuro ligado al suyo.

Paso indiferente delante de mi fondo de pensión, de mi banco, del edificio que alguna vez ocupó Cotelco en sus tiempos pioneros. Frente a una librería me acuerdo de Leiva, y de lo que dirá cuando

lo sepa. Me siento como un turista, como un pez fuera de la pecera, en estas esquinas que antes eran mi lugar de trabajo. Me como un completo y me tomo un shop en un boliche, leo el diario, en especial los clasificados.

Abordo otro taxi para mi casa y me llama la atención el aspecto del taxista. Parece un profesor universitario. En vez de crucifijo o de la imagen piadosa, del retrovisor cuelga un símbolo chino.

Otras cuarenta y ocho horas de reclusión hogareña. La piscina es un factor clave. Las constancias de la pornografía tampoco llegan a aburrirme. Abro y cierro ventanas, descargo videos y los borro. Vuelvo a pensar en la carrocería del Renault y me la imagino transparente: el manubrio, los pedales, los ejes como extensiones de mi propia anatomía.

Qué bueno es ser un analfabeto en historia. Sé que formo parte de un ciclo, pero no tengo la menor idea de cuál es, ni cuánto durará, ni si viviré para saberlo.

—Aquí tiene al niño —dice el jefe del taller, pasándome las llaves.

Los bordes brillan, el parachoques está liso y le han cambiado los neumáticos.

—Motor a punto. Máxima estabilidad.

—Algo le falta.

El jefe me mira sin entender.

—Hicimos todo lo que usted pidió… —dice con un dejo de fastidio.

—Ya lo sé. Es la pintura. Quiero un presupuesto completo.

Sé que parezco un ridículo y frívolo cuarentón buscando argumentos para levantar chicas. Pero no es así. Al elegir los colores me doy cuenta de que es otra cosa.

Los gustos del hombre moderno están absolutamente estandarizados. Es mentira todo esto de la libertad de elección. Uno no puede pintar un vehículo como se le antoja; la gama disponible es básica y los expertos en marketing ya la pensaron por uno. El dogma de la industria automotriz es el monocolor, no como en la antigüedad cuando se usaban los techos negros o incluso blancos, como el descapotable de mi abuelo, que era, creo, un Pontiac. Después tuvo un Impala, cuyo techo era negro y la carrocería color zapallo. Nada de eso es posible hoy. Al mirar la muestra de colores pienso que un negro metálico sería lo más subversivo.

—¿Negro? —pregunta el técnico.

Me acuerdo de la famosa frase de Henry Ford.

—Y el techo amarillo-limón —pido.

—Lo van a confundir con taxi —me dice perplejo el jefe de taller.

Le confieso que no se me había pasado por la mente. La pintura tomará mucho más que cuarenta y ocho horas, habrá que sacar la pintura original, me explica como si quisiera disuadirme, como si ya no le interesara ganarse el nuevo servicio y quisiera pasar la responsabilidad a otro.

—Gustos son gustos —le digo, y él se encoge de hombros.

Le dejo un cheque por la revisión y el desabollado. Llamo a otro taxi.

El camino de regreso, oyendo al taxista parlanchín y futbolero, comienzo a darle vueltas a la idea, a saborearla como quien descubre algo inédito y sorprendente de sí mismo.

Más de cuarenta y ocho horas. Más incluso de lo que me prometieron.

—Nos quedó mal el techo —se disculpa el jefe de taller—. No era el color que usted quería.

Me muestro comprensivo, casi admirado por esta preocupación adicional, pero la ansiedad crece. Más de la cuenta. De tanto estar en la piscina me comienzo a despellejar. Capas y capas de piel caen como caspa sobre el pasto reseco. Cuando llega el día prometido me doy cuenta de que no me he cortado las uñas ni afeitado: parezco un loco. Me mojo el pelo y me afeito las mejillas, dejándome una pequeña barba estilo hip hop.

El taxista esta vez es evangélico. Es el taxi más limpio que me ha tocado jamás. En la parte posterior de los asientos hay frases de la Biblia en letras góticas. En la radio habla un pastor.

Al llegar al taller noto que algo pasa. Los mecánicos al verme llegar desvían la vista, se vuelven silenciosos a sus labores. El jefe de taller no está, amaneció enfermo según me dicen. Un mecánico me entrega las llaves. Siento que les he faltado el respeto, obligándolos a hacer algo que no desean.

Ahí está mi Renault, convertido en otra cosa, travestido, disfrazado de servicio público.

Es curioso cómo reaccionan las personas delante de un signo. Mi Renault se asemeja a un taxi, pero visiblemente no lo es. No tiene patente de taxi ni yo aspecto de taxista. El Renault Laguna es un modelo atípico para la locomoción colectiva. Todo esto da lugar a dos tipos de reacciones: o las personas dudan si es o no un taxi, mirándome fijamente, o lo asumen de entrada, estirando el brazo y lanzándome miradas de odio cuando me ven pasar de largo.

En vista de cómo se acumulan estos incidentes, decido llevar a una persona que, vaya casualidad, se dirige hacia Vitacura. Al no ver el taxímetro se inquieta. Cuando le digo que no le cobro nada el sujeto entra poco menos que en coma. Lo dejo frente a una compraventa de autos. Me mira como si le acabase de faltar el respeto y se va dando un portazo.

El mismo embarazo veo en la cara del rondín de la cuadra, el desdentado don Julio, y en mi vecina, la joven y altiva Macarena, amiga y confidente de mi ex mujer. Al verme bajar de mi seudo-taxi don Julio me queda mirando y arquea su bigotito, sin atinar a decir nada (generalmente es muy locuaz conmigo). Macarena, en

cambio, esconde la vista en un macetero. Yo suelo responder a sus desplantes saludándola de modo casi servil. Hola, Maca… Lindo día, Maca.

Esta vez paso de largo. Tengo la cabeza llena de ideas y necesito ponerlas en orden. Piscina, microondas, Cuba Libre, en ese orden voy armando mi rutina.

Los antiguos desollaban corderos y creían adivinar el futuro leyendo de las vísceras chamuscadas. Los aztecas hacían lo mismo, pero con seres humanos. Yo he desarrollado un sistema propio, inocuo, al que he llamado *copromancia*. Todos los días observo con atención mis deposiciones matutinas. Mido rigurosamente el tinte, grosor, longitud y textura de mis fecas, si fueron expelidas con dolor, placer o con una mezcla de ambos. Esta información anticipa cómo vendrá el día.

Esta mañana he expulsado unos óbolos oscuros, muy pequeños y que me han exigido bastante trabajo. Parece como si desde su interior fueran a salir, tras quebrar el caparazón, unos duendes morados y frenéticos. Después del desayuno tomo el Renault y me voy directo a la Municipalidad de Vitacura. El funcionario me queda mirando:

—¿Clase A?

—Sí, clase A —respondo con naturalidad.

Un sujeto masculla desde un escritorio cercano:

—Está dura la cosa...

Yo hago un gesto de aprobación y el muchacho llena la ficha con mis datos personales. Juro no ser consumidor de estupefacientes o sustancias psicotrópicas prohibidas en el artículo 4 de la ley 19.710 y estampo mi firma. La solicitud ha sido despachada.

Es el comienzo de una gran aventura: mi inmersión en el turbio submundo de las escuelas de conductores.

Me he visto pasando mis tardes en unas salas iluminadas con tubos fluorescentes, con diez o doce adultos mayores mirando un pizarrón con cara de culpables. Casi todos traen el fantasma del desempleo y de la obsolescencia grabado en los ojos, aunque hay unos pocos que siguen sus lecciones en la Escuela de Conductores “La Nacional” con una especie de indolencia senil. Está, por cierto, el infaltable líder del buen humor. Díaz, creo que se llama. Germán o Jaime. Ha jubilado anticipadamente en un banco comprado por capitales españoles.

—¿Ustedes saben lo que es el autsorcin? —pregunta con tono de chisme de camarín.

Antes de clases o en los intervalos, Jaime Díaz cuenta situaciones completas de su vida privada con visos de aventura cómica, anécdotas de su pasado de bombero, de su amigo el de la

botillería, con una minuciosidad y cariño que arranca sonrisas incómodas entre sus compañeros de infortunio. Jaime Díaz odia las computadoras, los homosexuales y el *outsourcing*. Tiene dos hijas en edad de merecer, cuyos novios son sometidos a un interrogatorio minucioso cada vez que las vienen a buscar.

—Uno sabe que se acuestan, pero así por lo menos hace el rayado de cancha...

Trabajar como psiquiatra de un establecimiento como este debe ser también un recurso desesperado. El nuestro tiene unos cincuenta años y un evidente problema de dicción. Me mira a los ojos con solemnidad mientras desliza lentamente la tarjeta de un test de Rorschach. Yo respondo de manera anodina, estilo "el mapa de la India", lo que por algún motivo lo saca de quicio.

Frente a los tableros eléctricos yo me muestro torpe pero bien intencionado. El contacto con estos instrumentos hace cruel a cualquier persona, en particular a las que no tienen vida afectiva. La joven dominatrix que me toma el examen psicométrico, una mujer de no más de 35 años, con los labios delgados y negros, vestida con un chaqué, falda escocesa y botas, es el único personaje asumido de esta institución.

—Siéntese bien —me dice— y repita rápido la secuencia. ¡Ahora!

Yo debo meter la cabeza en una suerte de periscopio y recibir una ráfaga de luz: el objetivo es medir mi nivel de encandilamiento. A la primera descarga soy incapaz de reconocer cualquier número, aunque mi suerte proverbial me permite zafar en lo que tocaba al trabajo diurno.

—Venga por aquí. Siéntese. Así no. Ahora tome con sus manos este marcador y hágalo entrar en la ranura... cada vez que se encienda la luz verde. ¡Ahora!

El placer asoma en sus labios a medida que va acelerando, mediante un interruptor, la velocidad de giro del aparato, obligándome a decidir en fracciones de segundo si introducir o no el marcador. Quizá se imagina el accidente fatal que me llevará al otro mundo, entre trozos de vidrio y fierros retorcidos.

—¡No! —grita cuando me equivoco, y cruza las piernas acelerando la máquina cada vez más.

Adorable criatura. El punto máximo de su show es cuando termina el test y la veo hacer anotaciones minuciosas en la ficha, con una letra que yo adivino pequeña y punzante.

Tampoco puedo omitir al capitán Vildósola, un excarabinero que relata espeluznantes casos de su experiencia en el Servicio de

Investigación de Accidentes de Tránsito, todos acompañados de transparencias, esquemas y fotos de carrocerías retorcidas, chamuscadas, salpicadas de sangre y aceite de motor.

—En nuestro país, señores, la ciudadanía no está correctamente entrenada para conducir un vehículo… El chileno es imprudente, irresponsable y agresivo al volante… Y los señores choferes de la locomoción colectiva no son la excepción. Muy por el contrario, son verdaderas amenazas al orden público, que la autoridad es impotente en controlar por falta de medios y presupuesto…

El hombre visiblemente ha tomado uno de esos cursos para hablar en público. Hace pausas y gestos estudiados. Es un fundamentalista del manejo a la defensiva.

—Este hombre estaba borracho —acusa como si el aludido estuviese presente—. Hizo un viraje en U, no permitido, y se encontró de frente con un vehículo que iba en sentido contrario a 80 kilómetros por hora en zona urbana. Murieron todos los ocupantes: un padre de familia, su hija de siete años y la abuela de 77. El causante de la tragedia resultó ileso.

Como a la tercera sesión se fija en mí. Sin poder reprimirse me pregunta si tengo problemas económicos.

—No —respondo escuetamente.

Creo que eso zanja la cuestión con el resto de los alumnos. A partir de ese momento ya nadie me dirige la palabra.

El excapitán tiene una fijación particular, casi sádica, con la teoría del mal menor.

—Señor Díaz, ¿qué hace usted en caso de ser encañonado por un pasajero?

—¿Detenido o en marcha, señor? —pregunta alegremente Jaime Díaz, y la clase estalla en risas.

Sin tomar la ofensa, Vildósola nos ofrece una didáctica reseña del caso Santa Rosa, cuando un taxista fue abordado en la calle de ese nombre por un comando del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

—Este chileno bien nacido, oficial en retiro de la Institución, no solo desobedeció a los extremistas, sino, además, las leyes del tránsito. Pasó una luz roja, un signo pare y se lanzó a ochenta kilómetros por hora, arrollando a dos transeúntes y un puesto de frutas antes de estrellarse contra un poste del tendido eléctrico.

—¿Todos murieron? —me atrevo a preguntar.

—Todos… Pero al menos se evitó un acto terrorista.

En general evito venir a clases en el Renault. No quiero más comentarios de los que ya provoca mi presencia. Ahora, al abordar

un taxi, me fijo en los detalles. Empiezo a tener una mirada profesional.

El final del curso es el examen práctico, que lo toma un señor de apellido Mondaca. Este ciudadano prefiere las chaquetas amplias al estilo antiguo.

—Bonita máquina —dice antes de subirse al Renault.

Yo no hago el menor comentario. El señor Mondaca toma el test sin desprenderse de su ejemplar de Las Últimas Noticias. Su estilo es ir sentado en el asiento de atrás, haciendo comentarios sofisticadísimos sobre la deuda externa y la situación geopolítica del país.

—Viraje sin señalización —dice de repente, y anota algo en la ficha, mirándolo a uno por el retrovisor.

Se cuida de dejar abierta la posibilidad de "negociar". En el fondo es un hombre de clase media, deseoso de mantener su relación comercial con los egresados de la Escuela de Conductores.

—El transporte es un rubro complicado —dice—. Van a venir muchos buitres a ofrecerle negocio. Ojo con ciertos personajes...

Mi examen médico ha sido consistente. Tengo el aparato cardiorrespiratorio intacto, mi presión es normal y el colesterol bajo. El mismo funcionario que me recibió el primer día me entrega ahora la licencia. Sus ojos brillan, no sé si es por pena o de malicia.

Pero viene el segundo paso: inscribir el vehículo en el Registro Nacional de Transporte de Pasajeros.

Me entero de que el parque de taxis de Santiago está congelado y la única forma de obtener un permiso es que otro colega cuelgue los guantes. Eso, teóricamente. En la práctica, como tantas leyes dictadas por gobiernos socialdemócratas, la 19.232 actúa como catalizador de soluciones intermedias, que yo mismo me encargo de utilizar contactando al funcionario municipal que me tomó el examen práctico.

Se muestra muy contento de verme y, por cierto, dispuesto a ayudarme. Su comisión no es exagerada, considerando que el transporte es un negocio.

—Acuérdese de los accidentes —dice extendiéndome una tarjeta —. Llame a este número y tendrá el mejor deducible del mercado.

Supongo que es el santo y seña para que la inscripción fluya por su cauce regular. En el número señalado atiende una señorita inexpresiva pero eficaz, que toma todos mis datos y concierta una

cita con el tasador. Fotos por dentro y por fuera, verificación de papeles y firma de la póliza. El trámite dura menos de lo que tardo en descongelar una bandeja de carne mongoliana con arroz chaufán.

Al día siguiente saco del clóset todos mis ternos, chaquetas, corbatas, junto mis zapatos y cinturones, y meto todo en una caja. He bajado a Patronato, mi barrio favorito de Santiago. Entre bazares y supermercados coreanos y outlets de la moribunda industria textil nacional, dominada por inmigrantes sirios y palestinos, se ven carteles con el rostro anguloso de Yasser Arafat, rayados contra el sionismo, avisos de fiestas gay.

Me estaciono en una esquina, me compro un shawarma de carne y una coca cola en lata, vuelvo al auto, saco la ropa del portamaletas y la dispongo sobre el capó, con un letrero en el que se lee LIQUIDACIÓN TOTAL, escrito con mi puño y letra. Llevo conmigo un Nietzsche de bolsillo que me ha prestado Leiva.

Todavía hace calor en Santiago, y en los rostros se ve ese hartazgo que acompaña a los santiaguinos cuando han completado su sexto mes de sequía. Sentado en el asiento del chofer, leyendo un aforismo tras otro, como si fueran papas fritas, espero que lleguen los primeros interesados.

Las mañanas son cada vez más frescas. El oráculo fecal trae una larga y única deposición, una especie de lombriz parda, lisa y sin grumos: unidad de propósito, deduzco observándola con cuidado. Los dioses me sonríen.

El espeso nubarrón de ozono y dióxido de carbono ya es visible en el poniente, hacia donde se dirige la mayor parte del tránsito. Buses amarillos, taxis negros, vehículos particulares con sus motores catalíticos. Mis potenciales clientes dan un aspecto más bien lamentable: parecen una manada de seres semidormidos y desmotivados, luchando por un metro cuadrado de asfalto. ¿Cómo subirles la moral? He aquí mi primer desafío profesional.

Santiago ocupa 140 mil metros cuadrados. El valle en que se asienta tiene una pendiente de 30 grados. Los días de semana, por las mañanas, las clases populares suben, las pudientes bajan y la clase media se mueve en todas direcciones. El orden se alterna a partir de las seis y se confunde por las noches. Las horas punta pueden ser infernales. Como en toda América Latina, el transporte público es lamentable. Lo curioso es que está concesionado. Hay treinta mil taxis y tres mil buses que en la práctica compiten entre sí, a veces violentamente, por captar pasajeros. Hasta mi adolescencia cada línea elegía su color; así sigue siendo en provincias. Acá la democracia los uniformizó de amarillo, un amarillo limón muy siniestro, que se desparrama todos los días por la ciudad como una sustancia química. Los taxis son en su mayoría marca Nissan, negros y amarillos como el mío, aunque yo debo ser el único Renault Laguna de todo el parque automotriz.

Como ingeniero civil he estudiado los flujos vehiculares y sé que lo más conveniente es coger pasajeros que bajan de oriente a poniente, oficinistas y secretarias, funcionarios sin dinero para un segundo vehículo. Mi primera pasajera es una mujer de cuarenta años, profusamente maquillada y repasándose el rojo de los labios frente al espejo.

—¿Me deja frente al Forestal? —dice con una voz de combate, modulada y firme, acostumbrada a lidiar con secretarias y guardias hostiles.

—¿Frente al museo o pasado?

—Frente.

Piso el acelerador y nos sumergimos en la costanera. He hecho ese mismo trayecto de lunes a viernes durante años; es el primer

día que lo hago profesionalmente.

—No tiene por qué ir tan rápido —me advierte la vendedora.

—Disculpe, la noté apurada —digo con mi tono más servil.

—Prefiero llegar entera —responde secamente.

Yo pregunto nada más que por refinar mi servicio, pero comprendo que esto le molesta. La mujer tiene las puntas del pelo quemadas por algún producto capilar de mala calidad. Para evitar el contacto verbal disminuyo la velocidad. Tampoco esto le agrada.

—¡No tiene por qué exagerar!

Por el espejo la veo echar miradas rápidas por la ventana, mientras tarja nombres y citas en una agenda barata. Cuando llegamos al centro, su nerviosismo no ha cedido. Coge simplemente el vuelto, da un portazo y se aleja como si su destino fuese un campo de batalla.

—Que tenga un buen día —le digo en un tono servicial.

Esta primera experiencia me ha dejado preocupado, pero me guardo el análisis para más tarde. Soy de los que cree que los españoles dan buena suerte. El siguiente pasajero es de esa nacionalidad, un muchacho de unos 25 años.

—¿Recién instalado? —le pregunto.

—Sí, más o menos —responde el muchacho con su acento del norte de España—. Tres semanas… Trabajo en el sector turístico. ¿Ha oído hablar del grupo Madrigal? Es el segundo más grande de España, decimosexto de Europa…

—Qué bien —repito.

El chico explica con lujo de detalles las inversiones del Grupo Madrigal en la región de los Lagos, el caribe mexicano, la Patagonia argentina y el Medio Oriente.

—¿Y dónde se lo monta uno aquí? —pregunta de repente, bajando sospechosamente la voz.

Supongo que ya le ha preguntado lo mismo a decenas de taxistas, por lo que debe tener una opinión formada del asunto. Yo prefiero informarlo de manera más general.

—En Chile solo el 36 por ciento de las mujeres mayores de 15 años están en el mercado laboral formal. Eso deja al 64% restante, unos tres millones y medio de mujeres, en una situación terriblemente jodida. Muchas de esas mujeres están en edad fértil. Muchas son guapas y más encima muy inteligentes.

No me entiende, o eso deduzco de su silencio.

—Cuando yo era joven, la prostitución era un asunto proletario.

Las meretrices eran campesinas desplazadas. Hoy hablan como secretarias y azafatas. O sea, el mercado se ha democratizado. La prostitución actual es de clase media, lo que a usted le conviene muchísimo, dado que gana en euros...

—¡Joder! —dice el muchacho, con evidente interés.

Hemos llegado a El Bosque y a las oficinas del sigiloso Grupo Madrigal. Volver, en tan poco tiempo y en condiciones tan diferentes, a mi antiguo lugar de trabajo me deja un sabor extraño. El joven español me ha pagado con un billete de diez mil y yo busco el vuelto con parsimonia, mirando las hileras desordenadas de oficinistas que entran por las puertas giratorias, con sus celulares y sus maletines de cuero, listos para el primer café de la jornada. Le extiendo el vuelto y le prometo que algún día continuaremos la historia.

—Venga, vale —dice sin demasiada convicción.

A las diez de la mañana he hecho y rehecho el camino entre dos puntos cardinales: oriente y poniente. No estoy cansado, pero necesito reflexionar y concluir algunos trámites. Bajo a un estacionamiento subterráneo de Providencia, compro el diario y una revista de crucigramas y me paso a tomar un café. En mi infancia Providencia era una arteria comercial burguesa. Los años la han democratizado junto con la prostitución: es parte del centro, con su comercio clandestino, sus oficinas de poca monta. Desde mi regreso de Copiapó, cuando Cotelco recién había dado su gran salto hacia adelante, tengo mi cuenta corriente en una sucursal del Banco de Santiago, hoy parte del voraz grupo financiero Santander Central Hispano.

—No es el mejor día, Martín —me dice el ejecutivo—. El mercado está pésimo.

—Vende —le digo—. Vende igual. Quiero hacer mi contribución a la incertidumbre.

El muchacho me queda mirando con preocupación. He visto pasar por ese escritorio a decenas de otros iguales a él. De ahí saltará a un empleo mejor, o se anquilosará en algún punto intermedio entre la alta gerencia y las drogas duras.

—Vende o te arrepentirás —repito.

Impresionado por el tono casi profético de mi advertencia, lo veo tomar el teléfono y accionar el teclado de su terminal. Sin sonreír, me informa que la operación ha sido completada. Mañana tendré el dinero en mi cuenta.

—¿Vas a hacer alguna inversión afuera? —me pregunta.
—Ya la hice, pero adentro.
Juro no volver a pisar un banco por lo que me resta de vida.

Después de una semana en la calle uno ya puede distinguir estereotipos. A primera hora es el turno de las víctimas: Seres que, como aquella primera vendedora, bajan a las entrañas del monstruo para ser devorados por sus mecanismos administrativos y contables. Las víctimas no disfrutan del viaje, de mi servicio, de la música o de mi escasa o mucha conversación. Los entiendo, pues llevan vidas parecidas a las de un remero en una galera romana. Son el proletariado en una economía de servicios. Viajan en taxi solo cuando van atrasados.

En el centro, lugar donde se suelen bajar estos seres, la situación se revierte un poco. Por lo general el pasajero del centro demuestra en opiniones, actitudes o vestimenta, un cierto progresismo. Periodistas, abogados, médicos jóvenes, algún publicista soltero. Al español me lo he vuelto a cruzar, por lo que deduzco que es hombre de costumbres.

—¿Y se lo montó? —le pregunto.

Lo veo sonreír a través del retrovisor. Efectivamente, en los pubs de la calle Suecia ha experimentado en carne propia mi teoría de la prostitución democrática.

—De noche todos los gatos son negros, pero la tía ésa. ¡Joder! En un principio me dice que estudia teatro, luego relaciones públicas... Para la tarifa lo encontré caro. Habla como las chicas bien, un colocón, vamos.

Lo dejo frente a su oficina y lo quedo mirando mientras desaparece en la puerta giratoria. Es tan gratificante ayudar a los jóvenes.

He respetado los límites de mi permiso y no he trabajado de noche durante esas primeras semanas. Quiero medir mis fuerzas, mi manera de lidiar con esa presencia nerviosa y palpitante en el asiento de atrás. Mi servicio es definitivamente atípico. La velocidad y premura también son a elección del pasajero. Yo les pregunto apenas se suben:

—¿Va apurado, poco o más o menos?

Tengo aire acondicionado y un sistema de sonido última generación. Conozco el dial FM de memoria y sé cuándo el pasajero agradecerá una estación de tangos, una de baladas latinas o de pop anglosajón. Doy todas las alternativas posibles para llegar a una

dirección, explicando las más baratas y las más lentas, suponiendo que no haya accidentes o desvíos inesperados. Mis adicionales implican un servicio bien recompensado: rara vez tengo que dar vuelto. Mis propinas las dono a una institución de caridad.

—Estoy desarrollando una nueva doctrina —le digo un día a Leiva.

—¿Y cómo se llama? —me pregunta soltando una risilla cínica.

—El taxi-humanismo...

Me agrada torearlo. Sé tan poco de él y él tanto de mí, que es mi única revancha.

—Ser un chofer pagado implica negociar una serie de recursos escasos: metros cuadrados de pavimento, minutos de paciencia, la escasa educación cívica y vial de los habitantes.

—Todos los taxistas terminan como soplones de la policía.

—El comportamiento del santiaguino está condicionado por la depresión —paso por alto su comentario paranoide—. Y la depresión lo hace mirar el suelo. Apenas se atreve a pedir permiso. Como miran poco, o van sumidos en sus propios pensamientos depresivos, son mucho más proclives a los accidentes de tránsito que, digamos, un neoyorquino. Es cosa de mirar las estadísticas. Un giro mal tomado, un cambio de pista sin anunciar, una luz verde que se deja pasar. Es normal ver encontrones entre un chofer y otro; de pronto el que se siente agraviado frena en seco, cortándole el paso al otro, se baja dando un portazo y encara al adversario como si defendiera un principio abstracto. Rara vez llegan a los puños, pues son bastante cobardes y cuando esto sucede o está a punto de suceder, un ánimo pacifista brota de las entrañas de la ciudad, y los contrincantes son separados. La escena hay que repetirla por mil para imaginarse a Santiago de lunes a viernes.

—Hubo una época en que todos los taxistas eran informantes nuestros o de la CNI—dice Leiva cogiendo su dinero.

Hasta el momento he dado una visión superficial de mí mismo. He sobredimensionado, por ejemplo, el rol de la pornografía en mi vida. Como cualquier ser humano, tengo amigos, aunque en la práctica solo tengo uno. Además, es mi *dealer*.

La relación con Leiva nació una fría noche de junio, en 1995, cuando fui sorprendido adquiriendo 40 gramos de una sustancia prohibida. Esa noche miró mi cédula y me hizo un par de preguntas. Parecía el más preocupado de los dos.

—Creo que esto es el comienzo de una larga y bonita amistad —dijo, y como yo no entendía la alusión, se esmeró en explicarla—. Casablanca, 1941, Humphrey Bogart e Ingrid Bergman. El policía corrupto y el hombre sin ilusiones.

Susurraba, con una confidencialidad parecida a la de un padre hablándole de putas a su hijo.

—Es para la libreta de ahorro de mis nietos... Usted sabe cómo paga el Estado...

Desde esa noche Leiva me viene a ver una vez al mes, se instala en mi living y yo tengo que atenderlo como buen chileno: con té y pan tostado. El dulce de membrillo es imperdonable. Y, como si fuera poco, aceptarle una partida de ajedrez. Me gana siempre, pero reconoce mis progresos. Antes de irse me deja un sobre envuelto en plástico. Me tiene prohibido abrir la mercadería en su presencia. Imprescindible es además hablar de libros. Si no fuera por Leiva yo no leería nada.

Leiva les traía siempre regalos a mis hijos y flores a mi mujer (quien, por lo demás, nunca lo pudo soportar). Ahora que estoy solo ha perdido todo pudor: se instala en el living a ver películas y a tomarse mi ron. Lo peor es cuando se pone a hablar de filosofía. Leiva tiene una educación antigua de liceo público, es decir, una buena educación enciclopédica.

¿Qué hacer con Leiva? Entre las cosas que me ha hecho leer en todos estos años hay varios nombres que se repiten. Yo los he buscado en internet y he encontrado prueba de que existen: Kant, Schopenhauer, Nietzsche. Lo más irresistible, sobre todo en Nietzsche, es el estilo. Termino leyéndolo como si fuesen libros de autoayuda.

—¿No echas de menos tu oficina calefaccionada? —me pregunta Leiva.

—Para nada. Y los viajes de negocios, menos. Mi especialidad

eran las ciudades chicas, las pequeñas capitales: Santa Cruz, San José, Asunción o Tegucigalpa. En todas tenía mi taxista amigo —se los menciono con nostalgia—. Matías el paragua, Belisario el campa, Lucio el tico… Conocedores de todos los vericuetos y atajos entre esos aeropuertos de mierda y el Holiday Inn.

Estoy viendo ese arribo nocturno a un galpón con *duty free* fantasmales. El reclamo de equipajes y mi contacto esperándome a la salida, sonriente y servicial.

—Yo había dejado el comercio sexual hacía rato —le sigo explicando—. Mi complicidad con estos personajes se relacionaba exclusivamente con las distintas formas de cultivo del cáñamo y la mantención de zoológicos municipales… Los conocí a todos, incluidas sus culebras, loros y tucanes. En Tegu, en el Cristo del Picacho, había incluso un quetzal, con su cuerpo celeste, su pecho rojo y una cresta verdosa y muy punk. Gatos salvajes, muchos y pigmentados, mirándonos con total apatía desde sus jaulas mugrientas. Micos colgados de sus colas, royendo cáscaras mientras Lucio se permitía uno que otro comentario pseudo científico acerca de la evolución de las especies. Los cocodrilos, caimanes y lagartos de todo tipo eran la especialidad de Belisario, quien aprovechaba mi total admiración por estos animales para preguntar, o deslizar más bien y de modo muy sutil (muy tico) preguntas acerca de la calidad del cáñamo.

Ahora que lo pienso, es lo único que añoro de mis años en Cotelco, estas visitas a zoológicos tropicales. La buena compañía hace la diferencia.

Paréntesis cinematográfico: A pesar de mi apatía como consumidor de largometrajes, me las he arreglado para encontrar títulos interesantes y alusivos a mi actual ocupación. Descubro que se han filmado muchas películas sobre taxistas. No me atrevería a hablar de subgénero, pero sí de temática.

Existen películas francesas, griegas, españolas, italianas en que el taxista es un personaje secundario que intercambia dos o tres palabras con el protagonista. Al devolverlas al videoclub me quedo con una sensación incómoda. Ningún taxista cinematográfico logra elevarse por encima de su mediocridad. No existe el taxista-redentor ni el taxista redimible. Esa es mi conclusión hasta que descubro, por casualidad en el cable, a *Kamikaze Taxi*.

Esta película es atípica en todo sentido. Primero, es japonesa. Segundo, es larga y rebuscada: los personajes entran y salen de la trama sin mayor explicación, y recién hacia el final uno entiende quién es protagonista y quién secundario.

Kantake es un inmigrante peruano que conduce un taxi. Apenas puede leer los mapas y los signos de las calles de Tokio. Pero es un predestinado, un taxista guerrero con quien el Universo recupera su equilibrio. Viene a deshacer un karma, a cruzarse con políticos depravados, prostitutas tristes y matones de la Yakuza. Es como Kwai Chang Caine, el personaje de mi infancia que interpretaba David Carradine: un viajero silencioso, discreto y experto en artes marciales, capaz de poner al más abusivo de los capataces en su lugar.

La historia de Kantake me hace envidiar ese don que pocos tienen, que es la calma en medio del caos. Es un objetivo sensato, si tengo derecho, a estas alturas, a fijarme objetivos.

Esta profesión tiene muchas posibilidades, posibilidades incluso artísticas y de muy bajo perfil, como la de David Bradford.

David es taxista de verdad, un taxista con sus papeles en regla. Su número de licencia es el 444826. David recorre Nueva York con una cámara automática Yashika, con un lente Zeiss y varios cartuchos de película Kodak Tri-Ex 400. Ha publicado libros con sus trabajos en blanco y negro. Panorámicas y primeros planos desde su parabrisas, del retrovisor. Ángulos que solo se ven desde un auto en movimiento.

Yo no tengo la más remota idea de fotografía, pero puedo emular en mi cabeza cada uno de sus fotogramas, por ejemplo, en la Avenida Apoquindo, pasado Vespucio, a las 8 AM. Todas las ciudades modernas se parecen. Todas han sido construidas según el mismo plano. Las ramas de los árboles reflejándose en los enormes ventanales, la luz del oriente irradiando a las personas que echan vapor por la boca. Solo cambia lo histórico: Allende o Al Capone, Elvis o la morena escultural que rutila en la portada de La Cuarta. Publicidad, escultura, semáforos, el ritmo alternado de peatones y buses. De vez en cuando me cruzo con accidentes e incendios. Generalmente paso de largo guardando un minuto de silencio por las víctimas. Me ha tocado recoger pasajeros que van a un sepelio, y sumarme a esa caravana de vehículos que pasan con su dolor delante de la luz roja. He llevado a parejas a casarse y a separarse, pero nunca he visto nacer a un niño ni he encontrado un condón en el asiento trasero. No me han tocado mafiosos, narcotraficantes ni personajes estrafalarios. Solo funcionarios, jubilados, vendedores, vendedores que no se despegan del celular.

Punto crucial de mi lente son mis espejos. Por el lateral diviso al ciclista que esquiva vehículos en Providencia a las 5 PM. Detecto el cambio de luces del colega que me gana la izquierda, o a la ambulancia que se abre paso chillando. Por el retrovisor veo al pasajero, lo taso en la escala del estrés y de la sociabilidad. Como todo taxista serio, reproduzco las ideas políticas de mi interlocutor. Soy liberal, reaccionario o progresista según el caso. El resultado es que rara vez tengo que dar vuelto. “Por favor”, dice el pasajero, y yo me guardo en el bolsillo los billetes que no me hacen falta para vivir.

Son las once y media de la mañana y el tráfico arrecia. Paso sin detenerme delante de un jubilado que ha estirado la mano. Hago lo mismo con un sujeto que sale de un banco. Mujeres guapas, feas, solas o de a dos me dejan indiferente. Me alejo de Providencia hacia el sur, en busca del pasajero residencial.

¡Taxi!

Piso el freno. Dos figuras en el retrovisor. La anciana mantiene el brazo estirado. La enfermera empuja la silla de ruedas con parsimonia.

Me bajo para ayudarlas.

Pese a su invalidez, la anciana está perfectamente lúcida, tiene una noción exacta del trayecto y me lo recita de corrido. Llegamos al supermercado y me estaciono.

—Y usted nos espera aquí sin moverse —me ordena.

Paso un rato agradable escuchando un CD con éxitos de Rita Mitsuko y resolviendo crucigramas. Traigo además el libro de Nietzsche que me pasó Leiva, ideal para tiempos muertos. Y así leo un aforismo y luego busco una palabra en el crucigrama. Leo, por ejemplo: "En las ciudades se vive mal. Abundan demasiado los lascivos". Y luego busco un sinónimo para *Auquénido*.

La capacidad de memorizar situaciones, nombres, fórmulas triviales y frases enteras de películas desechables me ha acompañado durante toda la vida. Hacer crucigramas es un hábito que me llegó antes del taxi, cuando nos separamos con mi exmujer.

La enfermera y la anciana regresan justo al terminar un crucigrama y cuando los aforismos nietzscheanos comienzan a agobiarme. El carro está recargado de bolsas, lo empuja una chica baja y gorda con una gorra roja.

—Tenga cuidado con los huevos… —le advierte la anciana desde la silla de ruedas.

Volvemos a plegar el aparato y guardarlo en el portamaletas, debajo de las bolsas del supermercado. Apenas enciendo el motor la anciana vuelve a dar órdenes.

—¡Y ahora a la botica!

—A la botica —repito.

Observo su rostro arrugado en el retrovisor y me pregunto cuánto lleva esta mujer sobre el planeta. El supermercado la ha dejado agotada. Entramos al estacionamiento de una farmacia tipo *drugstore* y la enfermera se baja. Su estadía dura menos de dos

minutos. El remedio se ha acabado. Vamos a otros dos locales de la misma cadena, donde la anciana tiene tarjeta de descuentos; el resultado es el mismo.

—Es la política de inventarios —comento con amargura—. El mercado farmacéutico chileno es uno de los más concentrados del mundo. Y la producción nacional no cubre estos productos patentados de alta tecnología.

Estos comentarios de corte anticapitalista me valen el aprecio de la anciana, a tal punto que en la siguiente farmacia me pide, cosa al parecer rara, que acompañe a la enfermera. Estamos ahora en Ñuñoa, tan desviados de nuestro trayecto por el infortunio farmacéutico que no puedo negarme.

Yo mismo presento la receta en el mostrador. El dependiente me queda mirando. Lentamente lo vemos sacudir la cabeza.

—No nos han repuesto —se disculpa.

Miro a la enfermera y su expresión de fastidio me conmueve. Pido hablar con el farmacéutico y detrás del mostrador aparece un sujeto con sobrepeso, de blanco riguroso, limpiándose la frente con un pañuelo. Lo encaro como si hablara en nombre de mi madre:

—¿Habrá en stock en algún hospital público, por ejemplo?

El sujeto se comporta con decencia: menciona el nombre de una tal Gladys, de Neurología...

Ha pasado una hora desde que dejamos el supermercado, de modo que sugiero pasar primero a la dirección que ellas me señalen para dejar las bolsas del supermercado. La anciana vive en una casona de dos pisos, rodeada de edificios sin estilo. Toda la cuadra ha sucumbido a la edificación en altura menos ella, terca defensora del viejo Santiago. La dama es además una verdadera carnívora a juzgar por el grosor de los bistecs que acaba de comprar, acompañados por una generosa muestra de vinos varietales.

Hasta el hospital hay media hora de viaje; la anciana se queda dormida.

Por el retrovisor veo los ojos de la enfermera enfrentando la visión del Mapocho con un interés inusual.

—¿De qué está enferma? —le pregunto.

—Sufrió un derrame —dice la enfermera.

Su tono es chileno, pero sus frases y algo en el tono me hacen pensar que debajo hay un idioma del norte de Europa. Hemos atravesado el río y el sol ya pega fuerte. Enciendo el aire acondicionado y la anciana abre los ojos. Estamos cerca del cementerio y la visión de unas carrozas fúnebres la sobresalta.

—Venimos por el remedio —la tranquiliza la enfermera.

Me estaciono frente al hospital y la enfermera se baja. Yo me quedo con la anciana. Hacemos una escena curiosa: un taxista novato resolviendo crucigramas, con una anciana que habla sola en el asiento de atrás. Su único tema es la seguridad. Para ella todo es absolutamente inseguro en Santiago y en el mundo. Parientes, amigos, conocidos asaltados, niñitas violadas en la playa, iglesias vejadas por drogadictos.

Por el retrovisor veo a la enfermera que regresa con un paquete en las manos. Tiene una sutil cojera en la pierna izquierda, lo que la torna más atractiva.

—¡Nos fue bien! —exclama.

La anciana hace un gesto de aprobación y me piden que las vaya a dejar a su casa en Providencia. Durante el trayecto observo a mis pasajeras con curiosidad y trato de imaginar sus vidas. Cuando me detengo, frente a su casona, la anciana saca su cartera y le pregunta a la enfermera cuánto salió la carrera. Yo detuve el taxímetro hace más de una hora y ella parece sorprendida.

—¿Tan barato? Le voy a dar el doble.

Miro a la enfermera y ella se encoge de hombros. Por segunda vez repetimos la maniobra de sacar a la anciana y colocarla en la silla de ruedas. La enfermera se la lleva y regresa con un cheque por el doble de lo que marca el taxímetro.

—¿Tiene una tarjeta?

Ahora yo la quedo mirando. Su estatura es superior al promedio nacional. Es más, su cuerpo parece estar constituido para el deporte de aventura más que para la enfermería. Tal vez su carrera deportiva terminó en un trágico accidente del que salvó con vida, pero quedó coja.

Me guardo el cheque de la veterana y enfilo hacia Vitacura, haciendo caso omiso de los peatones que solicitan mi servicio. Mi día laboral ha terminado.

Nací en 1964, lo que explica muchas cosas. Mis padres pertenecían a la última generación de optimistas que tuvo el mundo. No estaban comprometidos con ninguna de las muchas causas que florecieron en esa época; les bastaba haber vivido el Mundial del 62, los clásicos universitarios y las fiestas de la primavera para sentirse contentos, para imaginarse a sus nietos y bisnietos con trajecitos de astronauta, después de que Estados Unidos y la Unión Soviética hiciesen voluntariamente las paces y congelaran sus arsenales nucleares para lanzarse, solidariamente, a la exploración del universo.

Pero llegaron los setentas y la joven familia empezó a rodar cuesta abajo. Las condiciones políticas, como se sabe, se radicalizaron y la economía colapsó. Para un pequeño empresario como mi padre esto fue la tumba. ¿Cómo era mi padre? Podría caracterizarlo como un soñador, desde el momento en que creía sinceramente en sus posibilidades. Sus debilidades eran simples: le gustaba el fútbol y los autos de carrera. Coleccionaba la revista Mecánica Popular y llegó hasta primer año de ingeniería en la Universidad Católica. Su apellido es antiguo en Chile, pero le tocó en gracia nacer de la rama empobrecida. Esto explica que se haya casado con mi madre, una nieta de inmigrantes yugoeslavos a quienes ya me referiré.

El 11 de septiembre de 1973 mis padres empezaron el día discutiendo. Discutían a menudo. Discutían por dinero y por amor. Mi padre se fue dando un portazo y abordó su Peugeot 404 verde claro rumbo al centro. Ese día tenía que hacer un depósito urgente en el Banco del Estado. Pudo hacerlo en cualquier sucursal, de haber encontrado alguna abierta en, digamos, Providencia, cosa que hubiera cambiado su vida y la mía. Hay versiones familiares que sostienen que, además, tenía que pasar por una notaría para firmar no sé qué documento. Mi madre dice no saber nada de eso. El hecho es que bajó en su Peugeot por la Costanera y llegó hasta el centro tan concentrado en sus problemas de pequeño empresario y marido disfuncional que no se enteró de nada. Es más, se estacionó y caminó por las calles, totalmente ajeno a los dramáticos acontecimientos que sacudían a su país. No reaccionó ni al ver que la gente se alejaba del centro como si hubiese caído un meteorito o una nave extraterrestre, y siguió su trayecto con la mirada en el asfalto, sacando cuentas, mirando el reloj. Muchas veces he vuelto

sobre la escena y me digo: OK, pero ¿y los disparos? ¿Y las ráfagas de ametralladora que empezaban a incrustarse en las fachadas de los edificios? ¿Habrá confundido su realidad con la televisión? Son los peligros de un estado depresivo.

Lo encontraron en la cuneta de Bandera con Agustinas, con un orificio de bala calibre punto 3 en los riñones. Como muchos no beligerantes de esa jornada, pasó varias horas desangrándose en el pavimento. Algún buen samaritano le cubrió la cara con diarios y una ambulancia lo vino a recoger como a las 6 de la tarde.

Todos los días muere gente de manera violenta en una gran ciudad, pero las causas son civiles. Mi madre hubiera podido politizar su muerte y hacer de mí una persona con conciencia, pero ella no pertenecía a ese sector del electorado femenino. Aun así, me imagino los últimos minutos de vida de mi padre como esos camarógrafos caídos en cumplimiento del deber. Sus ojos habrán quedado fijos en una toma desenfocada, en la que se mezclaban el humo, los cascotes de estuco arrancados de cuajo por la metralla y las explosiones de los rockets que se incrustaban en el palacio de los presidentes de Chile. Su sangre (mi sangre) habrá corrido por la cuneta hasta enfriarse, mientras la vida mediocre que llevó se le rebobinaba entera detrás de las pupilas. ¿Cuánto habrá tardado en archivar aquellos últimos e inútiles segundos?

Afortunadamente el cuerpo fue entregado con rapidez (los no beligerantes tenían ciertos privilegios en esa época). Portaba sus documentos de identidad, lo que facilitó enormemente las cosas. El dinero del depósito se había esfumado. Yo acompañé a mi madre a hacer los trámites, pero ella no me dejó verlo.

Leo en internet que el 11 de septiembre es la fiesta nacional de Cataluña y el primer día del extravagante calendario etíope. Mi 11 no tiene epopeya alguna. Es, simplemente, la historia de un ciudadano medio que se deja matar como un imbécil.

Tras la muerte de mi padre, mi abuelo materno pasó a ser mi referente masculino. Bajo, narigón, de ojos saltones, ya tenía sesenta años el día del golpe. Su padre era un judío yugoslavo de origen sefardí, o sea español, avecindados en Bosnia desde el siglo XVI y expulsados durante la primera guerra balcánica en 1911. Oyó hablar ladino en su casa. Venirse a Chile fue una decisión saludable, a juzgar por la suerte que corrió su gente con posterioridad. Mi abuelo creció en Recoleta, heredó el negocio familiar y lo proyectó a umbrales interesantes durante el auge de la

industria textil nacional. Fue partidario de Ibáñez y luego de Frei. Apoyó al nuevo régimen hasta que las políticas neoliberales afectaron su bolsillo. Siempre lo vi leer la revista Hoy y escuchar la radio Cooperativa, y a partir de 1978 se hizo definitivamente opositor.

—*Vratite ovo, molim* —lo oí decir una vez en vísperas del plebiscito del ochenta.

Era la única frase eslava que sabía. No sé qué hubiera pensado de Milosevic y de la guerra de Kosovo.

Aparte de llevarme a su pequeña fábrica y facilitarme todos los útiles necesarios para hacer las tareas, me compraba revistas. Las que yo quisiera. Alguien le dijo que aquello estimularía mis habilidades cognitivas.

A pesar de las circunstancias trágicas de su viudez, mi madre se encontró rápidamente a gusto: se había librado de una institución severa con las mujeres. Descubrió que tenía talento empresarial, que su educación le permitía decir cosas interesantes y que sus amistades ocupaban puestos claves en el nuevo gobierno. Pasó años duros: trabajó como secretaria, entró mercadería al país con la ayuda de una amiga azafata. Con sus ahorros y la venta de una propiedad fundó una empresa de relaciones públicas. Cuando la economía empezó a repuntar, estaba bien posicionada para capitalizarse.

Pero también era hija de su tiempo y, libre del yugo de un marido convencional, se entregó a intereses diversos como el esoterismo, el rock progresivo, el psicoanálisis. Tenía discos de Cat Stevens, Emerson Lake & Palmer, Ravi Shankar, incluso King Crimson. Su oportunismo empresarial no obstaculizaba sus búsquedas en materia de jazz-rock y de libros de Carlos Castaneda que yo sorprendía en su velador, marcados y subrayados.

También tuvo una vida sexual intensa. Tuvo novios y amantes, pero nunca se volvió a casar. Algunos eran sus clientes, tipos que con el correr de los años 80 escalaron posiciones y se enriquecieron. Otros eran perseguidos políticos, artistas incomprendidos, académicos de buena facha y mala conciencia. A todos (o a casi todos) los conocí, pues no era especialmente reservada en este sentido. Integraba sus parejas a la familia con la misma naturalidad con que relataba sus sesiones con el siquiatra.

Estas infidencias me molestaban más que nada en el mundo, incluso más que el rock progresivo. Hoy lo veo dentro del contexto de su época y de su generación. Ella, a su modo, había logrado ganarse la vida gracias a la libre empresa, lo normal era socializar

facetas íntimas con aquellos que le importaban, una actitud extremadamente coherente y hasta heroica en el Chile de esos años.

Creo que nunca le he oído hablar de política, ni en la mesa ni en ninguna otra parte.

Salí del colegio en 1983. No era muy sociable, pero tampoco vivía encerrado y hasta gozaba de cierta popularidad por mis méritos deportivos. Con un puntaje discreto, entré a estudiar ingeniería en la ex Universidad Técnica del Estado, rebautizada por los militares como Universidad de Santiago.

Mi vida universitaria hubiese sido un completo desastre de no producirse dos o tres hechos cruciales. Mi madre tenía un hermano menor que vivía en Estados Unidos, una oveja negra que desempeñaba oficios inciertos en la Gran Manzana. Vino al funeral de mi abuela, solo porque mi abuelo lo obligó. Hasta entonces había sido un mito que intentaba cuadrar con la imagen del tío apenas siete años mayor que yo, que vivía castigado y me mostraba revistillas cochinas que vendían en los quioscos del centro. Esta vez no traía revistas, sino música, información, moda: fue al funeral con una chaqueta negra, botas vaqueras y un grueso cinturón con hebilla metálica. No se sacó nunca los lentes oscuros. Todo el mundo hablaba a sus espaldas.

Estuvo tres meses en mi casa, haciendo prácticamente nada aparte de relatarme conciertos de rock. Nunca he podido confirmar si efectivamente fue sonidista, o simplemente tramoya en un teatro, si era o no gay, si se pinchaba heroína. El hecho es que por él conocí a los Sex Pistols, Te Clash, Talking Heads en pleno primer año de universidad, mientras me masturbaba y resolvía guías de álgebra y de cálculo.

No creo exagerar cuando digo que vivía en uno de los peores lugares del mundo para ser un adolescente, en una sociedad apática y vigilada, sin espacios públicos. Todo ocurría en casas particulares y bajo cuatro paredes: la embriaguez, el sexo, la música, las drogas. Tengo fotos con el pelo largo, otras, peinado a lo new wave, cosa en extremo inhabitual en mi facultad en aquellos años y que obedece a la clara influencia de mi tío rebelde. Me veo rodeado de personajes similares, saltando con un tema lento y siniestro, en que la voz de Siouxsie nos vigila y nos protege del crimen. Me veo odiando los ponchos, lo lana, Quilapayún y el rock progresivo. Odiando a los Beatles y a Pinochet por una cuestión estética.

A los veinte años soy un alcohólico y peso 89 kilos. Mis estudios se prolongan y en un semestre incluso congelo; mi madre me compra un pasaje a Nueva York y compruebo in situ que mi tío vive en la ruina, que tiene una extraña enfermedad en la sangre y se va a morir. Pero voy también a un concierto de los Smiths y oigo a Morrisey cantar *Big Mouth Strikes Again*. Veo también (en un televisor) a Joe Strummer tambaleándose frente al micrófono. ¿Fue en San Antonio, Texas, o en Tempe, Arizona? El concierto lo auspicia la Apple, y Joe sale al escenario borracho, agarra el micrófono y grita: *"Fuck Apple computer!"*.

¿Cuántas veces me he rehabilitado ya? Mientras tomaba antidepresivos no me emocionaba tanto. Es decir, me deprimía menos. Las veces que he reincidido me vuelvo a emocionar, pero me jodo también un poco más, y vamos reincidiendo una vez más. Es el saldo de todos estos años de toxicidad, la del aire y la magnética, la química, la espiritual. Es jodida la urbanización acelerada, la mediatización de los desastres naturales y de la infancia.

Lo curioso de los ochentas en Chile es que la violencia era pública: la policía disparaba, el ejército disparaba y vigilaba, eran muy pocos los particulares que le disparaban a la policía y al ejército, pero el ejército y la policía vigilaban a todo el mundo, bajo sospecha de colaborar con el enemigo. Y aquí nace la nueva paradoja de aquellos tiempos: que al ejército y a la policía le importaban un soberano pepino las drogas psicodélicas, los alucinógenos y los estimulantes. Buscaban ametralladoras, dinamita, imprentas subversivas. Los servicios de seguridad eran grandes consumidoras de drogas duras, como se ha sabido después. Los choferes, los enfermeros, los dependientes de comercio, los trabajadores de la construcción y del espectáculo, los agentes de banco, todos se drogaban. Hasta las dueñas de casa y los lactantes vivían drogados en aquella época oscura. Una nación entera endurecida, huyendo de la realidad, fabricándose películas ante la indiferencia de unos medios preocupados solo por la penetración solapada del marxismo leninismo en la juventud occidental.

Como hijo de la nueva burguesía, de la que mi madre era representante más que digna, tuve acceso al consumo y a las drogas desde pequeño. Mis fines de semana eran intensos y suicidas. Por alguna razón nunca protagonicé accidentes automovilísticos. Tampoco embaracé a nadie, pues por lo general estaba muy borracho o drogado para consumar el acto sexual. Mis novias me dejaban con pasmosa prontitud, como si yo fuese un apestado.

La industria musical me dio estereotipos y máscaras, me paseó por la rebeldía y por el nihilismo, me vistió con actitudes. En mi pieza solo había discos y revistas que llegaban de contrabando. Cuando se supo en la familia que mi tío había muerto hubo un minuto de silencio y luego nunca más se volvió a hablar de él: quedaba implícito que se lo había buscado. Mi abuelo se hizo el duro, pero en el fondo estaba devastado. Murió al año siguiente y mi madre, en plena etapa budista, lo cremó y repartió sus cenizas en el mar.

Eso debió ser el 87, cuando Te Cure sacó *Kiss Me, Kiss Me, Kiss Me*. Decidí darle una oportunidad a la rehabilitación. Terminé la carrera, me titulé y entré a trabajar a Cotelco. Salía del fuego para caer en las brasas.

Con mi nueva actividad Leiva ha modificado significativamente el tipo de libros que me trae. Según él, ya basta de filosofía, es evidente que he estado perdiendo el tiempo. La primera señal la da al traerme *Crimen y Castigo*. Luego me pasa un ejemplar de tapas arrugadas, de una editorial santiaguina que ya no existe.

—Taxi para el Insomnio —leo en la tapa.

—René Vergara, policía y maestro —dice Leiva.

Le agradezco la deferencia y me guardo el paquete en un bolsillo. Felizmente esa noche se declara cansado, termina su taza de té y se levanta, sin que se le pase por la mente la idea de un partido de ajedrez.

El señor Vergara tiene talento. Algún exceso verbal por aquí, alguna cursilería por acá, pero en lo medular lo suyo es la vida, la noche, la convivencia cotidiana con la maldad y la sordidez. Lo más llamativo de la época que describe Vergara es esa sordidez no solo pobre sino además tonta, incorporada al paisaje chileno al igual que los tranvías y los sombreros. Claro que esta rusticidad, que no tiene nada que ver con las intrigas de Ágata Christie, a veces produce crímenes paroxísticos como el de la cabeza tumefacta que adorna el antejardín del dentista Maldonado, en la apacible ciudad de Quillota, o el del detective amnésico que investiga un crimen que él mismo cometió.

Leiva ha partido de una premisa errónea: suponer que su mercadería es compatible con la filosofía. Con su giro a la ficción clásica, que a ratos cae en excesos como traerme *La Cabaña del Tío Tom*, ha dado un poco más cerca del clavo. Me ve entusiasmado y se pone como un inspector de liceo. Esto explica que después de *Los Miserables* y *Oliver Twist* se vuelque al periodismo.

—¿Qué se supone que es esto? —pregunto recibiendo la carpeta.

—Léelo: es mejor que una novela.

Leiva ha reunido con primoroso esmero recortes de prensa y extractos de archivos policiales. Me lo imagino fotocopiando este material a escondidas, y me enternezco por su fidelidad y su afán pedagógico. Algunos ejemplos tomados al azar de un estilo plebeyo, el mismo que utilizan los locutores de aquellos programas de televisión sobre crímenes y criminales:

El caso de Arturo Rojas Albornoz, 45 años, natural de Ovalle.

Con casi ocho años de experiencia, Rojas sale a trabajar en la

tranquila y apacible noche de su ciudad, Ovalle. Es viernes santo. Lleva a una pareja a un local nocturno y se queda esperando un rato, por si alguien necesita una carrera de regreso. El local queda en las afueras, en la zona rural, y son casi las doce, temprano para volver. Los minutos pasan, la música sigue. Sintoniza un debate en una radioemisora local. Se aburre. Cuando está por devolverse dos tipos se le acercan y piden que los lleve a la Plaza de Armas. Todo taxista nocturno desarrolla su sexto sentido, intercambia impresiones con sus colegas para disminuir el riesgo. Pero aun así está en Ovalle y esa noche su sentido del peligro está adormecido por la primavera. Son solo chiquillos que no han podido ligar y se devuelven por una cerveza en el centro. Un olor extraño en el asiento de atrás lo alerta. Los tipos se ríen. El taxista los observa por el retrovisor y siente un objeto punzante en el cuello. Conduce bajo amenaza varios kilómetros hasta que sus secuestradores, que conocen el camino, lo hacen desviarse hacia unas zanjas cubiertas de matorrales. Proceden a introducirle el punzón en el mismo punto en que se mata a un vacuno. Después de horas de agonía espiritual, su muerte es casi instantánea.

El caso de David Gómez Solís, 32 años, casado y padre de dos hijas.

David es abordado por dos sujetos frente al casino de estibadores de San Antonio. Uno de ellos le pide que los lleve a Llolleo pero que solo tienen mil quinientos pesos. El taxista saca sus cuentas, lo que ha ganado durante el día y la semana y el cúmulo de compromisos y vencimientos que lo acechan. No han andado ni veinte metros y decide detenerse y solicitarles que se bajen. Pero no alcanza a pisar el freno, pues siente el cañón de la pistola en el cuello. Lo insultan, le preguntan si le gusta bailar, y otras impertinencias que no responde. Piensa en sus hijas, piensa en su mujer mientras ve pasar las maestranzas del puerto y los acantilados de la costa, internándose en los cerros que dividen la ciudad. Uno de sus captores le ordena que encienda la radio, que cambie de estación, que les cuente un chiste si se cree tan gracioso. David les pregunta la dirección y les dice que no les cobra nada, pero que lo dejen ir pues tiene mujer e hijas. La mención a su familia arranca una risotada cruel. El otro, que no ha reído ni hablado y que, por eso mismo, le parece el más amenazante de los dos, le dice que se detenga, que los deje en cualquier parte. Con paleteados como vos no vale la pena echar la talla. Siente alivio al oír la puerta que se abre, el risueño que se baja y el lacónico que se despide descerrajándole un tiro en la nuca. Muere al instante,

cayendo de bruces sobre el volante.

El caso de Gustavo Véliz Apablaza, 50 años, separado y padre de tres hijos, suboficial en retiro de la Armada con domicilio en Villa Alemana.

Es abordado por dos individuos a la salida de un bar ubicado en calle Limache, Viña del Mar. No alcanza a preguntarles siquiera su destino cuando lo toman del pelo y le acercan un grueso cuchillo a la garganta, que por su profesión reconoce como un arma de fuerzas especiales. Intenta hacerles ver su condición de ex uniformados, pero no hay reacción alguna por parte de los captores. Le ordenan que se detenga frente a una iglesia. Lo hacen bajar y lo introducen en el portamaletas. Alcanza a verles la cara: son jóvenes y parecen drogados, o al menos así se explica sus risas abotagadas y la lentitud con que proceden. Durante las siguientes horas permanece a oscuras, decúbito dorsal, oyendo el motor que acelera, las frenadas imprudentes y las curvas peligrosas que los antisociales toman sin ninguna precaución, como si ensayaran para algún concurso automovilístico. Supone que han tomado una carretera interurbana y que tal vez van rumbo al interior a cometer alguna fechoría. Extrañamente oye música reggae, la misma que escuchan sus hijos y que él detesta. De pronto el taxi se interna en un camino de tierra, lo puede adivinar por los saltos de los neumáticos y las piedras que se golpean contra la carrocería. Consciente de lo que le espera, piensa en todas las personas que vio detenidas y maniatadas hace casi tres décadas, cuando era apenas un grumete, y siente deseos de llorar, aunque tal gesto le sea ajeno y prácticamente imposible desde un punto de vista biológico. Solo le alcanza para una lágrima, que recorre su mejilla dejando un surco salado. El portamaletas se abre y alcanza a distinguir, en la oscuridad, la gruesa hoja del cuchillo que avanza directo hacia su estómago.

Al día siguiente el vehículo es encontrado en el camino a Quintero, sin el chofer y con las llantas desinfladas. La policía investiga y detiene en 48 horas a dos adolescentes, ambos hijos de personal en retiro de la Armada. Uno de ellos le ha robado el cuchillo a su padre para perpetrar el delito. Durante el interrogatorio confiesan haber arrojado el cuerpo al río Aconcagua. Tras semanas de búsqueda con ayuda de buzos tácticos, el cadáver se da por desaparecido.

Casi todos los autores de estos asesinatos gratuitos son detenidos por la policía. Son jóvenes y confiesan sin mayor remordimiento, compartiendo con el juez todos los detalles. Los

abogados se las arreglan para evitarles la pena capital.

El gremio guarda luto por sus caídos. Después de cada crimen los taxis cuelgan cintas negras de sus parabrisas, siguen el cortejo al cementerio clamando justicia. El sindicato acompaña a la viuda, paga el sepelio y deja una corona con su escudo.

La lectura me afianza vocacionalmente. Ha sido mucho mejor que ver películas. Me hace ver a los taxistas como soldados de una guerra no declarada, una guerra que, por su naturaleza, no acabará nunca.

Hay tres y medio millones de pasajeros diarios ocupando las calles. La cordillera sigue ahí, como único elemento estable de nuestras vidas, encerrando el CO_2 de nuestras combustiones. Hasta antes de ser taxista yo no sabía lo que son los ritmos colectivos. Ahora vivo estos ritmos dentro de este vehículo, los siento retumbando del otro lado del parabrisas, acompañados de luces y saltos, momentos muertos, detenciones imprevistas, desvíos.

La vida corre entre semáforos y la violencia es cotidiana. Dotados de una cilindrada y una carrocería, los seres humanos requieren apenas unas cuantas circunstancias sociológicas e individuales para cambiar su comportamiento. Los automovilistas y los taxistas, por ejemplo, son enemigos naturales. Los automovilistas desprecian al peatón y los taxistas viven de él. Se inclinan ante sus más mínimos caprichos, le paran a mitad de cuadra, aunque haya cincuenta vehículos detrás, o lo dejan en la puerta en circunstancias peores; comparten sus ideas políticas, sus fanatismos deportivos y religiosos, todo con tal de ganarse su plato de lentejas.

Entre buses y camiones ya es otro cuento. No hay más moral que la autoconservación. El pasajero del microbús es más barato y la paga del chofer bastante peor. Las rencillas arrancan espejos, parachoques, dejan heridos y contusos. Por encima de esta danza macabra está la autoridad del tránsito, que como se sabe, en Santiago es incorruptible, omnímoda, arbitraria, mezquina.

He aprendido que lo importante en esta guerra no es tanto el motor o la carrocería como “la actitud” al volante, como diría el capitán Vildósola. Copar los huecos, aprovechar las dudas, sembrar el temor y el desconcierto y enfrentar las consecuencias con una cara de palo. Esos son los secretos de este oficio.

Discrepo que el transporte sea un commodity. Hay espacio —y mucho— para agregar valor. Yo, por ejemplo, tengo aire acondicionado y le hago una mantención permanente a las puertas. En el asiento trasero hay diarios y revistas para distraer al pasajero. Tengo un botiquín con aspirinas y un pequeño cooler con refrescos. Con la llegada del invierno lo he cambiado por un termo con café.

Ya tengo varios pasajeros habituales, aparte del español, la veterana y su enfermera.

La anciana me ha seguido llamando con la periodicidad de su supermercado y de su medicamento. Yo guardé el cheque del primer día y he terminado por pegarlo en el refrigerador como si fuese un amuleto. Rita del Carmen Barrault Gálvez. Cuenta 0-4545-4534 Banco de Crédito e Inversiones. Por suerte el suministro del medicamento se ha regularizado y nuestras permanencias en la farmacia duran lo que tarda la enfermera en volver con la caja envuelta en una bolsa con el logo de la cadena.

—¿Más tranquila? —le pregunta con un tono desfachatado, casi lanzándole el paquete en el regazo.

—Ya me vas a echar de menos, china desgraciada.

Comprendo que estos paseos son importantes para el extraño dúo, una especie de representación teatral que me incluye en calidad de único espectador.

El Inválido no tiene trabajo estable, pero ese no es su problema. Es una especie de inválido profesional, que hace de sus padecimientos una ocupación tan seria como cualquiera. Lo suyo son los trámites; se pasa todo el día en eso. Los trámites son para cobrar pólizas e indemnizaciones a las que está convencido de tener derecho, y se dividen en dos tipos: legales y médicos. Yo lo llevo de su casa al traumatólogo y de allí al Seguro o al Centro de Salud a someterse exámenes y contra exámenes que deben confirmar o refutar de una buena vez su supuesta invalidez.

—La vida humana es muy frágil —dice El Inválido—. Uno puede andar feliz por ahí y el momento menos pensado... ¡Kaput!

En su caso, todo ha sido por culpa de un ciego.

—Se debiera prohibir la radio en la movilización colectiva —sostiene—. La publicidad, el folklore, la balada latina o el programa de conversación de la cintura para abajo... Yo creía estar curtido contra todo. Pero ese día, después de pagar mi tarifa, fui víctima de un atentado sonoro. Me parece estar viéndolo: al final del pasillo del bus, con los ojos hundidos, el brazo largo aferrado a la barra como para no caerse, mientras cantaba (a voz en cuello) “¡ABUSADORA! ¿QUÉ HICISTE? ¡ABUSADORA!”.

Es un buen imitador y narra su aventura con realismo. Su martirio no terminó con el simple hecho de que el ciego le cantara en el oído.

—Empezó a improvisar. Mezclaba versos propios con el famoso estribillo, y por si fuese poco la muleta la usaba como instrumento rítmico. ¿Se imagina? “¡ABUSADORA! ¡TACTAC! ¿QUÉ HICISTE?

¡TAC-TAC! ¡ABUSADORA! ¡TACTAC!”.

“—Me parece estar viéndolo ahora: Yo tratando de concentrarme en la lectura y el Ciego Infernal taladrándome las sienes con su muleta y su voz. “¡ABUSADORA! ¿QUÉ HICISTE?”. De pronto, el ciego deja de cantar. Suspiro, pero el alivio me dura poco al oír nuevamente la siniestra muleta golpeando el piso del bus, avanzando por el pasillo. El terror me paraliza de solo pensar que el ciego se me pueda venir encima por culpa de una maniobra violenta del chofer. Una mano arrugada y morena, una mano de mendigo, se interpone entre mi lectura y yo. El ciego hace tintinear las monedas a pocos centímetros de mi cara. Las huelo, húmedas y manoseadas. A diferencia de otros cantores de su especie, el ciego no se limita a seguir su camino, sino que permanece durante largos segundos aporreándome y manipulándome con su botín. En vista de mi silencio, se da por vencido, no sin antes ensartarme la muleta en el zapato izquierdo, exactamente a la altura del dedo gordo.

—¿Cómo? —le pregunto incrédulo—. ¿Ese fue su accidente?

—Ahí empezó... —me contesta sin inmutarse.

El ciego lo había dejado casi sordo y el muletazo casi cojo, por lo que, al bajar del bus, perdió el equilibrio y cayó de bruces en la vereda.

—Es increíble lo duras que son —comenta El Inválido—. Están hechas para que a uno le duela. Me rompí un tobillo y dos costillas al caer y desde entonces mi vida es una sucesión de trámites, exámenes, diagnósticos, consultas y peritajes para cobrar seguros.

—Eso le pasa por ahorrar en taxi… —le digo.

—Mis ingresos bajaron a la mitad y ya no pude seguir pagando mis tarjetas. Tuve que acogerme al seguro de desempleo, lo que implica más trámites...

—¿Pero no se pueden hacer esas cosas por teléfono ahora?

—Mentira... Esas son puras tonteras para que uno gaste plata.

Me gusta la pasión con que dice las cosas.

—Inténtelo —me desafía—. Cada vez que uno llama sale una grabación que le pide códigos y datos o da opciones que uno no entiende, hasta que le pasan con una señorita con muy buenos modales, que le vuelve a pedir los mismos datos que ya le dio a la grabadora. ¿Cuántos minutos llevamos ya? No, a mí no me vengan con cosas, no hay como el trámite personal, cara a cara... El único problema es que con esto de internet las salas de atención son cada vez más malas. Rara vez saben nada en el mesón de informaciones. Hay que sacar número y esperar unos veinte minutos para que lo atiendan a uno, porque siempre están los avispados que se cuelan.

Además, les ha dado con poner televisores que son peores que un ciego cantor. ¿Acaso ponen ópera, música sacra?

—¿Y cuándo le van a dar su indemnización?

—Yo calculo que, con suerte, en unos ocho meses más, si Dios quiere.

Parece un tiempo absurdo para todo lo que ha esperado.

—Es que hay plata de por medio —dice.

El Acosado es otro de esos individuos estoicos, parlanchines, a quienes he impugnado su visión del mundo. Apenas se subió supe que era de esas personas que buscan conversación.

—¿A usted le han entrado a robar? —me pregunta.

—No, nunca.

—A mí tres veces. He tenido que cambiar la chapa, la reja y la alarma.

—¿Vive en un barrio muy peligroso?

—Vivo en un excelente barrio —contesta indignado—. Es pura inoperancia de las autoridades.

Confiesa ser un hombre creyente. Los asaltos, lejos de quebrantar su fe, la consolidan. Con la colocación de una gran imagen de la Virgen en la entrada, los asaltos han cesado por completo. Más de un año llevan tranquilos.

—Lamentablemente la pobre es impotente con los encuestadores... Vienen todas las semanas. Mi mujer no trabaja y yo le tengo prohibido abrir la puerta.

—¿A nadie? —le pregunto.

—Bueno, a nadie que no se identifique. Viera usted la cantidad de encuestadores, de canutos, de mendigos, unos brasileros que venden manteles. Yo los tengo a todos identificados.

—¿A todos?

—Con foto y carné. ¿Qué quiere si ya me asaltaron tres veces, en mi propia casa?

Se hace un silencio. Yo no sé qué decir. Sus ojos me miran por el espejo como si yo fuera un delincuente potencial.

—¿Y qué le robaron? —le pregunto.

—La primera vez fue una toalla.

Piso el freno y me detengo. Simplemente la risa me impide seguir manejando.

—La segunda vez fue la bicicleta del niño, que estaba recién comprada. Lo que gasté en siquiatras infantiles, en juegos electrónicos. Lo único que quería el pobre era jugar al aire libre...

La tercera vez estábamos en la playa. Se metieron por el techo. Afortunadamente teníamos todas las piezas con llave. La alarma sonó y salieron arrancando antes de que llegaran los carabineros. Al Willy, el conejo de mi hija menor, le dio un ataque al corazón con todo el alboroto. Estuvo tres días agonizando el pobre. Tuvimos que ponerle una inyección para que no sufriera.

La mayor parte de las veces el pasajero es parco en palabras, se sienta y no abre más la boca, o saca un celular. Hay otros que hablan más con los ojos, o preguntan algo relacionado con el taxi y luego callan, o dan la dirección y de inmediato exigen una ruta específica, que consideran la mejor.

Un hombre me hace parar. Lleva un maletín de cuero, tiene canas rubias, ojos pequeños y su piel es muy pálida. Pienso en un ruso, pero es demasiado bajo y cuando saluda y da la dirección me doy cuenta de que es de los nuestros. A través del retrovisor veo sus ojos que se fijan en el libro que descansa junto al freno de mano.

—¿Por qué lo lee?

La pregunta me toma completamente por sorpresa. Es *La Gaia Ciencia*, otro préstamo de Leiva.

—Porque es ideal para leer en los tacos.

Se ríe despacio, como si supiera a lo que me refiero. El resto del trayecto ninguno de los dos abre la boca. Lo dejo en el centro, frente al palacio de Tribunales. Está lloviendo. Hay unas mujeres con carteles, pero son pocas y no alcanzo a leer lo que dicen.

En este trabajo uno también se encuentra con personajes marcados mentalmente con una X. Excolegas de trabajo, excompañeros de universidad que me reconocen anonadados.

—Martín, ¿qué onda, compadre? Supe que renunciaste... —me dice Fabio Varas.

—Estaba chato de viajar en avión.

Fabio iba un curso más arriba en ingeniería. Trabaja en una empresa petrolera y es jefe de proyectos. Va en el tercer matrimonio y gana una fortuna.

—¿Pero estás bien? —me pregunta preocupado.

—Mejor imposible... No tengo jefe ni secretaria, nadie me llama por teléfono.

—Qué envidia.

—Trabajo cuando quiero.

—¿Pero no estresa esto de manejar todo el día?

Le explico que no manejo todo el día, que trabajo solo en este sector y me voy a casa temprano.

—Ah, en ese caso —dice no muy convencido.

A algunos se les agota el tema luego y se quedan callados, me miran por el retrovisor como quien observa a un tipo con cáncer. Algunos incluso me lo preguntan, como Lucho Amendizábal, gerente de operaciones de Cotelco.

—Sano como una lechuga —le digo.

—Qué bueno. En todo caso te salvaste. No sé si estabas cuando llegó el nuevo gerente de recursos humanos... Han restringido los viáticos y las vacaciones, y quieren que nos hagamos el test del pelo. ¡Imagínate!

Pero el episodio más complejo ha sido el encuentro con Macarena, mi vecina.

Macarena me hace parar frente a la Clínica Alemana, y al verme se queda sin habla. Parece una estatua de sal y tengo que preguntarle, tras el saludo de rigor, si quiere que la deje en casa. Va con su hijo de 11 años, un mocoso de pelo lacio que al parecer ha sufrido un accidente deportivo en el colegio. Lívida, incapaz ya de bajarse y de tomar otro taxi, lo que más parece molestarla es el hecho de tener que justificarse por tomar un taxi, seguramente su Volvo no puede circular ese día debido a las rigurosas normas contra la contaminación. El chiquillo va con su uniforme escolar. Puedo ver que es alumno de uno de esos colegios anglosajones y católicos de Santiago y se parece a su madre de un modo escandaloso. Tiene el brazo enyesado y habla menos que ella. Durante todo el trayecto, que es afortunadamente breve, Macarena prefiere enfrascarse en una conversación por celular con su marido acerca del papeleo administrativo con el seguro de salud.

Cuando la dejo frente a su casa (mi casa) e intento establecer un contacto personal, ella me extiende un billete de cinco mil pesos y se baja tan apurada que no alcanzo siquiera a darle el vuelto.

La fidelidad de unos cuantos me ha permitido trabajar sin sobresaltos, darle tiempo (y bastante) al ocio. Con el invierno las condiciones ambientales de la ciudad empeoran, el smog se acumula, la autoridad restringe la circulación y los taxis doblan su actividad.

La veterana y el español tienen rutinas opuestas. Ella sale a

reaprovisionarse y él a explorar. Él socializa sus descubrimientos y coteja información; ella se la guarda. La enfermera permanece en silencio durante todo el trayecto y no he tenido otra oportunidad de conversar con ella. Parece venir de alguna experiencia límite.

Al ruso lo he llevado dos veces saliendo de tribunales; las mujeres están siempre allí, veo las caras en blanco y negro de los carteles y pienso en mi padre.

Supongo que es abogado o profesor de derecho. Su pelo es totalmente canoso y lo lleva corto, usa lentes y una chaqueta de tweed y corbata de un solo color. De pies a cabeza destila serenidad.

—Disculpe, ¿usted no ha salido en las noticias?

—Lamentablemente sí —responde sacándose los lentes—. Llevo algunos casos emblemáticos.

No dice por qué son emblemáticos sus casos, pero creo saberlo y soy lo suficientemente profesional como para no preguntar.

Los pasajeros más difíciles son los del aeropuerto. El que sale por negocios va siempre apurado. El de clase media apenas se sube saca la calculadora, preocupado de cuánto le va a salir el viaje en dólares. En familia y con niños es peor: todos van ansiosos, se gritan, la madre hace el último *checklist*. He presenciado verdaderas humillaciones matrimoniales y filiales por pasaportes y remedios olvidados, que me obligan a devolverme sin costo (nobleza obliga) y a oficiar incluso de árbitro.

Al escuchar los motores que roncan en el cielo pienso en la sutil alianza que une a taxistas y pilotos civiles: el avión comercial como taxi aéreo, el viaje en avión como trayecto interurbano ampliado. El joven español me refuerza estas ideas por su polaridad de gallego global: provinciano y mundano. Pienso en mis viejos colegas de aeropuerto, en Lucio, Belisario, Leonidas. ¿Se habrán jubilado? ¿Seguirán esquilmando gringos en esos aeropuertos patéticos de Centroamérica? ¿Los habrá abordado un ejecutivo sicótico —el pasajero de la muerte— poniendo fin a sus días?

Así he ido armando un mapa de esta tierra que me vio nacer y en la que probablemente muera, devorado por algún virus.

Es verdad que cualquier soplo de epopeya ha quedado clausurado por el telemarketing, el *delivery* y las transacciones electrónicas. Pero aun así hay un cierto primitivismo que subsiste, hay personajes rústicos y que obedecen a leyes de comportamiento que aun no entiendo. Por ejemplo, los vendedores, los periodistas,

los que venden a comisión. Por ejemplo, los que se suben y se bajan hablando por celular.

O los propios taxistas, que se reúnen en ciertas esquinas predeterminadas. Por lo general evito a mis colegas, y ellos también. Cuando me los cruzo en alguna esquina puedo ver sus miradas cargadas de un sentimiento más bien hosco. Supongo que la culpa la tengo yo por conducir un vehículo tan impropio para los estándares del gremio, por no haberme unido a ninguna empresa ni asociación, tal como me lo sugirió con tanta sutileza aquel funcionario de la escuela de conductores.

A la vuelta de la esquina tengo uno de estos estacionamientos regulares del gremio. Los taxis se colocan en fila y hay una pequeña garita que no sé bien para qué sirve. A veces veo a un taxista pasando un trapo por el parabrisas, limpiando las gomas o leyendo *Las Últimas Noticias*. Me ven pasar y a veces interrumpen sus conversaciones y yo siento un escalofrío. Pienso en Kantake y las calles fosforescentes de Tokio. Lo que veo es más bien pedestre, unos sujetos de aspecto inofensivo pero que podrían esconder algo siniestro. Recuerdo que Leiva me ha contado cómo muchos taxistas, en tiempos de la dictadura, trabajaban para la DINA y luego para la CNI. ¿Qué son los taxistas de hoy? ¿Trabajan para alguna agencia invisible que reúne información sobre los ciudadanos?

La última vez que pasé delante de mis coleguitas creí ver a Juan o Jaime Díaz, divirtiendo a los demás con alguna de sus anécdotas. Vi que reían y sentí alivio al pasar desapercibido.

Paréntesis personal. Ya he dicho que la casa es grande. Recorrerla entera exige abrir todas las puertas y no quedarme pegado en ninguna. Esto circunscribe el espacio a unos cuantos metros hábiles, de los que no pretendo aparatarme.

La bodega es el único lugar de la casa que ha crecido, tiene muchas más cajas y revistas, muchas más botellas y muebles inútiles que antes. También tiene más arañas. He visto generaciones de arañas crecer a lo largo de la tabiquería, incluyendo a la majestuosa matriarca del rincón. Me gusta fumar delante de ella y mecerla con el humo, porque rara vez se entera. Las arañas duermen prácticamente todo el día; no tienen necesidad de cazar. Tienen las despensas abarrotadas de hormigas, zancudos, moscas y otras especies no menos nutritivas, lo que las hace, en la práctica, casi inofensivas, a menos que uno sea lo suficientemente imprudente como para tocarlas.

Para Nietzsche la tarántula es el símbolo de la venganza. Los predicadores de la igualdad son tarántulas en Zaratustra. ¿Habla de los socialistas, de los revolucionarios? ¡*Lanzaremos nuestros aullidos contra todo lo que tiene poder*!

Me cuesta procesar esta imagen, pues tengo demasiadas horas de documentales del reino animal para atribuirle valores a una araña. Quizá esto mismo es lo que quiere decir Nietzsche, que para los predadores lo moral es comerse a los débiles. La verdadera víctima de la fábula es el lobo; los tres cerditos no son más que unos especuladores inmobiliarios que vienen a gentrificar el bosque.

La matriarca del rincón tiene varias crías, todas más flojas que ella. Las arañitas duermen arrepolladas en los intersticios del portón. Hay noches en que la matriarca se despercude y da unos pasos, tanteando con extrema cautela la superficie rugosa de la pared. Solo una vez la he visto correr, y no más de quince centímetros, por culpa del ruido que provocaba el viento una noche de invierno.

Las arañas la tienen fácil y yo les tengo envidia. Su sexualidad también es un misterio. En 1989, mientras terminaba la universidad, oía aquella canción de Te Cure cuya letra aprendí de memoria: El Hombre Araña se mueve suavemente sobre sus patas azucaradas, a través cementerios y ventanas, buscando una víctima propicia que se agita en su cama. *"Quédate quieto muchacho, no*

hagas ningún movimiento porque solo te amaré más”, susurra. *“Demasiado tarde para encender la luz, esta noche eres la cena del hombre araña”.*

Por cierto, he considerado la posibilidad de una mascota.

He descartado mamíferos y aves por un asunto sanitario, los animales exóticos por un tema de costo y aversión por la frivolidad. No soy un rockero cincuentón para andar con culebras, ni un naturalista aficionado para nutrir a una iguana. Me aburre el sentimentalismo de los perros y me irrita la frialdad de los gatos. Un roedor estimularía en mí al homicida. Esto me deja una sola posibilidad.

Me he comprado un acuario de 80 litros y cuatro *carassius*: dos del tipo japonés común y dos del tipo *shubunkin*. Contraviniendo las recomendaciones del vendedor, he comprado vegetación natural y reunido una bibliografía fundamental. Tener un acuario implica asumir sus procesos biológicos, el nivel de oxígeno y de nitrato, la dureza y el pH del agua. De ahí la expresión popular *mirar los peces de colores*, que simboliza todas aquellas formas poéticas de perder el tiempo.

Pero el debut de mi *team* subacuático termina en desastre. Al cabo de un mes el agua se pone amarilla, a uno de los *shubunkin* se le hincha el estómago y muere. Lo saco, lo meto en una bolsa y lo dejo en el congelador.

Con la población reducida en un 25% empiezo a aplicar una política de aseo más rigurosa. Cambio la mitad del agua, saco las plantas y pongo vegetación artificial, disminuyo la comida y saco las fecas con una manguera de plástico todas las mañanas. El más grande de mis peces da cabezazos furiosos exigiendo una mejor atención.

El carassius es el pez ornamental más popular del mundo. Desciende de la carpa crucial china y ha mutado en decenas de variedades, con formas y colores muy diversos. Algunas especies son bellas y otras francamente monstruosas. Se sabe que a algunos los deforman con hormonas, desarrollan glándulas y se les hipertrofian los ojos. Hay variedades clásicas en color salmón brillante, o bien jaspeados, con manchas en la cabeza, todos con sus aletas posteriores extendidas como velos de novia. Su vida es bastante simple: comer y defecar, aparearse y darse de cabeza contra su propio reflejo en el acuario.

El invierno pasa dejando un sabor extraño. Primer mundial de

fútbol en que la selección *concursa* con un elenco aguerrido. Como se adivinará, mi relación con el deporte de masas es casi nula. Pese a esto disfruto ver al país con una sola cosa en la cabeza. Por diferencia horaria los partidos se transmiten temprano, a la hora en que trabajo. Muchos pasajeros me exigen que sintonice la radio incluso cuando no juega Chile.

—Algún día la FIFA será como el FMI, el gran prestamista mundial —le comento al español—. Los contratos de transmisión, de imagen, de reproducción por internet, valdrán tanto dinero que la FIFA comenzará a emitir su propia moneda, sus tarjeteas de crédito, su pasaporte.

—Debieras escribirlo y hacerte famoso.

Noticias de Kosovo y de la Casa Blanca. Las milicias albanesas se han tomado los pueblos de Pec, Dakovika y Malisevo. El ejército federal yugoslavo prepara una contraofensiva. Mientas allí se ejecuta la limpieza étnica, en la Casa Blanca se practica el sexo oral, lo cual es una imagen muy representativa del estado del mundo: el presidente, con los pantalones abajo, las venas del pene hinchadas, la practicante de rodillas con el escote abierto. El ADN presidencial viaja a través del espacio y deja una huella que podría constituir evidencia en un caso penal.

En este torbellino mis peces crecen sanos. Mi bookmark se llena de sitios y foros de acuarismo, en los que participo activamente compartiendo información. Técnicas de limpieza y profilaxis, para combatir al parásito *costia*, a la bacteria *aeromonas hydrophila*.

A estas alturas ya debiera dejar sentada *la cuestión de los amigos*. Se pensará que soy un misántropo, que mi relación con Leiva obedece a una forma rebuscada de caridad. O de homosexualidad platónica. Nada de eso: amistades he tenido, pero no las necesito *ahora*. No soy necesario para nadie salvo mis pasajeros. Estoy suscrito a las listas de mi promoción universitaria y las de mi último año escolar. Sé cuándo se casan, cuando se separan, cuando traen otra criatura al mundo o incluso cuando se matan o caen víctimas de accidentes cardiovasculares. He llegado a mandar regalos de cumpleaños y también algunas coronas fúnebres.

Me costaría mucho trabajo darme a entender en estos momentos, he ahí que los vea poco. Sé que muchos quisieran preguntarme cosas, nombrarme a un par de personas; si no lo hacen es por delicadeza o por pudor.

El presidente admite una relación física impropia con la

practicante. En Kosovo las milicias albanesas siguen avanzando. Imágenes de casas de dos y tres pisos con impactos de artillería, carcasas de autos calcinados, mujeres y niños custodiados por milicianos serbios. Lamento no tener a mi abuelo para comentar.

Diez de septiembre de 1998. Fin de semana largo y suena mi celular. Una voz desconocida pronuncia mi nombre.

—Necesito viajar mañana a Quillota. Soy Patricio Borja Kusanagi.

Se supone que yo no trabajo los días festivos, tengo que alimentar a mis carassius y se cumple otro año de la muerte de mi padre. Me asiste todo el derecho a decir que no, pero algo me impulsa a hacer lo contrario.

—¿A qué hora?

—Me gustaría estar en Quillota al mediodía —dice Borja Kusanagi.

—Lo paso a buscar a las 9.

Me da su dirección y cuelgo. Mi trabajo como taxista se acerca al servicio personalizado, pero también a lo bizarro y lo inexplicable.

Once de septiembre. Dos hombres apagan el despertador con veintiséis años de diferencia. En la casa del primero no hay gas; se ducha con agua fría. El segundo se ducha con agua caliente y ve pornografía en un dispositivo electrónico que para el primero parece sacado de la ciencia ficción. Ambos desayunan. El primero se pelea con su mujer, apenas se despide de sus hijos y sale. El segundo saca su taxi último modelo del garaje, enciende la radio, introduce un CD de algún grupo anglosajón que escuchaba cuando joven y parte a su trabajo. El primero parte también, pero hacia la muerte.

Me gustaría poder perdonar a mi padre y también castigarlo por haber muerto tontamente en una fecha tan cargada de significado. Me gustaría revivirlo y sentarme con él, cara a cara, y preguntarle un par de cosas. Como todos los espectros el de mi padre no tiene voz, se comunica con gestos y se desvanece en el aire.

Pongo el despertador temprano. La mañana está fría y hay poca gente en las calles. Borja Kusanagi vive en Providencia, en una casa antigua y amplia. En la entrada hay dos árboles, un bonsái y una especie de arroyo en miniatura adosado a la pared. Pero el detalle más enigmático es el Toyota Camry en excelente estado que veo estacionado en el garaje.

Toco el timbre. Borja Kusanagi abre la puerta. Está vestido de

sport y calza mocasines.

—Buenos días, adelante.

Tal como sospechaba, vive solo. Me ofrece un café.

Quillota queda a 121 kilómetros de Santiago, lo que implica que yo debiera cobrar una tarifa equivalente a dos salarios mínimos por ir y volver. Yo le ofrezco un precio intermedio, pero su mirada resulta difícil de interpretar.

—Se lo digo para no llevar el taxímetro encendido todo el tiempo. Puede resultar incómodo.

Borja Kusanagi asiente.

—Es razonable —dice—. Si no le molesta ocuparé el asiento del copiloto. Para ir conversando.

Enciendo el motor y nos ponemos en marcha. Tenemos el tiempo justo para llegar a Quillota. Le indico a Borja Kusanagi el trayecto que voy a seguir para tomar la ruta 5 Norte. Él asiente sin mucho interés. Quilcura, Colina, Lampa y Batuco, colinas amarillentas, algunos galpones industriales, letreros de grandes avisadores. Mi pasajero parece el tipo de persona que no se deja impresionar por la comunicación masiva.

—¿Problemas para conducir?

Borja Kusanagi hace un gesto negativo: hace este viaje todos los años.

—Hoy se cumplen veinticinco años de la muerte de mi abuelo materno —dice.

—¿Hoy? —le pregunto incrédulo—. ¿Hoy mismo?

Borja Kusanagi asiente.

—El 11 de septiembre de 1973. De causas naturales. Tenía casi noventa años.

—Vaya coincidencia —digo—. Mi padre murió ese mismo día. Ese mismo año.

—¿De causas naturales?

Sacudo la cabeza. Le cuento todo lo que he llegado a saber sobre cómo mi padre fue impactado por una bala loca aquella mañana de gatillo fácil. Borja Kusanagi escucha sin decir nada.

—Usted lee libros de filosofía —dice finalmente—. Supongo que ha oído hablar de la palabra *karma*.

—Sí, claro. He pensado muchas veces en lo que le sucedió a mi padre como una forma de karma. ¿Usted es creyente?

—Fui formado en la religión católica, pero mi karma es no creer en un Dios administrativo. Y eso que soy juez…

Aquello es lo más parecido a un chiste saliendo de los labios de Borja Kusanagi. Se lo celebro.

La Panamericana se abre ahora entre valles productivos. Poco a poco los arbustos endémicos y amarillentos ceden paso a los cultivos de palta, aparecen estaciones de servicio, parrilladas, pueblos de casitas bajas.

—Ahora, corríjame si estoy en lo cierto —digo sin apartar la vista del camino—. Desde el punto de vista mío y de mi padre, la bala que lo mató es un mero agente del karma y resulta del todo indiferente quién apretó el gatillo. ¿Cierto?

—Está el problema del determinismo y el problema del libre albedrío. Está también el problema de la acción y de la intención del que la comete.

—Una vez vi una película japonesa que trataba de eso —digo—. Era sobre un taxista peruano en Tokio. Peruano— japonés, por cierto.

—La vi hace poco en el cable. Ahora entiendo por qué una persona como usted conduce un taxi.

Hemos llegado a Quillota y Borja Kusanagi me da las instrucciones para dar con el cementerio. Me detengo delante de la entrada.

—No me voy a demorar mucho —dice.

—Tómese todo el tiempo necesario.

Por el retrovisor lo veo comprar un manojo de claveles. La idea de estas ofrendas es precisamente que se marchiten, pienso ahuyentando la idea del abandono en que está la tumba de mi padre.

El descubrimiento de otra biografía marcada por el 11 de septiembre me abre a un universo completamente nuevo. Por ejemplo, el de las personas que nacieron ese día y que, dependiendo de qué lado de la frontera se encontraban sus padres, han tenido que soportar una vida entera de celebraciones o duelos ambiguos.

Borja Kusanagi está de vuelta antes de que yo pueda profundizar en estas nociones de karma, determinismo y libre albedrío. No deja de ser interesante que una persona tan ambigua como Leiva me haya preparado para este camino de conocimiento. Borja Kusanagi permanece algunos segundos en silencio, luego me pregunta si tengo planes de almuerzo. Yo me encojo de hombros.

—Usted no es vegetariano, ¿verdad? Me lo figuraba. Conozco un buen lugar de parrilladas. Yo invito.

Le advierto que soy una persona de digestión larga. El regreso a Santiago podría dilatarse. Nada de eso parece importarle y a mí

tampoco. Al poco rato estamos sentados el uno frente al otro, delante de una cesta con pan y un plato con pebre. Este hombre de modales austeros, mirada concentrada y pasado enigmático, este juez encargado de una serie de casos emblemáticos (de gente muerta a partir del día en que su abuelo y mi padre murieron) ataca el pan y el pebre como si fuese el último alimento de su vida.

—Mis abuelos maternos eran japoneses —explica—. Mi abuelo llegó a este país por casualidad. Era marinero y enfermó en alta mar. Sus compañeros tuvieron que dejarlo en Valparaíso, justo en vísperas de la Primera Guerra Mundial.

Otra coincidencia, le digo: mi abuelo materno llegó en esa época desde Croacia. Nuestras biografías convergen.

—Él murió feliz en ese día tan triste—dice—. Salvo por un punto. Ya estaba bastante ido por la edad, pero encontró la lucidez para contarme lo mucho que le dolió haber heredado una fortuna producto del saqueo y la guerra, y haber perdido un hijo.

—¿Murió ese hijo? —pregunto.

—Es más complicado que eso. Nunca lo conoció. No fue producto de una relación con su esposa, sino con una prostituta que se fue a Argentina.

—Generalmente los hijos buscan a los padres, no al revés.

—Eso he oído —dice Borja Kusanagi pidiendo una copa de vino —. Yo no tengo hijos, así que no puedo ni siquiera imaginármelo.

El viaje con Borja Kusanagi me deja en un estado de optimismo. Es el primer 11 de septiembre distinto que yo pueda recordar, de ahora en adelante. El país es el mismo, qué duda cabe: la televisión muestra a los socialistas yendo al cementerio, a la tumba de Allende, y a los derechistas yendo a visitar a Pinochet. Uno no sabe quién está vivo y quién está muerto y lo más sano es pensar que la realidad se encuentra en la mitad: lo muerto no muere aún del todo, lo nuevo todavía no nace por completo.

En este septiembre optimista me siento empoderado para dar un giro en mi carrera de taxista. No sería mala idea explorar el mercado nocturno.

La primera noche que salgo a trabajar me digo a mí mismo: Si vas a ser imprudente, vístete bien.

Me pongo una camisa floreada, un pantalón negro, zapatos con suela reforzada. A modo de precaución he trabajado solo mediodía, me he alimentado sana y frugalmente y he hecho ejercicios respiratorios. Defeco de manera accidentada, rápida y veloz; deduzco que estoy frente a una advertencia.

Algo hay de cierto en las aprensiones. La sicóloga de la escuela de conductores me lo dijo y Leiva me lo recalcó con datos empíricos. En la noche se concentran los peligros, las historias que salen en los diarios sobre taxistas asesinados o sobre taxistas asesinos, noticias anodinas que han hecho de mí, mucho antes de mi renuncia a Cotelco, un admirador de los taxistas. Para alguien que veía pasar su vida dentro de una oficina, en aeropuertos y moteles, no podía sino envidiar a esos hombres que dejan la suya recorriendo la ciudad y transportando desconocidos en el asiento trasero. Si de riesgos se trata, de día la condición del pasajero es poco relevante, pues su actuar está delimitado por la economía y el tiempo. De noche, en cambio, se produce una *transformación*.

Lo notable del tránsito nocturno es su fluidez. Los puntos neurálgicos de la jornada se destraban. Santiago se transforma en una ciudad amoral y pragmática, regida por la ley de la circulación.

Decidí dejar pasar las fiestas patrias, donde todo se desmadra y un primerizo como yo lo puede pasar mal. Comienzo un jueves recogiendo a una pareja de septuagenarios que van al Teatro Municipal. La mujer ejerce un poder despótico y le reprocha al marido desde su vestimenta hasta su aliento; él le echa la culpa de

haber salido atrasados. Durante todo el trayecto se agraden verbalmente como enemigos mortales. En las inmediaciones del teatro recojo a dos homosexuales ingleses que se dirigen a Bellavista. En la radio se oye un tema de Sheena Easton y mis pasajeros se miran con ternura.

Conservador por naturaleza, doy por cerrada la jornada.

Se produce un reacomodo de mi jornada laboral. Distribuyo las 8 horas entre horas punta y noche. Los clientes regulares se mantienen: el español, los sufrientes, Borja Kusanagi, la veterana y la enfermera. Pero cuando el sol se pone yo comienzo a experimentar una expansión de mi negocio.

Parejas sin hijos van al teatro o salen a comer. La sociedad de consumo lentamente se asienta. Está llegando la cocina étnica y los placeres diseñados. Están llegando extranjeros, corporativos y turistas que oyen hablar de una forma u otra de *la copia feliz del edén*.

He extendido la frontera del servicio hacia la noche avanzada, cuando salen los primeros vampiros y regresan los cautelosos. Las transacciones laborales están suspendidas y aquí lo que prima es el deseo.

Cierro cada noche en un bar-restaurant de Manuel Montt donde me dedico a mirar a los últimos clientes. Las chicas góticas, el obeso solitario, la pareja que se viene recién conociendo. El universo *se expande* antes de apagarse una vez más.

Tarde o temprano tiene que llegar el momento en que los pasajeros diurnos se transforman en pasajeros nocturnos. Se produce entonces un pequeño cortocircuito en el reconocimiento mutuo. Tal vez de noche el taxista se hace invisible y las reacciones del pasajero, cuando se produce el reconocimiento, va desde el estupor a la desconfianza. *Te conozco de día y me das confianza*, parecen decir esos ojos, *¿pero eres el mismo de noche*?

Uno de los últimos en pasar de un estado a otro es el joven español. Aborda el taxi acompañado por una muchacha de rasgos centroamericanos y tarda el tiempo promedio en darse cuenta.

—Venga, tío, qué sorpresa.

—Buenas noches.

Van *en busca de marcha*, a uno de esos lugares sobrevalorados del barrio alto. Cómo quisiera disuadirlos, pero no es bueno alejar a nadie de sus errores. Ya se dará cuenta de que la vida está en otra parte. La muchacha, en cambio, sí sabe a lo que viene. Tiene ese qué sé yo de las escuelas de negocios.

—Este es el mejor taxista de todo Santiago —le dice a la muchacha—. Un tío cojonudo: trabaja en esto porque quiere. ¿No es cierto, macho?

—Completamente —digo—. Lo hago para *cambiar de vida*. La vida en las empresas de éxito es muy desdichada. Especialmente para quienes no tienen habilidades políticas. Bueno, todas las empresas son un poco así, ¿no? Pequeñas naciones en eterno conflicto. Uno tiene que escoger un bando, no se puede permanecer neutral. Lo que me sigue llamando la atención es que los libros de *management* no hablen del único tema relevante, que es el poder. Todo lo demás, la rentabilidad, la productividad, la innovación, es completamente secundario.

La muchacha me observa sin decir nada.

—De hecho, la productividad de las empresas sigue una trayectoria predecible y que se puede graficar con la clásica forma fálica de la curva de Gauss. Sucedió con los teléfonos, los trenes, la radio y los autos. Ahora es con celulares y computadoras personales. Sucedió con los países viejos y sucede ahora con los nuevos. Primero un crecimiento exponencial de la productividad y de la *buena onda*, financiado con deuda y capital barato. Luego un estancamiento de la productividad y de la buena onda. Entonces las empresas se transforman en nidos de avispas, en espacios cerrados

de confrontación neurótica por el poder.

—Qué visión más nihilista —interrumpe la muchacha, desafiante.

—Puede ser, pero vea usted lo que acaba de suceder en Asia —digo, con tono de profesor imparcial—. Los asiáticos eran el paradigma del trabajo, del ahorro y de la disciplina. Eran el futuro. Pero ahora el futuro reventó en una gran crisis financiera. En Japón todas las ganancias de productividad se fueron a los bancos y al mercado inmobiliario. Un closet de soltero en Tokio valía lo que una casa de tres pisos en el mejor barrio de Santiago. Y de pronto… ¡pum!

Aparto una mano del manubrio y hago un gesto teatral.

—El suelo se trizó. ¡Crash! De las entrañas de Tokio brotó el monstruo Godzilla, engullendo calles y edificios completos.

El español larga una carcajada. La chica permanece en silencio. Es un chiste para varones.

—Godzilla viene de *gorira*, gorila en japonés, y *kujira*, ballena, en el mismo idioma. Un gorila—ballena.

El español ya no aguanta la risa.

—Godzilla es el eterno retorno de la crisis financiera, el monstruo que devora los ahorros —prosigo—. Nadie muere en los ataques de Godzilla, solo colapsa la infraestructura, la autopista, el puerto y los grandes edificios corporativos. Parece una serie auspiciada por la Asociación de Aseguradores de Japón.

El español se retuerce de la risa; ella, en cambio, parece incómoda. Sospecha una relación ulterior entre pasajero y chofer.

—Es solo una suposición —digo—. El sistema puede prolongarse varias generaciones con mini crisis localizadas, primero un país emergente, o sea, un país que se privatiza. Luego otro: México, Turquía, Tailandia. Pero en algún momento caerá un pez grande, un país central, en las fauces del gorila—ballena. Yo espero de todo corazón que, para entonces, ya existan colonias en los planetas y eso que llaman *realidad virtual*.

Hemos llegado al lugar sobrevalorado y estereotipado al que mis inesperados pasajeros vienen en busca de marcha. Para ellos se reduce a una cuestión de gastar dinero, una función muy importante para la sociedad. El chico paga la carrera, me cierra un ojo, mientas las caderas de la muchacha centroamericana sacuden el pavimento en cámara lenta.

Estas son mis incursiones en la *República del Deseo*. Voyerismo,

dirán algunos. ¿Acaso esperan otra cosa de un pornógrafo pasivo? El deseo es lo único hermoso que nos va quedando, y para mí debe tener un componente de impotencia.

Mi creciente interés por el mercado nocturno ha llevado a una reducción de mis horas diarias. Se ha restringido, casi, a llevar a la veterana y la enfermera a sus insufribles trámites, misas y chequeos médicos. Uno de los pocos pasajeros que recojo *de la calle* es Borja Kusanagi.

Parece haber perdido todo interés en concurrir a su trabajo en el palacio de tribunales por otro medio de transporte. Solo toma taxi.

Hoy lo noto ansioso y le pregunto el motivo.

—Se viene una gran reforma del derecho penal —dice—. Todo el proceso para investigar y sentenciar a los responsables de homicidios, robos, violaciones, será modificado para separar el rol del juez del investigador. ¿Sabe lo que eso significa para mí?

—¿Una digna jubilación? Si se aburre podemos crear una empresa de taxis.

La sonrisa de Borja Kusanagi se dibuja, tenue, en el retrovisor. En realidad, lo único que veo son sus ojos arqueándose como los de alguien que se divierte.

El traslape definitivo entre las dos mitades de mi realidad se produce un viernes, el 16 de octubre de 1998. No he trabajado en todo el día y mis peces están impacientes. Se disputan la comida a picotazos.

Hago dos carreras intrascendentes hasta que, direccionando mi trayecto hacia los barrios de mis clientes habituales, me cruzo con ella.

Su brazo está estirado. El tiempo detenido. Comprendo que mi motivación verdadera para incursionar en la noche ha sido este momento.

—A Bellavista —dice la enfermera sin hacer contacto visual.

Lleva pantalones y una chaqueta de cuero con bastantes horas de servicio. Se ve aguerrida, expectante y atractiva.

—¿Fin de semana libre?

—¿Cómo? —pregunta apartando los ojos de la ventana.

La insólita pregunta provoca el encuentro. Me reconoce, yo sonrío.

—¿Cómo está la señora?

—Durmiendo —responde—. Eso espero.

Es la primera vez que la veo sonreír. No parece mucho más joven que yo. Como el trayecto a Bellavista será breve, busco un modo estratégico para provocar cambios en la relación pasajero—taxista. Un cambio profundo, *ontológico*.

—Nunca cobró el primer cheque —dice ella—. La señora me lo contó.

—Pensé que tenía alzheimer.

—No, está perfectamente lúcida. Solo tiene dos problemas: no se atreve a caminar y de noche escucha cosas.

¿Quién no?, me pregunto, pero ella me lo explica: la anciana escucha emisiones de radio que quedaron almacenadas en su cabeza de niña.

—El accidente le obstruyó algunas cosas y le abrió otras.

Siento un escalofrío al oír esa voz desapasionada y casi maquinal, que viene del asiento de atrás. Una voz que ha hablado otros idiomas y que *ha visto cosas.* Nunca he experimentado algo semejante en este oficio. Al punto de ofrecerle mi tarjeta.

—Si necesita transporte más tarde, solo tiene que llamar… Puede que ande cerca.

Me sale increíblemente torpe, pero ella no lo toma a mal. Hemos llegado a Bellavista y el silencio burgués de la ciudad cede a la intensidad de los noctámbulos. Yo solía venir por estos lados cuando era joven. Le sugiero lugares y direcciones; ella solo me escucha. Me indica una dirección alejada del epicentro.

—¿Va a empezar a trabajar de noche? —pregunta.

—Ya lo estoy haciendo.

—Debiera relajarse. En serio.

Me gusta que no me tutee. Eso la relación taxista—pasajero debe mantenerlo a toda costa. Me detengo delante de una casona de barrio transformada en bar. La entrada está iluminada por luces azules. Veo salir a dos mujeres y comprendo que es un local de público específico.

—Creo que le voy a hacer caso —digo—. Ya está bueno por hoy.

La muchacha paga y se despide. Tiene bellas caderas. Me cuesta reconocerlo: a partir de este momento comenzaré a contar las horas antes de volver a verla.

Ya es suficiente emoción por esta noche. El dinero está en mi bolsillo. Decido pasar por el bar de recalada, beber una cerveza y dar esta jornada por cerrada.

Me espera una sorpresa desagradable. Sentado en la barra, mirándome con sus ojos de perro apaleado, veo la silueta

encorvada y barriguda de Leiva.

—Qué pequeño es el mundo —dice muy orondo.

—¿Me estás siguiendo?

—Incluso teniendo los medios, no me daría la molestia —dice dando una calada al cigarrillo que lo está matando—. Así que estás trabajando de noche.

Pido una cerveza y me siento junto a él, apartando el cenicero apestoso en el que yacen sus colillas.

—Estoy preocupado —dice Leiva.

—¿Por mí?

—Por el país, por el mundo. ¿Es verdad que las computadoras se van a paralizar el año nuevo del 2000?

Pobre Leiva, tan ignorante en cuestiones informáticas. Le explico lo que es un conflicto de interés, también conocido como *problema de agencia*.

—Los ingenieros de sistemas también necesitan inventar, simultáneamente, el problema y la solución.

—¿O sea que es mentira? —pregunta Leiva con alivio.

—Es una exageración —digo—. De lo que tú y yo nos tenemos que preocupar, y en serio, es del evento Carrington.

—A ver…

Bebo mi cerveza con parsimonia.

—Puede ocurrir en cualquier momento. Ahora, mañana o dentro de cien años. Se llaman *tormentas geomagnéticas de origen solar*. Cada cierto tiempo el sol, que es un reactor nuclear de hidrógeno, se acelera y comienza a escupir enormes cantidades de radiación electromagnética. Estas olas de radiación llegan a la Tierra en 16 horas y chocan contra el escudo electromagnético. Es tan intenso el golpe que achatan el escudo del lado diurno del planeta, y lo alargan del lado nocturno. ¿Y sabes lo que sale de este choque?

—Ni idea —dice Leiva.

—Terawatts de energía.

—¿Y por qué debiéramos preocuparnos por algo así? —pregunta Leiva.

—La tormenta solar más grande jamás registrada ocurrió el 1 de septiembre de 1859. Se vieron auroras boreales y australes en todo el mundo, y en el hemisferio norte la noche se hizo literalmente de día. Pero lo más grave fue que comenzaron a salir chispas de todos los cables telegráficos del mundo. Algunos se fundieron. Hubo casos de telegrafistas electrocutados, de otros que siguieron transmitiendo telegramas aún con los cables fundidos. Fue el caos.

Una tormenta mucho menor en 1989 botó la red eléctrica de Canadá durante días.

—Sigo sin entender.

—Leiva, nuestro fin de mundo será ese. Hoy dependemos mucho más de los cables y el electromagnetismo que en 1859. Hoy tenemos satélites, Leiva, fibra óptica, celulares y sistemas que controlan los semáforos y los aeropuertos, los cajeros automáticos y los sistemas de defensa. ¿Te das cuenta lo que sucederá si todo, literalmente todo, *se cae*? Aviones que no pueden aterrizar, misiles que se disparan, el colapso de las bolsas y del dinero ¿Te has puesto a pensar cuánto tiempo sobreviviría tu Estado liberal sin luz eléctrica?

Leiva sonríe, apaga el cigarrillo y enciende otro. Visiblemente se está preparando para el Evento Carrington grado 1.

—Yo te tengo un apocalipsis mucho más próximo en el tiempo. Por eso ando preocupado.

Es mi turno de hacerme el escéptico.

—Vamos, Leiva, sorpréndeme con tu erudición.

—No te rías de mí. Supongo que has oído hablar de la red de Interpol.

Sus dientes amarillos no anuncian nada bueno, pero yo me hago el indiferente.

—Un colega que sigue en el servicio me lo contó. Este miércoles Scotland Yard recibió a través de Interpol una orden cursada por dos jueces españoles. Invocando la Convención Europea contra el Terrorismo, solicitaron que se detenga a un ciudadano chileno que se encuentra en Londres.

—Muy interesante, Leiva —digo mirando cuánta cerveza queda en la botella.

—Los jueces desean interrogar a este ciudadano chileno respecto de una serie de crímenes cometidos contra ciudadanos españoles, en nuestro país y en Argentina, entre los años 70 y 80.

El corazón me empieza a latir.

—Este ciudadano, por cierto, tiene el cargo de senador vitalicio y viaja con un pasaporte diplomático, lo que complica bastante las cosas. Para mayor abundamiento este ciudadano se encuentra ahora, en este instante, hospitalizado en una clínica de Londres que se llama, curiosamente, *Te Clinic*, para ser operado de apendicitis.

Pido la cuenta, pago, me pongo de pie.

—¿Califica esto para tormenta solar? —pregunta Leiva—. ¿Se vendrá abajo la república, el Big Ben, la torre Eiffel?

Le doy a Leiva un par de golpes suaves en el hombro, a modo

de despedida. Intranquilo, busco las llaves en el bolsillo de mi chaqueta. Lo último que escucho antes de salir a la calle es la voz de Leiva, grotesca como siempre:

—¿Se abrirán *las Grandes Alamedas*?

Es muy extraño saber un hecho antes de que sea noticia. Despierto temprano y enciendo la televisión. Recorro en vano los canales con el control remoto, saltando de partidos de la liga española a programas sobre turismo aventura, ciencia y computación. El *Breaking News* llega de Londres a las 6 de la tarde y comienza una tormenta noticiosa en todos los satélites de comunicaciones que orbitan el planeta azul.

En los días siguientes de este Vesuvio brota lava hecha de imágenes en blanco y negro: el palacio presidencial de Chile en llamas, Salvador Allende, prisioneros en un estadio, camiones con militares armados y cuatro uniformados hablando por turnos a una cámara. Todo eso es pasado y contexto. El presente es a color y consiste en tomas cerradas del frontis de *Te Clinic*. Custodian el edificio dos policías con cotonas amarillas y gorras blancas con una cinta cuadriculada. Son los mismos que uno ve en las series sobre asesinos seriales, lo que me hace pensar en lo importante que es para un país tener una policía elegante.

Ya se han apostado piquetes de personas con pancartas contra el huésped del establecimiento. Gritan y cantan y agitan sus brazos. WE WANT JUSTICE. Los canales locales alternan la señal internacional con contenido propio: políticos y funcionarios, voceros de organizaciones de Derechos Humanos. Todos parecen tomados por sorpresa y se mueven en un terreno de pura especulación.

Tomo el teléfono y llamo a Borja Kusanagi.

—Lo estoy viendo —dice y luego guarda silencio.

—¿Qué significa?

—Que el Derecho se va construyendo entre el texto y la práctica. Los países vienen hace tiempo vinculando sus procedimientos en ciertas materias de alcance supranacional, como ésta. Una corte de un país pidió a la policía de otro detener a un *sujeto de interés* en una serie casos criminales, y el gobierno de ese país accedió. Es la primera vez que se aplica un procedimiento así a un ex jefe de Estado. Los abogados del sujeto de interés pedirán su liberación inmediata, aduciendo su inmunidad diplomática, que será negada por la corte de primera instancia. Luego subirán su alegato a la Corte Suprema, que deberá juzgar el fondo: no si el individuo es culpable o inocente de los crímenes que eventualmente se le imputen, sino su estatus como individuo

imputable ante la corte en cuestión. Es una situación que puede durar meses o incluso años en dirimirse.

—Creo que usted va a tener más trabajo que antes —le digo.

—Me temo que sí —responde Borja Kusanagi.

Hoy he hecho algo contrario a mis valores. Aprovechando su sueño, he capturado a la Araña Madre en un frasco. La he mirado a la luz y con una lupa. La veo por primera vez. Está asustada y no es para menos. Sus patas resbalan contra el vidrio.

Al día siguiente la encuentro dormida. Me doy cuenta de que nunca la he visto comer y le deposito un par de moscas. Con el correr de los días noto que, al raptar a la Araña Madre, he gatillado un proceso de sucesión en la colonia. Dos arañas, no tan grandes como aquella, pero de porte respetable, se colocan en ambos extremos de la viga. Los polluelos, en cambio, permanecen enroscados en las telas. Extienden nuevos ramales de la tela principal y se echan a dormir. No sé nada del proceso reproductivo de la araña. Solo sé que ponen huevos. Una araña no puede vivir mucho tiempo en cautiverio, aunque tenga oxígeno y alimento de sobra. Se desorientan, duermen poco y mal, supongo que pierden el gusto por la vida.

En el calendario chino estamos en el Año del Tigre. Un Tigre de Tierra, según leo en Internet: aventurero y realista, de convicciones firmes. Según los pronósticos meteorológicos occidentales, esta va a ser una primavera calurosa.

El lunes amanece despejado. Suena mi celular Nokia y del otro lado escucho la voz de la enfermera.

—¿Al hospital? —le pregunto.

—No —dice ella—. A la Embajada.

Tomo mis llaves y durante el camino me doy cuenta de cuál es el problema. No es un día normal: de las ventanas de muchas casas y departamentos cuelgan banderas *nacionales*. Hay autos que incluso han pegado en los vidrios traseros recortes de diarios: un rostro y un bigote que yo casi había comenzado a olvidar.

Me estaciono, bajo, toco el timbre y espero. La enfermera aparece con un rostro tenso. La veterana lleva un gran sombrero de paja para protegerse del sol, gafas negras que recuerdan a Jacqueline Kennedy y una banderita tricolor. De inmediato comprendo que está excitada.

—Buenos días, joven, quiero que me lleve al barrio El Golf —dice con su tono matriarcal, agrario-patronal—. Y rapidito porque estoy, como buena chilena, indignada con estos gringos maleducados. ¿Me entiende?

Cruzamos miradas con la enfermera. Metemos a la veterana en el asiento, en medio de nuevas diatribas contra el imperialismo británico. Intento distender el ambiente con música clásica, pero no hay caso: nuestra pasajera quiere escuchar algo nacional, a los Huasos Quincheros.

—Ya van a ver estos tales por cuales. ¡Con Chile no se juega! —la enfermera, con rostro de estatua, mira por la ventana, su patrona no lo pasa por alto—. A esta le da lo mismo, porque ya no es ni de acá ni de allá. Te tengo fichada, cabrita. Mírame a los ojos…

La enfermera no le contesta. Yo la veo sonreír como si tramara algo.

El tránsito se va tornando difícil a medida que nos acercamos al barrio El Golf. Esta es la zona que se conoce como Sanhattan, pues su arquitectura aspira al reconocimiento como plaza financiera global. Pero el orden se ha alterado pues una extraña mezcla de dueñas de casa, jubiladas, empleados y estudiantes universitarios de clase media alta avanzan por la vereda; portan banderas y

pancartas y van enojados. Los oficinistas los miran perplejos, con hostilidad o simple indiferencia. Los carabineros intentan evitar el caos vial y proteger los intereses foráneos. Uno de ellos me informa que la calle está cerrada.

—¡Déjenos pasar! Soy viuda de un general de la república —dice la anciana.

Yo y la enfermera reímos y el policía de tránsito nos hace un gesto de comprensión. Lo mejor es buscar estacionamiento en alguna calle paralela.

—¿Está segura de que esto no le hace mal a la salud? —le pregunto en voz alta.

—¡Prefiero morir con dignidad! —responde ella, agitando su banderita.

La enfermera me paga la carrera y murmura un "gracias" que me sabe a complicidad. Estamos en una situación muy absurda. Se aleja empujando la silla de ruedas rumbo a la embajada de su Majestad Británica.

Busco una emisora de noticias. Políticos y funcionarios de gobierno invocan el derecho internacional. *"No defendemos personas sino principios"*.

Regreso a Vitacura y me encuentro, sorpresivamente, con la mano extendida de El Inválido.

—Al centro, por favor.

Ha logrado su cometido: el seguro ha reconocido su pensión de invalidez, y de la noche a la mañana ya no tiene más trámites que hacer.

—¿Y qué va a hacer al centro, entonces?

—A depositar el cheque, pues —dice orgulloso—. En la misma sucursal donde abrí mi primera cuenta corriente como funcionario público. Podría hacerlo acá, pero yo creo en los símbolos.

—¿Qué le parece lo que está sucediendo en Londres?

El Inválido hace una expresión extraña. Parece contento, pero el esbozo de sonrisa se esfuma de inmediato.

—Yo soy apolítico, pero de verdad —dice—. La polis siempre será controlada por los mediocres, por los inescrupulosos o por una combinación de ambos. Yo lo sé porque trabajé en ella, toda mi vida subiendo en la escala única hasta que la salud me lo impidió.

Antes de bajarse se despide con una frase enigmática:

—Nunca le he deseado mal a nadie. Solo a mí mismo. ¿Sabe por qué? Para dar pena. Adiós.

Suena mi celular. Es el español.

—Tío, necesito ir al aeropuerto.

Lo paso a buscar a su departamento y lo ayudo a subir las maletas. Viene acompañado por la muchacha centroamericana.

—¡Vaya follón que han dejado esos jueces!

Durante todo el trayecto hasta el terminal comparto con mis fieles pasajeros lo que me ha contado Borja Kusanagi, juez de la república.

—Pasado mañana la corte local tendrá que fallar la demanda de anulación que presentó el sujeto de interés. Si acoge la tesis de que el detenido está amparado por la Convención de Inmunidad de los Actos de Estado, el juez deberá dictar la libertad bajo fianza.

—O sea que el tipo éste zafa. ¿No?

—Sí y no. No estará detenido por la policía, sino solamente protegido. Seguramente no podrá salir del país por algunos días. El problema es que la parte querellante es la mismísima Corona Británica, representada por los abogados del Ministerio del Interior. Estos abogados deben demostrar que la detención se ajustó a derecho. Invocarán que la Convención Europea contra la Tortura se impone a la Convención de Inmunidad de Actos del Estado. Porque la tortura despoja al gobernante o exgobernante de inmunidad internacional.

La muchacha, que ha permanecido todo el tiempo callada, me interrumpe.

—Chile ha progresado, es una economía en crecimiento y de oportunidades. No como mi país que viene saliendo de una guerra civil y donde la pobreza, especialmente en el campo, es mucho peor que acá.

—Bueno, pero qué va a pasar con el macho —insiste el español.

—Si la decisión de la corte es a favor del sujeto de interés, la Corona va a apelar. El caso va a escalar a la Corte Suprema, la Cámara de los Lores, porque solo los doctores del derecho pueden zanjar un dilema tan, pero tan complejo como éste: ¿la tortura es un delito de tal gravedad que se le puede imputar siempre y en todo lugar del planeta a quien la haya aplicado, tolerado o explícitamente ordenado, en calidad de Jefe de Estado?

—Uf, no quiero ni pensarlo, tío.

Se produce la clásica pausa, silencio incómodo y necesario para que yo y mis pasajeros podamos digerir la situación. La muchacha tiene razón: este país se está superando en materia de autopistas. Ya casi hemos llegado al aeropuerto.

Subo al piso de las partidas, me estaciono y los ayudo a bajar su

equipaje. Recién en ese momento me doy cuenta de lo guapa que es la muchacha.

—Por cierto, nos vamos a casar —dice el español.

Los felicito. Con ella nos damos un abrazo a distancia, con él unos espaldarazos de tú a tú, propios de la cultura hispánica. Los veo entrar en la terminal tomados de la mano.

Vivimos en un mundo desdoblado. Ya no es el yo y su circunstancia, sino el yo y su parrilla noticiosa. De ahí lo raro que el control remoto global haya sido tomado por una noticia como esta. Un impasse diplomático y un momento de verdad, pero también de *representación*. Frente a la embajada queman una bandera y luego un muñeco de trapo. A un diputado le llega un chorro de agua

Desaparecen Milosevic y Kosovo. Desaparece la prueba de semen del presidente Clinton. Ahora es el karma de una nación con las imágenes de su palacio presidencial ardiendo, el presidente socialista, los soldados y los prisioneros en un estadio. En medio del *loop histórico* el presente está hecho de tomas cerradas del Big Ben, Picadilly Circus y el frontis de *Te Clinic*, rodeado de manifestantes con pancartas. WE WANT JUSTICE. En Santiago también exigen justicia, pero en sentido contrario, queman una bandera de España y otra del Reino Unido. Los carabineros reprimen y la bandera arde como en un rito punk. *Anarchy in the UK*.

De pronto la veo a ella, nítida e inconfundible, agitando su banderita chilena.

La cámara enfoca a la veterana porque es *pintoresca y representativa*. La diputada rubia la muestra como ejemplo. La enfermera está detrás, junto a la diputada, el rostro girado en un ángulo de 45 grados para que (nadie salvo yo) la pueda reconocer. Es como ver a un ateo en el Vaticano o a un evangélico en el carnaval de Río.

Tomo el celular y la llamo para preguntarle cómo terminó todo frente a la embajada

—Ubiqué al hijo para que la viniera a buscar —explica la enfermera—. Casi se muere. Mucho para ella.

—¿Y para usted?

No contesta, pero puedo oír su respiración.

—Difícil. Pero no quiero hablar de eso ahora.

—Buenas noches.

—Buenas noches, y gracias por llamar.

Este es el preámbulo para días líquidos que solo giran en torno al hecho central. Quienes están a favor o en contra, contentos o

indignados. Yo sigo distribuyendo la información que obtengo de Leiva y de Borja Kusanagi, en el sentido de que el hábeas corpus es un derecho fundamental para que uno se pueda defender de acusaciones graves. Gravísimas incluso, como asesinar a una o a muchas personas, directamente o mediante instrucciones dadas a terceros. El hábeas corpus protege incluso a quienes estén acusados de ordenar el asesinato de una o muchas personas en calidad de Jefe de Estado. Así de poderoso es el hábeas corpus.

Algunos pasajeros se escandalizan por esto. Otros se limitan a escucharme y cambian de tema, o se quedan callados. Ese es mi objetivo.

Claro que no hay que abusar del hábeas corpus. El 26 de octubre, un miércoles con una temperatura máxima de 25 grados y cielo parcial nublado, la corte reconoce el Hábeas Corpus al *sujeto de interés*. En Londres hay rabia, en el Golf alegría. Los opinólogos de la televisión ponen paños fríos y recuerdan que el caso va a escalar a la Corte Suprema.

—Siempre se pueden aducir motivos de salud —puntualiza otro opinólogo.

—Eso se hará solo cuando esté zanjado lo jurídico —replica el primero—. El gobierno británico privilegiará el asentamiento de la justicia internacional.

—Como chilenos no lo podemos permitir —alega un tercero.

El presentador pasa a comerciales.

En la edición dominical veo su rostro a media página. El titular habla de "Juez estrella". En un recuadro viene una biografía resumida.

Patricio Borja Kusanagi. Nacido en Santiago, abogado titulado en la Universidad Católica de Valparaíso. Nieto de inmigrantes japoneses. Carrera meteórica, independiente de los grupos de poder que operan al interior de la judicatura. Es soltero y anda en taxi.

Lo recojo frente a su casa como hemos convenido. El Toyota Camry sigue estacionado y lo curioso es que no acumula polvo, al contrario, brilla como el auto de un príncipe o de un político bajo la luz de la mañana.

Su expresión luce más tensa que de costumbre. Se aferra a su maletín como si adentro llevara un millón de dólares.

—¿Alguna idea de lo que va a suceder? —le pregunto.

—Que tengo que viajar por tercera vez a un pueblo en el norte.

—¿Su caso emblemático?

—El mismo —dice con cierto fastidio.

—Debe ser complejo.

Borja Kusanagi mira por la ventana.

—Son siete personas que estaban detenidas en una comisaría en octubre de 1973. Las sacaron de allí y nunca más se les vio.

—Qué terrible —digo—. Murió tanta gente en esos días.

—Lo curioso es que, de los siete individuos, uno no está representado por ningún abogado en el juicio.

No alcanzo a preguntarle por qué eso es tan curioso.

—Los familiares de los otros seis detenidos desaparecidos tienen abogados. Son gente que se conoce, que vivía en el pueblo cuando ocurrieron los hechos. Pero a aquel individuo nadie lo representa, no hay ningún abogado que solicite diligencias, que haya presentado un recurso de protección en su nombre.

"—Algunas de las familias viven en Suecia, otras regresaron al pueblo y cuando les pregunto a los abogados qué saben de aquella familia, responden con evasivas. Pero no es el único aspecto peculiar. Aquel individuo no era sindicalista ni militaba en ningún partido político. De hecho, no era chileno.

Kusanagi se detiene unos segundos.

—Lo único que se ha podido establecer es que era uno de los comerciantes más prósperos del pueblo. Un ciudadano argentino de origen judío. No estaba detenido por cuestiones políticas sino por

delitos comunes.

Ya estamos en el centro, y Borja Kusanagi no se molesta en acelerar la narración, lo que me obliga a disminuir la velocidad.

—Me he obsesionado con este detenido que nadie reclama, que todo el pueblo olvidó. ¿Cuántos más habrá como él?

Se queda callado un rato, como si las piezas no alcanzaran a encajar en su cabeza.

—¿Sabía usted que *el sujeto de interés* gobernó este país cinco veces? —dice de pronto cambiando radicalmente de tema.

—¿Cómo? —exclamo sorprendido—. ¿No fue una sola?

—Jurídicamente ejerció tres cargos en cinco períodos consecutivos. El primero fue el de presidente de la Junta de Gobierno, que duró nueve meses. Luego ejerció otros nueve meses como *Jefe Supremo de la Nación*, cargo que no se ocupaba desde la Independencia. Sospecho que este es el que lo puede complicar más ante la justicia porque imagínese usted todo lo que puede hacer y deshacer un Jefe Supremo de la Nación.

—¿Y qué pasó después? ¿Los otros cinco períodos que usted dice?

—Luego, claro, fue presidente de la república tres veces consecutivas, la primera durante seis años, la segunda durante ocho y la tercera un año.

—Increíble. ¿Y cómo influye eso en su caso emblemático?

—Muchísimo. El caso que investigo se produjo durante el primer período. Cuando regían simultáneamente el Estado de Emergencia, el Estado de Sitio y el Estado de Guerra Interior.

Borja Kusanagi deja la frase inconclusa. Se baja frente al edificio vetusto donde sesionan los jueces de la república. Los piquetes de manifestantes copan la entrada con sus carteles y lo veo alejarse a paso lento.

Mis servicios diurnos ahora se limitan casi por completo a la veterana, quien desde la detención en Londres ha comenzado a desplegar una actividad social sin precedentes. La enfermera me llama ahora para llevarla a misa, a nuevas protestas frente a las embajadas hostiles. Se ha transformado en una celebridad televisiva, en un mito urbano, en una fábrica de cuñas que los reporteros de televisión le extraen en el momento de los hechos.

En las misas ocurre un cambio de rutina. La enfermera ayuda a bajar a la veterana y se la entrega a uno de sus hijos, que la espera a la entrada de la iglesia.

Estos individuos merecen una descripción exhaustiva.

Son tres: el nihilista, el creyente y el demoniaco. El nihilista es el mayor; el creyente, el del medio. El demoniaco es el benjamín. Hay dos, tres y cinco años de diferencia entre cada uno.

El nihilista trabaja en publicidad y se especializa en marketing deportivo. Es el menos expresivo y el más fácil para interactuar. También el más puntual. La espera con su esposa y sus dos hijas que acuden impecables a saludar a su abuela.

El creyente es agricultor y pertenece a una secta budista. Vende y distribuye él mismo productos orgánicos que cosecha en su propio campo, en las afueras de Santiago. Todo esto lo sé por la enfermera. Con mis propios ojos lo veo entrar en una iglesia con sandalias, pantalón guatemalteco, camisa indonesia de batik y una boina que se saca en señal de deferencia.

El menor es otro cuento.

Trabaja como instructor de esquí en temporada de invierno. De momento no ejerce oficio y vive de una cuenta de ahorro que le dejó su padre. Conduce un vistoso deportivo Hyunday V8, del que sale con un cuerpo de gimnasio y acariciándose la nariz. Llega atrasado y piropea a la enfermera con metáforas de mal gusto.

Soy testigo de todo. El resto me lo cuenta la enfermera mientras esperamos la salida de la iglesia. Como ninguno de los dos fumamos, nuestra complicidad se limita a unos chocolates que llevo en la guantera.

—El chico es el favorito —dice la enfermera masticando—. Ella le sigue dando plata. Es el único que pasó por la Escuela Militar. El creyente nunca quiso y el nihilista fue rechazado.

Ella es la que pone los adjetivos. Me cuenta también que la veterana tiene dos personalidades: cuando está sola y cuando está con gente. En una situación habla como una chiquilla del sur del país, en la otra como esposa de un general.

La misa tiene lugar en una iglesia de la avenida El Bosque. Parece que la da un sacerdote muy famoso y muy querido.

La temperatura sube, el verano se acerca. Miércoles 25 de noviembre es el día D, el momento de la verdad para 15 millones de personas.

Borja Kusanagi me llamó temprano y no paró de hablar durante todo el trayecto. Al menos aceptó preguntas: el sujeto de interés podría partir mañana de regreso a la patria, como quedarse en una estadía de duración indefinida. Todo depende de cómo voten cinco

individuos seleccionados entre lo mejor de la jurisprudencia británica: Lord Slynn, Lord Lloyd, Lord Nicholls, Lord Steyn y Lord Hoffmann. Cinco *Lords*.

—¿Su pálpito?

Como no puede haber empate, Borja Kusanagi medita su respuesta.

—Pago 10 a 1, en pesos de taxímetro, a que se revoca la inmunidad.

Parece una película. Mi cerebro bulle de cálculos y estimaciones.

—Trato hecho. Diez arturos.

Nos damos la mano y, antes de bajarse, Borja Kusanagi vuelve a sonreír:

—Acabo de violar la ley.

Después de dejar a Borja Kusanagi en tribunales doy media vuelta y emprendo camino a Providencia. La veterana y la enfermera me esperan en la esquina de siempre. Van excitadas y yo debo llevarlas a una dirección en el mismo barrio, una casona rodeada de fotógrafos de prensa y camarógrafos de televisión. Los partidarios del exgobernante, exgeneral y excomandante en jefe descienden de autos y camionetas, llegan a pie, en grupos y de ánimo festivo. Todos portan carteles. La veterana viene a unirse a esta romería. Su fetiche es una fotografía firmada.

—¿Qué es lo que más le gusta de ese señor? —le pregunto.

La enfermera me mira con pavor. No me queda claro si la veterana me escuchó o no. Insisto:

—¿Admira cómo habla? ¿Lo que piensa? ¿Lo que ha hecho? —mi tono es neutro, curioso y para nada inquisitivo.

—¿Qué pregunta es esa, joven? Me extraña que no se dé cuenta, porque lo tengo por habiloso —mira a la enfermera con unos ojos que no le he visto nunca y que me dan miedo—. Yo estoy con él por una razón muy simple: los dos somos franceses.

Estoy estupefacto. Quisiera hacerle más preguntas, pero ya terminé de estacionar. En la esquina veo a dos de los tres hermanos caminando hacia el taxi: el nihilista y el demoniaco.

La enfermera los saluda, intercambia unas palabras con el nihilista y regresa al taxi. El hijo demoniaco le dice de pasada algo que no alcanzo a escuchar. Ella se sienta adelante, cierra de golpe y me mira.

—Disculpe. No aguanto más.

Por el espejo veo a los dos varones empujando la silla de ruedas. La enfermera me toca el hombro con angustia.

—Por favor, lléveme a ver esto a alguna parte, donde sea.

Me doy vuelta. Esta mujer podría hacer parar un camión con su mirada.

—Sugiero mi casa.

No más pasajeros por hoy. Emprendo un regreso acelerado a Vitacura con puras luces amarillas. Ha comenzado una tormenta solar en este punto específico del mapa. Estaciono el taxi y la invito a pasar. Ella observa con sorpresa cómo vivo. Recojo platos, vasos, tomo el control remoto: todo en un mismo gesto.

—Está en su casa.

La última resistencia de la antigua relación pasajero— chofer es el tuteo.

Los reporteros nacionales despachan desde el frontis de un edificio gótico. El día está nublado como tiene que estar Londres. Saco algún producto tóxico del congelador y lo meto en el microondas. Es temprano pero no dudo en destapar una cerveza. Ella acepta.

Cojo el control remoto y compruebo que todos los canales están transmitiendo en vivo. Ella me lo quita y pone la BBC. Se deja caer en el sofá con los puños apretados. El nombre verdadero de la corte, dice el locutor, es *Honorable Asamblea de Derecho de los Lords Espirituales y Temporales*.

Corte a una majestuosa sala con paredes de madera enchapada, sillones forrados en cuero rojo y una especie de altar o tabernáculo kitsch recubierto de oro. Ingresan personajes con togas y pelucas. Entran los *lords*, que no usan peluca ni toga sino atuendos de funcionario público. Los *lords espirituales* son obispos de la iglesia, los *temporales* son nombrados por la Reina siguiendo el consejo del Primer Ministro. Todo eso me lo explica ella, mi traductora simultánea porque mi inglés es insuficiente para comprender todas estas sutilezas.

Solo veo un rito bizarro, con una solemnidad de pacotilla. Un sujeto con peluca lee documentos que citan a otros documentos. Eso sí lo entiendo. Los lords escuchan sentados.

—Es ahora —dice ella.

Se pone de pie el presidente Lord Slynn. Comienza a leer un papel y culmina con la palabra: *inmunidad*. Se sienta, su lugar lo toma Lord Lloyd, que repite lo mismo con otras palabras y el

mismo final. Parece una definición a penales, pero sin arquero.

La enfermera mira la pantalla sin decir nada.

Es el turno de Lord Nicholls, quien se despacha una argumentación de grueso calibre, según la extraordinaria traducción de la enfermera: si se reconoce la inmunidad de los exjefes de Estado *a todo evento*, una corte británica habría tenido que reconocérsela a Adolfo Hitler. Por lo tanto, no a la inmunidad.

Dos a uno en los penales.

El siguiente lanzamiento corresponde a Lord Steyn, que sigue la línea de su colega Nicholls. Dos a dos y comienza la prueba de nervios.

La enfermera se acerca a la pantalla.

Le toca desempatar a lord Hoffman, un individuo completamente anodino y poco británico. Lord Hoffmann es moreno. Lord Hoffmann es judío. Lord Hoffmann usa una corbata de mal gusto. Lord Hoffmann toma carrera, se acerca al micrófono y, saltándose todo preámbulo argumentativo, se limita a decir que está de acuerdo con sus dos colegas anteriores: *not inmune*.

La enfermera hace algo que nunca le he visto hacer: explota. Se para y grita una palabra con muchas y muy variadas vocales, supongo que en sueco. La observo a ella y a la pantalla, electrizado. A un costado se ve a gente saltar de alegría, del otro, gente que llora. El universo se bifurcó y yo he perdido cien mil pesos con Borja Kusanagi. Por culpa de los *fucking lords*.

Lo que sucede después es muy vertiginoso. Me veo abrazado a la enfermera. Me veo besándola, o ella besándome a mí, es confuso. La descarga es tan rápida que no le puedo oponer resistencia y caemos sobre el sofá. Llevo dos años y medio sin tener relaciones sexuales y ahora estoy ejerciendo presión sobre una pasajera. Peor: sobre una *cliente habitual*. El uniforme se desabotona a sí mismo y creo que es por telepatía. Lo mismo que el cierre de mis pantalones.

La televisión sigue encendida y su chisporroteo disonante de voces, cortinas y avisos publicitarios es la melodía de nuestro encuentro.

Mi mano baja por el muslo derecho y queda detenida en la rodilla. Ella no me deja avanzar. No está imponiendo un límite sino una velocidad. Se aleja de mí, se saca los zapatos y comienza a bajarse los pantalones. No me despega los ojos de encima con algo que no es lujuria sino verdad. En el último tramo el pantalón se queda atascado y ella lo jala con fuerza. Quedan a la vista sus pantorrillas y yo me doy cuenta de algo anómalo: no son iguales.

Una pantorrilla tiene un ligero vello, la otra es completamente lampiña y de un color diferente.

—No soy yo, pero sí soy yo —dice tomándose la pantorrilla derecha.

Algo muy extraño ocurre con mi erección. Sigue tal cual. Incluso cuando extrae una especie de recubrimiento color piel y lo deja encima de la mesa de centro: debajo de esta piel hay un complejo aparato tecnológico de color plateado, en forma de hueso y que brilla con los destellos de la televisión.

Ella está desnuda y me espera. Vuelve a decir algo en sueco.

Después del placer viene siempre la realidad. Mi psiquiatra me explicó todo eso del principio de realidad. Sigo en el sofá mientras ella se re-viste. Estoy exhausto y veo cómo el tobillo mecánico vuelve a ser un tobillo recubierto por un pantalón. Tenía más heridas muslo arriba, en la cadera e incluso en la espalda: su cuerpo entero es una herida y fue reconstruido.

Me puedo equivocar porque está oscuro, pero me parece que sonríe.

—Es tarde —dice.

Enciendo el calentador de agua. El té es mi único espacio de sofisticación; siempre tengo del bueno.

—¿Te voy a dejar?

Uno tiende a buscar temas livianos pero que, a la vez, sean interesantes. Cosas de coyuntura, pero que hagan reír. Ella sopla la taza y de pronto dice:

—Mi padre murió en 1973.

Deja la frase clavada entre los dos. Qué casualidad, el mío también. Cuando lo digo es como si la frase saliera de un ventrílocuo: achatada y ridícula.

Dejo las tazas en el lavaplatos y salimos. Ya es casi de noche y hay un ambiente raro. Pasan autos con banderas, se escuchan bocinazos aislados. Según la radio hay detenidos. La única noticia es el cráter humeante que dejó el fallo de los *lords*. Nada volverá a ser igual.

Bajamos por las carreteras del valle de Santiago, de este a oeste. Un helicóptero vería muchos otros autos como el nuestro. Más arriba, un piloto de avión en descenso solo distinguiría franjas de luz que fluyen y se mezclan. El satélite geoestacionario percibe un destello de contornos rectangulares: la ciudad de Santiago y todos nosotros, adentro.

—¿Me lo vas a contar alguna vez?

—Sí, pero no ahora —responde—. Es una historia larga.

Me detengo frente a la casa de la veterana. Notamos algo anormal: demasiados autos frente a la entrada. Ella reconoce al 4x4 del hijo demoniaco.

—¿Me quedo?

Ella hace un gesto negativo. Me da un beso y se baja. Tengo una corazonada de que algo no anda bien. Oigo gritos, me bajo y camino hacia la casa. Veo salir gente. El hijo demoniaco avanza

hacia mí. Recibo un puñetazo y caigo de rodillas. Siento algo frío en la frente: el cañón de una pistola.

Antes de que se lo lleven, el hijo demoniaco alcanza a darme una patada en la boca. Acabo de perder un dineral en coronas y tapaduras.

Lo que sigue es confuso. Llegan los carabineros, me llevan a una comisaría y me interrogan. En la comisaría hay otros detenidos, los habituales, es decir, los borrachos y chicos que sorprenden fumando marihuana. Pero esa noche hay además otro tipo de detenidos: muchachos de buena familia, de universidad privada, que vienen de protagonizar algún incidente violento por defender a Pinochet.

Memento

Al final del túnel se vislumbra un círculo amarillo pálido que se agranda: la pesadilla acabará pronto. En aquellos últimos metros el tiempo se hace eterno.

Nadie se ha dado vuelta para ver si la mujer aún los sigue; ya no sienten su olor. Los uniformados jadean al borde de la asfixia y comienzan a aminorar el paso.

Los primeros van saliendo, dejan caer sus armas y se arrojan al suelo pedregoso para recuperar el aliento. Desde el oriente el sol se asoma. Del otro lado, el mar se divisa entre los cerros. Miran boquiabiertos la boca de la mina, el agujero del que han salido.

Durante varios minutos nadie se mueve. Nadie pregunta por el capitán. Nadie se atreve a mencionar a la mujer.

De pronto uno mira a los demás y pregunta por el civil.

Los antecedentes de Soffia están repartidos en al menos ocho ministerios y agencias de dos Estados distintos. En el *försvarsminister* de Suecia figura como Soffia Pardo, nacida en Calama, Chile, en 1971.

Su madre llegó a Suecia amparada por las leyes de asilo; de noche estudiaba sueco y de día trabajaba como mucama de hotel en la ciudad de Gotemburgo. Dos años más tarde contrajo matrimonio y Soffia tuvo un padrastro, Andreas Ström, a quien sus cercanos describen como sujeto bonachón, “luterano mediocre y fanático confeso de la serie televisiva Star Trek”.

La relación entre Susana Cantuarias y la comunidad chilena de Gotemburgo es sujeto de controversias. Hay versiones como la del propio Ström que la sindican como miembro de organizaciones de apoyo a los refugiados que llegaron en los años 70. Al parecer esta relación se interrumpe o se congela en la década siguiente, y se reactiva en 1998 producto de la detención de Augusto Pinochet en Londres.

Soffia egresó de la secundaria en 1988. Una nueva generación de compatriotas había llegado al reino de Suecia y, a diferencia de su madre, no huían de una dictadura militar sino del desempleo. Justa o injustamente, el proxenetismo, el tráfico de drogas y el raterismo se transformaron en sinónimos de este nuevo grupo instalado en el corazón de la socialdemocracia escandinava.

Ström recuerda que Soffia se vio forcejeando en defensa de su mochila en plena calle Linnégatan, en Gotemburgo, ante “un sujeto de aspecto inequívoco al que le gritó *hijo de puta”*. Al prestar declaración ante la policía, oyó por primera vez la palabra *chilenska* en tono despectivo y en boca de un policía que introducía al asaltante en el calabozo. La segunda fue en un concierto de David Bowie, en el cual fue injustamente detenida producto de una batahola frente a la boletería. *Chilenska. Svart Skalle*.

Los testimonios recabados en su entorno juvenil permiten describir una adolescencia normal, con algunas conductas de riesgo sin mayores consecuencias. Según los amigos de aquella época que aceptaron dar su testimonio, Soffia escuchó bandas locales de death metal; consumió alcohol y algo de hachís; adoptó estilos de vestimenta y peinado propios de la subcultura new wave entonces en boga.

A la hora de elegir una carrera, sorprendió a sus padres optando

por enfermería. Sus resultados en el examen de selección le hubieran permitido seguir estudios de ingeniería, economía o leyes, pero ella prefirió una carrera corta. Sus amistades y profesores de aquella época recuerdan a una muchacha introvertida, muy dedicada a sus estudios y al deporte (en particular el *hand-ball* o balonmano). El profesor de traumatismo Anders Kollnäs recuerda haberla ayudado a obtener una pasantía en el Centro Médico Militar de Gotemburgo.

A comienzos de los noventa la economía sueca pasaba por un mal momento. Los puestos para enfermeras en el sistema público estaban tomados y no se abrían nuevas vacantes. Después de una temporada cuidando ancianos, Soffia llenó el formulario para ingresar al *Riksfördbunet Sveriges Lottakårer*, el servicio militar voluntario para mujeres conocido popularmente como *Lottorna*.

Susana Cantuarias ha reconocido en entrevistas que la decisión de Soffia de ingresar al servicio militar femenino fue problemática para ella. Había tenido que huir de su país por razones políticas, cuando los militares se tomaron el poder. La visión de un uniforme militar, de un casco o de un camuflaje militar, evocaba para ella experiencias traumáticas.

Susana Cantuarias describe una palabra del español chileno, *milico*, de connotación ambigua dependiendo de quién la utiliza. Para algunos se emparenta con fuerza, disciplina y símbolos nacionales; para otros con abuso, prepotencia y persecución de militantes de izquierda. Por todo aquello, que la hija vistiera un uniforme militar fue una experiencia dura para la madre.

Frente a esta reacción adversa, Soffia contó con el apoyo de su padrastro Andreas Ström, para quien Lottorna evoca a la heroína Lotta Svärd, símbolo de la resistencia escandinava contra Rusia y la Unión Soviética. Ström se define como votante socialdemócrata.

Para Soffia los uniformes y la vida militar no tenían ni las connotaciones "izquierdistas" de su madre (militares = maldad) ni las connotaciones "nacionales" de su padrastro (militares = bien).

Hizo sus primeros tres meses de entrenamiento en la unidad local de la Guardia Nacional. En el verano del año 1992 siguió programas de entrenamiento para emergencias ambientales, industriales y civiles. Participó en rescates de oseznos polares perdidos en la tundra y en algunos accidentes de magnitud, como el del vuelo 828 de SAS proveniente de Helsinki, que se precipitó a tierra con 25 pasajeros.

En este accidente ampliamente difundido por los medios de comunicación, Soffia rescató a una menor de una muerte segura por hipotermia en los alrededores del lago Torneträsk. Su rostro apareció en todos los titulares y noticiarios de Suecia, Noruega y Dinamarca.

Durante su paso por Lottorna y, luego, por el cuerpo regular del ejército sueco, Soffia desarrolló una amistad íntima con Sonne Englund, nacida en Estocolmo y, al igual que Soffia, hija de una refugiada política extranjera. La madre de Soffia debió huir de una dictadura derechista sudamericana; la de Sonne, en cambio, huyó de una dictadura comunista de Europa del Este.

El dossier contiene 25 fotografías de Soffia y Sone en distintas actividades de Lottorna. En ellas se puede apreciar que sus uniformes de campaña se componían de pantalón, bototos de cuero con suela reforzada, abrigo *lotta* sin mangas y gorra azul (*lottakeps)*. El equipo se completaba de una mochila con su respectivo *lotta kit*: botella de agua (*vattenflaska*), protección labial (*lottalypsyl*), cuchillo multiuso (*lottakniv*) y reloj de servicio (*lottaklocka*) en color fucsia sin números, el disco central ocupado por el rostro de una chica animé.

De los testimonios recabados en el entorno de Sonne y Soffia, en aquel verano de 1992, se puede reconstruir una amistad íntima e incluso romántica. Las Fuerzas Armadas Suecas no interfieren en ese plano de las personas y si lo consignamos aquí es para comprender a cabalidad las decisiones que Soffia adoptó después.

Según estas mismas fuentes (compañeros de barraca y superiores en la jerarquía militar), Soffia no solía hablar de su país de origen. Sonne sí, reivindicando lo que denominaba *la pasión húngara de su madre*. Según una de estas fuentes, que pide reserva para su nombre, *"la parte húngara de Sonne explicaba su relación con la danza, la religión y la escatología; la sueca con una capacidad asustadora para planificar"*.

Sonne y Soffia llegaron a representar el ideal multicultural de Lottorna, afirman varias de las fuentes consultadas. Una era rubia, la otra morena. Ambas eran delgadas, de cuerpos estilizados por el deporte y fortificados por la *inclusión*. Aparecen en *brochures* y material de reclutamiento de aquella época.

¿Qué las separó? El sistema, sus madres (que no simpatizaban entre sí) y la coyuntura. Habían postulado juntas a la fuerza sueca de Naciones Unidas y fueron seleccionadas. Sin embargo, Sonne fue destinada a la misión de paz en Chipre y Soffia a un escenario de riesgo bastante mayor: Bosnia Herzegovina, en la ex república de Yugoslavia.

Susana Cantuarias reproduce un diálogo con su hija, en su español chileno y en el sueco de su hija:

"¿Vos estái mal de la cabeza, huevona?".

"Detär som vilket annat jobb, mamma".

¿Me estái agarrando para el hueveo, pendeja? ¡No es un trabajo cualquiera, es una guerra! ¿Qué chucha se te perdió ahí?".

"¿Har du inte sett de höga arbetslösnets siffrorna?".

Andreas Ström no recuerda este diálogo, pero sí sus consecuencias. Soffia partió a mediados de 1993 a la ciudad de Sarajevo. Reconoce haber llorado en privado con la noticia y, como

buen sueco, haber comenzado a idear esquemas para apoyar financiera y logísticamente a Soffia con sus deberes militares.

Las fuentes consultadas confirman que la separación entre Soffia y Sonne fue muy traumática para ambas. Aquellos que permanecieron con Sonne en Chipre la recuerdan deprimida y expuesta a estallidos de cólera y ansiedad. Se mencionan episodios de conducta sexual riesgosa en discotecas de Chipre y en las islas griegas aledañas. Soffia la fue a ver, según consta en archivos, y pasaron un fin de semana antes de su separación final que todos los presentes describen como *lleno de amor*.

Según consta en archivos, Soffia formaba parte de una compañía de 140 efectivos, de los cuales 20 provenían de Lottorna. Junto al contingente de infantería había médicos, enfermeras, artilleros, oficiales de transporte, logística y comunicaciones.

Antes de partir recibieron un clip de prensa, mapas y un diccionario breve inglés-serbio-bosnio-croata. El Hércules C110 de la Real Fuerza Aérea Sueca hizo escala en Alemania y, después de sobrevolar la frontera austriaca, descendió sobre "una sucesión de valles, ríos y pequeños pueblos de muros blancos y techos rojos".

Sarajevo, la capital de Bosnia Herzegovina, es una ciudad de colinas, dividida por el río Miljacka. Su aspecto en el invierno de 1992 era desolador.

Los miembros de la fuerza de paz sueca consultados para este informe recuerdan haber visto, a un costado de la pista de aterrizaje, a un viejo avión bimotor enterrado por la punta, con las hélices retorcidas y el fuselaje abollado por la metralla.

Para el teniente Bjorn Olufsen era "como estar en la Segunda Guerra Mundial".

La sargento Rita Huus recuerda "una multitud de periodistas, cascos azules, médicos y observadores internacionales, pero sobre todo refugiados". Como ya no había vuelos comerciales, los counters de las aerolíneas aéreas eran puestos operativos de la ONU, CARITAS, UNICEF, de la CNN y de la BBC.

Los nuevos integrantes fueron recibidos por el teniente general Lars-Eric Wahlgren, comandante del batallón sueco y militar con experiencia en misiones de paz, quien les dio la bienvenida en un tono que algunos de los testigos recuerdan como *irónico*.

Para entonces Sarajevo llevaba más de un año sitiada. La población de origen serbio controlaba las colinas y los caminos de acceso, mientras que la población de origen bosnio y croata permanecía en el perímetro central. La situación se había estabilizado dentro de su gravedad. Casi todas las noches las milicias serbias bombardeaban la ciudad o disparaban desde los edificios públicos.

El general Wahlgren hizo un briefing detallado de las fuerzas en el terreno, sus alianzas y líneas de conflicto, que eran de una complejidad extrema y protagonizadas, al decir de Wahlgren, por *aficionados a la caza, expolicías, excarteros, exfuncionarios públicos intoxicados de nacionalismo y odio racial*.

Aparte de esto, la ciudad porfiaba por mantener su rutina. Los bancos, los comercios y la administración seguían operando.

Los tres idiomas hablados en la ciudad se diferenciaban tal como el sueco del noruego, o el danés del islandés. El general Wahlgren, según los cascos azules suecos entrevistados para este informe, bromeó con una pregunta retórica: *¿se lo imaginan? ¿Una ciudad poblada de daneses, suecos, noruegos e islandeses? ¿cuánto tardaríamos en agarrarnos a tiros*?

La Fuerza de Paz de Naciones Unidas para Bosnia (UNPROFOR por su sigla en inglés) estaba formada por soldados de 37 nacionalidades. La *lingua franca* era el inglés. Cuando Soffia y sus compañeros llegaron a Sarajevo, el comandante era el general indio Satish Nambiar.

Los cascos azules no estaban autorizados a abrir fuego a menos que fueran atacados. Cualquier desplazamiento o toma de posición debía ser autorizado. Su misión fundamental era aplicar las treguas, defender las Zonas de Seguridad y asegurar el flujo de ayuda humanitaria hacia los hospitales y almacenes. Esto implicaba consignar movimientos sospechosos, detener camiones y revisarlos en busca de armamento ilegal.

Los cascos azules debían asegurar además los servicios públicos, los suministros de energía y agua de la ciudad.

Como en todo territorio en guerra, mafias de todo tipo controlaban el mercado negro y muchos cascos azules, los soldados de las 37 nacionalidades de la UNPROFOR, participaban de él: eran activos proveedores y clientes. Las milicias serbias, las milicias bosnias y las croatas cobraban peajes y había que negociar con ellas para desplazarse a través de los distintos barrios de la ciudad.

El general Wahlgren les sugirió a los cascos azules suecos que recordaran algunos nombres: Caco, Arkan, Oric, Blaškić. Personajes a los que calificó de *pintorescos*, sin entregar mayores detalles.

Soffia, según sus compañeros, se adaptó muy bien a las circunstancias. “Desempeñaba sus funciones con entereza y profesionalismo, sin quebrarse”, recuerda la sargento Rita Huus.

La primera misión de la compañía fue mantener el cese al fuego en el barrio musulmán de Butmir, ubicado entre el aeropuerto y el enclave serbio de Sokolovici.

El teniente Bjorn Olufsen evoca imágenes de ruina: “las ventanas de los edificios estaban recubiertos con colchones y sacos de arena. Las jardineras y plazas abandonadas; la hierba crecía salvaje”.

El sargento Olaf Lund recuerda “días tranquilos, en que los comercios abrían, los ancianos jugaban ajedrez y los niños al fútbol”. Su expresión cambia radicalmente al evocar los *días terribles*, como aquel en que estalló una granada en una fila para el agua y 14 personas murieron desangradas.

Transportar la ayuda humanitaria implicaba atravesar barrios peligrosos como Novo Sarajevo, frente a los enclaves serbios de Hrasno y Grbabavica. Otra misión era proteger a los transeúntes en la famosa Sniper Alley, la avenida que atravesaba la ciudad a lo largo del río y donde se apostaban los francotiradores serbios.

Sus compañeros recuerdan a Soffia desplegando una suerte de liderazgo dentro del batallón sueco. *Como si estar en Sarajevo le hubiese dado fuerzas*. Según la sargento Huus, “sabía vincularse con la gente mejor que nosotros”. El teniente Olufsen destaca su “extraordinaria capacidad para distinguir palabras en los distintos idiomas locales”.

Existe una fotografía fechada en mayo de 1993 en la que Soffia sintoniza una radio, los audífonos encima de su *lottakneps*. Su expresión es atenta: está escuchando al locutor Zoran Pilović, de radio Sarajevo, en busca de patrones fonéticos.

Federatzia Jugoslavija armata bosna

El sargento Lund describe la sensación de escuchar a Sarah Vaughan en Radio Sarajevo, después de un boletín de noticias. Declara haberse emocionado al escuchar a una mujer negra, del tiempo de la Segregación Racial, en una ciudad devastada por una guerra étnica. “Gracias a Soffia pude hacerme una idea vaga pero mínima, de lo que decía Zoran Pilović. Algo con los incidentes, con

las zonas de riesgo, o la visita de algún funcionario de la ONU” (Lund).

El teniente Olufsen concuerda: “Era como oír a un boletín de noticias en una ciudad *normal*. El clima, la política, la crónica roja. Algo surrealista”. Según Olufsen, Soffia aprendió a cantar canciones bosnias.

Bilogdje da crenme otebi sanjam
puteni me svi tebi vode

El verano de 1993 arreciaron los roces entre cascos azules y milicianos. Los cascos azules suecos recuerdan “el calor infernal, los cigarrillos, las anfetaminas polacas, el *rakia*, el problema del agua, los periodistas”.

La televisión estatal de Bosnia Herzegovina *(Radio-Televizija Bosne i Hercegovine)* facilitó para este informe horas de material grabado durante el verano-otoño de 1993. En uno de ellos se ve brevemente a Soffia junto a un vehículo blindado de Naciones Unidas, en *Sniper Alley*. Soffia ayuda a dos hombres que cargan a un tercero, herido a bala por un francotirador.

El incidente apareció en las portadas de los principales periódicos de Suecia y giró, durante algunas horas, en el loop noticioso de las principales cadenas noticiosas del mundo. Hasta que pasó de moda y fue reemplazado por otra noticia escandalosa.

“La mujer de Sarajevo es esbelta cuando joven y gorda cuando vieja”, dice el sargento Lund. Para el teniente Olufsen, “las jóvenes son modernas, estilizadas. Casi todas parecen haber hecho deporte”.

Muchas mujeres de Sarajevo comenzaron a llegar al cuartel de UNPROFOR preguntando por Soffia. Mujeres de todas las edades, jóvenes y viejas, musulmanas y cristianas. ¿A qué venían? *A hablar con ella.* Huus y Lund coinciden en que Soffia ya entendía y hablaba la lengua local, y que las visitantes pedían que ella *les tocara la frente* (Lund[1]).

Jep Kollnas, hoy coronel, era el máximo oficial médico de los cascos azules suecos y superior directo de Soffia. Aceptó ser entrevistado para este informe y señaló por correo electrónico:

“Durante el sitio de Sarajevo mujeres de distintas edades traían a sus parientes heridos o enfermos al campamento de la UNPROFOR. Exigían que un soldado del batallón sueco con formación en enfermería tocase al ser querido *con sus manos*. Esto ocurría en un escenario de guerra donde la asepsia era escasa, los servicios de urgencia estaban colapsados e inundados y la pronta atención era fundamental para la supervivencia. Fui testigo presencial de cómo pacientes con heridas a bala de carácter complejo, incluso con compromiso de órganos vitales, sobrevivieron a la operación. No puedo científicamente establecer una relación de causalidad, pero es un hecho que la enfermera militar sueca Soffia Pardo estuvo presente en todas estas intervenciones”.

Informes similares fueron encargados a los ministerios de defensa de cinco de los 37 estados que comprometieron personal y recursos en las Fuerzas de Paz de Bosnia. Solo respondieron los ministerios de defensa de Francia e Italia.

Capitán de Sanidad Jerôme Quilliard: “La muchacha sueca tocaba con sus propias manos la herida. La víctima caía en un sueño profundo, prácticamente sin necesidad de anestésicos”.

El coronel Gianfranco Burotto recuerda los asombrosos resultados posoperatorios de cuatro heridos graves de un incidente en el que estuvo involucrada Soffia. Ocurrió en el sector sueco de Butmir y ella formaba parte de la patrulla que rescató a los sobrevivientes de una vivienda impactada por un obús, una familia bosnia musulmana.

Dos miembros de la milicia bosnia (*Zelene Beretke*) aceptaron colaborar con este informe bajo condición de reserva para sus nombres. V y S son musulmanas y sus padres les enseñaron a cazar desde pequeñas. Su rol en las *Zelene Beretke* (boinas verdes) fue de francotiradoras (*Snjper*), en una unidad compuesta solo por mujeres. "Se trataba de defender nuestros barrios", dice V mostrando las medallas que ganó como miembro del equipo yugoeslavo de arco y flecha, en las Olimpíadas de Los Angeles, en 1984.

V y S recuerdan a una "casco azul sueca" *que no parecía sueca*. Que "parecía de acá" (S). "Hablaba el idioma con un acento extraño, como si hubiera vivido en el extranjero" (V). Todo Sarajevo comenzó a hablar de ella: "La que sanaba con las manos".

Por las entrevistas sostenidas con las compañeras y compañeros de Soffia y con sus superiores en la Fuerza Sueca de Paz, al terminar el verano de 1993 nadie tenía conciencia de lo que estaba sucediendo. Hoy se hacen la autocrítica del caso:

"¿Quién de nosotros sabe lo más mínimo de cultura musulmana? ¿Usted?", (se) pregunta la exsargento Huus. "¿Sabe el rol que tienen los milagros en la tradición islámica?"

Después de su baja del ejército sueco, en 1998, la exsargento Huus siguió estudios de Antropología en la Universidad de Malmö. Hoy dirige una Organización de apoyo jurídico a refugiados e inmigrantes.

"Los milagros solo los realizan dos tipos de personas: el profeta Mohamed y sus mensajeros", explica Huus. "La potestad para realizar actos sobrenaturales se llama *karamat*. Pero hay una categoría intermedia de individuo que, sin ser el Profeta Mohamed ni ninguno de sus mensajeros, pueden ejercer el karamat y realizar un milagro".

Eso, al menos, fue lo que comenzaron a creer y compartir mujeres de distintos barrios y de distintas religiones de Sarajevo. El único punto de encuentro entre tres comunidades que se odiaban pasó a ser el mito de una muchacha sueca que no parecía sueca y que sanaba los tejidos dañados por impactos de bala *con solo tocarlos*. "Yo vi cuando las ancianas del barrio croata se persignaban al verla pasar", afirma el teniente Olufsen. "Vi cómo las musulmanas se arrodillaban con las palmas de las manos hacia arriba".

Las mujeres retribuían a Soffia con cosas sencillas, panes y bollos azucarados, con imágenes votivas y símbolos de sus respectivas religiones. Comenzaron a escasear los alimentos y Soffia recibía "crucifijos ortodoxos y amuletos musulmanes" (Huus), "algunos de aspecto valioso" (Olufsen).

El teniente general Lars-Eric Wahlgren asumió el mando central de la UNPROFOR en marzo de 1993. Aduciendo al Acta de Secretos de Estado, declinó entregar su testimonio para este informe.

Antonella Zelnik cubrió la guerra de Bosnia para el periódico comunista italiano *L'Unitá*.

"La condición sexual de Soffia no era un secreto para sus

compañeros y compañeras. Tampoco una preocupación para sus superiores", recuerda hoy a los 75 años.

Zelnik sobrevivió a un ataque de francotiradores en Sniper Alley que le costó la vida a su chofer. Ha publicado dos libros sobre sus experiencias de guerra en Bosnia y Kosovo. Su mayor golpe fue una entrevista exclusiva con el líder paramilitar serbio Željko Ražnatović (Arkan), el hombre más temido de Bosnia[2].

"Terminaba el invierno cuando supe que Naciones Unidas mandaría una unidad mecanizada francesa a Croacia, a un sector llamado Krajina", dice Zelnik mostrando un mapa de la zona: en rojo, los sectores con actividad paramilitar serbia. Cruces en los pueblos con incidentes registrados. Un número rojo marca los muertos, en verde los desaparecidos.

Un batallón canadiense debía asegurar un cese al fuego en Krajina, firmado por las partes serbia y croata y refrendado por la ONU. Justo en el momento de comenzar la operación dos muchachas de sanidad canadienses enfermaron de tifus y hubo que sacarlas de la zona en helicóptero. Solicitaron refuerzos al cuartel central; como el mando de UNPROFOR había recaído en el teniente general Lars-Eric Wahlgren, las *responsabilidades históricas* recayeron en el batallón sueco. Soffia y Lund fueron llamados a la oficina del High Command.

"Yo pude haber protestado, pero no lo hice", dice Lund. "Pude al menos haber hecho preguntas".

Veinticinco años después, Lund es un empresario tecnológico y reside en Uppsala. Desarrolla aplicaciones para teléfonos móviles. Abre su notebook y muestra un video subido a Youtube.

"Estas imágenes fueron tomadas en septiembre de 1993, fíjese en el logo de Associated Press".

En las imágenes capturadas por AP se ven personas saliendo de un pueblo, al parecer expulsados: ancianos, adultos mayores, mujeres con niños, hombres con aspecto de campesinos. Soldados de azul revisan bultos, chaquetas y documentos de identidad. A la mayoría la dejan pasar; a los hombres los retienen. No hay relato y los cortes son mínimos. Después de ser detenidos, los hombres bajan esposados por un camino de piedra. No queda claro adónde los llevan. Lund explica que son campesinos serbios.

"El ejército croata de esa época era un símil de ejército", dice Lund. "Fíjese en cómo empuñan las armas, cómo fuman y tratan a los prisioneros. Tienen un tanque M-84, la versión yugoslava del T-72 soviético, que no saben muy bien cómo usar".

Del tubo de escape del tanque salen gruesas bocanadas de

humo.

“La misión de los cascos azules era asegurar las zonas *buffer* entre las comunidades en conflicto”, dice Lund. “Y en la ex Yugoslavia eso era muy complicado”.

Antes de su violenta fragmentación, Yugoeslavia estaba compuesta por seis repúblicas federadas: Croacia, Serbia, Bosnia Herzegovina, Macedonia, Eslovenia y Montenegro. En cada una existía una etnia mayoritaria, pero también comunidades de las otras cinco y, más encima. minorías extranjeras como albaneses, turcos y gitanos. Croacia era mayoritariamente católica; Serbia, mayoritariamente cristiana ortodoxa. En Bosnia primaban los musulmanes y un porcentaje relevante de éstos se define hoy como sunita.

“La frontera entre la Europa Cristiana y la Europa Musulmana se corrió varias veces en los últimos quinientos años”, aclara Huus. Los desplazamientos de la frontera religiosa modificaban el poder: quien administraba el gobierno local, el comercio, la policía, quien recaudaba los impuestos.

“Hubo levantamientos serbios, rebeliones croatas, represiones turcas y austrohúngaras”, dice Huus mostrando puntos en el mapa. “Ejecuciones, héroes y caudillos populares, santos y verdugos. Todo eso *antes* de que comenzara siquiera la Segunda Guerra Mundial, que aquí fue, por decirlo suavemente, espantosa”.

Esas eran las fuerzas que llevaron a Soffia y a Lund, a bordo de un blindado M113 del comando francés, hacia un punto de Croacia llamado Krajina, del que nunca habían oído siquiera hablar y que cambiaría para siempre sus vidas.

El llamado Incidente de Medak, en Krajina, figura en los archivos de los gobiernos de Canadá, Francia y Suecia. Detalles de la operación y sus consecuencias están en los archivos de la Corte Penal Internacional de la Haya.

Antonella Zelnik era uno de los 10 periodistas acreditados por UNPROFOR para acompañar a la columna francocanadiense hacia Krajina. Iba con su propio camarógrafo y las imágenes que capturaron en 1993 se adjuntan a este informe.

La misión comenzó a mediodía del 15 de septiembre, cuando la columna blindada inició su avance por un camino rural de Croacia. Comandaba la columna el teniente coronel James Calvin y su misión era establecer una barrera de contención entre serbios y croatas.

“No alcanzaron a avanzar 40 metros y comenzó la balacera”, recuerda Antonella Zelnik, para quien los canadienses “tenían fama de duros”.

El armamento de la columna incluía morteros, armas automáticas, fusiles de asalto y, lo más importante según la periodista italiana, lanzacohetes Carl Gustav, “la mejor arma antitanque del mundo”.

Los croatas tenían un solo tanque, el viejo M-84 que echaba humo por detrás.

“Existen dos versiones completamente distintas del incidente”, aclara Huus. “Según el ministerio de defensa canadiense, la columna fue atacada con fuego nutrido de artillería y se entabló un duelo táctico que duró *toda la noche*”.

A la mañana siguiente, siguiendo la versión canadiense, el comandante croata Rahmin Ademi aceptó un cese al fuego acordado por sus superiores, las milicias serbias y la ONU.

La columna blindada de Naciones Unidas avanzó hacia la zona desmilitarizada y nuevamente fue atacada (en la versión canadiense) con armas automáticas.

“Calvin usó otro tipo de arma para quebrar a los croatas”, cuenta Antonella Zelnik. “Organizó una conferencia de prensa”.

Todas las cámaras apuntaban el cruce del camino. Había un cese al fuego firmado. Calvin hizo responsable al comandante croata Rahmin Ademi de la seguridad de los pobladores serbios de Medak. Los comandantes se volvieron a reunir, los disparos cesaron.

A las seis de la tarde del 17 de septiembre, los últimos efectivos croatas se retiraron al norte de Medak y la columna de cascos azules ingresó al pueblo.

Antonella Zelnik no recuerda haber visto a Soffia durante las horas previas al ingreso de los cascos azules al poblado. “Yo no sabía que el 18 de septiembre era el día nacional de Chile, ni sabía que Soffia era chilena. No sabía ni su nombre ni su nacionalidad. Para mí era, simplemente, una muchacha exótica con un casco azul, en medio de una guerra civil”.

Las fotografías que obtuvo el camarógrafo muestran un bosque, las ruinas humeantes de varias casas, un muro o un granero. Detalles chocantes como un cordero mutilado atado a un árbol, plumas de gallina, objetos cotidianos, muebles y herramientas destruidos.

El informe del Tribunal Penal Internacional habla de doce cuerpos encontrados en el interior de un pozo y otros siete en una barraca. “Varios estaban envueltos en bolsas plásticas y parcialmente carbonizados”, recuerda Zelnik. Otros 64 cuerpos fueron entregados por las propias fuerzas croatas como “combatientes”, calidad que el tribunal pone en duda.

“Era demencial”, dice Lund cerrando la pantalla del notebook. “No hay palabras. Sinceramente no las hay”.

Según él, después de pasar un seto y entrar en otra casa, con Soffia llegaron a la conclusión de que no encontrarían “a un solo serbio con vida”.

Quizá eso bajó sus defensas, los hizo perder la noción del peligro y olvidar que estaban en un escenario de guerra donde podía haber francotiradores o minas antipersonales.

“Me aparté de ella y nunca me lo voy a perdonar”, dice. “Cuando sentí la explosión solo atiné a arrojarme al suelo”.

Lund baja la vista. Con un gesto pide dejar su testimonio hasta aquí.

En 1952 un cirujano ortopédico sueco llamado Per Invar Branemark descubrió la utilidad prostática del titanio. Como casi todo gran descubrimiento, fue resultado del azar.

Branemark había diseñado un sistema especial de tubos de titanio con lentes de aumento en sus extremidades. Su objetivo era observar de cerca la reconstitución de los huesos de un grupo de conejos. Pero al cabo de un tiempo notó que los tubos se habían fijado a los huesos de los animales y era imposible sacarlos. Branemark transformó su fracaso en éxito y afirmó haber descubierto un nuevo concepto: *la integración ósea.* En otras palabras, el titanio era *biocompatible*, el tejido óseo crecía a su alrededor y se le adhería.

Gracias a este descubrimiento Soffia pudo reconstituir su vida.

El parte oficial de Calvin señala que Soffia resultó con traumatismos múltiples sin compromiso vital en el costado izquierdo de su cuerpo, producto de una mina antipersonal. Lund recuerda: "Pie y bototo fueron arrancados de cuajo; la piel y los tendones se contrajeron a lo largo del tobillo. Su cuerpo describió una pequeña parábola en el aire y fue a caer a un par de metros de distancia, quebrándose el codo derecho, dos costillas y la nariz".

Lund logró detener la hemorragia, limpiar la tierra, los trozos de plástico y de tela del colgajo, y formar un torniquete que la salvó de una amputación mayor. "Afortunadamente la explosión, que de paso le había arrancado la primera falange del dedo meñique, no alcanzó a dañar la rodilla", recuerda Lund.

El informe del ministerio de defensa sueco afirma que Soffia fue subida en un helicóptero militar que la llevó a Zagreb, desde donde se le derivó al centro médico de la OTAN en Alemania.

Andreas Ström recuerda haber recibido la noticia en su lugar de trabajo, en Gotemburgo. Su esposa acababa de partir a las celebraciones del día nacional de Chile y tuvo que devolverse. Horas después ambos abordaron un vuelo hacia Fráncfort facilitado por el ministerio de defensa sueco.

Su primera impresión fue constatar lo delgada que estaba Soffia. "Con su madre siempre habían tenido una relación difícil, pero tras el accidente todo cambió", recuerda.

Soffia fue sometida a varias intervenciones. Para tranquilidad

de todos estaba fuera de riesgo vital y sin otro compromiso que la pérdida del tobillo.

Pese a estas señales positivas, Ström recuerda el penoso regreso a Suecia y el largo proceso postraumático de Soffia. “Ella había borrado el incidente; los médicos nos sugirieron aislarla por un tiempo de las noticias”.

Ström describe a Soffia en aquellos días como una muchacha taciturna, encerrada en su habitación. Estaba viviendo lo que los neurólogos llaman “un miembro fantasma” y que el neurólogo británico Oliver Sacks describe como “recuerdo o imagen persistente del cuerpo, normalmente una extremidad, durante meses o años después de su pérdida”.

Ström y Susana tuvieron que turnarse para dosificar las visitas de amigos, conocidos, autoridades civiles y militares que vinieron a visitarla al hospital y luego a su casa, desde el primer ministro Carl Bildt a sus compañeros del batallón de paz.

“Fue chocante verla así”, afirma Sonne, quien llevaba más de un año sin ver a Soffia, desde su breve encuentro en Chipre. “Ella podía estar quince minutos sin decir nada y de pronto bromear con que iban a hacer de ella una Robocop”.

Soffia no podía saber, por ejemplo, las repercusiones de su accidente en las distintas comunidades de Sarajevo. “Nadie sabe cómo llegó la noticia, el hecho es que hubo romerías, misas y oraciones de las tres religiones”, recuerda Lund. “Aparecieron pintadas en las paredes: ¡*vratite nam da Soffia! ¡devuélvannos a Soffia!”*

Los detalles acerca de cómo Soffia lidiaba con su extremidad perdida está amparada por el secreto profesional del psicólogo Hans Wahlberg, quien la trató durante aquellos meses.

Ström recuerda que una prótesis tradicional no ofrecía alternativas demasiado alentadoras. Fijadas al muñón por medio de correas, terminaban siempre provocando escozores y sarpullidos, especialmente cuando hacía calor y la piel empezaba a transpirar. El esfuerzo para caminar era enorme y obligaban a un recambio periódico y por lo demás costoso. Por ello la decisión unánime de los médicos y de la familia fue recurrir a la alta tecnología.

Los implantes de titanio de Branemark habían sido utilizados en ortodoncia, pero a mediados de los noventa ya se aplicaban de manera experimental en la reconstitución facial y de huesos. “El concepto consistía en introducir una fijación de titanio en la base

del fémur y luego un empalme del mismo material, al que se colocaba un tornillo que hacía de base para el tobillo ortopédico", cuenta el traumatólogo Jonas Rasmussen.

El quid del asunto era evitar el recalentamiento del hueso en el momento de taladrarlo para introducir la fijación; a más de 46 grados los tejidos morían y no se adherían al titanio. "Había que proceder muy lentamente y con mecanismos de enfriamiento", recuerda Rasmussen.

Pero tan importante como los aspectos fisiológicos de su recuperación eran los problemas psicológicos y la manera como Soffia abordó a "su fantasma". Según Oliver Sacks, "ningún amputado con una extremidad inferior artificial puede caminar con ella satisfactoriamente hasta que le ha incorporado una imagen corporal, en otras palabras, el fantasma". Para Sacks da lo mismo que el fantasma sea fotográficamente exacto o grotescamente distorsionado. Se necesita uno para que el cuerpo acepte a la prótesis como *parte de sí*.

Más de seis meses duró el proceso tras la primera operación. Lo mismo se hizo con el dedo meñique. El ministerio de defensa asumió la totalidad de los gastos.

A mediados de mayo Soffia despertó con una prolongación artificial, a comienzos de junio se pudo parar y dio sus primeros pasos. Huus la recuerda "muy callada, con varios kilos de menos y hablando de lo ocurrido como si fuera en tercera persona".

El incidente de Medak no fue reportado por los medios de ninguno de los países involucrados. El parte oficial canadiense dice:

"Cuatro soldados de la compañía Charlie y uno de la compañía Alfa alcanzados por la metralla, siete soldados franceses heridos por minas antipersonales, cuatro vehículos franceses destruidos por minas antipersonales, un canadiense muerto y tres heridos por accidente con un camión serbio".

Como se puede apreciar, Soffia fue considerada como parte del destacamento francés.

Según este mismo documento, firmado por el coronel Calvin, los croatas tuvieron 27 bajas.

La versión croata es completamente distinta. Ninguna autoridad civil o militar ha corroborado oficialmente el incidente de Medak. Un artículo publicado en el semanario croata de centroizquierda *Nacional*, en 2002, sostiene que el encuentro de Medak nunca tuvo lugar, que los canadienses hicieron algunos disparos al aire, de

noche. En 2008 la misma publicación croata cita a un coronel del ejército danés, Vagn Ove Moebjerg Nielsen, quien sostiene la existencia de un único incidente menor en que los croatas hicieron fuego no respondido desde las líneas canadienses. "*Pukovnik UNPROFOR-a: HV se nije sukobio s plavim kacigama*"[3].

Se informó, años después, que el comandante croata Mirko Norac, militar de mayor rango en la zona de Medak, también resultó herido por una mina antipersonal.

Croacia no reconoce el incidente con las tropas canadiense de la UNPROFOR, pero sí reconoce la matanza de civiles serbios y ha adoptado medidas judiciales al respecto.

Norac y su segundo, Rahim Ademi, fueron formalizados en 2001 por el Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia por crímenes contra la población civil serbia. El juicio se inició en 2007 en Zagreb, Croacia, y concluyó con la condena de Norac a cinco años de prisión y el sobreseimiento definitivo de Ademi.

Soffia no se enteró de las consecuencias del incidente de Medak sino hasta mucho después, cuando su fantasma y el tobillo ortopédico comenzaron a fusionarse en una sola imagen.

“Yo la sacaba regularmente todas las tardes de verano por el Trädgårdsföreningen”, dice Ström. “Le hablaba de cualquier cosa, de fútbol, de los hoyos negros, del último libro de Dan Simmons. Ella generalmente callaba o respondía con monosílabos”.

El mundial de fútbol de 1994 en Estados Unidos fue una oportunidad de sanación. Por primera vez figuraban mestizos en la alineación sueca: Ravelli, Dahlin, Larsson, héroes de una campaña que Soffia y Ström siguieron apasionadamente partido a partido.

“Ella recordaba aún la campaña chilena de 1982, a la que había asistido a la edad de once años junto a su madre y otros compatriotas”, afirma Ström. “Los chilenos perdían revoluciones y perdían en el fútbol, ella perdía extremidades en guerras remotas”.

Pero Tomas Ravelli les dio una alegría cuando ellos más lo necesitaban. “Fue un 10 de julio de 1994”, recuerda Ström sonriendo. “En el estadio de la Universidad de Stanford”.

Después de un 2 a 2 en el alargue, Suecia y Rumania definían a penales el paso a semifinales. Estaban igualados y quedaba el último lanzamiento sueco. El atacante Henrik Larsson tomó distancia frente al arquero rumano. “Henrik Larsson era un mestizo de padre africano y madre sueca. Usaba dreadlocks”, recuerda Ström.

La responsabilidad de Larsson era enorme. Si fallaba el tiro, Rumania pasaba a semifinales. Pero Henrik Edward Larsson anotó y Soffia dio un salto, el primero con su pierna ortopédica.

“¡¡¡Måaaaaal!!! ¡Mål, *conchetumadre*!”

Según Susana, la madre, *“fue como si naciera de nuevo”*.

Con un tiro diagonal perfecto, que descolocó al arquero, el mestizo Larsson salvó a Suecia. Soffia saltó de alegría y fue la primera vez que usaba su nueva pierna para algo así.

Pero a Rumania le quedaba todavía un lanzamiento. El líbero Miodrag Belodedici se acercó al balón y tomó impulso. El arquero sueco era el histriónico guardameta del Gotemburgo Tomas Ravelli.

“Tomas Ravelli era calvo, hijo de un austriaco a su vez hijo de italiano…”, recuerda Ström.

Tomas Ravelli se frotó los guantes, dio unos saltos sobre la línea y esperó. El líbero rumano corrió y pateó el balón.

Soffia, Susana y Ström se dieron la mano. “Estábamos frente a un fusilamiento y no nos dimos cuenta”, dice Susana.

Pelota y arquero se pusieron en movimiento *al mismo tiempo* y, en un pase mágico para ocho millones de suecos, convergieron *en el espacio*.

Ravelli había atajado. “Todos gritamos y saltamos como locos”, recuerda Ström.

Soffia fue dada de alta en junio del año 1995. Los médicos y siquiatras insistieron en que, dentro de ciertas limitaciones, no tendría problemas en llevar una vida relativamente normal.

La desnuda y reluciente estructura metálica no carecía de elegancia, recuerda la exsargento Huus. “Me hizo pensar en esos robots de Kraftwerk, el grupo alemán de música electrónica”.

Poco después los ingenieros recubrieron la prótesis con un polímero semi esponjoso que, tras varias semanas de prueba y error, lograron asemejar a su tono de piel. “Aunque no daba para exhibirla en una piscina pública, al menos era una solución razonable para el verano”, recuerda Ström.

Para el otoño de ese año ya hacía paseos cortos por el barrio y acompañaba a Susana al supermercado. En octubre, alentada por los médicos, hizo su primer intento por conducir el Volvo de Ström.

A pesar de estos logros Soffia nunca aceptó dar entrevistas y se negó a participar en una campana de Naciones Unidas contra las minas antipersonales.

Durante su convalecencia ensayó distintas drogas legales. La primera fue el antidepresivo, la siguiente el tabaco y, para salir de aquél, el ansiolítico. Tras consultarlo con los médicos, Ström decidió entregarle la caja con sus pertenencias.

El comando sueco de la UNPROFOR le había hecho llegar todos sus CD, sus libros, las cartas que recibió durante su estadía y las que aún no enviaba en el momento de la tragedia. “Guardé todo”, cuenta Ström. “Devolvérselo fue una decisión arriesgada”.

Eran dos cajas. Una contenía sus objetos personales. El *lotta kniv* con el mango mellado. El *lotta clocka* detenido a las 12:45 del 18 de septiembre de 1993. Soffia cogió los objetos y los palpó, los olió. La otra caja era mucho más grande y estaba llena de amuletos, crucifijos, osos de peluche, muñecas con dedicatorias en serbio, en bosnio y en croata. *Volimo te*. Decenas de cartas, fotografías de colores desteñidos, dibujos infantiles.

“Nunca sabremos quiénes fueron estas personas”, dice Ström

con melancolía. “Al parecer ella las ayudó”.

Después de la recuperación de su kit militar Soffia hizo algo sin precedentes. Al día siguiente, a propósito de nada y en medio del almuerzo, según recuerda Ström, “preguntó en español por su padre biológico”.

Al cabo de dos meses tomó el avión a Santiago.

La capital de Chile era, en 1996, una ciudad de 4,5 millones de habitantes, con un nivel de infraestructura y un parque automotor no muy distinto al de Sarajevo antes de la guerra. Así se la describió Soffia a Ström en la primera conversación telefónica que tuvieron tras su partida.

Su primer contacto en Santiago fue Ramiro Cantuarias, su tío materno, quien la recibió en su casa en el suburbio de Maipú.

"Yo no tenía mucho contacto con mi hermana", relata. "Por eso me tomó por sorpresa su llamada de larga distancia anunciándome que *la Sofi* se venía a Chile y necesitaba dónde llegar".

Cantuarias, hoy jubilado, era entonces funcionario del Servicio de Salud Metropolitano, militante del Partido Comunista y "retornado", como se denominó a los exiliados de la dictadura militar que se acogieron a beneficios del Estado para regresar al país.

"Mi hermana me contó lo que había pasado y yo me esperaba a una persona destruida", cuenta Cantuarias. "Pero la muchacha que fuimos a buscar al aeropuerto... Cojeaba un poco, pero aparte de eso se veía bien".

Ström afirma que el objetivo inicial de Soffia se limitaba a recorrer el país, cosa que hizo inmediatamente después de instalarse en la casa de sus tíos y adquirir la información necesaria.

"El paisaje le gustó más que las ciudades", recuerda el padrastro. En sus cartas, todas en sueco, Soffia describe *las casitas en miniatura al borde del camino, que recuerdan a gente muerta en accidentes de tránsito*. Narra su sorpresa ante el café helado, los sándwiches al plato o las pirámides de servilletas de papel de las fuentes de soda. Explica su lento aprendizaje de la jerga local. Ella, según Ström, estaba sacando conclusiones acerca de los chilenos y una de las principales fue: *las cosas que dicen significan lo contrario de lo que parecen*.

"La comida no le cayó nada bien", dice Ramiro Cantuarias, el tío. "Pero Nancy, mi mujer, que sabe de yerbas medicinales, le daba infusiones y la estabilizó".

Nancy Retamales, esposa de Ramiro, confirma que Soffia no llegó preguntando por el padre, ni con un plan serio para iniciar su búsqueda. "Su madre casi ni se escribía con Ramiro. Ella como que había cortado con la familia, ya era sueca, ya ni quería saber de acá. Por eso fue tan raro que llegara esta niñita alta, seria, que

apenas hablaba".

Nancy Retamales conocía perfectamente la complejidad de las gestiones judiciales iniciadas para conocer el destino de varios cientos de personas en su país. Pero Soffia, en aquellos primeros meses de 1996, jamás abordó el tema ni hizo gestión alguna por saber más. "Nosotros sabíamos grosso modo lo que ella había vivido allá en Yugoslavia. Pero no lo de las sanaciones y el mito que dejó. Era simplemente *la hija de la Susana*".

Soffia pasó varias semanas en Iquique, un puerto en el norte de Chile famoso por sus playas y su vida nocturna. Recorrió la zona central disfrutando de los mariscos. Vio un desfile militar en un bar de Valparaíso y se lo describió a Ström, junto con el olor a carburante barato, la opacidad de los edificios y los cielos *absolutamente espectaculares de Chile*.

Su madre le había dado una media docena de direcciones de amigos y parientes que la recibieron con mucho cariño. Con un cariño exagerado incluso, según sus cartas.

"Ella no era buena para comer", dice Ramiro Cantuarias. "Y aquí se hostiga al visitante con comida: otra empanadita, otro vinito, ¿no se sirve otro platito de cazuela?",

Según Ström, a través del fútbol estableció algunos vínculos. "Sus parientes o eran hinchas del Colo Colo o de Cobreloa". A ella le costaba le efusión de emociones, pero el fútbol operaba como un sustituto, en opinión de Ström.

¿Temía el padrastro que Soffia se radicara definitivamente en Chile? ¿Que Soffia descubriera en Chile algo terrible y dañino? Ström responde con un gesto positivo.

Eva Brohlin es psiquiatra y fue la encargada de acompañar la convalecencia de Soffia en Suecia. Trabajó en Lottorna y hoy ejerce la práctica privada en Uppsala. Nunca antes había dado una entrevista.

"Ella creció con dos figuras paternas: una fantasmal y otra putativa. Por supuesto que desarrolló apego con Ström, pero el fantasma reapareció con fuerza tras la amputación".

Brohlin lo atribuye a la necesidad de aceptar el miembro artificial, la pierna de titanio que viene a sustituir la pierna perdida. "El padre aparece como algo amputado pero que también se puede recuperar".

En esta etapa de la investigación es necesario aclarar un punto: el rol de la madre.

"Yo nunca hice de mi primer marido un héroe de culto para ella", dice Susana Cantuarias. "Nunca le escondí lo poco que sabía sobre el paradero de su padre y ella dejó de preguntar. Como a los siete años nunca más preguntó, y yo seguí mi vida como ciudadana sueca".

Al consultársele por su relación con el exilio chileno, ella reacciona con una mueca.

"Yo no era militante de ningún partido, como mi primer marido. Claro, compartía ideales, pero no más que eso. Yo en Chile era una dueña de casa", por momentos Susana Cantuarias titubea. "Los chilenos son machistas, son muy machistas, y mi primer marido lo era. Era muy, muy machista, *a pesar de ser de izquierda*. Y mi hermano, y los hermanos de él. Todos me criticaron cuando comencé una relación con mi actual marido. ¿Qué querían? ¿Querían que me quedara para vestir santos? ¿Querían que fuera *la viuda del compañero*?".

Andreas Ström guarda la correspondencia de Soffia en una caja. No son muchas, porque al poco tiempo se pasaron a la correspondencia electrónica. De todos los sobres franqueados desde Santiago, extrae uno, lo abre y se cala los lentes. En algunos puntos de la lectura se le quiebra la voz.

"Ayer soñé con mi padre chileno. Es un hombre joven y delgado, de bigotes y pelo largo. Yo le hablo y no me contesta. Yo corro con él porque nos persiguen. Me dice que no tenga miedo al cruzar la calle, pese a que los autos y los buses aceleran. Él me arrastra por la avenida y se produce algo muy extraño: las figuras de los autos y de los buses se estiran y se doblan y nos dejan pasar como por un túnel. Mi padre chileno me dice que somos más rápidos que el tiempo, que *la historia es nuestra y la hacen los pueblos*".

Ström deja de leer, dobla la carta y la devuelve al sobre.

Después de su primer gran tour por el norte de Chile, Soffia regresó donde sus tíos. Hubiera podido vivir de su pensión ya que en aquel entonces el peso chileno valía muy poco y el cambio con la corona sueca le favorecía de manera rotunda. Según Ström, buscó trabajo por el típico dilema humano de "hacer algo".

Por supuesto, primero tuvo que buscar su certificado de nacimiento y solicitar una cédula de identidad, en otras palabras,

concurrir al siniestro Registro Civil chileno; luego debió traducir y convalidar su título profesional de enfermera y rendir exámenes para poder presentarse a concursos públicos.

"Yo la ayudé", cuenta Ramiro Cantuarias. "Lo hice sin pensar en la Caja de Pandora que estaba abriendo".

Soffia alcanzó a estar tres meses en la Posta Central. Un incidente de carácter sexual ocurrido en el turno de noche terminó con aquel primer empleo.

"Era diciembre y el país estaba paralizado por la Teletón, un maratónico programa de televisión en que el público donaba dinero para ayudar a los niños discapacitados", dice Ström.

En su casa de Maipú Ramiro Cantuarias, hoy jubilado, bebe un pisco sour, el famoso *cocktail* chileno, y relata que Soffia "estaba de turno esa noche, era el show de las vedettes… y un enfermero que *le tenía echado el ojo* llega *y se le tira al dulce"*. A su lado, Nancy Retamales esboza una sonrisa y enuncia otra frase intraducible: "no sabía *con la chicha que se estaba curando*[4]".

No pudimos encontrar antecedentes del enfermero, pues no hubo sumario. Nunca sabremos lo que pensó al descubrir que el tobillo de Soffia era en realidad una estructura de titanio recubierta por un polímero. Peor aún, una estructura capaz de propinar un golpe certero en su entrepierna.

"Ella nos dijo que le pegó y punto", dice Nancy Retamales. "No nos dio detalles".

Al día siguiente presentó su renuncia.

Según Ström, Soffia "no se dejó abrumar". Decidió revisar los anuncios clasificados y encontró uno en las páginas de El Mercurio, el principal periódico conservador chileno.

ENFERMERA PARTICULAR.
TIEMPO COMPLETO. SUELDO Y BENEFICIOS.

Nancy Retamales repite el fraseo. Dice haber visto el aviso con sus propios ojos. "Había un número de teléfono", recuerda. "Ella lo marcó delante mío. Ese llamado cambió su vida".

Mario Vildósola Barrault vive hoy en la misma casa donde ocurrieron los hechos. Tiene 75 años y accedió a hablar para este informe. Su domicilio queda en la comuna de Providencia y se encuentra rodeado de edificios. “Antes no era así”, recuerda. “Todo esto eran casas, casas grandes como ésta. Era un barrio tranquilo, 100% residencial”.

Fue él quien publicó el aviso en *El Mercurio*. Su madre había sufrido un accidente cerebrovascular y necesitaba cuidado profesional a tiempo completo. “Ninguna aguantaba”, reconoce. “El accidente la cambió por completo, se puso impaciente, mañosa, agresiva incluso…”

La casa tiene dos pisos y el jardín luce ajado. Un naranjo sigue dando frutos. Además de Mario habita el lugar un perro de raza indefinida, lo que en Chile se conoce como *quiltro*. Providencia es un barrio de clase media alta, pero Mario y su perro viven como pobres.

“Toda la plata se me fue en médicos”, dice. “Y en abogados”.

Soffia llegó puntualmente a la entrevista y de inmediato se ganó la confianza de su madre. “La encontraba *de modales europeos* y yo no entendía por qué, si tenía cédula de identidad *chilena”*.

Ramiro Cantuarias, el tío, recuerda que la noticia le causó cierta tristeza. “Nos habíamos acostumbrado a ella, pero claro, algún día tenía que recomenzar su vida”. Según Cantuarias, su sobrina nunca le mencionó detalle alguno de su empleador, salvo que el trabajo incluía alojamiento y quedaba en Providencia. “Obvio, consistía en cuidar a una vieja con plata. Ser su empleada”.

En los hechos, el servicio de la señora Rita Barrault se componía de una enfermera a tiempo completo, una encargada de aseo de lunes a viernes y un jardinero quincenal. La señora Rita Barrault era viuda de un general del ejército chileno cuyo retrato, en uniforme de parada, colgaba en la entrada del hogar.

“La señora estaba completamente *cucú*”, dice Verena Sánchez, la encargada del aseo semanal, llevándose el dedo índice a la sien.

El trabajo de Verena consistía en hacer el aseo, lavar y planchar ropa y cocinar. Todas las mañanas llegaba a las 10 y se retiraba a las seis de la tarde. “La Sofi fue la primera enfermera que duraba y que la señora Rita respetaba”.

Verena Sánchez afirma que la señora Rita Barrault veía televisión todo el día y que no tenía vida social. Respecto de Soffia,

guarda un recuerdo ambivalente.

Hoy Verena Sánchez tiene 55 años y padece de diabetes. Ha debido acogerse a una pensión de invalidez en el sistema chileno de jubilaciones privadas. Mensualmente recibe 125.000 pesos, unas 1.700 coronas suecas.

Rita Barrault había sufrido un accidente cerebrovascular apenas murió su marido, el general Armando Vildósola Jones.

"Trombosis en el lóbulo frontal izquierdo, con consecuencia de *síntoma apático y brotes psicóticos puntuales*", Mario Vildósola lee el diagnóstico que aún conserva, firmado por el director de psiquiatría del Hospital Militar de Chile.

Mario Vildósola muestra el álbum de fotografías de su madre, un ejemplar con tapas de cuero y un motivo autóctono chileno. Las páginas interiores son de una cartulina oscura y están separadas por papel mantequilla. Cada página tiene 3 o cuatro fotografías y en conjunto resumen la vida de la señora Rita Barrault, desde su primera comunión hasta su cumpleaños número 80.

Mario Vildósola sonríe y confirma que Soffia desarrolló una relación con su madre, al punto de depositar en ella *temas de mayor confianza*. Se refiere a los chequeos médicos, compras de medicamentos y trámites que, "como mujer maniática que era", la viuda del general Vildósola insistía en hacer *personalmente*.

Las personas entrevistadas para este informe coinciden en que el episodio clave tuvo lugar de noche, cuando la viuda despertó con su cabeza transformada en una estación de radio del año 1952.

Después de meses y años de escaso apetito, cero vida social y locuacidad reducida al máximo, la señora Rita Barrault despertaba activa, convencida de que alguien había dejado la radio encendida toda la noche y que estaban tocando canciones de su juventud.

"Su cabeza se había transformado en una radio", recuerda Verena.

Los trastornos producto de accidentes cerebrovasculares han sido estudiados por la ciencia. Según especialistas consultados para este informe, el caso de la señora Rita Barrault podría ser lo que Oliver Sacks denomina una *diplopia mental* o consciencia doble: un *estado de ensueño* y otro de conciencia normal. Su estado de ensueño se producía por las noches y consistía en "programas completos", según Mario. "Noticias, conciertos de cantantes en vivo, comerciales".

Somos fuertes somos sanos porque nos alimentamos… ¡con Avena

Gravilla!

"Mi mamá creció en el sur, era hija de inmigrantes franceses y ellos vivieron los años de la guerra escuchando radio", recuerda Mario Vildósola.

Mario Vildósola dice que Soffia lo llamó para informarle que su madre estaba teniendo *alucinaciones auditivas* y que en principio él se molestó. "Si no me cree venga a ver".

Rita Barrault, como pudo constatarlo su hijo, escuchaba todas las noches Radio Francia Libre de la BBC. *En su cabeza*. Relatos e informes pormenorizados de la campaña de África intercalados con canciones de Vera Lynn, la voz de la Victoria.

"Ella no estaba *recordando*", afirma Mario. "Estaba *viviendo* el momento de oír esas emisiones de onda corta. Como si fuesen de hoy".

El hijo estaba recién haciéndose cargo de los bienes del padre, el general Vildósola, de sus propiedades, inversiones, libretas de ahorro, sus acciones en empresas estatales privatizadas durante el régimen de Augusto Pinochet. Los estados de ensueño de su madre lo obligarían pronto a tomar una decisión con sus hermanos y con el abogado de la familia.

Como si eso fuera poco, Mario Vildósola estaba superando un doble fracaso: empresarial y de pareja. Los gastos médicos de la madre equivalían a varios salarios mínimos.

"El neurólogo dijo que la trombosis le había provocado una *amusia*. Que estaba perfectamente lúcida y que tenía un coeficiente intelectual muy alto, pero que le costaba discernir *contrastes auditivos*. Se estaba quedando sorda y por eso sus recuerdos radiales eran como una compensación que el cerebro le mandaba".

Lo que le entraba a Rita Barrault por los oídos era cada vez más opaco y uniforme. Pero como el silencio total era inaceptable, su lóbulo frontal comenzó a soltar archivos sonoros de momentos excitantes de su vida como el 24 de agosto de 1944, día de la Liberación de París.

Durante aquellos meses Soffia registró sus conversaciones con la señora Rita Barrault viuda de Vildósola. Las grabó en un formato hoy extinguido: *MiniDisc*. Algunas han podido ser rescatadas para este informe. En ellas la viuda pregunta insistentemente quién dejó encendida la radio. Recita de memoria poemas franceses de la Segunda Guerra Mundial. Luego comienza a cantar: *el amor mío se muere ayayay*. Y a hacer comentarios entusiastas sobre el general Carlos Ibáñez del Campo, presidente de Chile el año en que contrajo matrimonio.

“Después de meses deprimida, la señora se puso hiperactiva”, recuerda Verena Sánchez. “Y la Sofi como que ganó poder en la casa”.

Arturo Véjar, el jardinero quincenal de la señora Rita Barrault, confirma que las alucinaciones de la señora comenzaron después de la llegada de Soffia.

“La señorita que vino a cuidarla, ella fue la que comenzó a revolver el gallinero”, dice.

Según este exconscripto del ejército chileno, la madre y el hijo comenzaron a confiar cada vez más en la enfermera. “Algo raro comencé a sentir en esa casa”.

La fase de ensueño le había bajado la ansiedad y la agresividad a la señora Rita Barrault.

Durante su fase de alucinaciones auditivas la señora Barrault comenzó a pedir whisky y cigarrillos. “Yo estaba presente y soy testigo”, dice Verena. “Hacía pataleta cuando una no le daba el trago. Decía cada barbaridad”.

Hacia comienzos del año 1998 Chile comenzó a vivir su primera recesión en más de una década. Después de quince años de crecimiento acelerado e ininterrumpido, la economía del país se frenó. El tipo de cambio y las tasas de interés se dispararon, el desempleo volvió a aumentar.

Gobernaba el país una coalición socialdemócrata-socialcristiana (*grosse koalition*). “A poco tiempo de iniciada la transición, se dejó en claro que no sería como una movida española 2”, dice el músico Arturo Gómez, vocalista del grupo the hip-hop sueco-chileno-venezolano Latin Kings. “El gobierno censuró un concierto de Iron Maiden. La Corte Suprema validó la prohibición para exhibir *La Última Tentación de Cristo*. Todo esto en medio de una profundización del modelo económico neoliberal”.

Esto no es un tema de controversia en Chile. El propio Mario Vildósola lo reconoce, pero desde la vereda del optimismo. “Fue el período en que más crecimos, en que más bajó el desempleo y se redujo la pobreza, y además había consenso”, dice acariciando las orejas de su perro. “Yo lo pasé muy bien esos años”.

Este fue el contexto que regía en Chile cuando Soffia comenzó a trabajar para la señora Rita Barrault, viuda de Vildósola. Fue también la época previa al Mundial de Fútbol de Francia, cuando internet comenzaba a entrar en la vida diaria de las personas.

“Fue un cambio total”, dice Ström. “Yo le enviaba datos útiles

sobre la radiación en Punta Arenas, la marea roja en Puerto Montt o la contaminación en Santiago. Gracias a internet”.

Con los meses Ström empezó a enviar paquetes postales con revistas, libros y chocolates. Le preguntaba a Soffia por su pierna y le informaba que se había tomado la libertad de preguntarle a su médico acerca de los efectos de un calor seco como el de Santiago.

“Yo opinaba que su entrega a la tercera edad era una muestra más de su nobleza”, dice Ström. “Lo que más me preocupaba era su sedentarismo. ¿Seguía haciendo sus ejercicios? ¿Había hecho nuevos amigos? Ella respondía con vaguedades”.

Nunca, en todos aquellos meses finales de 1997 y comienzos de 1998, Soffia dio la menor señal o información acerca de sus empleadores y compañeros de trabajo.

Era recíproco. “Nunca me pregunté quién era ella”, reconoce Mario, el hijo. “Le hacía bien a mi madre y para mí eso bastaba”.

Sus fines de semana libres son uno de los aspectos menos conocidos de la vida de Soffia durante aquellos meses. En esas ocasiones, dos al mes, ella dejaba a la señora Rita Barrault al cuidado de alguno de sus hijos y pernoctaba donde su tío Ramiro Cantuarias, en Maipú. Nancy Retamales, su esposa, recuerda que Soffia "llegaba por la tarde, tomaba once con nosotros y luego se arreglaba para salir".

Era algo normal en una muchacha de 27 años, que necesitaba *rehacer su vida*. "Yo le pregunté muchas veces a mi marido si no le preocupaba que anduviera sola por ahí", recuerda Nancy Retamales. "Él me dijo: *negra, no jodas, acuérdate que la Sofi estuvo en una guerra*".

Soffia se tornó asidua de un bar ubicado en el barrio Bellavista, la zona bohemia de Santiago. Hoy es un restaurante de comida peruana de precios medios, pero en 1998 era uno de los lugares más concurridos por la comunidad lésbica de Santiago.

"Ya no estábamos en dictadura, o sea en la Edad Media", recuerda Carmen Bayas. "Pero tampoco en el Renacimiento. Yo había llegado de Barcelona y recién acá estaba comenzando a pegar la música electrónica, así que con una amiga decidimos lanzarnos con un local para *lelas*".

Mirta Claro fue socia de Carmen Bayas en aquel emprendimiento al que bautizaron "El Punto Fatal".

"Aparte de cerveza y papas fritas, teníamos buenos DJ".

Ambas lo recuerdan como un momento intenso de sus vidas y un hito en *la escena bohemia de los 90*.

"Era un lugar de encuentro de muchos mundos, de mujeres que estaban en la academia, en la publicidad, en el arte", dice Carmen Bayas. "Circulaba mucha información".

Carmen Bayas y Mirta Claro guardan un archivo fotográfico y un video de "El Punto Fatal". Las imágenes son en baja resolución y tienen un sonido crudo. Se ven mujeres moviéndose y bailando, solas o en parejas. En la barra dos muchachas con tatuajes y cortes mohicanos destapan botellas de cerveza y preparan combinados. En el rincón inferior derecho una fecha: 14/04/1998.

Carmen Bayas y Mirta Claro se miran antes de evocar su recuerdo de Soffia. No se ponen de acuerdo en si comenzó a venir antes o después del Mundial de Francia; coinciden en que se hizo muy popular. Para Carmen Bayas "estaba envuelta en misterio".

Para Mirta Claro era "exótica y asertiva".

Muestra una fotografía en blanco y negro "que sacó una amiga". Soffia Pardo tiene el pelo muy corto, no usa aros, viste pantalones militares con suspensores y una camiseta blanca, sin slogan ni imagen alguna. La fotógrafa logró una toma difícil en la que se aprecia el contorno de su nariz. Soffia, la cabeza cubierta con un gorro de lana negra, mira fijamente a una persona ubicada a su izquierda, de espaldas a la barra.

Esa persona es otra mujer.

Los bisabuelos paternos de Katia Kovacevic emigraron a Chile desde Croacia, a comienzos del siglo XX. En 1998 tenía 25 años y era una joven actriz de teleseries. Su rostro figuraba en portadas de revistas. Katia Kovacevic se declara "persona habitual de El Punto Fatal" durante aquellos años y *amiga* de Soffia.

"En esa época yo estaba *on top*, o sea, era una pendeja estúpida. Consumí mucha cocaína y tuve mucho sexo, con hombres y con mujeres".

Katia Kovacevic recuerda "trasnochadas épicas" después de un encuentro convenido en "El Punto Fatal". Encuentros en los que Soffia mantuvo siempre un límite: "no bebía, no fumaba, no se drogaba como yo", afirma.

En una de aquellas jornadas de alcohol y música electrónica, Soffia le contó su estadía en Croacia, la tierra de los antepasados de Katia Kovacevic.

"Empezó contándomelo con ese tono desapasionado que ella tenía. Con ese acento raro en que hablaba".

Los padres de Katia Kovacevic eran profesionales progresistas, votantes de la "centroizquierda" chilena. La guerra civil de la ex Yugoslavia no fue un tema que discutieran visceralmente con sus hijos. "Fue la primera vez que supe todo esto", dice ella. "Me describió los cuerpos, el olor, el horror, los balazos y las explosiones. Todo".

Katia Kovacevic vive en el Cajón del Maipo, uno de los parajes más impresionantes de Santiago. El río Maipo desciende desde la cordillera entre grandes montañas. Toda la luminosidad de los días chilenos adquiere aquí tonos asombrosos. Katia Kovacevic cultiva verduras orgánicas, dicta talleres de Reiki y arrienda cabañas los fines de semana. Sus años de estrella televisiva pasaron.

"Me contó que esto se parece a Yugoslavia, se parece la gente, el nivel de desarrollo económico. Pero allá había un odio nutrido

de padres a hijos. Invasiones y guerras. Aquí la última invasión fue en 1500. Allá en 1941”.

Katia Kovacevic duda que Soffia quisiera hacerla responsable a ella, como descendiente de croatas, por lo que había sucedido en Medak. “No había rencor, pero sí violencia en cómo me lo contó. Le cambió la cara al contarme cuando encontraron el primer cadáver, cuando vieron que los croatas habían matado a toda una familia”.

Katia Kovacevic recuerda que Soffia, una vez terminado el relato, “comenzó a hacer algo muy, pero muy *hardcore*. Se bajó los pantalones y me lo mostró: me mostró el tobillo”.

Katia Kovacevic se concentra y busca inspiración en sus años de actriz. Intenta imitar la voz de Soffia, un español neutro que comienza a tornarse *chileno*.

“¡Mira, *conchadetumadre*!”.

Guarda silencio unos segundos y luego se echa a reír[5].

Fue la primera vez que Soffia compartía el incidente de Medak con alguien. La primera vez que mostró su pierna ortopédica.

“Yo la quedé mirando. Era algo perturbador, pero *bello*. Me arrodillé para mirarla más de cerca”.

La respuesta de Katia Kovacevic a la delgada y firme estructura de titanio, que brillaba bajo la luz del living de su departamento, tuvo un efecto catártico en ambas. Puso un disco de música electrónica alemana que alguien, algún novio desaprensivo, había olvidado en el living. Las dos comenzaron a bailar.

“Movíamos los brazos y las piernas, cagadas de la risa, como robots”.

Katia Kovacevic avala la tesis de la psiquiatra Brolin: compartir su pierna artificial llevó a Soffia a buscar a su otra amputación.

“Cuando ya no pudimos seguir bailando, ella me dijo: *lo voy a encontrar*”, dice Katia Kovacevic. “¿Te das cuenta? Venía a buscar a su viejo”.

Ralf Hütter y Florian Schneider son los dos primeros humanos que quisieron ser robots. Tienen 71 y 72 años y ya no trabajan juntos. Se conocieron en una escuela de arte de Düsseldorff, Alemania, a fines de los años 60. No solo querían ser robots, sino además ser robots capaces de componer música y ejecutarla en vivo.

Tenían la suerte de trabajar en un país que fabricaba equipos

electrónicos de excelencia.

Primero formaron una banda de krautrock, el rock progresivo alemán. Luego formaron otra banda de sonidos electrónicos experimentales. Se transformaron en robots músicos de un *Estado Retrofuturista Socialista*.

Sus presentaciones en vivo culminan con una canción ejecutada por robots: *We Are the Robots*. Cuatro réplicas a escala 1:1 de cada músico de la banda. Tienen cabezas y torsos humanos, brazos y piernas de metal. Los brazos terminan en manos simuladas, se estiran y siguen una coreografía. Mueven sus cabezas de izquierda a derecha y alzan sus brazos formando una ola. Bailan.

Katia Kovacevic culmina su relato:

"A ella le gustaba hacer bromas con eso. Robocop, Kraftwerk, atletismo paraolímpico… Y sí, nos enamoramos, o yo más bien me enamoré de ella. Creo que ella solo me deseaba. Estuvimos muy unidas un mes, dos meses, tres. Ella cuidaba toda la semana a la señora, pero ya había internet, así que nos mandábamos correos largos llenos de descripciones y *peladas de cable*[6]. Y entonces ocurrió lo inesperado: lo de Pinochet en Londres. Y lo del taxista".

El 17 de octubre de 1998 los cimientos que sostenían la transición chilena se remecieron como bajo el efecto de uno de los tantos terremotos que asolan al país. Esa tarde de sábado, los canales de televisión interrumpieron sus programas habituales para informar que el general Augusto Pinochet había sido detenido en Londres.

Soffia despertó tarde: era su fin de semana libre y había salido de noche a divertirse. Fue una de las primeras personas en Chile en enterarse de la noticia por una llamada telefónica de larga distancia. Desde Gotemburgo llegó la voz estridente de Susana Cantuarias: "¡Está preso!".

Ramiro Cantuarias hace un gesto imitando alguien que aleja el auricular del oído. "Me costó entender: Pinochet estaba preso. Un juez español lo acusaba de genocidio".

Para Soffia debió ser algo surrealista. La noche anterior había conocido a una persona.

"Había llegado de madrugada", dice Nancy Retamales. "En un taxi. Se le veía contenta, pero al saber la noticia le cambió la cara. ¿Cómo?, le pregunté. ¿No estás contenta?".

Andreas Ström estaba del otro lado de la línea, en Gotemburgo, y comprendió los alcances individuales de la espectacular noticia.

"Su trabajo se iba a complicar. El ambiente en la casa se tornaría irrespirable".

Ström pidió hablar con Soffia. La notó perpleja, monosilábica por el teléfono. Esa tarde de primavera (noche de otoño en Gotemburgo), Soffia le envió un correo electrónico en español.

"No sé por dónde comenzar. ¿Tal vez hablando con *mor*? Ella nunca me ocultó que *far* había muerto durante un Golpe de Estado, en el país sudamericano que yo nací. Me dijo hasta la ciudad donde ocurrió, o donde ella cree que ocurrió. Recién ahora vengo a comprender que no está tan segura.

"Desde que llegué acá comencé a soñar con *far*. Aquí dicen *viejo, mi viejo*, o *mi papá*. Pero yo comencé a preguntar por él en sueco. Después te conocí a ti y dejé de preguntar por él".

"No le puedo reprochar nada a *mor*: sería injusto de mi parte. Ella es una sobreviviente y yo también".

"En mis sueños *far* es un hombre delgado, de pelo largo y bigotes. *Mor* me mostró una foto cuando niña. La tenía en un cajón del velador y supongo que sigue ahí. Supongo que te la ha mostrado también.

En el sueño yo y *far* corremos por una calle. Vamos tomados de la mano, alguien o algo nos persigue. La gente corre, caen cosas del cielo. Veo caer un auto, una mesa. Es un sueño realista. Me suelto de *far* y luego lo encuentro en el suelo. Se ha partido en cubitos. Después me doy cuenta de que son piezas de Lego que me puedo guardar en el vestido. No pesan mucho, pero son muchas. Son como tres mil quinientas piezas de Lego de distintos tamaños, rectangulares y cuadradas, y yo tengo que seguir corriendo".

"No recuerdo cómo termina el sueño.".

"Acá nadie hablaba de esas cosas y ahora van a empezar a hablar, y me da miedo".

Ström lee de una hoja impresa desde su correo electrónico. La voz no le tiembla. Imprimió todos los correos que intercambió con Soffia durante aquellos meses.

Martín Concha vive en Cascais, un balneario ubicado en el área metropolitana de Lisboa. Tiene cincuenta y cinco años y trabaja desde su casa gestionando proyectos de financiamiento ético en todo el mundo.

Su vida está marcada por dos hechos: el abandono del padre y un accidente que le costó la vida a su esposa y a su hijo de 4 años.

“Mi viejo era de derecha”, explica Concha. “El 72 nos dijo que se iba a Venezuela a buscar trabajo. Nunca volvió. Como a los 9 años, cuando mi vieja me cambió de colegio, yo empecé a contar una historia que se me ocurrió. Empecé a decir que mi viejo había muerto por una bala loca, el 11 de septiembre. Lo quise transformar en un antihéroe, o algo así. Finalmente me lo creí, olvidé la verdad”.

Martín Concha era un exitoso ejecutivo del rubro de las telecomunicaciones. Tenía dos propiedades, dos vehículos, un yate y fondos mutuos por casi medio millón de dólares. El accidente ocurrió durante unas vacaciones en el Parque Temático Xcaret, en la rivera maya, cuando la embarcación de alta velocidad en que viajaban chocó contra otra y se volcó.

“Fue una sumatoria de azar y negligencia”, afirma Martín Concha. “El chico que conducía la lancha había tenido una noche de parranda, el auxilio médico tardó horas en llegar. Tuve que demandar a la empresa, al estado de Quintana Roo, a los pinches Estados Unidos Mexicanos”.

Lucas Concha murió esa misma noche y Claudia Torres, esposa de Martín, sobrevivió algunas semanas. Martín tuvo que dedicar meses a tramitar seguros, llegar a acuerdos compensatorios con la administración del parque.

Tras el accidente intentó retomar su carrera, pero aguantó poco. Todavía hoy le cuesta explicar racionalmente su decisión de hacerse taxista.

“Yo no era una persona con habilidades manuales, no me atraía el deporte, ni hacerlo ni verlo en la televisión; no podía trabajar *objetivamente* en una oficina con personas, pero tampoco podía quedarme en la casa leyendo libros y viendo pornografía por internet. Yo tenía un miembro amputado, que era toda la realidad. Me habían amputado mi antigua realidad, la realidad en que yo tenía una familia, y en su lugar habían puesto una prótesis que era esta realidad donde yo estaba solo”.

El taxi fue para Martín Concha como una cámara de descompresión, que le permitió "comenzar a aceptar su prótesis".

Al cabo de un tiempo de trabajar como taxista, comenzó a identificar pasajeros habituales. Uno de estos fue Soffia.

"De día cuidaba a una señora muy especial, viuda de un general de ejército que no era cualquier general de ejército. De noche yo la llevaba a Bellavista".

La detención de Pinochet "exacerbó las contradicciones". Soffia y Martín comenzaron a llevar a la señora Rita Barrault a protestas frente a las embajadas del Reino Unido y España, a reuniones en fundaciones y grupos de amigos de Pinochet. Soffia estaba exhausta y de mal humor.

"Nuestra relación comenzó a irse a la cresta después de eso", dice Katia Kovacevic.

Soffia había pasado a un modo obsesivo. Igual que Susana Cantuarias. "El 22 de octubre yo hablé con mi marido y le dije: me voy a Londres", recuerda. "Él me dijo: bueno, y yo pesqué mis cosas y me fui".

Una noche Soffia divisó fugazmente a su madre en televisión, saltando y gritando en medio de carteles que exigían justicia. Inmediatamente le escribió un correo electrónico: "Necesito información", recuerda Susana Cantuarias. "Y comenzamos a escribirnos todas las noches".

Soffia conoció por primera vez a los abogados que llevaban el caso, a personas que conocieron, intimaron y trabajaron con su padre, Moisés Pardo Canales, periodista de 27 años, militante comunista.

"Para su sorpresa, supo por primera vez que su padre tenía dos hermanos y que uno de los dos había sido carabinero durante el Golpe", dice Ström.

El 20 de octubre Ström recibió un correo de Soffia que decía: "El fin de semana fui a ver al hermano de *far*. Es un hombre viejo y amargo que se limitó a escucharme. Su mujer me ofreció una taza de té. La clase media de aquí es triste, sobre todo si son viejos".

"El hermano de *far* me dijo que no sabía nada, que no compartía sus ideas, pero que le advirtió en su momento que tuviera cuidado. Yo le pedí que me contara cómo era *far* cuando niño. Incómodo al principio, aceptó mostrarme un retrato de familia. Se fue relajando, me contó anécdotas. Parecía otra persona hasta que, de pronto, reapareció el excarabinero y puso fin a la conversación. Su mujer nos observó todo el tiempo sin decir nada".

Luis Pardo Canales no accedió a dar su testimonio para este

informe. A través de la reja que separa su domicilio de la calle, en el barrio de Conchalí, se limitó a decir: “Estábamos en guerra”.

El 25 de noviembre Pinochet cumplía 83 años. Ese mismo día cinco jurisconsultos británicos decidieron su suerte en un torneo de argumentación jurídica.

“Como no tengo televisión en mi oficina me encerré en una de las habitaciones y sintonicé la BBC”, recuerda Ström. “Fue como la definición a penales del 94”.

Susana Cantuarias, como se ha dicho, se encontraba en Londres delante del palacio de Westminster, junto a decenas de manifestantes chilenos, británicos y de otras nacionalidades. “Quedaba el último Lord. Todos estábamos pegados a alguna radio portátil, conteniendo la respiración porque estábamos empatados a dos”.

Después de dejar a la señora Rita Barrault al cuidado de sus hijos, Soffia abordó el taxi de Martín Concha y éste ofreció su casa para ver la transmisión. Llegaron justo cuando los jueces comenzaban a votar. Como cientos de miles de personas, contuvieron la respiración en el momento en que a Lord Hoffmann le tocó desempatar.

Susana Cantuarias recuerda la explosión de alegría que estalló en las afueras del palacio. “La gente corría, destapaba botellas de champaña”, recuerda.

En Santiago, Soffia reaccionó de manera muy distinta. “Gritó algo en sueco y luego se acercó a la pantalla, cerró los ojos y estiró su mano izquierda”, recuerda Martín Concha. Durante varios segundos permaneció así, tocando la pantalla como si quisiera extraer algo de ella. “Como si estuviera leyéndola”.

Martín Concha creyó que por error había accionado el control remoto. Luego salió de su error al ver que el aparato no se había movido de su lugar en la mesa de centro llena de botellas de cerveza y platos con restos de papas fritas. “Ella literalmente pareció succionar las imágenes y la pantalla simplemente se apagó”.

Ström corrió a su despacho para llamar a Soffia. El celular marca Ericsson que él le había dado se encontraba apagado.

Llamó a Susana y alcanzó a cambiar un par de palabras con ella antes que la señal se cortara, en medio de los gritos eufóricos de los chilenos. Esa madrugada recibió un escueto correo electrónico de Soffia que solo pudo leer al día siguiente.

“Vi todo con un amigo. Nos emborrachamos y desperté tarde,

casi de noche. Me fue a dejar a la casa de la señora Rita Barrault y me encontré con una noticia devastadora: la señora había fallecido”.

“Esta ciudad se ha vuelto loca. Pasan autos gritando cosas, tocando la bocina, insultándose. La policía reprime y en algunas partes hay olor a gas lacrimógeno. Por televisión, el presidente pide calma”.

Ström se enteraría meses después de los detalles de aquella noche caótica. Esa mañana del 26 de noviembre de 1998 recogió el ejemplar del Göteborgs-Posten que lo esperaba en la entrada del hogar. Augusto Pinochet figuraba en la portada, tapándose la cara con las manos. Leyó los titulares, tomó el teléfono e intentó por segunda vez llamar a Soffia. El celular seguía apagado.

Antes de partir al hotel le envió un correo electrónico con más preguntas que comentarios. ¿Cómo se encontraba? ¿Cómo podía ayudarla?

En su escueto correo del 25 Soffia había omitido todo detalle acerca de los turbulentos hechos que se desencadenaron con el fallo de los Lords, no solo en la ciudad de Santiago, sino en su entorno inmediato.

En distintas partes comenzaron manifestaciones. Hubo choques con la policía, entre partidarios y detractores del general Pinochet. Pero ella y Martín Concha vivieron una situación límite.

“Estábamos con mi madre, en la fundación, yo y mi hermano Agustín, cuando el último lord emitió su veredicto y a ella le vino el ataque”, recuerda Mario Vildósola. “Se empezó a sentir mal, pidió que la sacáramos del salón. Estaba blanca y yo llamé a la Unidad Coronaria Móvil”.

La señora Rita Barrault falleció en la sala de emergencias del hospital militar de Santiago. “Mi hermano Agustín se quebró. Tuve que hacer todo solo: llamar a mi otro hermano, a mis familiares, a la funeraria, a la iglesia. Hice todo en automático, incluyendo llamar a la enfermera, que no contestaba su celular”, dice Mario Vildósola. “Recién pude llorar cuando fui a la casa a buscarle ropa. Vestir a tu madre por última vez, ahí te quiero ver”.

El sufrimiento de Mario Vildósola no terminaría allí. Al poco rato comenzaron a llegar sus hermanos, sus primos, su exesposa y sus cuñadas. Soffia llegó en ese momento y se encontró con una escena incomprensible.

“Debió pensar que estábamos así por lo de Pinochet”, Mario Vildósola sonríe con cierta amargura. “Pero en ese momento mi hermano Agustín la vio y se le lanzó encima gritándole cosas terribles. Tuvimos que contenerlo entre varios”.

Agustín Vildósola, el hijo menor de la señora Rita Barrault, no alcanzó a agredir a Soffia. Sus hermanos y primos se lo impidieron, pero el incidente no terminó allí. “Se abrió paso a empujones,

golpeando todo lo que encontraba a su paso. Botó una mesa, hizo pedazos un espejo y salió a la calle”, recuerda Mario Vildósola.

Allí se encontró de frente con Martín Concha.

“Yo me había bajado del taxi, me di una vuelta delante de la casa y vi que había mucha gente en el living. Y de pronto veo salir de la casa a un energúmeno”, recuerda Concha. “¿Qué estai mirando, conchadetumadre?, me gritó, y antes de que yo pudiera contestarle me empezó a pegar”.

Mario Vildósola cree que algún vecino llamó a los carabineros. Con sus primos salió a ver lo que ocurría y vio a su hermano apuntándole un arma a la cabeza de un hombre que yacía en el suelo ensangrentado.

“Justo había una patrulla cerca. Fue como en las películas, mi hermano apuntándole al hombre y los carabineros apuntándole a él”.

Agustín Vildósola bajó el arma y se entregó a la policía. Martín Concha fue llevado a un hospital y luego a una comisaría donde se constataron sus lesiones, que eran todas superficiales. El hijo de la señora Rita Barrault quedó detenido.

La noche no terminó allí para Soffia y Martín. “Yo le pasé las llaves del taxi y le pedí que me acompañara. Le di mi celular y le pedí que llamara a un par de amigos. Había perdido algunas piezas dentales, pero *el hijo demoniaco* no logró quebrarme la nariz. Aparte de moretones en el antebrazo y en el tobillo, no tenía nada”.

Salieron de la comisaría a medianoche. “Después de lo sucedido ella no podía quedarse en la casa de la señora, ni volver a la de sus tíos en Maipú”, recuerda Martín Concha. “Me pidió quedarse en mi casa, pero antes teníamos que ir a buscar sus cosas”.

No iba a ser fácil. El cuerpo de la señora Rita Barrault estaba en el hospital militar, su hijo menor preso, sus otros dos hijos acompañándolo en la comisaría, llamando a abogados y conocidos. Pero Soffia tenía llaves y conocía el código del sistema de alarma.

Martín Concha piensa en su vida, en dónde estaría hoy de no haber estacionado el taxi frente a la casa de la señora Rita Barrault. Recuerda la tensión mientras Soffia sacaba la llave, desactivaba la alarma, encendía luces.

“Yo nunca había pasado de la entrada. Me encontré con una entrada que había conocido tiempos mejores. Suelo de mármol. Fotos de la señora con sus tres hijos, niños de entre 4 y 12 años, la foto del general en uniforme de parada”.

Muebles de madera, alfombras persas y una exagerada cantidad de mementos, objetos vetustos guardados en armarios con puertas de cristal; amuletos, ángeles y espadines. Según Martín Concha “el tiempo allí estaba detenido en los años sesenta”.

Soffia subió a su habitación, colocó su ropa y sus objetos personales en una mochila. Desconectó su computadora y fue reuniendo sus pertenencias en el living. Estaban por salir cuando se produjo *el fenómeno*.

“Yo noté que se me paraban los pelos del brazo. Intenté abrir la puerta y me dio la corriente”.

El único testigo del fenómeno al interior de la casa es Martín Concha. Según él, las ampolletas comenzaron a titilar y se fueron apagando una a una, con pequeños estallidos. De pronto, sin motivo aparente se encendió la radio. La señora Rita Barrault tenía un viejo equipo de fabricación alemana con parlantes de madera. El dial se iluminó en la oscuridad y adquirió “una luminosidad inverosímil”. En vez de música y noticias de 1998, Martín y Soffia oyeron “voces de otra época, en francés y ruso”.

En el relato de Martín Concha otros dos equipos electrónicos se encendieron sin que nadie los activara: el celular y la computadora de Soffia. El aparato Ericsson comenzó a vibrar y su pantalla monocromática se tornó amarilla. La computadora, que *no estaba conectada*, según Martín, se encendió también y en su pantalla se formó una imagen difusa. Martín sacó su propio celular y vio que su pantalla también había cambiado. Las letras se habían fragmentado y en vez de tono brotaba un sonido "enloquecedor". Ambos se taparon los oídos hasta que la cacofonía de electricidad y estática se fue modulando en un sonido reconocible.

"Era la voz de la señora, con esa interferencia de las viejas transmisiones de onda corta que uno escuchaba cuando niño".

Martín Concha no se identificaba con ninguna religión establecida y era "una persona materialista, ajena a cualquier forma de esoterismo o metafísica". Hoy practica yoga y meditación. "En esa época yo consumía drogas, veía pornografía y comía papas fritas, quizá estaba más vulnerable, más expuesto".

Es su única explicación al recuerdo que tiene de aquella noche en que la señora Rita Barrault comenzó "a despedirse de los vivos", su voz brotando simultáneamente de dos viejos parlantes alemanes y dos celulares de 1998. Martín Concha intenta recordar palabras y frases puntuales e imitar la voz.

"Sé que usted está ahí, mijita. Escúcheme bien. No tengo mucho tiempo, están viendo mis antecedentes y parece que no me va a ir bien. No fui una buena madre ni una buena persona. No le di ninguna alegría a nadie y con suerte me voy a reencarnar en un atún. Yo sé, mijita, que tú estás buscando algo. Para ayudarte te voy a contar una historia que me contaron mientras viajaba hacia acá".

Martín Concha hace una pausa para tomar aliento y responderse algunas preguntas hechas a sí mismo.

"¿Podía la señora haberle dejado a Soffia una grabación? Improbable. Tenía un sentido del humor extraño, pero yo jamás la vi tomar un aparato electrónico. Menos la capacidad de *mandar una grabación post morten a dos celulares distintos".*

Martín recuerda haber mirado detrás del equipo de sonido, en busca de un temporizador u otro dispositivo capaz de activarse cuando alguien abriera la puerta. Por supuesto, no encontró nada. Tampoco había explicación para lo que estaba sucediendo con la computadora de Soffia, en cuya pantalla se formaban y desvanecían pixeles.

En 1998 los parlantes de los celulares no tenían la potencia de los de ahora. Por eso no hay explicación a cómo podía sonar la voz

de la señora Rita Barrault desde el celular Motorola de Martín Concha y del Ericsson de Soffia.

"Empezó a contar una historia, la historia de Zumac Ñusta, *la Señora del Dolor* que habita en las minas del norte. Dijo que era una leyenda popular de antes de la guerra del Pacífico. Nos habló de los mineros que veían a Zumac Ñusta antes de los derrumbes y de las explosiones de dinamita. De un piquete de soldados que se perdió en una mina y nunca más volvió. Salvo un teniente que fue encontrado meses después vagando por el desierto y hablando incoherencias acerca de una mujer de pelo apelmazado, ojos sin pupilas, brazos delgados y largas uñas, que mora en la oscuridad de las minas".

Martín Concha perdió la paciencia. Hubiera estrellado su celular contra la pared de haber podido cogerlo. "Estaba magnetizado como las puertas".

Por su experiencia en la industria de las telecomunicaciones Martín Concha sabía de normas, frecuencias y alcances de los celulares y sus antenas, e intentó encontrar alguna explicación a lo que veía: en la pantalla no había un número sino una sucesión caótica de puntos negros que avanzaban de izquierda a derecha "como un psicodélico paisaje campestre delante de un tren en movimiento". La luz pasaba del verde al amarillo. "Pensé en algún tipo de dispositivo militar para encubrir el origen de la señal. Acababa de recibir una paliza de uno de los hijos de la señora y tenía motivos para estar paranoico. ¿Quizá el otro hermano, algún primo perverso nos estaba jugando una broma macabra?".

De pronto la voz de la señora Rita Barrault se debilitó. Sus últimas palabras fueron: *"La Señora del Dolor sabe dónde está tu papá, mijita"*.

Existen dos registros de lo ocurrido esa noche *en el exterior* de la casa de la señora Barrault. Uno de ellos fue entregado por Chilectra, la empresa de distribución eléctrica de Santiago, a la Superintendencia de Energía y Combustibles de Chile. Se trata de un informe técnico sobre un apagón que abarcó varias cuadras en torno a un transformador ubicado en la esquina de la casa de la señora Rita Barrault.

"A las 12:30 del día jueves 26 de noviembre de 1998 se produjo una sobrecarga de origen desconocido que provocó una caída del sistema de distribución a clientes regulados en el área en referencia. El equipo de emergencia despachado al lugar comprobó que los cables

estaban intactos. En el radio del suceso se encontraron decenas de aves silvestres en estado de shock”.

El otro registro es un video subido a Youtube diez años más tarde y que cuenta a la fecha de hoy con 176.567 reproducciones.

En el video se observa un paisaje urbano chileno, con fecha 26 de noviembre de 1998. Es la casa de la señora Rita Barrault vista desde un edificio cercano. Las ventanas se iluminan con fogonazos de una luz que pasa del azul al amarillo. Los cables de toda la cuadra comienzan a iluminarse de la misma manera.

Patricio Borja Kusanagi recibió una llamada desde el celular de Martín Concha a las 11 de la noche y pensó que éste lo llamaba para pagar una apuesta. "Grande fue mi sorpresa cuando oí la voz de una muchacha que se identificó como *una amiga de Martín"*, recuerda.

Abogado y nieto de inmigrantes japoneses, Borja Kusanagi sirvió durante 30 años en el poder judicial chileno. En 1998 tenía a su cargo la investigación de tres casos de detenidos desaparecidos. Martín Concha era su chofer habitual en el trayecto que seguía todos los días de la semana, entre su domicilio y el edificio de tribunales, en el centro de Santiago.

"Me costó entender lo que me decía. La muchacha estaba muy alterada", recuerda. "Después de un rato y tras formularle una serie de preguntas, comprendí que Martín había sido agredido por alguien. Le pregunté cómo se encontraba y quién lo había agredido. Al oír el apellido Vildósola me quedé de una pieza".

En el caso que tramitaba, la desaparición de siete personas en una pequeña ciudad del norte de Chile, figuraba un capitán de ese mismo apellido. "Podía ser un alcance de nombre", dice Patricio Borja Kusanagi. "Le pregunté en qué comisaría se encontraba el agresor y si podía hablar con Martín. Ella me dijo que aún no, los médicos lo estaban atendiendo. Antes de colgar le pregunté su nombre".

Por segunda vez el juez experimentó un estremecimiento. Uno de los individuos cuya desaparición investigaba tenía el mismo apellido: Moisés Pardo, periodista y militante de un partido de izquierda.

A Patricio Borja Kusanagi no le gustaba conducir. Prefería irse al trabajo en taxi, conversando con Martín. Jamás salía de noche; por primera vez en muchos meses abordó su vehículo particular y salió.

Primero pasó por la comisaría, donde le informaron que Martín Concha había prestado su declaración, se le habían constatado las lesiones sufridas durante el incidente y luego se retiró en compañía de una señorita. "Pregunté por ella y los carabineros me dijeron que también había prestado testimonio, dando como domicilio la misma dirección donde se habían producido los hechos".

Borja Kusanagi volvió a abordar su vehículo y se dirigió al domicilio de la señora Rita Barrault. "Al llegar me encontré con

una escena insólita. El taxi de Martín estaba estacionado frente a una casa antigua, de grandes dimensiones y rodeada de edificios relativamente modernos. Todo estaba a oscuras. En la vereda decenas de objetos se retorcían y saltaban. Eran palomas y gorriones que caían de los árboles".

Patricio Borja Kusanagi se declara "agnóstico, racionalista y etcétera". Reconoce carecer "de cualquier explicación racional respecto de lo que vio la madrugada del 27 de noviembre de 1998".

Algunos vecinos habían comenzado a bajar de los edificios y observaban el insólito espectáculo. De pronto una de las ventanas se iluminó violentamente de un amarillo fosforescente. "Se oyó una voz en un idioma eslavo, un locutor de radio tal vez, pero pasado por algún dispositivo digital que distorsionaba algunas frecuencias".

Llegó la camioneta de la compañía de electricidad. Descendieron los técnicos con su equipamiento de rigor. Escaleras, herramientas, linternas, walkie talkies. Pisaban hojas y ramas chamuscadas, intentaban evitar los pájaros que todavía aleteaban débilmente. "Me acerqué a los técnicos para observar cómo procedían. Noté que se miraban extrañados, leían instrumentos y parecían no entender", recuerda Borja Kusanagi.

Llegó una patrulla de carabineros, una camioneta del municipio y otra de una empresa de seguridad privada. Cinco vehículos con sus balizas encendidas.

Los carabineros intentaron tocar el timbre, pero no pudieron. Según los técnicos de la compañía, la reja y todo el perímetro de la casa estaban ionizados. Las ventanas se seguían iluminando cada cierto tiempo y los vecinos observaban los destellos como hipnotizados.

La segunda llamada que alcanzó a hacer Soffia desde el celular de Martín llegó al teléfono fijo de un bar. En él se encontraba Arturo Leiva, 86 años y excomisario de la Policía de Investigaciones. "Era mi centro operativo post jubilación", cuenta sentado en una silla reclinada, en una casa ubicada en la comuna de Independencia.

Arturo Leiva nunca había hablado con Soffia, pero conocía perfectamente su existencia. En 1998 una curiosa relación de interdependencia, que Arturo Leiva no califica de "amistad", lo unía con Martín Concha. "Yo era su protector y guardián. Es algo de la organización a la que pertenecemos. Fui su mentor".

Martín Concha suelta una carcajada. “Era mi dealer”.

Arturo Leiva está al cuidado de una enfermera. Un tubo de oxígeno lo acompaña a todas partes. “Tengo el cuerpo hecho mierda, pero de la cabeza estoy *como tuna*7”.

En 1973 Arturo Leiva era un detective de 30 años, adscrito a la comisaría de Calama.

“Le voy a contar una historia”, prosigue. “Ocurre en un pueblo del desierto costero, en el norte. Es un pueblo chico pero importante estratégicamente: por ahí se saca la producción de Chuquicamata, la mayor mina de cobre a tajo abierto del mundo. Por ahí se embarcan en saco las sales y el potasio del Salar de Atacama. Las dos empresas, la que explota el cobre y la que explota el salar, eran en 1973 empresas estatales, Cobrechuqui, creada por Decreto Ley del presidente Salvador Allende, y Soquimich, creada por Decreto Ley del presidente Eduardo Frei Montalva.

“Es un pueblo tan chico que todos se conocen en 1973: el médico y el funcionario de Soquimich, el carabinero, el policía, el alcalde y el supervisor de Cobrechuqui. En marzo llegó un periodista con su mujer y una hija pequeña.

“El 11 de septiembre, cuando se emiten los bandos de la Junta Militar, nadie sabe bien qué hacer. El capitán de carabineros recibe toda la autoridad, conoce al médico, al ingeniero y al alcalde, con quienes sostiene relaciones de amistad. A todos les firma un salvoconducto y les desea un buen regreso a sus hogares.

“Todo parece normal. El cobre y las sales del salar se siguen embarcando, el alcalde, el ingeniero, el médico y el supervisor regresan a sus hogares, toman la once con sus hijos y esperan.

“El alcalde sigue siendo alcalde al día siguiente y el subsiguiente.

“Pero a fines de septiembre comienzan a llegar órdenes desde la capital. Órdenes duras. Los enemigos del país tienen un plan para sembrar el terror, apoderarse de la mayor mina de cobre del mundo y enviar el cobre y las sales del salar a Cuba y a la Unión Soviética, que no pagarán lo que valen estos preciosos productos del suelo patrio porque los comunistas no conocen el valor del trabajo ni la majestad de Dios. Estos productos de tanto valor económico los transformarán en programas para sembrar el odio.

“El alcalde, el ingeniero y el médico, el empleado de Soquimich y el supervisor de Cobrechuqui, junto con el joven periodista, son detenidos por el policía y entregados a la custodia del carabinero.

El operativo se hace de noche, con violencia, delante de las esposas y los hijos, y en una camioneta de Cobrechuqui.

"Fueron recluidos en la comisaría, junto a un individuo que se encontraba allí acusado de delitos comunes".

"Como en todo el país, las esposas y madres de los detenidos siguen el conducto regular. Hablan con los carabineros, entregan comida y ropa. Dos semanas pasan detenidos, y las versiones se contradicen: que los van a soltar, que se los van a llevar a Antofagasta. Se habla de Corte Marcial. ¿Acusados de qué? *De querer sembrar el odio*. Curiosamente estas abnegadas mujeres del norte chileno creen en el Estado de Derecho. Contactan amigos, familiares, abogados.

"Pero en el momento de presentar un habeas corpus, de exigir de la ley un recurso de protección contra el Estado, los detenidos salen de la comisaría".

Leiva hace un gesto para representar la desaparición de un objeto en el aire.

"Los detenidos *desaparecen"*.

Arturo Leiva lo vio con sus propios ojos.

"Los prisioneros son llevados a Antofagasta según una versión. Según otra intentan fugarse. Hay una tercera que habla de un accidente carretero. Las madres, las hermanas, las esposas exigen ver los cuerpos, pero en las distintas reparticiones públicas reciben un signo de interrogación. En Antofagasta, en Calama, en Santiago les responden lo mismo: nadie sabe nada".

Dentro de la casa Martín y Soffia estaban viviendo una *singularidad*. “Yo sinceramente creía estar bajo los efectos de la más poderosa droga alucinógena jamás creada. Todavía lo creo posible: no podíamos salir, nadie podía entrar, y los aparatos electrónicos habían enloquecido”.

En el recuerdo de Martín Concha, Soffia se sacó la pantorrilla artificial y dejó la prótesis a la vista. “Giraba dando saltos breves y toscos, empezó a hablar en un idioma desconocido”.

No le tardó mucho tiempo reconocerlo. De niño Martín Concha había escuchado palabras sueltas en croata.

Federatzia Jugoslavija armata bosna.

De los celulares y del equipo de radio brotó la misma frase. Repetida y distorsionada. “Eran transmisiones de Radio Sarajevo de 1993, que ella almacenó durante su estadía. Tenía un disco duro en la cabeza que llevaba cinco años intentando conectarse con su prótesis de titanio”.

¿Sostiene Martín Concha que Soffia transmitía los sonidos que salían por los celulares? ¿Desde su cerebro? ¿Ayudada por el titanio de la prótesis? “Después que cesó la voz de la señora, sí”, afirma sin dudar. “Ella controlaba todo”.

La afirmación de Martín planteó un punto de bifurcación en este informe. O se descartaba todo el testimonio de Martín Concha, o se profundizaba en él. Nos pareció el camino más fructífero para establecer la verdad de lo sucedido.

El implante de Soffia había sido construido con la última tecnología disponible de la época, el beta-titanio. Para soldarla, la prótesis pasaba por un arco de plasma de alta temperatura, que removía todos los átomos superficiales dejando un corazón de titanio puro.

“El beta-titanio tiene propiedades alotrópicas, es decir, puede estar en dos formas diferentes dentro de un mismo estado”, dice el doctor Jonas Rasmussen, responsable de la operación que le permitió a Soffia volver a caminar después del incidente de Medak.

“Tal vez durante el arco de plasma se produjo un nivel indeseado de ionización, que volvió a activarse por influencia del medio. Todo esto, hay que decirlo, es especulativo”.

El doctor Jonas Rasmussen sí cree posible que la prótesis de

Soffia interactuara con su sistema nervioso de manera nunca vista antes en pacientes con implantes de beta-titanio. “Quizá la bio-asimilación superó cualquier estándar previo, el sistema nervioso central generó tejidos y conexiones con la estructura artificial. Pero insisto, no tengo los datos y estamos especulando”.

Para la neuróloga Eva Brohlin, Soffia estaba “acariciando a su fantasma”.

Martín Concha afirma que en la computadora de Soffia comenzó a aparecer una secuencia de números. “A veces en grande, en chico, multiplicadas, los pixeles se movían a un ritmo frenético y cambiando de color”.

La secuencia era exactamente igual, solo se fragmentaba y se repetía al infinito, y Martín Concha tuvo una intuición. “Eran coordenadas en un mapa. Latitud y Longitud”.

22.04.00.70.12.00.

La Señora del Dolor les había enviado un mensaje.

Mientras duró *el fenómeno* todas las balizas de los autos mermaron en intensidad y los celulares perdieron señal. Las personas que rodeaban la casa experimentaron mareos, náuseas y reacciones cutáneas. “La casa, al parecer, estaba succionando toda la energía circundante”, recuerda Borja Kusanagi. “Yo usaba poco el celular así que no tenía una batería cerca del cuerpo. Tal vez por eso pude ver que un número relevante de los vecinos, los dos carabineros, los cuatro técnicos de la compañía de electricidad, miraban hacia la casa en un estado hipnótico”.

Para el juez fue algo “perturbador”. No se movían, no emitían sonido alguno, “parecían pertenecer a una sola inteligencia distribuida como la de los pájaros, que yacían inconscientes en las veredas”.

Patricio Borja Kusanagi, el juez que investigaba la desaparición de siete personas desde una comisaría en un pueblo en el norte de Chile, agnóstico y racional, recuerda “las transmisiones de radio que se escuchaban, amplificadas y en idiomas incomprensibles, o las fosforescencias en las ventanas y en los cables”.

Único testigo fiable de los hechos, Borja Kusanagi pudo ver sus expresiones, sus pupilas dilatadas, “sus cuerpos congelados mientras la casa parecía elevarse del suelo”.

Martín Concha anotó los números que se multiplicaban en la pantalla. Los digitó en su celular. “La pantalla volvió a la normalidad: el nombre de la compañía, hora y fecha, intensidad de la señal… Hice lo mismo con el celular de ella. Digité las coordenadas y, por primera vez, se restableció el silencio en esa casa”.

Martín Concha lo repite sin estridencia: no consume drogas ni tiene explicaciones para lo que guarda como recuerdo desde la madrugada del 27 de noviembre de 1998.

Bajo la apariencia anodina de un reporte de la compañía eléctrica de Santiago al gobierno, se esconde un fenómeno singular[8]. Dos exfuncionarios chilenos accedieron a hablar para este informe, bajo condición de anonimato. En 1998 trabajaban en la Superintendencia de Electricidad y Combustibles; hoy son consultores. Uno de ellos, delante de una taza de café, afirma: "apagón del 27/11 es *un encuentro cercano del tercer tipo*".

Como en otros países, el Estado chileno tiene archivos sobre esta clase de fenómenos, localizados en las fuerzas armadas. El mini-apagón del 27/11 es el único de su tipo en una administración civil.

"Durante siete minutos y medio, el 25% de la generación eléctrica del Sistema Integrado Central se consumió en un punto específico de la ciudad", dice uno de los exfuncionarios, al que llamaremos Antonio (no es su nombre real). "Estamos hablando de Megawatts que fluyeron hacia esa casa sin fundir los cables. La energía de la ionización debió dispersarse como plasma, generando un campo de increíble potencia para la transmisión de señales".

Consultados acerca de qué tipo de proceso podía haber alterado el funcionamiento del sistema eléctrico de una ciudad completa, consumiendo tanta energía sin provocar un colapso, el exfuncionario responde con una sonrisa: "¿Un colisionador de hadrones *en miniatura*?".

Su colega, al que llamaremos Raúl, complementa: "Fue tan breve que no alcanzó a destruir la infraestructura nacional, tan concentrado que creó una singularidad. Por lo que supimos después, nadie podía entrar ni salir de la casa. Todo estaba imantado, sellado por dentro y por fuera".

El incidente del 26/11 es un mito urbano de la comunidad científica chilena y de ciertos escritores de thrillers conspirativos de mucho éxito en el público local[9].

"Pedimos reunirnos con los técnicos que fueron al lugar, con los carabineros", dice Raúl. "Nos dijeron que todos estaban con licencia médica, los carabineros y los técnicos. Licencias de *tres meses y más*".

"Yo no podía creer lo que oía", dice Antonio. "No pudimos siquiera averiguar los nombres de los técnicos y de los carabineros.

No, esa información no se la puedo dar yo, tiene que hablar con mis superiores”.

“Yo llamé a mi profe de Beaucheff[10]”, recuerda Antonio. “Le dije *¿qué chucha*? Le pasé un CD entero con datos y mediciones. El profe me dijo que la iba a estudiar y me llamó al día siguiente como a la 1 de la mañana, alucinado. Me dijo huevón, siéntate”.

“El profe nos contó la historia, *por tercera vez,* del Gato de Schröedinger”, dice Raúl. “El gato que está vivo y muerto *al mismo tiempo*”.

Para que el sistema no colapsara, algún mecanismo estaba devolviendo a la atmósfera la energía ingresada. Dispersándola, por así decirlo. “Nuestros superiores nos preguntaron si estábamos locos”, recuerda Antonio.

Como no había antecedentes de algo así en la historia de la física, ambos funcionarios decidieron investigar por su propia cuenta. Intentaron contactar a los vecinos del barrio y se encontraron con portazos, silencios y respuestas contradictorias.

“Yo lo filtré a la prensa”, dice Antonio mirando a su compañero. “Solo salió una breve en La Cuarta, en tono freak- popular. Ningún periodista investigativo se interesó”.

Es la primera vez que Raúl y Antonio hablan de lo ocurrido la madrugada del 26 de noviembre de 1998. Están entusiasmados y divagan durante varios minutos, a ratos contradiciéndose, sobre el Gato de Schrödinger.

El Gato de Schrödinger es un experimento mental planteado por el físico austriaco Erwin Schrödinger, como un diálogo teórico con Albert Einstein acerca de las paradojas de la teoría cuántica. Schrödinger plantea una caja donde hay un gato, un material radioactivo, un medidor de radioactividad y una ampolla con una sustancia venenosa. Si el medidor detecta radioactividad, la ampolla con el veneno se rompe. Schrödinger afirma que el gato está vivo o muerto solo cuando lo observa alguien desde afuera de la caja. Sin observador externo, el gato puede estar vivo y muerto de manera simultánea.

Brunilde Larsen, profesora de la Real Academia de Ciencias de Estocolmo y miembro del Comité Nobel de física, afirma que la interacción entre algo vivo y algo radioactivo es un momento de bifurcación del universo. "Cuando la caja se abre, hay un universo donde un observador ve al gato muerto, y otro universo donde el mismo observador ve un gato vivo".

Si aceptamos las afirmaciones de todas las personas entrevistadas para este informe, Soffia y Martín estaban en la misma situación del Gato de Schröeder: dos seres vivos encerrados en una caja donde se estaban produciendo alteraciones subatómicas.

¿Qué podía estar causando esta situación en la vida real? Las reacciones subatómicas ocurrían, al parecer, entre una pierna ortopédica de beta-titanio y señales eléctricas provenientes de celulares y equipos de sonido, reforzadas por los sistemas de generación y distribución eléctrica de Chile, las baterías de los autos estacionados en el radio cercano, los celulares y cámaras de video de todas las personas que rodeaban la casa, incluyendo las radios de los carabineros y de los técnicos.

¿Cómo no se produjo un agujero en toda la cuadra y en todo el barrio? Según los físicos teóricos entrevistados para este informe, tienen que haber ocurrido dos fenómenos simultáneos:

1. La energía fue absorbida y devuelta de punto a punto, durante 7 minutos y medio.

2. El excedente de calor, capaz de alimentar una ciudad entera de 2 millones de habitantes durante medio año, chocó contra una pared refrigerante de altísima potencia.

Brunilde Larsen se echa hacia atrás en su asiento, sonríe y se toma algunos segundos en responder. "Planteado así, la única

posibilidad es que una nave extraterrestre haya estado posada sobre Santiago, a vista y paciencia de toda la población, succionando energía entre aquel punto y Alfa Centauri, la galaxia más próxima a nosotros”.

En el recuerdo de Martín, tras ingresar los 12 dígitos del código Soffia dejó de moverse en círculos. “La presión que sentíamos amainó. La puerta se podía abrir”.

Patricio Borja Kusanagi, uno de los que estaba afuera, vio algo que en un principio le pareció absurdo y que todavía aún no se explica: los paramédicos entraban y salían al mismo tiempo. Sus siluetas, durante algunos segundos, se tornaron transparentes.

Martín Concha se mueve nerviosamente en la silla. “Cuando salimos todo estaba detenido”, afirma. “Los carabineros no se movían, los técnicos de la compañía telefónica y los vecinos que habían venido a ver lo que ocurría estaban como congelados. Probablemente se movían, pero nosotros nos movíamos millones de veces más rápido. Es lo último que recuerdo”.

Raúl y Antonio no se dieron por vencidos. La filtración a la prensa les había valido un sumario administrativo. En 1999 Raúl dejó la superintendencia para trabajar en una empresa de ingeniería extranjera. Antonio permaneció revisando los archivos, en busca de incidentes similares. Encontró uno en el Sistema Integrado del Norte Grande.

“Es el que abastece a las mineras”, puntualiza Antonio. “Y de paso las ciudades”.

La empresa de Raúl tenía un contrato gigantesco con Codelco, la minera estatal creada por los militares, tres años después que Allende nacionalizara las minas de cobre. “Revisando los informes de producción encontré algunos antecedentes que me dejaron helado”.

Durante aquellos siete minutos y medio se produjo un fenómeno igualmente desconcertante a 1.556,4 kilómetros al norte, en las coordenadas que Martín Concha registró.

En esa localización se encuentra una faena minera abandonada. Grandes galpones cumplen medio siglo recibiendo la humedad del mar. Chimeneas, terraplenes de cemento, escaleras y ventanales vacíos configuran una escenografía fantasmagórica, muy popular entre los jóvenes de Tococalma, el pueblo cercano. Todos los fines de semana acuden en camionetas y autos a escuchar música, beber

piscola[11] y fumar. El lugar está lleno de botellas y colillas, las paredes pintadas con grafitis, frases obscenas y promesas de amor.

La madrugada del 26 de noviembre de 1998 había dos camionetas rojas con antena de radio, una todoterreno marca Toyota y un Nissan Sentra. Según el parte de carabineros, en los autos había un total 11 personas.

Julio Tomas, ingeniero de las universidades de Chile y de Colorado, era una de ellas. "Llevaba tres años trabajando en la termoeléctrica, a pesar de que la gente en el norte es cerrada, yo tenía amigos y salía *a carretear*[12]. Esa noche no estaba de turno".

Como es habitual en este tipo de encuentros, la música brotaba de los parlantes de los vehículos. "Tal vez era Cerati o Soda Stereo, no recuerdo bien", dice Julio Tomas. La noche estaba completamente despejada y él tenía marihuana en los bolsillos. "Eso puede haber influido", reconoce.

De pronto uno de los presentes llamó la atención del resto hacia el color que adquiría el agua del mar. "Se estaba poniendo fosforescente", dice Julio Tomas. "Al principio lo tomamos como una pelada de cable por el *cuete* que nos habíamos fumado, pero era verdad, el agua había cambiado de color y por la arena negra subían filamentos de esa misma luz".

Julio Tomas se identifica como "una persona de derecha", alguien que "va a misa, pero no tanto".

La música se apagó. Los filamentos de luz alcanzaron, según Julio Tomas, la estructura de la antigua faena minera y subieron por los arcos, las maestranzas abandonadas y la chimenea. "Quedó la cagada: a una chica le dio un ataque de epilepsia y varios se pusieron a vomitar".

Julio Tomas estaba parado sobre un terraplén de cemento y comenzó a sentir calor en el pecho. Allí guardaba su celular. Su descripción de la pantalla del aparato (un Nokia 5160), se asemeja a la de Martín Concha. "Palpitaba en mi mano y tuve que tirarlo al suelo".

La carcasa crujió y los circuitos quedaron a la visa, pero en vez de morir se conectaron con las luces. Del parlante comenzó a salir un zumbido, chisporroteos y finalmente frases en un idioma que Julio Tomas compara con el ruso. "Eso y unos números en español".

Once celulares corrieron la misma suerte. La transmisión se escuchó en todos los rincones. Julio Tomas se tapó los oídos y

siguió con la vista el camino que seguían las luces. Comenzaban en el mar, subían por las vigas, entraban y salían de los celulares y seguían camino por la vía férrea. El óxido se iba iluminando, la arena negra brillaba. “Juré no fumar nunca más”, recuerda Julio Tomas.

Siguiendo el trazado del tren, el río de luces subía por los postes eléctricos, rodeaba el pueblo de Tococalma y seguía camino más allá, hacia los cerros y las torres de Alta Tensión.

Según el libro *Historia de la Minería en la provincia de Antofagasta*[13], la faena donde se encontraban Julio Tomas y sus amigos la noche del 26 de noviembre perteneció a la Compañía Minera Zumac. La misma publicación precisa que esta fue fundada por un grupo de empresarios de origen yugoeslavo, los señores Davor Kovacevic y Slobodan Kuzmicic, quienes modernizaron todo el proceso de concentración de cobre trayendo técnicos europeos que construyeron un andarivel mecánico de 4.600 metros para bajar el mineral desde el ramal ferroviario. “Fue una de las primeras compañías del mundo en usar agua de mar en el proceso de flotación de minerales sulfurados de cobre”.

Para la organización ambientalista chilena “Hijos del Norte”, la faena de Zumac es un crimen ecológico. “Los residuos y relaves se vertían directamente al mar”, dice Flavio Paya, su director. “La arena de la playa cercana es completamente negra. La fauna marina, si existe, debe ser entera mutante”.

Toda la zona cercana, incluyendo el pueblo de Tococalma, está declarada por la legislación chilena como “zona de sacrificio”. Las empresas que operan las faenas industriales deben invertir en mitigación de impacto ambiental. “Cumplen con lo básico”, dice Flavio Paya, quien no se encontraba en Tococalma la noche de los hechos.

La historia del pueblo es como la de otros de la zona. Fundado por el aventurero francés Jean-Tomas Créteil, que murió en una mina. Tomado por las tropas chilenas en 1879. Figura como “puerto activo” de salitre y cobre en varios números de la Memoria de Marina, presentada cada año al congreso entre los años 1856 y 1874. En uno de ellos se narra un extraño incidente: en noviembre de 1856 el capitán de una corbeta chilena informó “el fallecimiento de dos marineros y un habitante del pueblo tras descender a una mina perteneciente al señor Moreno”.

Tococalma cuenta con central termoeléctrica a carbón desde 1950. En septiembre de 1973 pasó al control de un delegado de la Junta de Gobierno. Siete personas fueron detenidas y permanecieron durante dos semanas en la comisaría de carabineros, de donde salieron con destino desconocido. Varias familias de dirigentes y militantes de partidos de izquierda emigraron del pueblo. La mayoría se radicó en Suecia, en la ciudad de Norrköping.

En 1987 la termoeléctrica fue privatizada. En 1995 fue comprada por una multinacional española. En 1996 se modernizó el proceso y la capacidad se aumentó a 80 MW. La noche de los hechos había en la Sala de Control un equipo de turno compuesto por cuatro personas.

El pueblo de Tococalma cuenta entre sus habitantes con dos celebridades mundiales, un astrólogo, tarotista, cineasta y personalidad de las redes sociales, y un futbolista de élite, quien comenzó jugando en canchas de tierra para ser hoy una estrella en varias ligas europeas.

No hay registro de cuándo comenzó el fenómeno en Tococalma. En la Gobernación Marítima hay un reloj digital que se detuvo a las 12:44 de la madrugada. Como en otros pueblos del norte, en Tococalma las personas se reúnen en las casas y esa noche, como en todo el país, el único tema de conversación era el Caso Pinochet. Los periodistas del único medio en papel ultimaban las notas para la edición del día. Los diseñadores estaban por enviar todo el material a imprenta, cuando el sistema se cayó.

El periodista Samuel Quiñones fue uno de los doce individuos que esa noche, en las oficinas del único medio local gritaron al unísono la más chilena de las palabras: “*¡Conchadetumadre!*”.

En el resto del pueblo se sintió de otra manera. El rostro de Pinochet quedó paralizado en los televisores. Detalles de su cara cambiaron de tono siguiendo un patrón caótico de pixeles. Las ampolletas parpadearon, los tonos de las radios se agudizaron, los que hablaban por celular tuvieron que arrojarlos al suelo. Lo mismo que las radios de los carabineros y de los bomberos. Solo los sistemas de la termoeléctrica seguían funcionando y arrojando lecturas imposibles.

Julio Tomas intentó hacer andar su vehículo, pero la batería no funcionaba. Caminó hasta el cruce del camino de la carretera e intentó hacer autostop. Un jeep conducido por un aterrado

funcionario municipal se detuvo. “Le dije que trabajaba en la termoeléctrica y me llevó. Las luces seguían subiendo por los postes hacia el cerro y la radio no funcionaba. No había manera de saber qué estaba pasando”.

En el pueblo los que bebían con los amigos dejaron sus piscolas a medio terminar. Adolescentes, dueñas de casa, obreros portuarios, almaceneros, cientos de personas salieron a las calles y comenzaron a seguir las luces. Los carabineros, los bomberos, los oficiales de la gobernación marítima y los equipos de emergencia de la termoeléctrica intentaron en vano hacer partir sus vehículos. Ninguna batería funcionaba. Tuvieron que cargarlas con generadores diesel.

“En la termoeléctrica los equipos de turno intentaban comprender lo que estaba sucediendo”, recuerda Julio Tomas. “La energía que normalmente se acumulaba de noche para ser enviada a las minas de día estaba siendo bombeada al pueblo. Por qué no había explotado, nadie se lo explicaba”.

El periodista Samuel Quiñones comprendió que algo inusual estaba ocurriendo cuando un colega, que ya había dado por perdida la edición, le dijo *“Huevón, ven a ver esta huevada”*. Su celular se había quedado sin batería y tuvo el reflejo profesional de llevar un lápiz, una libreta y una cámara de fotos. “Era impresionante”, cuenta. “Miles de personas subían hacia el cerro siguiendo las luces”.

Nadie llevaba agua, mantas ni calzado adecuado. La procesión tardó horas en recorrer los 8 kilómetros que separaban al pueblo de la mina *La Desgraciada*, propiedad de la Compañía Minera Zumac.

“Esa mina llevaba cerrada cincuenta años. Nadie iba nunca allí”, dice Samuel Quiñones. “Era un lugar siniestro, una grieta oscura en medio del desierto, tapada con planchas y piedras. Además, estaba la leyenda de que ahí habían matado a los prisioneros”.

La primera persona en llegar hasta el lugar fue el exteniente Ernesto Zárate, quien esa noche “estaba de guardia en el vehículo institucional”. Hoy aún reside en Tococalma y se acoge a una jubilación anticipada por fibromas reiterados a la piel.

“¿Quiere saber por qué ni los diarios ni la televisión dijeron nada?”, pregunta retóricamente. “Primero, porque somos un pueblo chico y solo ocurrió aquí. Por casualidad supe que en Santiago pasó algo parecido en una casa, pero apareció en una notita cagona y de chuleteo, que salió en La Cuarta”.

El exteniente Ernesto Zárate recuerda que el país completo “solo

hablaba de una cosa: del general Pinochet". ¿Qué importancia podía tener un caso extraño y paranormal en un pueblo del norte?

"Cuando llegamos, las planchas que tapaban el socavón estaban a metros de distancia, chamuscadas como si las hubiera movido una explosión".

El exteniente Ernesto Zárate fue el primero en experimentar el calor que brotaba de la mina. Nos muestra su álbum de recortes de prensa, fundamentalmente del diario local, El Mercurio de Antofagasta y La Cuarta de Santiago.

"Las luces habían comenzado a menguar", recuerda Samuel Quiñones. Ya no constituían una línea continua que brotaba del mar y trepaba por las estructuras oxidadas de la maestranza Zumac. Ahora eran líneas discontinuas que seguían por la línea férrea y subían por los postes hacia el cerro, hasta la mina Zumac. Pero los habitantes de Tococalma siguieron durante horas el derrotero trazado. Los primeros comenzaron a llegar de madrugada y se aglomeraron delante del agujero. "Vieron pasar al exteniente Ernesto Zárate en una camilla. Los bomberos, los equipos de emergencia de la termoeléctrica observaban la boca de la mina hipnotizados", dice el periodista Samuel Quiñones.

Consultado por las fotos que tomó aquella noche, hace un gesto de desolación: "Éramos un medio pobre, no teníamos cámaras digitales todavía. Todas las fotos se velaron, aunque ahora que lo pienso, ninguna batería funcionaba".

Samuel Quiñones sonríe. Hoy sigue trabajando en el mismo medio, *El Baluarte de Tococalma*[14].

Julio Tomas, que se encontraba en la central de mando de la termoeléctrica, recuerda que las lecturas se fueron normalizando. "Toda la generación acumulada para entregarle a Chuqui al día siguiente se había evaporado, había pasado por el pueblo sin dejar rastro".

Antonio y Raúl se miran sin agregar ningún detalle a sus teorías conspirativas. El exteniente Ernesto Zárate guarda su álbum de recortes. Patricio Borja Kusanagi guarda silencio.

¿Fueron todos los habitantes de Tococalma gatos de Schröedinger?

Memento

El civil corre por su vida. Sabe que si mira hacia atrás morirá. Se ha rezagado por culpa de su estado físico. Le cuesta respirar y siente un dolor en la espalda. Se detiene.

Las pisadas de los soldados van muriendo a medida que se alejan. El civil cae de rodillas y se lleva las manos al pecho.

No se oye nada. Pero sabe que la criatura sigue avanzando.

Durante tres días estuvo recorriendo el pueblo y la región reconociendo personas, ayudando a los soldados a subirlas al camión. Ahora está solo en el túnel. Solo con el capitán y la criatura.

Intenta ponerse en marcha y no puede. Los pasos ya se oyen en el pasillo, arrastrados pero tenaces. Pronto llegarán. Ya puede sentir su aliento a tierra y gusanos. La siente inclinándose y su piel se eriza al percibir unas manos gelatinosas que le suben por el cuello.

Después de dos días de no recibir mensajes de Soffia, ni por celular ni por correo electrónico, Ström decidió llamar a su esposa para alertarla.

"No le di importancia", reconoce Susana Cantuarias, quien aún permanecía en Londres reponiéndose de la resaca tras el fallo de la Cámara de los Lores. "Debía estar igual que yo, feliz de que al viejo lo hubieran atrapado. También la llamé, que conste. Y llamé a mi hermano, quien tampoco sabía nada".

Según Ramiro Cantuarias, ese fin de semana Soffia no tenía libre y no le tocaba pernoctar en la casa de Maipú, por lo que tampoco tuvieron motivos de preocupación. "Yo sí", dice su esposa, Nancy Retamales, siempre aprensiva. "Esa noche hubo incidentes y capaz que ella se hubiera metido. Y se lo dije a Ramiro", agrega observando a su marido.

Pero el sábado 28 de noviembre recibieron una llamada telefónica de un desconocido que se identificó como Patricio Borja Kusanagi. Lo que les contó los dejó estupefactos. Inmediatamente ubicaron a Susana y ésta llamó a Ström. Esa misma tarde el padrastro hizo los arreglos del caso, llamó al gerente operacional de la cadena de hoteles en la que trabajaba y reservó un vuelo directo a Santiago: Soffia se encontraba en coma.

"Yo tomé un avión a Madrid, donde tuve que esperar dos días para embarcarme", recuerda Susana Cantuarias.

Su hermano Ramiro le resumió la situación.

"Estaba en uno de los mejores hospitales de Santiago. Le habían hecho todos los chequeos y descartado el infarto, una intoxicación, sobredosis o traumatismo", dice. "Con esa información subí al avión".

En Santiago, Ström y Ramiro Cantuarias montaban guardias. Con su precario español, Ström pudo hacerse un diagnóstico. "Algo había ocurrido en la casa donde trabajaba. Algo *inexplicable*".

Patricio Borja Kusanagi se presentó en el hospital la tarde del 28 de noviembre.

"Todo esto en el marco de la investigación", aclara el juez. "Era lo primero que tenía que hacer".

La conversación entre Ström y Borja Kusanagi, el juez que instruía el caso de la desaparición del padre de Soffia (y de otras

seis personas), tuvo lugar en la cafetería de la clínica. Así se les llama en Chile a los hospitales privados. En 1998 solo se accedía a uno a través de un seguro privado o de cobertura internacional, como el que tenía Soffia en calidad de veterana de las fuerzas armadas suecas.

"Me contó que Soffia no estaba sola en el momento de los hechos", recuerda Ström. "Que el individuo que la acompañaba esa noche también estaba en coma, en el mismo hospital".

Pero lo más impactante para al padrastro de Soffia fue enterarse de que un nuevo testigo había prestado declaración a la causa, de manera voluntaria. Por primera vez escuchaba hablar del pueblo llamado Tococalma, donde habían ocurrido los hechos.

Patricio Borja Kusanagi hablaba despacio, para que su interlocutor pudiera comprender no ya lo que le había sucedido a Soffia (algo para lo que tampoco tenía explicación) sino lo que estaba en juego en el caso. "Al día siguiente yo partía a Antofagasta con un equipo especializado de la policía", explica. "Con los últimos antecedentes tenía elementos de peso para aclarar el destino de aquellas siete personas".

Mientas Susana Cantuarias se dirigía directamente a la clínica, Ström y Borja Kusanagi abordaron el vuelo a Antofagasta, junto a otros tres funcionarios de la policía científica y del Servicio Médico Legal.

Arturo Leiva ha tenido dos infartos cardiacos y está consciente de estar viviendo “el final de sus días”.

“Me voy tranquilo, hice lo que tenía que hacer”, afirma.

Su primer infarto lo tuvo la madrugada del 27 de noviembre de 1998. Alcanzó a llegar por sus propios medios a un hospital público. Al día siguiente contactó al juez Borja Kusanagi, con quien acordó las formalidades de una declaración judicial.

“En septiembre de 1973 no solo se libró una operación militar contra simpatizantes del gobierno depuesto”, dice Arturo Leiva. “Aparte de eso se lanzó una ofensiva, tanto militar como policial, contra los laboratorios clandestinos que procesaban clorhidrato de cocaína. Yo formé parte de ella”.

Desde la investigación del historiador Paul Gootenberg[15] ha quedado establecido que, a comienzos de los años 70, Chile era el centro del tráfico mundial del alcaloide. La mayor parte se embarcaba en vuelos civiles, desde aeropuertos chilenos con destino a Estados Unidos e Italia. Otra se exportaba a través de barcos que seguían hacia Panamá, Australia y las Filipinas. Arturo Leiva había recibido la misión de desbaratar estas redes de narcotráfico en los puertos y caletas del litoral norte.

“Por eso me vi envuelto en toda esta trifulca”, dice.

Arturo Leiva tenía 40 años en aquella época y en 1973 había subido varios peldaños en la Policía de Investigaciones de Chile gracias a un aspecto poco conocido: la colaboración del gobierno de Allende con la DEA. Fue el único guiño que le hizo el presidente marxista chileno a la administración de Richard Nixon.

“Allende presentó una durísima ley antidrogas y nos instruyó para redoblar la represión contra los narcos”, recuerda Leiva. “Había laboratorios de Ovalle hacia el norte, operados por las redes de tipos como el Cabro Carrera, el Turco Selim, la Rusa Bronstein y Filisberto Olmedo, alias el Guatón”.

Para el expolicía, “el presidente socialista le estaba diciendo a su archienemigo y némesis que lo podía acusar de todo lo que quisiera, menos de amparar delincuentes que envenenaban a la juventud norteamericana”.

Durante todo el año 1973 la prensa se llenó de noticias sobre decomisos, redadas en el puerto y en los antros de la bohemia en Santiago, Valparaíso y Concepción. Se desmantelaron laboratorios y se decomisaron partidas de droga en puertos y aeropuertos.

Tras el Golpe Militar, las nuevas autoridades subieron el carácter de la ofensiva iniciada por Allende al de Guerra Interior. Narcos y militantes de izquierda cayeron en las garras del Estado de Sitio.

Arturo Leiva llegó a Tococalma los primeros días de octubre, según declaró ante el juez Borja Kusanagi. Venía siguiendo camiones y vehículos provenientes de Bolivia y Argentina. Tenía informantes en Antofagasta, Calama y San Pedro de Atacama y confiaba que pronto podría exhibir ante sus superiores un decomiso importante.

En Tococalma tuvo su día de suerte. “Doscientos cincuenta kilos de clorhidrato provenientes de Bolivia y disfrazados como sales de potasio en un barco fletado por Soquimich”.

Todos los estibadores del puerto y el supervisor de Soquimich fueron interrogados. Al principio nadie hablaba, pero Leiva conocía las reglas. “En ese tiempo se hablaba de *apremiar*. Uno apremiaba al interrogado, sin excederse, claro, porque un abogado bueno podía acusar de apremios ilegítimos. Pero el Estado de Sitio cambió las cosas”.

Uno de los interrogados soltó un nombre. Leiva en persona lo fue a buscar. “Era uno de los comerciantes más prósperos del pueblo, un argentino”, recuerda. “Su casa fue allanada y le encontramos 10 kilos”.

Wilfredo Molganski vivía en Tococalma desde 1955. Según averiguó Leiva, importaba mercadería de Argentina, era el principal prestamista del pueblo y tenía una esposa que todos sus habitantes deseaban. “Conversé toda una noche con él. Me contó que su madre había nacido en Polonia, que todo lo que tenía era fruto de su trabajo”.

Leiva reconoce haber apremiado, en los términos que él mismo fijó, a Wilfredo Molganski. Le recordó que regentaba un prostíbulo y que se le vinculaba con las mafias de Santiago. “Que formaba parte de una lista para ser extraditado a una cárcel federal de los Estados Unidos llena de negros”, dice Leiva.

La caravana militar llegó el último día de su estadía en Tococalma. Le habían llegado felicitaciones de sus superiores en Santiago y se había acostado para regresar temprano al día siguiente a Antofagasta. Su ayudante lo despertó para avisarle que los prisioneros estaban siendo sacados de la comisaría.

Aparte del comerciante, esa noche estaban detenidos seis militantes de izquierda: el alcalde, el supervisor de Cobrechuqui, dos dirigentes sindicales (uno de la central termoeléctrica y otro de

Soquimich), un profesor y periodista de la radio de Calama: el padre de Soffia.

"Me vestí rápidamente, tomé mi arma de servicio y me dirigí a la comisaría", cuenta Arturo Leiva. "Allí conocí al capitán Armando Vildósola Jones".

El excomisario lo describe como "un hombre alto, en no muy buena forma física y de trato muy duro". El capitán Vildósola le hizo ver que su autoridad emanaba directamente de la Junta de Gobierno, en virtud de los bandos y decretos del Estado de Sitio. "Yo exigí estar presente durante el traslado, porque uno de ellos era mi responsabilidad y no se encontraba detenido por razones políticas", afirma Leiva.

El capitán Vildósola le respondió que no haría distinción entre detenidos. "Me miró y dijo que había que extirpar el cáncer", recuerda Leiva.

El excomisario se subió a la camioneta de los carabineros. "De inmediato noté que los camiones no seguían hacia Antofagasta por el camino costero, sino hacia los cerros", recuerda. "Los estaban llevando hacia otra parte, y no para entregarlos a un juez militar".

Arturo Leiva no siguió abogando por la liberación del prisionero que, según él, estaba a su cargo. Siguió a los militares hasta la mina abandonada y bajó con ellos.

"Presencié la ejecución. Y lo que ocurrió después".

Según el juez Borja Kusanagi, hasta septiembre de 1973 la carrera del capitán Armando Vildósola Jones no iba hacia ninguna parte. Era la última antigüedad de su generación de la Escuela Militar. Egresó con la especialidad de infantería y nunca se destacó en los cursos técnicos que le tocó seguir. A ninguno de sus superiores se les pasó por la mente enviarlo a un programa de postgrado en alguna academia politécnica militar de prestigio en el extranjero.

Pero tras el incidente de Tococalma todo cambió.

A fines de septiembre había sido nombrado como delegado de la Junta Militar en los pueblos y caletas de la costa norte del país.

Todos quienes lo conocieron coinciden en que, después de salir de la mina La Desgraciada, era otra persona.

"Lo trasladaron a Santiago, donde asumió cargos políticos en el nuevo gobierno", recuerda Mario Vildósola. "El 75 o 76 nos fuimos a vivir a Londres: a mi padre lo habían nombrado agregado militar".

Tras una estadía de dos años, la familia regresó al país y el

ahora teniente coronel Armando Vildósola Jones ingresó a la Facultad de Economía y Administración de la Universidad de Chile. Obtuvo una maestría suma cum laude y, al año siguiente, ingresó a la Oficina de Planificación Nacional (ODEPLAN, por su sigla en español), donde trabajó con importantes economistas en la elaboración del nuevo programa económico. Chile dejaba atrás el socialismo para iniciar un experimento económico y social sin precedentes: la adopción in extremis del neoliberalismo propugnado por Milton Friedman y la escuela de Chicago.

El nombre del coronel Vildósola figura en varios informes y diagnósticos sobre la infraestructura nacional, tanto para ODEPLAN como para la Corporación de Fomento. Ascendió a general, fue subsecretario de varias carteras ministeriales y director de numerosas empresas estatales de electricidad y telecomunicaciones. Durante los últimos años de la década de los 80 dirigió el proceso de privatización en varias de ellas, incluyendo la Central Termoeléctrica de Tococalma.

Se acogió a retiro al comenzar los años 90 y restablecerse el régimen democrático. Para entonces había amasado una considerable fortuna en acciones y propiedades.

Pero aparte de transformarse en uno de los cuadros técnicos más importantes del régimen, dejó de ser el marido y el padre que su familia inmediata recordaba.

“Hasta el 73 era un padre bastante cariñoso y cercano para ser un militar”, dice Mario Vildósola. “Después nos dejó de dar bola. Nunca más nos llevó al estadio, nunca más nos sacó a pasear a la plaza. Durante las vacaciones estaba como ausente”.

En noviembre de 1996 se le detectó un cáncer de páncreas. Pese al tratamiento seguido en Chile y en Estados Unidos, murió al cabo de un año, antes de ser citado a declarar en el caso Tococalma por el juez instructor Patricio Borja Kusanagi.

Susana Cantuarias pidió hablar con el médico a cargo de Soffia la misma tarde que llegó a Santiago. Se encontró "con un joven alto, guapo, de ojos tristes". Años después ese mismo médico denunció ante la prensa haber sido víctima de abusos sexuales y psicológicos de parte de un sacerdote muy apreciado por su comunidad.

El médico le explicó a Susana que su hija no respondía a estímulos visuales, auditivos ni en sus centros de dolor. Su corteza cerebral y su sistema de activación reticular no estaban funcionando. Su estado no era atribuible a una intoxicación, un traumatismo, hipoglicemia de tipo diabético, hipotermia o ataque cardíaco. Se descartó también una parálisis psicogénica. Se le había practicado un scanner MRI para localizar las zonas afectadas. En la escala de Glasgow su estado era grado 3, inconsciencia profunda.

Solo dos patrones escapaban de la norma: no tenía respiración aneurística, y sus niveles de presión sanguínea y de proteínas en la orina eran altísimos.

"Eran los síntomas típicos de la eclampsia, un cuadro de ataques convulsivos que pueden experimentar las mujeres en la segunda etapa del embarazo", recuerda Susana Cantuarias.

Pero Soffia no estaba embarazada, aclaró el médico.

Ström, el juez Borja Kusanagi y los peritos de la policía del Servicio Médico Legal llegaron a Antofagasta el 30 de noviembre de 1998. Allí los esperaban dos vehículos de la prefectura local, que partieron de inmediato hacia Tococalma.

"Es el contrario absoluto de Suecia", sonríe Ström mostrando fotos. "No hay un solo árbol, todo es desierto, planicies y cerros áridos donde solo sobreviven cactus que se nutren de la neblina matinal".

En los bordes del camino costero que sigue por Mejillones, Hornito, Caleta Buena, Ström vio por primera vez las animitas que tanto fascinaron a Soffia al llegar a Chile. "Son como pequeñas capillas adornadas con cruces, banderas chilenas y de equipos de fútbol, osos de peluche resecos y cubiertos de polvo".

Llegaron a Tococalma en la tarde y alojaron en el único hotel. "Es un pueblo muy pequeño construido en pendiente, un conjunto de calles y casas frente a un muelle y una bahía cerrada", afirma Ström.

Tococalma se venía recién recuperando del incidente. “Nadie quería reconocerlo”, recuerda el periodista Samuel Quiñones. “Muchas personas habían sido internadas en el hospital de Antofagasta, partiendo por los carabineros, los bomberos y los técnicos de la central eléctrica, que fueron los primeros en llegar a la mina esa noche”.

La presencia del juez, “el señor europeo” (Ström) y los peritos de la policía y el Médico Legal no pasaron desapercibidos para el periodista. “Llegó temprano a la comisaría, cuando estábamos por iniciar el operativo”, recuerda Borja Kusanagi.

Ström cree hoy que la decisión de partir con el juez y dejar a Soffia al cuidado de su madre fue lo más juicioso que pudo hacer. “Ellas nunca habían estado realmente juntas”, afirma. “Desde que salieron del pueblo triste y polvoriento que yo venía a conocer recién ahora”.

Ström recuerda aquel primer encuentro con Tococalma como “un viaje en el tiempo”. Describe las calles “con pequeños almacenes y bares donde los habitantes beben cervezas y piscolas en silencio, la plaza con árboles raquíticos y la línea de torres de alta tensión que salen de la central eléctrica y suben hacia los enormes cerros”

El operativo comenzó a las diez de la mañana, con la presencia de dos ingenieros del Servicio Nacional de Geología y Minería, encargados de evaluar la seguridad de la mina para que el equipo jurídico policial pudiera ingresar en ella.

Las dos camionetas, más un furgón de la comisaría local de carabineros, partieron por el camino hacia la mina La Desgraciada. El periodista Samuel Quiñones iba en uno de ellos y le relató al juez los sucesos de la madrugada del 26 de noviembre.

“Ya no tenía capacidad de asombro”, reconoce Borja Kusanagi. “Era lo mismo que yo había visto con mis propios ojos en la casa de la señora Rita Barrault”.

La entrada de la mina estaba abierta. Los ingenieros fueron los primeros en bajar. Regresaron al cabo de media hora dando el visto bueno al operativo.

Tal como ordenaban las normas de seguridad chilenas, los policías, los forenses y Ström entraron en la mina con mascarillas y cascos premunidos de linternas. El periodista Samuel Quiñones no fue autorizado a bajar. “No sé si lo habría hecho”, reconoce desde las oficinas de redacción de *El Bastión de Tococalma*.

Durante las horas transcurridas desde el incidente el aire había penetrado en el túnel por primera vez en un cuarto de siglo, lo que

significó un cierto alivio para el equipo de búsqueda e identificación. Relativo porque el sitio, según Ström, “apestaba a muerte y vacío”.

Las luces de las linternas se movían abriendo espacios de luz en la garganta oscura. Durante el trayecto nadie dijo nada. Solo se escuchaban las pisadas y, pese a ello, Ström tuvo la sensación de que “alguien o algo nos observaba”.

Ström hubiera querido ser astrónomo o científico, pero no tenía las habilidades. Terminó ganándose la vida como administrador de hotel y alimentando su pasión a través de documentales, series y películas de ciencia ficción. Podía leer textos de divulgación y se aferró a estas lecturas mientras avanzaba por el túnel de la mina, a ratos agachándose para no chocar contra una viga debido a su estatura.

“No fui uno de esos personajes populares de la secundaria”, reconoce. “Por eso siempre me aferré a la idea de que mi vida había comenzado al conocer a Susana en Gotemburgo. Ahora estaba viendo que mi vida, esa vida, había comenzado en aquel socavón oscuro y muerto. Aquí había terminado una vida, seis vidas, y comenzado otra: la mía”.

Dos policías jóvenes de la brigada de Derechos Humanos iban delante del grupo. De pronto uno de ellos vio algo. Se asignaron tareas, se detectaron cartuchos de bala y una botella de pisco. El área completa fue cerrada y el grupo se devolvió hacia la salida. Los forenses y el equipo de criminalística de Antofagasta regresaron con trajes y equipos especiales para recuperar el máximo de evidencia.

“El juez me preguntó si quería ver las fotos”, recuerda Ström. “Yo lo dudé: ¿quién querría ver que su vida había nacido de algo tan horrible?”.

La remoción de los restos tardó casi tres horas. El material fue almacenado en cajas, sellado conforme los protocolos y enviado a Santiago para su análisis posterior. Ström y Susana recibieron el informe dos meses después. De los seis cuerpos identificados, uno era el de Moisés Pardo Canales. La prueba de ADN de Soffia, extraída mientras ella permanecía en coma, había dado positivo.

Martín Concha solo recuerda haber despertado cuatro días después en la Unidad de Cuidados Intensivos de una clínica privada.

“Siempre mantuve mis cotizaciones al día”, dice mordiéndose un labio.

Aparte de las heridas del incidente con el hijo de la señora Rita

Barrault, tenía una serie de marcas en la piel. Desde entonces se somete a chequeos dermatológicos anuales. “Hace dos años que me hice el último. No creo que a estas alturas me dé cáncer, aunque uno nunca sabe”.

Aparte de los médicos, vio “a través de una nube” a Patricio Borja Kusanagi. La imagen tardó varios minutos en precisarse. Estaba conectado a tubos. La boca le sabía a nada.

“Fue como ir despertando de a poco”, recuerda. “Al principio no podía articular palabras”.

Borja Kusanagi vino varias veces, una de ellas “con un hombre muy alto, rubio, de ojos azules y que no hablaba español”. Otra con una mujer que identificó de inmediato como la madre de Soffia. “Era su versión a los cincuenta años, con algunos kilos más”, recuerda Martín.

“¿Qué podía contarles? ¿Que todos los aparatos de la casa enloquecieron? ¿Que oímos cosas que no se podían oír normalmente?”

Martín Concha cree que nuestra civilización aun no toma conciencia de que lleva un siglo interactuando con la electricidad a escalas superlativas. “Los pájaros se conectan con flujos de información; nosotros perdimos esa capacidad y la electricidad nos la está devolviendo masivamente. Celulares, pantallas, campos de energía”.

Las preguntas de Borja Kusanagi eran de otro tipo. ¿Qué le había sucedido a ella? ¿La había visto perder el conocimiento, experimentar espasmos, convulsiones, cuadros febriles, arranques maniáticos o agresivos contra sí misma?

“Les contesté lo mejor que podía”, recuerda Martín Concha. “Borja Kusanagi me aclaró que no se me acusaba de nada, pero me recordó que era el único testigo”.

Cuando pudo levantarse la fue a ver. Su habitación estaba en el otro extremo del pasillo. “Tenía una expresión tranquila”, recuerda. “Creo que por eso la madre y el padrastro me creyeron. En cuanto a los médicos, no se explicaban por qué yo tenía aquellas marcas en la piel y ella no. Algunas eran bastante feas”.

Martín Concha sostiene que somos una civilización de magnitud dos, “que captura energía del sol, que extrae del planeta carbón y gases y materiales inflamables para quemarlos y producir vastas cantidades de electricidad”. Como si fuera poco, “cosechamos energía del agua, del viento, de los volcanes. Todo para que se nutran las pantallas, los celulares, las ampolletas, las beterías de los robots”.

Lo primero que hizo al volver a casa fue deshacerse de los libros que le había regalado Leiva. Luego recuperó el taxi, que permanecía aún estacionado frente a la casa de la señora Rita Barrault, sin aire en las ruedas, juntando polvo y tickets de estacionamiento.

La casa estaba completamente cerrada.

Mario Vildósola tardó también varios días en regresar al lugar de los hechos. Recogió las cuentas que se acumulaban en la reja y vio que el taxi ya no estaba. “Metí la llave en la cerradura y me quedé paralizado, sin decidirme a entrar”.

Su madre ya no estaba allí. Ni su padre. “Lo más extraño es que todo estaba fuera de lugar”, recuerda. “El sofá, los sillones, el cuadro que yo recordaba en el comedor estaba en el living, la vieja radio en otro lado. Como si alguien hubiese trasladado todo intentando reubicar las cosas de memoria”.

Mario Vildósola encontró un celular muerto y sin carcasa, luego otro. No había luz en toda la casa y los enchufes estaban vacíos. “Solo el agujero sin tapa, sin cables, como si algo los hubiera succionado desde adentro”.

Por curiosidad sacó una ampolleta de una lámpara y comprobó que estaba vacía: el alambre y los filamentos habían desaparecido.

“Me tuve que sentar en la escalera”, recuerda.

Mario Vildósola y Martín Concha llegaron a un acuerdo extrajudicial. Martín no presentaría acciones civiles en contra del hijo menor de la señora Rita Barrault, y Mario Vioÿdósola tampoco lo haría responsable de “los destrozos” en la casa. Solo hablaron una vez y nunca más se vieron.

Mario Vildósola sigue viviendo allí.

Después de dos meses la condición de Soffia pasó de un Estado Vegetativo Persistente a otro de muerte cerebral. Las funciones del tronco del encéfalo fueron decayendo y la junta médica, que incluyó a los mejores neurólogos del país, certificaron su condición irreversible.

Ström y Susana firmaron los papeles para permitir la donación. Hicieron una ceremonia sencilla y privada, a la que asistió Martín.

Patricio Borja Kusanagi cerró el caso tras dictar cuatro condenas por homicidio calificado. Tras apelación de las partes, fueron ratificadas por la Corte Suprema.

“Nunca se pudo aclarar el destino del séptimo detenido, cuyos restos no fueron hallados en la mina La Desgraciada”, cuenta.

Es un caso curioso pues los familiares de la víctima nunca interpusieron recursos de hábeas corpus ni se acogieron a ninguno de los programas del ministerio del interior chileno.

Todos los antecedentes ratifican que este detenido salió de la comisaría la madrugada del 16 de octubre de 1973 y que ingresó con todos los demás a la mina. Su nombre era Wilfredo Morganski, argentino de 55 años.

“Un argentino peculiar”, afirma Arturo Leiva. “Rubio cano de ojos orientales, nariz delgada y pómulos salientes. Como mi amigo el juez”.

Después de tomarse varios segundos y respirar profundamente, Arturo Leiva afirma:

“Se le disparó como a los demás, pero no falleció en el acto. Se le iba a rematar cuando sucedió algo que hasta el día de hoy no me explico”.

Tras una nueva pausa agrega: “En la mina, por absurdo que parezca, había alguien… o algo”.

El exdetective especula que ese “alguien” o “algo” debió rescatar a Wilfredo Morganski, el infortunado narcotraficante de Topocalma. No tiene otra explicación.

Tras muchas gestiones Patricio Borja Kusanagi consiguió una copia de la foto de Wilfredo Morganski en el registro civil. Es una pequeña reproducción algo borrosa, pero que permite apreciar los rasgos del último desaparecido de la mina La Desgraciada. La tiene en el altar familiar, junto al retrato de su abuelo Satoshi Kusanagi, vestido a la usanza japonesa.

Martín Concha hace a un lado papeles y archivadores y muestra la pantalla de su computadora.

“Empezaron a llegarme hace unos cinco años”, explica. “Son correos electrónicos con remitentes extraños y que han ido cambiando con el tiempo”.

Martín Concha afirma que ha buscado su origen, pero siempre resultan ser cuentas hackeadas. Lo importante para él es su estilo.

“Están escritos en un español neutro, con algunos chilenismos. La persona que escribe dice estar en alguna playa paradisiaca del Caribe, la Polinesia o el Océano Índico. Describe hoteles cinco estrellas y resorts con bastante detalle. Algunos son de carácter íntimo”.

Los correos siempre traen adjunto archivos de imagen de alta resolución que Martín Concha despliega en la pantalla.

“Son mujeres de Sarajevo que la conocieron”, dice Martín Concha señalando los rostros agrietados pero felices.

Debajo de cada uno hay un nombre, una dirección, un número telefónico. Tienen entre 50 y 70 años y sus identidades han sido verificadas para este informe.

“Algunas dejan mensajes de voz que he mandado a traducir. Le envían bendiciones cristianas ortodoxas, católicas y musulmanas; le desean felicidad y prosperidad; le cuentan cómo están los hijos que ella les ayudo a salvar”.

Martín Concha cierra el computador y observa la ventana. Del otro lado está el mar.

Memento

Los soldados ven salir al civil. Está pálido como una hoja de papel. Lo oyen resoplar y trastabillar contra una roca.

Poco después aparece el capitán, sin gorra ni chaqueta.

El capitán se toca una herida que le sangra en el pecho. Parece el rasguño de un animal.

El capitán observa la boca de la mina sin decir nada, con los ojos muy abiertos. Por primera vez en varios minutos vuelve a dar una orden: coger la dinamita.

Nadie se mueve. No hay quien se atreva a volver al túnel para colocar los cartuchos. Pero una orden es una orden y el capitán empuña su revólver, apunta hacia arriba y dispara.

Los soldados se ponen de pie al instante. Dos de ellos, a regañadientes, regresan al túnel con cartuchos de explosivo. Regresan extendiendo un cable que el propio capitán conecta a un detonador.

Todos lo miran con nerviosismo.

La explosión mueve el piso. La boca del túnel desaparece entre una nube de polvo y pedazos de roca, sellada como una tumba.

2005-2017

1 Como el 90% de los suecos, los padres, abuelos y bisabuelos del sargento Lund pertenecen a la Iglesia Luterana de Suecia. Lund se declara agnóstico. *“Si hay algo en lo que no creo es en los milagros”* (Lund, entrevista, Estocolmo, 23/07/06).

2 La foto más famosa de Arkan es en uniforme de combate, boina roja, sosteniendo un cachorro de tigre albino del lomo. Detrás de él, una decena de hombres armados, con sus rostros cubiertos de pasamontañas.

3 Bivši časnik UNPROFOR-a, danski pukovnik Vagn Ove Moebjerg Nielsen, kazao je svjedočeći na suđenju za zločine u Medačkom džepu da u rujnu 1993., osim jednog manjeg incidenta, nije bilo oružanih sukoba HV-a i “plavih kaciga”, kao što su kasnije pokušali prikazati pripadnici kanadskog bataljuna u sastavu mirovnih snaga (20/02/2008).

4 Chicha: bebida alcohólica chilena hecha a base de uvas. Se consume típicamente durante la fiesta nacional del 18 de septiembre.

5 Los latinoamericanos suelen tener este tipo de reacciones.

6 Modismo chileno: Locuras, divagaciones.

7 Fruta chilena extraída de un cactus. Jugosa pese a crecer en entornos de poca agua y exposición a la radiación. *Estar como tuna* equivaldría a estar con vida en un entorno hostil.



8 Toda esta sección fue construida con la ayuda de un hábil periodista investigativo chileno.

9 Claudio Gómez, “La Noche de la Singularidad”; Félix Krauze, John Katzen y Álvaro Sanhueza, “Episodios críticos del Sistema Interconectado Central, Conclusiones para una Correcta Administración”.

10 Sede de la facultad de ingeniería de la Universidad de Chile, de la que ambos funcionarios egresaron.

11 Mezcla de pisco, aguardiente chileno de uva (también se elabora en el Perú) y Coca Cola.

12 Irse de juerga.

13 Ediciones Universidad Católica del Norte, Antofagasta, 1988.

14 Hoy solo tiene edición online.

15 *Andean Cocaine: Te Making of a Global Drug*, Te University of North Carolina Press, 2008.

Título original: *La señora del dolor*

Edición en formato digital: octubre de 2017

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

ISBN: 978-956-9977-06-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl

CARLOS
TROMBEN

LA SEÑORA DEL DOLOR

